



Mariátegui



**dos ensayos de
Luis
Chávez Orozco**



**¿que es el
Trotskismo?**

**historia ⁶
y
sociedad**

sobre



Franz Fanon

SUMARIO

- | | |
|---|--|
| 1 <i>Mariátegui: destacado marxista-leninista latinoamericano.</i> | 55 <i>Sobre las tesis de Franz Fanon.</i>
por Imre Marton |
| 11 <i>La ciencia histórica en Cuba, 1920-1958.</i>
por Julio Le Riverend | 84 <i>Sobre la praxis.</i>
por Adolfo Sánchez Vázquez |
| 30 <i>Servidumbre y peonaje.</i>
por Luis Chávez Orozco | 100 <i>Definición del hombre.</i>
por Athanase Joja |
| 40 <i>El obraje, embrión de la fábrica.</i>
por Luis Chávez Orozco | 107 <i>Sesenta años de periodismo mexicano (apuntes).</i>
por Rodolfo Alcaraz |
| 48 <i>¿Qué es el trotskismo?</i>
por François Hinchey | 126 <i>Víctor Manuel Gutiérrez, distinguido revolucionario guatemalteco.</i> |

historia y sociedad

REVISTA CONTINENTAL DE HUMANISMO MODERNO
No. 6, verano de 1966 / Cuatro números anuales
Dirección: Ediciones Historia y Sociedad
Alvaro Obregón 286, desp. 406
México, D. F.
Pedidos: 21-03-18
Registro en trámite.

COMITE DIRECTIVO: Enrique Semo,
director; Roger Bartra, *jefe de Redacción;* Raúl González, *secretario;*
Raquel Tibol, Federico Wilkins, *asistentes.*

REDACCION: Daniel Cazés, Alberto Híjar, Cecilia Rabell, Boris, Rosen, Madalena Sancho.

COLABORADORES: Rodolfo Alcaraz, Luis Chávez Orozco, Armando Martínez, Alejandro Miguel, Josefa Pérez.

DISTRIBUCION: Celia Franco

CONSEJEROS:

Héctor P. Agosti (Argentina), Herbert Aptheker (USA), Nicolás Buenaventura (Colombia), Jorge Carrión (México), Enrique Gil-Gilbert (Ecuador), Eli de Gortari (México), N. M. Lavrov (URSS), César A. de León (Panamá), Eduardo Mora (Costa Rica), Ramón Ramírez (México), Wenceslao Roces (México), Emilio Sereni (Italia), Jean Suret-Canale (Francia), Volodia Teitelboim (Chile).

PRECIO: en el país, \$ 12.00 / en el extranjero, Dls. 1.50

SUSCRIPCION ANUAL: en el país, \$ 40.00 / en el extranjero, Dls. 5.00

NUMERO ATRASADO: en el país, \$ 20.00 / en el extranjero, Dls. 2.50

MARIATEGUI: Destacado Marxista-Leninista Latinoamericano

por V. Koriónov

Grandes nombres inscribió la historia en los anales del movimiento revolucionario de liberación mundial. Uno de ellos es el de José Carlos Mariátegui.

La vida y la actividad de José Carlos Mariátegui, así como sus estudios marxistas, son un magnífico ejemplo de las sobresalientes personalidades que destaca el más profundo y poderoso movimiento de la historia: el movimiento comunista. La vida de Mariátegui fue corta (35 años) y, además de corta, preñada de dificultades. Tal es el destino de todo el que dedica su vida a la gran causa de la lucha por la liberación de la clase obrera, de las masas trabajadoras del yugo del capital. Sin embargo, las dificultades y las privaciones no sólo no doblegan a los revolucionarios, sino que por el contrario, los templan y capacitan para vencer toda clase de obstáculos, y hasta después de la muerte continúan en el frente de lucha. Precisamente así fue, y así recordarán los revolucionarios a José Carlos Mariátegui, destacado hijo del pueblo trabajador de Perú, fundador del Partido Comunista peruano, profundo y original investigador marxista.

Mariátegui recorrió un difícil camino antes de enarbolar la bandera del marxismo-leninismo. Tuvo que vencer la influencia de las ideas del anarco-sindicalismo y algunas otras concepciones incompatibles con el marxismo-leninismo.

La actividad revolucionaria de Mariátegui se inició cuando el eco de los disparos del "Aurora" repercutían en las pampas y montañas de América Latina. Su mérito histórico consistió en que, con el instinto de clase de un auténtico revolucionario, comprendió que lo que había sucedido en la lejana Rusia la tempestuosa noche de octubre de 1917, significaba un viraje decisivo en la historia de toda la humanidad, incluyendo los pueblos de América Latina. El definió la gran importancia histórica de la Revolución de Octubre como "la nueva etapa marxista".

Precisamente a Mariátegui pertenecen estas penetrantes palabras dedicadas a la Gran Revolución Socialista de Octubre que hoy en día aún conservan su actualidad: "...este gran acontecimiento, hacia el cual convergen las miradas del proletariado universal, que por encima de todas las divisiones y de todas las discrepancias de doctrina contempla, en la Revolución rusa, el primer paso de la humanidad hacia un régimen de fraternidad, de paz y de justicia".¹ Al liberarse de la estrechez nacionalista, Mariátegui pronto comprendió que el Gran Octubre había abierto el camino real hacia la liberación nacional y social de todos los pueblos, incluyendo los pueblos coloniales y dependientes de los hemisferios Occidental y Oriental. En "El

¹ J. C. Mariátegui. *Obras Completas*, vol. 5, Lima, 1959, pág. 18.

² J. C. Mariátegui. *Obras completas*, vol. 8, pág. 53.

Libertador" escribía en particular, que la revolución rusa, ejerció una poderosa influencia en el despertar de China y de todo el Oriente... La revolución convirtió a Rusia en el apoyo más seguro del pueblo chino en su lucha.³

Junto con Luis Emilio Recabarren en Chile, Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena en Cuba, Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi en Argentina, Astrojildo Pereira en Brasil y Manuel Díaz Ramírez y Hernán Laborde en México, J. C. Mariátegui levantó la bandera del internacionalismo proletario en América Latina. El joven revolucionario peruano fue uno de los más ardientes propagadores de las ideas del marxismo-leninismo, no sólo en Perú, sino también en los países sudamericanos vecinos —Ecuador, Colombia y Bolivia— donde sus valerosas y sinceras palabras sobre la experiencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre, sobre V. I. Lenin, estimularon la formación de los primeros círculos marxistas, y, más tarde, de los partidos comunistas.

A diferencia de muchas otras personalidades políticas de América Latina— y, a propósito, no sólo de América Latina— Mariátegui no se limitaba a hablar del socialismo. No. Su mérito consiste en que él determinó el correcto camino para que su patria logre un futuro socialista. Los revolucionarios de Perú y América Latina, los revolucionarios de todo el mundo, recuerdan a Mariátegui como una personalidad eminente ya que medio siglo atrás él señaló en forma correcta cuáles eran las fuerzas decisivas de la revolución dentro de su país, y cuáles sus aliados y amigos en la arena internacional, cuyo apoyo y unidad fraternal son una condición política externa indispensable para la victoria de la revolución.

La interpretación materialista de la realidad peruana por Mariátegui consistió precisamente en que puso de manifiesto la misión histórica de la clase obrera, basándose en la doctrina de

Marx, Engels y Lenin. Precisamente en la clase obrera vió al iniciador de la lucha antiimperialista, y en ella depositó las esperanzas para la victoria del socialismo.

Al indicarle a la clase obrera el camino para resolver sus tareas, Mariátegui subrayó ante todo el hecho de que a la clase obrera le es indispensable profundizar su conciencia de clase. Les demostró a los obreros que la lucha económica por sí sola no los conduciría a la victoria, que el proletariado que solamente tiene como ideal la reducción de la jornada de trabajo y el aumento mínimo del salario, no es capacitado para realizar una obra histórica⁴ —así planteó el problema el fundador del Partido Comunista Peruano. Por eso él llamaba a los obreros a organizarse primero en escala local y luego nacional, y preconizaba la disciplina y la unidad de las filas proletarias.

Mariátegui no sólo fue un teórico, sino también, y no en menor grado, un destacado práctico del movimiento obrero. Es un fenómeno completamente normal que fechas gloriosas del movimiento obrero peruano —como el primer congreso obrero en la capital, que dio origen a la Federación Obrera de Lima, y el primer congreso indígena de 1924, que eligió el Comité Central de la lucha por los derechos indígenas y ratificó la importancia especial que revisten las acciones conjuntas de los obreros y los campesinos— estén ligadas precisamente con la influencia de las ideas de Mariátegui o con su participación activa directa. Parte integrante de esta lucha fue el trabajo sistemático y creador de Mariátegui en las revistas "Claridad" y "Amauta", y principalmente, sus trabajos teóricos, en primer lugar, los mundialmente conocidos "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana". La cúspide de su actividad revolucionaria fue la fundación en 1928 del Partido Socialista de Perú, que ingresó en la III Internacional y que en 1930 tomó el nombre de Partido Comunista.

³ El Libertador. México, 1925, No. 6.

⁴ Del mensaje al II congreso obrero de Lima.

De esta manera, a Mariátegui le corresponde un destacado papel en la derrota de la concepción entonces difundida en América Latina del papel rector de la burguesía en la revolución. Así como en la afirmación de la idea del papel dirigente del proletariado y de su vanguardia comunista. El luchó consecuentemente por la fusión del socialismo científico con el movimiento obrero de Perú, por la creación en su país de las bases ideológicas y de organización del partido de nuevo tipo: el Partido Comunista.

Defendiendo activamente el papel dirigente de la clase obrera, Mariátegui enfocó en forma marxista la realidad peruana, sin perder de vista el hecho real de que entonces en su país el proletariado todavía era joven, no muy numeroso, disperso en pequeñas empresas y con muchos rasgos heredados del campesinado y de los artesanos. La abrumadora mayoría de la población la constituía el campesinado indígena, agrupado en las comunidades rurales. Así fue como Mariátegui, al ser el primero en el movimiento comunista de América Latina en plantear valientemente el problema sobre el importante papel de las masas indígenas en la revolución, señaló las vías para resolver el problema indígena. La primera conferencia de los Partidos Comunistas de los países de América Latina, que se celebró en 1929, señaló este mérito histórico de Mariátegui de haber hecho un gran aporte, que aún hoy día conserva su actualidad, a la elaboración de una serie de tesis de principio de la teoría del proceso revolucionario en diferentes países latinoamericanos, ante todo, en Perú. Al hablar de esto, conviene hacer hincapié en el otro ángulo del problema. Considerando a la clase obrera la fuerza decisiva del proceso revolucionario, Mariátegui llegó a la conclusión de que la revolución en su país como parte integrante de la revolución socialista mundial, no puede ser sencillamente democrático-burguesa. El consideraba que en el proceso revolucionario la clase obrera, llevando tras de sí al campesinado indígena y a las capas medias

urbanas, resolverá las tareas democrático-burguesas y más tarde conducirá al país al socialismo. La liberación económica del país, dijo Mariátegui, se puede lograr solamente por medio de la intervención de las masas proletarias, solidarizadas con la lucha antiimperialista en todo el mundo. Sólo la lucha del proletariado puede al principio estimular y después resolver las tareas de la revolución democrático-burguesa, ya que la burguesía es incapaz de realizar esta revolución y conducirla hasta el fin. La idea de que la futura revolución en los países de América Latina, en las nuevas condiciones históricas, tendrá inevitablemente no sólo un carácter antiimperialista y democrático, sino también un carácter anticapitalista que de inmediato incluirá una serie de elementos socialistas, todavía a mediados de los años 20, era compartida no sólo por Mariátegui, sino también por otras personalidades del movimiento comunista internacional. Los acontecimientos posteriores, en particular la Revolución Cubana, comprobaron esta previsión, aunque en aquellos años a muchos les parecía "herejía".

Inventando la concepción de las tres revoluciones sucesivas (al principio antiimperialista, después agraria y por último socialista), los dogmáticos intentaron introducir en este esquema, que en general era correcto para toda una serie de países coloniales y semicoloniales, toda la variedad de los procesos revolucionarios en América Latina. La concepción del riguroso cambio sucesivo de estas tres revoluciones, separadas una de otra por cierta "muralla china", como todo esquema general no tuvo en cuenta el elemento más importante en la lucha del Partido Comunista por la transformación revolucionaria de la sociedad, esto es, las peculiaridades nacionales, la particularidad nacional en el enfoque de la solución de una tarea internacional única.

Los partidarios del enfoque libresco y abstracto del problema de la revolución consideraban la América como cierto "país único", y los

límites nacionales como "impuestos desde fuera". Con eso hacían caso omiso del hecho indiscutible de que hacia los años 30, del siglo XX, los Estados latinoamericanos ya habían recorrido un largo camino de un siglo de independencia política, y que ningunos "revolucionarios" de gabinete podían rehacer el mapa de América Latina formado históricamente. Una de las partes más vulnerables de la concepción "de las tres revoluciones" consistía en que ella no tomaba muy en cuenta los nuevos rasgos y las peculiaridades del proceso revolucionario mundial en el período de la crisis general del capitalismo. No es extraño que cuando Mariátegui, como corresponde a un verdadero marxista-leninista, abordó en forma concreta el problema de la revolución conforme a las condiciones peculiares de su país en particular, esto inmediatamente provocó la crítica de los dogmáticos de aquel tiempo. Además, todavía los actuales dogmáticos y escisionistas peruanos, que demagógicamente declaran su fidelidad a las ideas de Mariátegui, se esfuerzan de la misma manera en refutar este punto de vista suyo.

Los dogmáticos, a principio de los años 30, "apartaban" a Mariátegui del marxismo y lo tildaban de "populista", solamente porque el gran marxista peruano consideraba la comunidad indígena en Perú como un factor que puede aligerar el paso del país al socialismo. En realidad, el punto de vista de Mariátegui respecto a la comunidad indígena no tenía nada de populista.

Precisamente, J. C. Mariátegui fue el que combatió la concepción populista en la lucha revolucionaria, la teoría aprista de la "originalidad" de Perú. Recordemos que él fue quien rechazaba enérgicamente la afirmación de los apristas sobre el desarrollo único de Perú. Escribía al respecto que esto se parecía mucho a la afirmación de la originalidad del régimen económico de Rusia en general y del campesinado con su comunidad, artel, etc., en particu-

lar, contra la que Lenin luchaba con tanta energía en su trabajo "¿A qué herencia renunciamos?". La forma en que Mariátegui enfocó el problema de la comunidad indígena, fue otra completamente. Incluso en esta cuestión él seguía a los clásicos del marxismo-leninismo. Pues, como es sabido, incluso F. Engels admitió que en caso de la victoria de la clase obrera, los países económicamente atrasados pueden utilizar... los restos de la propiedad comunal y sus correspondientes costumbres populares como un poderoso instrumento para abreviar considerablemente su proceso de desarrollo hacia la sociedad socialista.

Ahora es oportuno recordar que uno de los más ardientes propagadores de la versión sobre "el populismo" de Mariátegui, fue el muy conocido Eudasio Ravines, provocador que en los años 30 llegó al cargo de secretario general del Partido Comunista Peruano. Tres veces renegado comenzó su carrera política como líder del movimiento pequeño-burgués de los apristas; después se infiltró en el Partido Comunista, del cual fue expulsado a finales de los años 30; a continuación, en forma directa se puso al servicio de los fascistas, posteriormente, como por herencia, fue a dar a la Agencia de información de los EE.UU.; en la actualidad, presta sus servicios a la organización anticomunista "Rearme moral".

Según lo explica, Ravines considera "populismo" toda concepción que no levanta una barrera infranqueable entre la revolución democrática y la revolución socialista. Ravines actúa como un apologista abierto del capitalismo. Al principio, afirma, "los marxistas" deben apoyar a los monopolios de los EE. UU., que reconstruirán la vida del Perú sobre los principios capitalistas, destruirán a la comunidad indígena y convertirán a todos los trabajadores en proletarios. Sucede que solamente después de esto los "marxistas" pueden pronunciarse por la revolución socialista. Por supuesto, para todos está claro que esto no es ningún marxismo

sino su caricatura más nociva, así y todo copiada en gran parte, de P. V. Struve, jefe de los cadetes rusos, que acusaba a Lenin de "populista". Esta calumnia mal intencionada que Ravines le levantó a Mariátegui fue repudiada en el período de la preparación y celebración del VII Congreso de la Internacional Comunista.

Los historiadores y publicistas burgueses continúan todavía hoy presentando los inventos anticomunistas de Ravines (más exacto, de los especialistas norteamericanos "en guerra psicológica" que están tras él) como... la verdadera historia del movimiento comunista latinoamericano. Así, por ejemplo, el ex-colaborador del departamento de Estado de los EE.UU. R. Poppino, actualmente profesor de la Universidad de California, en un libro recientemente publicado bajo el rimbombante título "El comunismo internacional en América Latina. La historia del movimiento de los años de 1917 a 1963", presenta a Mariátegui ante el confiado público como un trotskista. Basándose en Ravines, el autor, sin escrúpulos de ninguna especie, afirma que los partidos comunistas latinoamericanos emplearon la línea de la Internacional Comunista para China como prometedor modelo para la expansión comunista en los países coloniales. Es importante recordar que todavía en 1951, esta versión fue lanzada a la circulación por la propaganda de los EE.UU.

Sin embargo, es la actividad de J. C. Mariátegui, precisamente, la que sirve de refutación convincente de semejantes invenciones. En las tesis redactadas por Mariátegui para la Primera conferencia de los partidos comunistas de los países de América Latina (1929), detalladamente se examina el problema de la diferencia que existe entre la táctica de la lucha antiimperialista en América Latina y la táctica de la lucha antiimperialista en China.

En primer lugar, "el modelo chino" en América Latina, en los años 20, lo empleaban no los

partidos comunistas, sino el movimiento pequeño-burgués aprista. Y quien lo sabía mejor que nadie era Ravines. De la correspondencia del fundador de este movimiento V. R. Haya de la Torre con Ravines en 1925, se desprende que el movimiento aprista fue fundado por el modelo del Kuomintang y que precisamente dicho movimiento partió en su línea táctica de una premisa falsa al considerar que las condiciones de América Latina son similares a las chinas. Mariátegui, a propósito, sometió a crítica esta concepción aprista, posteriormente refutada también por todos los partidos comunistas de América Latina.

Más tarde, en 1935-1936, Ravines intentó imponerle al movimiento aprista la línea de la insurrección armada y de la guerra civil revolucionaria en Perú, partiendo del ejemplo de China. El, incluso, sostuvo negociaciones especiales al respecto con el líder del movimiento aprista M. Seoane, hablando en nombre de la Internacional Comunista, aunque el Comité Ejecutivo de la Internacional no había autorizado a Ravines para esto y más de una vez le hizo ver que, en las condiciones del Perú de aquel entonces, el desencadenamiento de la guerra civil sería una aventura que iría en contra de la línea del VII Congreso de la Internacional Comunista. Y aunque los líderes apristas, en 1936, tenían el tino suficiente para no seguir el "consejo" provocador de Ravines, hasta hoy mismo no renuncian ellos a estos esquemas viciosos, muertos antes de nacer, con la diferencia de que ahora sueñan en la transformación de América Latina (ellos la llaman Indoamérica) en un "inmenso Taiwán".

Casi no es necesario decir que semejante línea tiende a aislar a América Latina del movimiento revolucionario internacional, de los países del socialismo, bajo intencionados pretextos geopolíticos y racistas. Sus predicadores no quieren reconocer el hecho evidente de que en los países más grandes de América Latina es donde el proletariado industrial y el proletariado agrícola

la, por su número y con mayor razón por su actividad política, ocupan un lugar dirigente. Ellos prescinden por completo de la irregularidad del desarrollo económico y político de los diferentes países latinoamericanos y los siguen viendo como algo uniforme.

La línea racista y geopolítica de Haya de la Torre lo condujo, a fin de cuentas, a la alianza con el peor enemigo de los pueblos de América Latina y de todo el mundo, el imperialismo de los EE.UU. Asimismo ella lo condujo a la coalición con los representantes de la oligarquía bancaria y latifundista dentro del país. Por fin, ella lo condujo al anticomunismo.

En la tierra de la heroica Cuba, la historia decidió otra vez la discusión de 40 años con los apristas, a favor del marxismo. Cuba es el espejo que refleja la bancarrota política de Haya de la Torre y de sus correligionarios, la bancarrota de su línea. Por eso los "reyes desnudos" indoamericanos hacen todo por romper el espejo de la verdad. Pero por fortuna la suerte no está de su lado! Y los revolucionarios cubanos editan en grandes tiradas no las investigaciones "geopolíticas" de Haya de la Torre, sino las obras de José Carlos Mariátegui y de Julio Antonio Mella.

En lo que respecta a la política del Frente Popular, ésta se consolidó como resultado de los combates contra el fascismo en Francia, Alemania, Austria y España, fue elaborada por el VII Congreso de la Internacional Comunista e incluso se aplicó con éxito en una serie de países latinoamericanos. Como se deduce de la correspondencia de Ravines con el Secretario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, aquel no comprendía esta táctica, o mejor dicho, no quería comprenderla, y en 1935 y más tarde seguía una táctica directamente opuesta, hasta que fue desenmascarado y expulsado con oprobio de las filas del movimiento comunista como colaborador de los fascistas. Claro está que la versión de la Agencia de información de los

EE.UU. que firmó Ravines no tiene nada que ver con la verdadera historia del movimiento comunista de América Latina; hay que verla solamente como una falsificación más, fabricada por el departamento norteamericano encargado de la guerra psicológica que tiene como fin escindir el movimiento comunista de América Latina.

En efecto, el movimiento comunista en los países de América Latina no parte del "modelo" "chino" ni del "europeo", sino del análisis marxista de la realidad concreta de cada país en particular, teniendo en cuenta el proceso revolucionario mundial en su conjunto así como la necesidad de coordinar las acciones en la lucha contra el principal enemigo: el imperialismo de los EE.UU.

El valor y la grandeza con que Mariátegui decidió resolver esta tarea aplicada al Perú, es lo que explica precisamente la impercedera frescura de sus obras, la actualidad de sus opiniones y del método de investigación. El no pretendía la "peruanización" o la "indoamericanización" del marxismo (esto lo hizo su antípoda, V. R. Haya de la Torre). Los trabajos de Mariátegui son un intento de aplicación de la realidad universal del marxismo a las condiciones particulares de su país.

Los falsificadores de la herencia ideológica de J. C. Mariátegui arrancan citas aisladas de sus innumerables artículos de revistas, cartas e incluso hasta de sus manuscritos inéditos, tratando de demostrar que Mariátegui no era un marxista, ni un comunista, pero pudiera ser un populista, o un aprista, o tal vez un trotskista o un demócrata-cristiano, o incluso un precursor del actual partido en el poder en Perú, "Acción popular" (a propósito, fundado 30 años después de la muerte de Mariátegui). Claro, ensartando citas se puede "demostrar" todo lo que se quiera; eso depende del "encargo social". Pero si se examina la verdadera herencia de Mariátegui en estrecha relación con



Mariátegui pintado por Siqueiros

su lucha intransigente contra todos los renegados del marxismo, entonces queda perfectamente en claro por qué nosotros consideramos a "Amauta", como cariñosamente lo llaman los peruanos, un verdadero marxista-leninista.

En la actualidad los comunistas peruanos desarrollan y multiplican las tradiciones de Mariátegui. Ellos despliegan una lucha perseverante por la consolidación de todas las fuerzas democráticas, antiimperialistas de su país. Los comunistas saben que los imperialistas de los EE.UU. y la oligarquía terrateniente-financiera de Perú, depositan sus esperanzas en la escisión de los trabajadores. En estas condiciones el minucioso trabajo del Partido Comunista Peruano por la unificación de las fuerzas democráticas, por la movilización de los trabajadores a la lucha en defensa de las reivindicaciones inmediatas y de las libertades democráticas, adquiere particularmente una gran importancia para los destinos futuros del país. El legado de José Carlos Mariátegui ayuda a los comunistas peruanos a encontrar un lenguaje común con los representantes de las capas más amplias de la opinión pública para hacer fracasar los planes de la reacción externa e interna.

Siguiendo el legado de Mariátegui, los comunistas peruanos hacen su contribución a la noble causa de la lucha por la unidad del movimiento comunista internacional. Ellos, en particular, participaron activamente en la reciente conferencia de representantes de los partidos comunistas de América Latina, que jugó un gran papel en la consolidación de la unidad de los comunistas para la lucha contra el enemigo común de todos los pueblos, contra el gendarme mundial, el imperialismo de los EE.UU.

A pesar de los ardides de los enemigos de la clase obrera, el Partido Comunista fundado por Mariátegui vive y se desarrolla. Es indestructible, como indestructible son las ideas del

marxismo-leninismo. Las tradiciones de Mariátegui, que siguen rigurosamente sus continuadores en las filas del Partido Comunista Peruano, son las tradiciones de lucha por un frente unido de obreros, campesinos, indígenas, capas medias, círculos de la burguesía nacional que tengan contradicciones con el imperialismo, de todos los que intervienen por el honor y la libertad de su patria. Las tradiciones de Mariátegui en lo que respecta al movimiento revolucionario mundial, son las tradiciones del internacionalismo proletario.

Recordemos que con toda la fogosidad de un luchador convencido, Mariátegui cortó definitivamente de raíz los intentos de los revolucionarios pequeño-burgueses de separar a los pueblos de Perú y de otros países latinoamericanos de la lucha del pueblo soviético, del movimiento liberador de la clase obrera internacional y de las colonias subyugadas por el imperialismo. El constantemente subrayaba que semejantes intentos de aislamiento hacen infructuosa lucha antiimperialista de los patriotas y condenan al Perú al estancamiento. Al verse obligado a pasar varios años en Europa Occidental, a donde en realidad fue deportado por el gobierno reaccionario de Leguía, Mariátegui estudió con atención la experiencia del movimiento obrero revolucionario europeo. Aquí, precisamente, llegó a una conclusión de una importancia política de primer orden: es imprescindible la unidad orgánica de la lucha de los proletarios de América Latina con los proletarios de todo el mundo, contra el enemigo común, el imperialismo. Es imposible dejar de recordar las certeras palabras de Mariátegui, escritas a principios de los años 20: "En esta gran crisis contemporánea el proletariado no es un espectador; es su actor. Se va a resolver en ella la suerte del proletariado mundial. De ella va a surgir, según todas las probabilidades y según todas las previsiones la civilización proletaria, la civilización socialista destinada a suceder a la declinante, a la

decadente, a la moribunda civilización capitalista, individualista, y burguesa... En la crisis europea se están jugando los destinos de todos los trabajadores del mundo".⁵

El movimiento revolucionario en Perú Mariátegui lo ve como parte integrante del proceso revolucionario mundial a cuya vanguardia está el pueblo soviético. Por eso el problema de la lucha antiimperialista en su país lo abordaba igualmente como internacionalista. Subrayaba que ellos fueron antiimperialistas porque fueron marxistas, revolucionarios, porque oponían el socialismo al capitalismo como sistema antagónico llamado a sustituirlo, porque en la lucha contra los imperialistas extranjeros cumplían con su deber de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.⁶

José Carlos Mariátegui comprendió la unidad orgánica de las corrientes integrantes de la revolución socialista mundial. El partía de que solamente mediante la estrecha unidad del socialismo mundial, del movimiento obrero mundial y del movimiento nacional-liberador, el pueblo trabajador de su sacrificada patria hallará su luminoso futuro socialista. Mariátegui subrayaba que el socialismo aunque surgió en Europa, al igual que el capitalismo, no era un producto específico y exclusivamente europeo. Representaba un movimiento mundial del cual no se escaparía ninguno de los países que giraban en la órbita de la civilización occidental.⁷ La lucha liberadora de los pueblos de América Latina, el internacionalista Mariátegui la consideraba como una parte integrante indisoluble del proceso revolucionario mundial. Señalaba clarivamente que la revolución latinoamericana no sería otra cosa que una de las etapas de las fases de la revolución mun-

dial, que sería una revolución socialista en el pleno sentido de la palabra.⁸

Han pasado más de 70 años del día en que nació el revolucionario que defendió estas ideas. Los años transcurridos han confirmado prácticamente la veracidad histórica y la clarividencia de estas palabras. Hoy en la patria de José Carlos Mariátegui, como en la mayoría de los países de América Latina, domina la reacción. Todavía se pueden realizar golpes de Estado en una serie de países de esta región. Cada día aporta nuevas y nuevas confirmaciones de la conclusión del PCUS y otros partidos comunistas de que el imperialismo de los EE.UU. es el principal enemigo de los pueblos de todo el mundo, el gendarme mundial, baluarte del régimen colonial agonizante.

Se debe recordar la profunda caracterización que hizo Mariátegui del imperialismo yanqui, este "coloso con pies de barro". "El imperio de los Estados Unidos —escribió él—, asume, en virtud de esta política (es decir, la política imperialista. V. K.), todas las responsabilidades del capitalismo. Y, al mismo tiempo, hereda sus contradicciones. Y es de éstas, precisamente, de donde saca sus fuerzas el socialismo. El destino de Norteamérica no puede ser contemplado sino en un plano mundial. Y en este plano, el capitalismo norteamericano, vigoroso y próspero internamente aún, cesa de ser un fenómeno nacional y autónomo para convertirse en la culminación de un fenómeno mundial, subordinado a un ineludible sino histórico".⁹

El imperialismo es incapaz de obstaculizar el curso de la historia. El socialismo marcha triunfante por nuevos y nuevos continentes. Ya la antorcha de la primera revolución socialista en el hemisferio occidental —en Cuba, país que se

⁵ J. C. Mariátegui. *Obras completas*, vol. 8, pág. 15-16.

⁶ Del discurso "Punto de vista antiimperialista" publicado en *El movimiento revolucionario latinoamericano*, Buenos Aires, 1929.

⁷ *Amauta*, Lima, septiembre de 1928, No. 17, pág. 2.

⁸ F. del Prado. *Mariátegui y su obra*. Lima, 1946, pág. 37.

⁹ J. C. Mariátegui. *Obras completas*, vol. 5, pág. 139.

ha convertido en parte orgánica del sistema mundial de los Estados socialistas, arde con fuego inextinguible. La fuerza de la revolución latinoamericana, su futuro victorioso, radica en que esta revolución figura como parte integrante e imprescindible de la revolución socialista mundial, que lleva a efecto una ofensiva histórica contra el antiguo mundo condenado a sucumbir, el mundo del imperialismo, de las guerras y de la violencia. A la vanguardia de estas fuerzas, con paso firme, marcha la fuerza

revolucionaria más poderosa de la actualidad: el País de los Soviets. Hombre con hombre van con ella los innumerables ejércitos de luchadores por el socialismo, por la liberación social y nacional de los pueblos, por una paz firme.

La marcha victoriosa de este innumerable ejército de invencibles combatientes por el futuro luminoso de la humanidad, constituye el mejor monumento a José Carlos Mariátegui.

LA CIENCIA HISTORICA EN CUBA

1920-1958

por Julio Le Riverend

Introducción

Hay en Cuba una tradición historiográfica muy interesante. Un análisis de ella, por somero que sea, revela que muchas obras y, por consiguiente, muchos historiadores han estado estrechamente vinculados a lo actual de cada momento. La historia en este sentido adquiere cierto carácter militante. Por otro lado, una gran parte de la historiografía se expresa en forma de ensayo, de artículo extenso, de folleto, en fin, más que en libro o monografía formal. Esta producción, que podría parecer por la forma ocasional o ligera, no es tal; además, debe tenerse en cuenta el carácter de nuestra organización cultural, que fue, a lo largo del tiempo, impedidora del emprendimiento de obras de gran aliento. En general, la riqueza historiográfica que se encuentra en la folletería es notable, pero su estudio habría que emprenderlo sobre la base de temas específicos o de períodos cortos. Claro está, que ello se sale casi totalmente de nuestro objetivo.

Los movimientos o direcciones, digamos intelectuales o ideológicas, que corren por el mundo son en los tiempos recientes más transmisibles, sobre todo después de la I.ª Guerra Mundial, en que los grandes problemas que plantea el destino del hombre y sus creaciones sensibiliza, pudieramos decir, a las masas y también a las "élites", aun cuando muchas de estas se con-

sideran, y quieren conservarse, al margen de lo que ocurre en torno a ellas. Hay un salto extraordinario de la calidad historiográfica después de 1920. Esto no se refiere solamente al hecho político de las conclusiones o a la intención historiográfica sino en general a toda la producción que recibe y refleja de alguna manera las nuevas técnicas de investigación o el planteamiento de problemas no abordados en el pasado.

Finalmente, hay ahora algo de que carecían los historiadores del siglo XIX: una tradición que está ahí y se requiere admitirla, superarla o depurarla. Si, bien en el aspecto crítico, la historiografía nueva no se expresa en una revisión total, no hay duda que se realiza una ingente labor después de 1933, especialmente en el campo de la historia política.

Aun cuando podría realizarse un útil esfuerzo tratando de fijar cuáles son los períodos en que se manifiestan esos caracteres historiográficos partiendo especialmente del propio movimiento de la producción histórica, esto debe quedar para un trabajo eminentemente técnico que no nos proponemos realizar en esta oportunidad. Por eso, hemos de limitarnos a apreciar si la historiografía del período total se vincula de alguna manera, a los grandes momentos del desarrollo nacional. Quizás se piense que esto es obvio, que es necesario históricamente porque sociedad y pensamiento

forman una unidad; pero no se olvide que el sincronismo del desarrollo no es automático.

Creemos que pueden apreciarse dos grandes períodos: 1902-1920; 1920-1958. El primero se caracteriza por la continuidad con la historiografía del siglo XIX; el segundo por la acumulación progresiva de elementos y temas nuevos. Es posible que un afinamiento del análisis nos permita diferenciar de alguna manera los años que corren entre 1920 y 1940 como aquellos en que se produce la aparición de las grandes obras críticas, que abren el camino a una revisión de fondo de los conceptos historiográficos.

Si apreciamos debidamente las fechas indicadas, veremos que son las mismas que caracterizan las etapas del desarrollo nacional en los tiempos más recientes. Fácil es apreciar que, efectivamente, hay una vinculación entre el movimiento historiográfico, en su conjunto, y el desarrollo nacional más amplio. Esto no quiere decir que la historiografía, traspuesta cada fecha, refleja, sin más ni más, los grandes problemas del país; pero en todo caso sigue a estos, y no de muy lejos.

El período 1920-1940 comienza con la *Historia de Cuba* de Ramiro Guerra, de la que solamente se publicaron dos tomos. Su significación técnica e historiográfica es subrayada en otra sección de este trabajo, que dedicaremos a la obra de este ilustre autor. La *Historia* es el primer intento, tras de la ingente obra de Pezuela (1860-65), por describir en forma extensa y documentada la historia general de Cuba. Guerra intenta un tratamiento de la colonización española que elimine el negativismo, alimentado por los excesos políticos del colonialismo español del siglo XIX; sin embargo ello no autoriza a considerar esta obra, como han querido algunos críticos, dentro de una corriente "españolista".

Como reflejo del proceso social y político del país, se enriquece entonces la literatura que

1 Ramiro Guerra y Sánchez: *Historia de Cuba*, Tomos I-II. La Habana, 1921.

toca aspectos graves de la situación cubana. Los libros de Julio C. Gandarilla, *Contra el yankee*,² de Caraballo Sotolongo, confuso y moderado,³ el ensayo de Varona⁴ y una serie de folletos entre los cuales hay que citar el formidable alegato documentado de López Hidalgo,⁵ se distinguen en este sentido porque conducen la discusión de los publicistas hacia una nueva zona de interés, esto es, hacia la franca apreciación del carácter sometido de la República. Por entonces crecía el sentimiento antiimperialista cuya primera expresión en estos libros dejaba sin embargo escapar las cuestiones básicas de la dominación extranjera. Uno de los hechos más indicadores es precisamente la publicación de la obra bibliográfica de Trelles sobre la doctrina Monroe.⁶ Debemos subrayar que la prensa liberal de la época recoge en artículos ocasionales la profunda corriente de descontento contra la Enmienda Platt y el intervencionismo.

La depresión de 1920-22 daría a estos intereses científicos un nuevo y más profundo impulso. Y esto no solamente porque aparecen los primeros trabajos marxistas, en forma de propaganda y de polémica diaria, sin pretensiones teóricas, sino también porque en el propio pensamiento de la burguesía y de la pequeña burguesía surgen nuevos elementos, como se destaca en el extraordinario trabajo de Ramiro Guerra, *Azúcar y Población en las Antillas*,⁷ cuyo análisis haremos más adelante. De este modo, se inicia el cambio historiográfico hacia las nuevas posiciones críticas o de revisión, en lo que hace el período de 1899-1920: la revisión

2 Julio César Gandarilla: *Contra el yanqui*. La Habana, 1960.

3 F. Caballero Sotolongo: *El imperialismo norteamericano*. La Habana, 1914.

4 Enrique José Varona: "El imperialismo a la luz de la Sociología", en *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, pp. 78-95. La Habana, 1906.

5 Ambrosio Valentín López Hidalgo: *Cuba y la Enmienda Platt*, s/t.

6 Carlos Manuel Trelles: *Estudio de la bibliografía cubana sobre la doctrina de Monroe*. La Habana, 1922.

7 Ramiro Guerra y Sánchez: *Azúcar y Población de las Antillas*. La Habana, 1927.

en cuanto a la historia anterior a 1898 se iniciará años más tarde. Aún cuando con una tenacidad asaz diplomática, la revisión historiográfica se aprecia ya en el conjunto de la obra de Rafael Martínez Ortiz cuyos insinuantes comentarios pueden constituir el punto de partida para investigaciones críticas futuras;⁸ esta obra pasó casi inadvertida a raíz de su primera edición en 1912.

Claro que la crisis inspiraría otro tipo de libros, entre los cuales la recopilación de artículos de Vicente Pardo Suárez. *Funerales y Responso* tiene un valor indudable para el estudio del período, sin que por otra parte, fuese algo más que comentarios desde un punto de vista del escepticismo burgués.⁹ Otro tanto puede decirse de los folletos sobre cuestiones azucareras, entre todos los cuales debemos subrayar el de Fernández Marcané titulado *Nacionalización de los ingenios* que es sumamente importante,¹⁰ porque refleja la preocupación de la burguesía nacional frente al predominio creciente del capital extranjero.

Disminuye en número la bibliografía norteamericana sobre Cuba, pero aumenta en el sentido que se trata de obras más abarcadoras. La *Historia* de Chapman¹¹ es una relación pormenorizada de la podredumbre política del país que el autor expone con el ánimo de probar la incapacidad cubana para una vida civilizada, lo cual, por otra parte, prueba que el papel "educativo" de la dominación yankee era una pura mentira. La obra de W. F. Johnson¹² es, sin duda, de mejor condición historiográfica; pero muy superficial en su investigación.

También en los Estados Unidos se estaban produciendo cambios que no tardarían en re-

flejarse sobre la historiografía de Cuba. Dos obras muy importantes se difundieron en Cuba; por un lado, la de Nearing, *El Imperio Americano*¹³ traducida por Carlos Baliño y editada por el movimiento obrero revolucionario y, por otro, se da a conocer en una deficiente traducción española la magnífica monografía de Jenks¹⁴ que dejó honda huella, porque era un testimonio norteamericano que, sin salirse del criticismo liberal burgués, ponía al desnudo la política de dominación en Cuba.

También, por otro lado, se manifiesta la historiografía reaccionaria, siguiendo ahora, supuestas verdades científicas que se pusieron de moda en otros países latinoamericanos. Sin embargo, el revisionismo reaccionario no se inicia propiamente en el campo historiográfico sino en el más amplio de la "sociopsicología". Sin duda el aporte más paladino a esta corriente fue el de Lamar Schweyer, con sus libros, *La crisis del patriotismo* y *La Biología de la democracia*¹⁵ que pretendían convalidar la dictadura de Machado como una solución necesaria al "desorden" y al "individualismo" cubano, que para el autor eran un carácter como biológico, digamos, de nuestro pueblo. Lamar imitaba sin recato, aunque ocultándose tras de un gran aparato erudito y bibliográfico, hecho como para impresionar a la gente conservadora o a los intelectuales estériles, al teórico de la peor dictadura latinoamericana de entonces, a Laureano Vallenilla Lanz, inventor pagado del "cesarismo democrático" cuya encarnación histórica era nada menos que la bestial figura de Juan Vicente Gómez en Venezuela. Lo grave es que Lamar pretendía confundir a Bunge y a Ingenieros, cuyas opiniones barajaba maliciosamente, incluyéndolos en este basurero, pseudo científico. Lamar había sido

⁸ Rafael Martínez Ortiz: *Cuba, los primeros años de su independencia*, 1er. tomo, La Habana, 1911; 2 ts. París, 1921.

⁹ Vicente Pardo Suárez: *Funerales y Responso*. La Habana, 1926.

¹⁰ Luis Fernández Marcané: *La nacionalización de los ingenios cubanos*. La Habana, 1921.

¹¹ Charles E. Chapman: *A History of the Cuba Republic*. New York, 1927.

¹² Willis F. Johnson: *The History of Cuba*. New York, 1920. 5 tomos.

¹³ Scott Nearing: *El Imperio americano*. La Habana, 1921.

¹⁴ Leland H. Jenks: *Nuestra colonia de Cuba*. Madrid, 1929.

¹⁵ Alberto Lamar Schweyer: *La crisis del patriotismo, una teoría de las emigraciones*. La Habana, 1929. *Biología de la Democracia*. La Habana, 1927.

miembro del llamado "Grupo Minorista", pero prefirió entregarse al Dictador, huyó con él y su último libro¹⁶ rezuma su reaccionario resentimiento. No ocurrió lo mismo con otros componentes del grupo; por lo contrario, unos fueron derivando hacia posiciones revolucionarias y otros por lo menos hasta después de 1933, no se mostraron francamente conservadores. Este grupo promovió la publicación de la *Revista de Avance*¹⁷ que introduce en Cuba las corrientes literarias post-modernistas.

No faltaron estudios significativos del pasado lejano, que se apoyan, por lo general, en la documentación impresa conocida desde el siglo XIX. Sin embargo, reflejando el afán de ir más a lo hondo también incorporan la documentación inédita conservada en el Archivo Nacional, como se aprecia en los trabajos de Adrián del Valle, Roque Garrigó, Emeterio Santovenia y otros que se refieren a temas específicos,¹⁸ todos o casi todos impulsados por concursos de la Academia de la Historia. La impresión de la obra del Obispo Morrel¹⁹ y de Urrutia²⁰ facilita textos básicos para la historia más antigua.

Este desarrollo, a base de nuevas investigaciones, tiene como máximo aporte, la obra de Chacón y Calvo sobre los orígenes de la colonización²¹ y se refleja también en la publicación de documentos del Archivo de Indias.²² Sin embargo, la progresiva falta de apoyo a la investigación científica impidió que esta orienta-

ción perdurara y se enriqueciera con nuevos aportes.

Durante la lucha contra Machado se fortalece el marxismo que, sin embargo, no abogaría sistemáticamente la historia de Cuba hasta años después. Frente al mismo, aparece la nueva corriente reaccionaria del ABC que proclama como piedra de toque de su programa la existencia de características nacionales que chocan con las ideas y teorías "extranjeras"²³ o sea, con el socialismo científico. De este modo se pretendía desviar la lucha nacional; pero ello significa también que el nacionalismo abecheista se compadecía muy bien con los intereses económicos norteamericanos, frente a los cuales no oponía sino frases más o menos vacías.²⁴ Con las ideas del Manifiesto-programa del ABC se renueva el reaccionarismo de José Ignacio Rodríguez, de Francisco Figueras y de Lamar Schweyer, ahora en forma más refinada porque tenta que vérselas con un poderoso movimiento nacional liberador. La historia demostraría que el ABC representaba una derivación de la ola fascista internacional, detenida finalmente en la segunda Guerra Mundial, después de la cual muchos de sus representantes más notorios se sumaron a la dictadura de Batista o al movimiento político que se amparaba tras de la religión católica.

La lucha contra Machado y la victoria popular dan lugar a una abundante literatura, de escaso valor por lo general aunque interesante para cualquiera que desee estudiar el período. Los reportajes periodísticos sobre la lucha revolucionaria que se publican entonces tienen mucho interés, como se revela por la serie *105 días preso*²⁵ de Pablo de la Torriente Brau, cuya calidad de escritor combatiente se pone más tarde de relieve en sus artículos sobre Realengo 18,²⁶ de muy alto valor historiográfico. El libro

2 tomos. La Habana, 1931.

23 Doctrina del A.B.C. La Habana, 1942.

24 Ver nota precedente.

25 Pablo de la Torriente Brau: "105 Días preso", en Pluma en Ristre. La Habana, 1945.

26 Pablo de la Torriente Brau: "Realengo 18", en Pluma en Ristre. La Habana, 1949.

16 Alberto Lamar Schweyer: *Como cayó el presidente Machado*. Madrid, 1934 1ra. Edic.; La Habana, s/f, 2da. edic.

17 *Revista de Avance*. La Habana, 1927-31.

18 Adrián del Valle: *Historia documentada de la conspiración de la Gran Legión del Águila Negra*. La Habana, 1930. Roque E. Garrigó: *Historia documentada de los Soles y Rayos de Bolívar*. La Habana, 1929.

Emeterio S. Santovenia: *El Presidente Polk y Cuba*. La Habana, 1936.

19 Pedro A. Morell de Santa Cruz: *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*. La Habana, 1929.

20 Obras de Ignacio J. de Urrutia y Montoya. La Habana, 1931.

21 José Ma. Chacón y Calvo: *Cedulario Cubano (los orígenes de la colonización)*. Madrid, 1929.

22 Academia de la Historia de Cuba: *Papeles existentes en el Archivo General de Indias relativos a Cuba y muy particularmente a La Habana*.

de Carlos G. Peraza sobre los crímenes de la dictadura²⁷ es importante aunque de carácter anecdótico. La folletería nos merece mención especial;²⁸ la calidad de los folletos es muy diversa. Pero el libro *Problemas de la Nueva Cuba*, obra de la Foreign Policy Association²⁹ representada por un grupo de escritores "rooseveltianos" puede considerarse como una puerta abierta para nuevas direcciones en la investigación historiográfica sobre el período 1898-1933. Las conclusiones de los autores son discutibles, aunque liberales; pero, en esta obra, por primera vez, tienen los cubanos un panorama pormenorizado del proceso de deterioro de la República en sus aspectos básicos, el económico y el social. Todavía hoy no ha sido superada como fuente de información o como incitación al estudio en lo que hace al período que precede a Machado. De otro carácter, por tratarse de una obra verdaderamente militante, es el libro de Beals, *Crime of Cuba*³⁰ que denuncia la política del imperialismo y de sus aliados nacionales.

La folletería y literatura "actualista" cambian de carácter después de 1933 hasta 1940. La lucha política se recrudece aunque, en gran medida, es episodio verbal. Los folletos responden, frecuentemente, a las combinaciones políticas del momento que son muchos y muy variables; a veces, no son más que demagógicas expresiones de los grupos burgueses que se disputan el poder y dan a las palabras un escaso contenido histórico. Sin embargo, una penetración más profunda en ese material, sobre todo en lo que se refiere a la lucha por la Constitu-

27 Carlos González Peraza: *Machado, crímenes y horrores de un régimen*. La Habana, 1933.

28 Willy de Blanck: *El Problema cubano del momento*. La Habana, 1933.

Juan Ordoñez Morales: *El Mercado de Ciencia*. (La Habana?) Septiembre 1933.

Oscar Soto: *El ABC de la Revolución en Cuba*, s. p. de l. (1934?)

Issac Puentes: *El Comunismo anárquico*. (Habana) 1934.

29 Foreign Policy Association: *Problemas de la Nueva Cuba*. New York, 1935.

30 Carleton Beals: *Crime of Cuba*. Filadelfia, 1933.

yente y por la unidad frente a la dictadura de Batista, arrojaría muchos resultados interesantes igualmente estudiarse los problemas del primera a debate público permanente.

Es muy importante la publicación de trabajos sobre temas básicos. Después de 1933, es preciso mencionar la *Historia de la Enmienda Platt* por Roig de Leuchsenring y en el propio 1940, la de Fernando Ortiz *Contrapunteo*,³² cuya valoración haremos más adelante. Digamos aquí, sin embargo, que marcan con la obra de R. Guerra, nuevos caminos, concretando por medio de formulaciones muy claras, los objetivos de la historiografía revisionista. En este grupo debe considerarse el *Curso de Introducción a la Historia de Cuba* que representa el primer esfuerzo colectivo por dar un resumen de la historia nacional de orientación progresista, en el cual aparecen los primeros ensayos de historiografía propiamente marxista.³³

Estos libros y la subsiguiente actuación, después de 1940, de la Sociedad Cubana de Estudios Histórica e Internacionales y de los Congresos Nacionales de Historia, enmarcan los canales por donde se desenvolvería la corriente crítica en su tarea de revisión. En definitiva, el hecho que Roig se hubiese inspirado en el materialismo histórico y que en la obra de Ortiz aparecieran también rasgos materialistas, sin

31 Federación Obrera de La Habana, ¿Cuál es la salida? (La Habana, 1934?).

Partido Comunista de Cuba, Por el cambio de táctica. El Partido Comunista ante el pacto de México y la Asamblea Constituyente. (Habana, 1936).

Frente Unido Revolucionario, Estatutos Provinciales y declaración de principios. Octubre 1934.

Síntesis de los Puntos Fundamentales que ha de contener el programa del Partido Agrario Nacional. (1934?)

Programa del Partido Bolchevique Leninista, Habana, 1934.

Programa Constitucional del Partido Revolucionario Cubano Auténtico. (Habana?) 1934.

El Partido Liberal al Pueblo de Cuba. 1934.

Hacia la Cuba Nueva. El ABC ante la crisis de la Revolución, s.p. de l.

Izquierda Revolucionaria, Los titeres de Ferrara, 1935.

32 Fernando Ortiz: *Contrapunteo Cubano del tabaco y el Azúcar*. La Habana, 1940. New York, 1947. La Habana, 1962.

33 Curso de Introducción a la Historia de Cuba. Municipio de La Habana, 1938.

que por otra parte ellos fueran hombres comprometidos ideológicamente, quiere decir que, en gran medida, el marxismo es el inspirador de las corrientes renovadoras de la historiografía. Y como no se trata de una revisión erudita, aunque sin duda tiene calidad científica, la crítica se ejerce más sobre el concepto historiográfico del pasado que sobre los hechos; más sobre la perspectiva que sobre lo acontecido. Como quiera que todo ello gira, en lo profundo, en torno a la crisis nacional, estas obras podrían servir de ejemplo de cómo el presente puede ayudar a comprender el pasado sin menoscabo de la objetividad.

En esta etapa adquieren un valor particular la prensa, diaria y de otro tipo, pues el panorama cambiante y, por otro lado, la escasa producción en forma de libros o de ensayos sobre la historia más reciente favorece el tratamiento más ligero de los problemas; pero al margen de esta ligereza, hay una inudable riqueza en las publicaciones periódicas. Desde luego, debemos aclarar que, además de su variedad, la prensa, en gran medida, se precisa, esto es, se presenta como prensa de partido o de orientación definida.

Primero, en cuanto a la prensa periódica, hay que destacar el *Diario de la Marina*, que se define cada vez más como el periódico ultrarreactionario, fascista enmascarado tras el hispanismo y la religión para darle a sus campañas algún valor, que no sea el simple precio que le pagaban. Claro está que este periódico es digno de consultarse porque su opinión siempre refleja los intereses más conservadores. Le surge como competidor, *Información*.³⁴ Frente a él, alzan periódicos de izquierda, como *Ahora*³⁵ y *La Palabra*³⁶ que no tienen, claro está, una larga existencia.

Como empresas capitalistas, muy rendidoras, las revistas semanales se desarrollan extraordinariamente. *Social*³⁷ en su tiempo, esto es,

34 *Información*. La Habana, 1931-1960.

35 *Ahora*. La Habana, 1933.

36 *La Palabra*. La Habana, 1936.

37 *Revista Social*. La Habana, 1916-1933; 1936-1938.

antes de 1933 realizó una labor cultural interesante; a diferencia de ella, *Bohemia*³⁸ y *Carteles*³⁹ solamente adquieren después de 1933 una mayor madurez y contienen materiales sobre los acontecimientos diarios muy aprovechables en cuanto a información se refiere. En algunos casos, la publicación de documentos tiene importancia, bien se trate de manifiestos de partidos o de grupos, entrevistas a políticos, y otros materiales.⁴⁰

El movimiento izquierdista publica entonces algunas revistas de importancia como *Mediodía*⁴¹ y *Resumen*⁴² de carácter más bien literario y *Masas*⁴³ órgano de la Liga Antiimperialista. Todas tienen, desde luego, interés historiográfico, teórico digamos, y reflejan una creciente madurez del pensamiento revolucionario. No debe desconocerse, la revista estudiantil radical *Polémica*⁴⁴ que reunía en sus páginas las colaboraciones de numerosos estudiantes, por su mayor parte participantes de la lucha contra Machado, que ahora se mantenían frente a la dictadura de Batista y que momentáneamente formaban con los marxistas un bloque progresista disuelto después de 1940.

Finalmente, en este período, aun cuando ya había comenzado su labor anteriormente, se completa —la labor extraordinaria de Carlos M. Trelles.⁴⁵ Muchas deficiencias pueden señalarse

38 *Revista Bohemia*. La Habana, 1910-1965.

39 *Revista Carteles*. La Habana, 1924-1960.

40 Por ejemplo, en la revista *Bohemia*, 16 de diciembre de 1956: Leon Primelles, "Machado, la Prórroga de poderes y el gobierno de los Estados Unidos".

41 *Revista Mediodía*. La Habana, 1934.

42 *Revista Resumen*. La Habana, 1934.

43 *Revista Masas*. La Habana, 1934-1935.

44 *Revista Polémica*. La Habana, 1934-1937.

45 Carlos M. Trelles: *Ensayo de bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII*. Matanzas, 1907; hay 2a. edición, La Habana, 1927.

Bibliografía cubana del siglo XIX. Matanzas, 1911-15. 8 ts.

Bibliografía cubana del siglo XIX. Matanzas, 1916-17. 2 ts.

Bibliografía de la Universidad de La Habana. Habana, 1938.

Biblioteca geográfica cubana. Matanzas, 1920.

Biblioteca histórica cubana. Matanzas, 1922-26. 3 ts.

Estudio de la bibliografía cubana sobre la Doctrina de Monroe. Habana, 1922.

a sus numerosos trabajos bibliográficos; pero estas no contrapesan en medida apreciable los méritos del empeño a que dedicó el autor toda su afanada vida. Trelles ha dejado una obra difícil de superar en lo que hace a la bibliografía cubana anterior a 1902; en ciertos temas específicos contiene la mejor información disponible hasta 1920. La lucha de Trelles por publicar sus libros, en medio de la indiferencia del Estado y de sus dirigentes, es una lección objetiva del nivel a que había llegado la descomposición de la República intervenida.

En general, los elementos que brotan en el momento anterior, continúan y se desarrollan en el período 1940-1958. Especialmente, porque en esta sazón se desarrolla plenamente la obra múltiple de Roig, Guerra y Ortiz y, además, porque han de aparecer los primeros estudios historiográficos marxistas bien definidos. Mientras tanto, el grueso de la producción historiográfica, aun cuando no carezca totalmente de valor, es sumamente reiterativo, bien por los temas o bien por el uso de fuentes muy conocidas. No constituyen excepción las biografías, que aparecen en gran número, y entre las cuales deben destacarse las de José Martí.⁴⁶ En este aspecto deben singularizarse los valiosos ensayos de interpretación, que él llamaba "caracteriológicos", realizados por Leonardo Griñan Peralta.⁴⁷

La objeción que hacemos se dirige especialmente a una gran parte de las publicaciones de la antigua Academia de la Historia que dispersó sus fuerzas en conferencias ocasionales, mientras el programa editorial de obras de mayor aliento e interés se reducía o quedaba

46 Manuel I. Méndez: José Martí, Madrid, 1925; La Habana, 1941.

Jorge Mañach: Martí el Apóstol, Madrid, 1933.

Félix Lizaso: Martí, Místico del deber, Buenos Aires, 1940.

Eugenio Roque Garrigo: América, José Martí, La Habana, 1911.

Emilio Roig de Leuchsenring: José Martí, pensamiento político, Martí síntesis de su vida, La Habana, 1953.

47 Leonardo Griñan Peralta: Martí, Líder político, La Habana, 1943.

Antonio Maceo, análisis caracterológico, La Habana, 1936.

estancado; no obstante, el esfuerzo editorial se compensó con la aparición regular de tomos publicados por el Archivo Nacional que ha puesto en manos de los investigadores colecciones documentales importantes.⁴⁸

Digamos que la divulgación de los conocimientos históricos se extiende a la prensa, como las revistas *Carteles* y *Bohemia*,⁴⁹ en las cuales aparecen secciones fijas que dan, a ocasiones, una información interesante sobre el pasado de la Nación. Pero, a veces, en esta divulgación el revisionismo adquiere caracteres insospechadamente negativos y anticientíficos como se revela por el libro de Soto Paz, *La falsa cubanidad*.⁵⁰ Claro está que el autor no responde solamente a sus personales criterios sino que refleja una corriente subterránea, y de gran permanencia, que ha querido ver simplísticamente en el pasado esclavista de Cuba una razón histórica única para medir la historia nacional. La negación sistemática del pasado por razón del esclavismo refleja, por lo general, una incomprensión esencial de los procesos del desarrollo y, claro está, esa incomprensión se extiende al propio presente. Desde luego, como reacción frente a los apologistas conservadores este negativismo radical tiene también su propia historia.

Este período se caracteriza por la publicación de dos historias generales. Mencionaremos en primer lugar los cuatro volúmenes de la *Historia* por Herminio Portell Vilá,⁵¹ que se basa casi exclusivamente en documentos diplomáticos.

48 Catálogo de los fondos del Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio y de la Junta de Fomento, La Habana, 1943.

Correspondencia diplomática de la Delegación Cubana en New York durante la guerra de Independencia de 1895 al 98. La Habana, 1943-46. 5 tomos.

Catálogo de los mapas, planos, croquis y árboles genealógicos existentes en el Archivo Nacional de Cuba, 6 tomos. La Habana, 1941-1962.

49 Revista *Carteles*, Sección "Atalaya"; revista *Bohemia*, secciones "El ayer que vive aún" y "Así se forja una nación".

50 Rafael Soto Paz: *La Falsa cubanidad de Saco, Luz y Del Monte*. La Habana, 1941.

51 Herminio Portell Vilá: *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos*. 4 tomos. La Habana, 1938-41.

cos norteamericanos. Desde tal punto de vista, la obra contiene un material que puede aprovecharse, a diferencia de los criterios del autor que son, aparentemente muy críticos frente a la política norteamericana pero que sulren de una superficialidad irremediable. La historiografía, al estilo que la ejerce Portell Vilá, dividiendo a los hombres en buenos y malos es de una vulgaridad antológica. Claro, Portell Vilá nunca se ha preguntado cómo y por qué siempre han gobernado en los Estados Unidos y en Cuba los "malos". Y como no sabe esto, tampoco nos puede decir cuando y cómo podrán comenzar a gobernar los "buenos" en los Estados Unidos.

Más recientemente, se publicó, en diez tomos la *Historia de la Nación Cubana*.⁵² En la cual se acumula gran cantidad de información y se introducen nuevos temas, como, por ejemplo, la historia del movimiento obrero a fines del siglo XIX. Esta obra no podía producir los resultados que debían esperarse de ella y esto se debe a su concepción y a la manera de realizarla. En primer término, se trata de una obra en que participan numerosos autores, cada uno de los cuales desarrolla un aspecto o período según sus criterios sin cuidarse de los demás; de ahí las visibles discrepancias entre las diversas aportaciones. Además, no tienen un plan general debidamente articulado, lo que agravó la desigualdad interna de la obra. En verdad, no es una obra general sino una recolección de monografías sincrónicamente ordenadas.

Todo esto quiere decir que no se realizó una obra general suficientemente satisfactoria hasta el momento de iniciarse la Revolución y que a esta corresponderá hacerlo. Sin embargo, en libros de texto se habían producido algunos valiosos como los de Ramiro Guerra⁵³ y el de

⁵² *Historia de la Nación Cubana*. 10 tomos. La Habana, 1952.

⁵³ Ver nota 44.

Fernando Portuondo,⁵⁴ que constituyen buenas guías en cuanto al pasado más lejano.

Durante estos años, aparecerán las dos primeras historias económicas. La obra de Friedlaender,⁵⁵ que se caracteriza por su gran desigualdad, pues algunos aspectos y período, como lo relativo a ideas económicas en el siglo XIX son muy bien tratados, con originalidad y documentación sólida, y otros, como lo relativo a los dos primeros siglos (XVI y XVII) está sustanciado en una forma muy somera, realmente insatisfactoria. *La Historia Económica* de Levi Marrero⁵⁶ que solamente abarca la etapa inicial (siglo XVI) no añade nada nuevo a lo ya conocido. El hecho que van interesando los temas económicos es también propio de este período. Aparecen obras como la historia del *Café* y la de la *Propiedad territorial* ambas por Pérez de la Riva;⁵⁷ algunas de cuyas formulaciones generales son francamente inadmisibles; también debe mencionarse la *Historia de la minería por Calvache*.⁵⁸

Al par que se publica la obra que resume toda la historiografía reaccionaria, cuyo autor es Raimundo Menocal,⁵⁹ están apareciendo los primeros exponentes de la historiografía marxista que no hemos de comentar especialmente salvo en lo que hace a la obra capital de Raúl Cerero Bonilla⁶⁰ y la de López Sánchez sobre Romay.⁶¹ Y no es que los demás trabajos ca-

⁵⁴ Fernando Portuondo: *Curso de Historia de Cuba*. La Habana, 1945.

⁵⁵ H. Friedlaender: *Historia económica de Cuba*. La Habana, 1944.

⁵⁶ Levi Marrero: *Historia económica de Cuba*. La Habana, 1956.

⁵⁷ Francisco Pérez de la Riva: *El Café, historia de su cultivo y explotación en Cuba*. La Habana, 1944.

⁵⁸ Antonio Calvache: *Historia y desarrollo de la minería en Cuba*. La Habana, 1944.

⁵⁹ Raimundo Menocal: *Origen y desarrollo del pensamiento cubano*. La Habana, 1945-47.

⁶⁰ Raúl Cerero Bonilla: *Azúcar y abolición*. La Habana, 1948.

⁶¹ José López Sánchez: *Vida y obra del sabio médico habanero Dr. Tomás Romay y Chacón*. La Habana, 1950; La Habana, 1965.

rezcan de importancia;⁶² pero, claro está, estos dos suponen un tratamiento más monográfico y extenso de algunos problemas importantes de la historia de Cuba.

Cerero Bonilla aborda en *Azúcar y Abolición*, el problema fundamental de las relaciones entre la clase terrateniente del siglo XIX y la abolición de la esclavitud, tanto en escala general como en el seno de la primera Revolución (1868-78). Con este objeto analiza el pensamiento de la aristocracia Azucarera de La Habana y sus representantes, así como el de los dirigentes de aquella Revolución. López Sánchez, en su biografía del médico Tomás Romay, analiza de un modo cumplido la gran transformación de Cuba por razón del desarrollo azucarero que se produce a fines del siglo XVIII hasta 1830, especialmente en el campo científico y filosófico.

La definición de los campos historiográficos por la aparición de libros definitivamente reaccionarios y otros definitivamente marxistas es una característica del período y constituye un fenómeno vinculado estrechamente al proceso de revisión iniciado en el período precedente. Se observa una relativa abundancia de trabajos sobre todos los momentos de nuestra historia, particularmente los que pretenden dar una nueva visión burguesa del pasado, sin casi utilizar fuente impresa o documental nueva sino aprovechando los materiales ya conocidos. Es en este grupo que cabe observar el carácter reiterativo de la historiografía que hemos señalado.

La historiografía ensayística tiene cierta importancia. Claro está que el nombre de ensayo es muy poco preciso, pero si tenemos en cuenta los trabajos que hemos de citar aquí, comprenderemos que se trata, en general, de especulaciones más o menos generales sobre la expe-

riencia histórica cubana. Podemos señalar en este aspecto el ensayo de Mañach⁶³ y el de Aguilar,⁶⁴ ambos sin especiales valores, dentro de las corrientes burguesas y, más bien, con un escepticismo subyacente que no representaba las reales fuerzas del pueblo cubano. Claro está que para un "intelectual" burgués o pequeño burgués mínimamente sensible, el escepticismo era una forma de escapar y, objetivamente, una declaración de incapacidad para superar la crisis republicana.

La historia de la actualidad, aún cuando se enriquece con muchos materiales políticos y económicos del momento, se muestra tan débil como en los períodos anteriores. Esto que se explica porque la acción a ocasiones dificulta la especulación, se amparaba bajo el principio de que lo actual no es apto para historiarlo, y requiere tiempo; pero el problema de la posibilidad de una historia al día no depende del puro transcurso del tiempo sino de lo que pueda decir el historiador. Esto es, el puro *perspectivismo* no tiene sentido si no lo ponemos en relación con la aptitud del historiador para ver la substancia histórica. Lo cierto es que la historia del período republicano no pasó del año 1914. Sin embargo, es posible escribir libros importantes sobre acontecimientos recientes como lo prueba el de Ricardo Adam Silva; *La Gran Mentira*.⁶⁵

Una mención especial debe hacerse del relato autobiográfico de Loló de la Torriente, *Mi casa en la tierra*⁶⁶ que pertenece a un género historiografía poco cultivado, sobre todo en relación con la República aunque no así con relación a la Revolución de 1895.

Respecto a la última mencionada debemos destacar la publicación de tres documentos su-

62 Carlos Rafael Rodríguez: "El Marxismo y Historia de Cuba", en Cuadernos de Historia de Cuba 1, pp. 3-24, La Habana, 1944.

Sergio Aguirre: "Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX", en Cuadernos de Historia de Cuba 1, pp. 25-47, La Habana, 1944.

63 Jorge Mañach: *La Nación y la formación histórica*. La Habana, 1943.

64 Luis Aguilar León: *Pasado y ambiente en el proceso cubano*. La Habana, 1957.

65 Ricardo Adam y Silva: *La gran Mentira*. La Habana 1947.

66 Loló de la Torriente: *Mi casa en la tierra*. La Habana, 1965.

mente importantes: el *Diario de Martí*,⁶⁷ El *Diario de Campaña* de Máximo Gómez,⁶⁸ que son del más subido interés; y las *Memorias* del General Piedra.⁶⁹

El tratamiento monográfico de la historia republicana no se caracteriza por su abundancia. Citaremos una monografía que intenta describir un acontecimiento muy importante: la obra de Portuondo sobre la sublevación de los independientes de color en 1912 es una aportación historiográfica que debe consultarse,⁷⁰ aun cuando se necesite más investigaciones para realizar un juicio crítico adecuado de aquel hecho. No tienen especial valor, las obras de Ulpiano Vega Cobiellas que, por su intención de ensalzar a Batista, mostrándole con un contenido social-popular que nunca tuvo, puede engañar a los estudiosos poco prevenidos de su carácter apologético.⁷¹

Aun cuando se desarrolló la actividad militante de los Congresos de Historia y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, aparecen pocos estudios sobre la política norteamericana en Cuba, salvo los diversos trabajos de E. Roig de Leuchsenring. Quizás lo más importante sea en este aspecto las obras de M. Márquez Sterling sobre La enmienda Platt y las conferencias del Shareham,⁷² que tienen un gran valor informativo. No hemos podido consultar la de Juan G. Borrero Pérez, titulada *La cubanía aniquilada por la Enmienda Platt*.⁷³

Aunque se refiere a problemas internaciona-

les más lejanos, la monografía de Franco⁷⁴ pertenece no solamente al movimiento de revisión sino que lo combina con un esforzado trabajo de archivo, que le da una perdurable calidad.

El cincuentenario de la República (1952) favoreció ciertamente la nueva toma de conciencia; pero su influencia no se refleja en libros u otras publicaciones. Entre los materiales publicados en esa oportunidad debemos mencionar el curso de la *Universidad del Aire* sobre la historia republicana⁷⁵ muchas de cuyas colaboraciones pueden leerse con provecho.

No debe olvidarse la publicación de algunas colecciones documentales. Los *Papeles de Maceo*⁷⁶ que contienen testimonios realmente importantes para la biografía del genial Líder; El *Archivo* de Gonzalo de Quesada⁷⁷ con mucho material importante para la historia de los años 1895-1910, constituyen fuentes que deben tenerse en cuenta. Entre las publicaciones de la Academia de la Historia deben mencionarse la obra de Rivero Muñiz sobre las sublevaciones de los vegueros.⁷⁸ Por otra parte, en la revista *Tabaco*, Rivero Muñiz publicó numerosos trabajos sobre el tabaco y su historia que hoy se editan en libro por el Instituto de Historia. Indiquemos que las colecciones publicadas por el Archivo Nacional tienen, en su conjunto, gran valor, aun cuando no responden a un principio sistemático.

Debemos subrayar que en las series o colecciones publicadas bajo la dirección de Fernando Ortiz, *Colección de libros cubanos*⁷⁹ y Emilio Roig de Leuchsenring, *Colección Histórica Cubana y Americana*⁸⁰ y *Cuadernos de Historia*

67 José Martí; *Diario de José Martí en Casa Haitiano a Dos Ríos*. La Habana, 1941.

68 Máximo Gómez; *Diario de Campaña del mayor general Máximo Gómez*. La Habana, 1940.

69 Manuel Piedra: *Mis primeros treinta años; Memorias*. La Habana, 1944, 2 tomos.

70 Serafín Portuondo Linares: *Los independientes de Color*. La Habana, 1950.

71 Ulpiano Vega Cobiellas: *La personalidad y la obra del general Fulgencio Batista y Zaldívar, Presidente de la República de Cuba*. La Habana, 1943.

72 Nuestra América y la Evolución de Cuba. La Habana, 1944. Batista y Cuba. Crónica Política y Realizaciones. La Habana, 1957.

73 Manuel Márquez Sterling: *Proceso histórico de la Enmienda Platt*. La Habana, 1937-41. Las conferencias del Shoreham. México, 1933.

74 Juan G. Borrero Pérez: *La Cubanía aniquilada por la Enmienda Platt*. Sancti-Spiritus, 1958.

74 José L. Franco: *Política continental americana de España en Cuba, 1812-1830*. La Habana, 1947.

75 *Cuadernos de la Universidad del Aire*. La Habana, enero a mayo de 1952.

76 *Papeles de Maceo*. Academia de la Historia de Cuba. La Habana, 1948. 2 t.

77 Gonzalo de Quesada y Aróstegui: *Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada)*. La Habana, 1933-1935, ts.

78 José Rivero Muñiz: *Las tres sediciones de los vegueros en el siglo XVIII*. La Habana, 1951.

79 *Colección de libros cubanos*. La Habana, 1927-1939, 42 ts.

80 *Colección Histórica Cubana y Americana*. La Habana, 1938-1961. 21 tomos.

Habanera.⁸¹ Aparecieron no solamente obras agotadas, sino también algunas inéditas y recopilaciones de obras completas de sumo valor para un estudio historiográfico de las grandes fuentes. Especialmente, debemos mencionar aquí las recopilaciones de trabajos sobre Varela,⁸² Martí,⁸³ el Papel Periódico,⁸⁴ y el Partido Revolucionario cubano de Martí,⁸⁵ en los cuales se muestra con bastante consecuencia el movimiento de revisión.

En esta etapa, la prensa se enriqueció con la colección de *Hoy*⁸⁶ y de las revistas *Fundamentos*⁸⁷ y *Dialéctica*,⁸⁸ editamos por el Partido Socialista Popular, que dan una información adecuada y con perspectiva crítica de todo lo que sucede hasta la dictadura de Batista. No debe olvidarse que algunas columnas fijadas en periódicos y revistas son útiles como los "Motivos Económicos" de Cepero Bonilla⁸⁹ y "En Cuba" que aparecía semanalmente en *Bohemia*.⁹⁰ Una buena parte de los materiales de la sección de Cepero se vertieron a su importante libro *Política Azucarera*⁹¹ que constituye una acusación muy bien documentada de la entrega de Cuba al imperialismo y a sus socios nacionales.

Claro está que en el aspecto económico las publicaciones son muchas; pero para ello remitimos a nuestro trabajo sobre la materia que está en vías de publicación. Sin duda, casi todos esos materiales son importantes para la comprensión del período.

81 Cuadernos de Historia Habanera. 75 títulos. La Habana, 1935-62.

82 "Vida y pensamiento de Varela", en Colección Histórica Cubana y Americana 5. La Habana, 1945.

83 "Vida y pensamiento de Martí", en Colección Histórica Cubana y Americana 4. La Habana, 1942; 2 tomos.

84 "El Sesquicentenario del Papel Periódico de La Habana, 1790-1940", en Cuadernos de Historia Habanera, No. 20; La Habana 1940.

85 "Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del P.R.C., 1892-1942", en Cuadernos de Historia Habanera, No. 22. La Habana, 1942.

86 Periódico Hoy. La Habana, 1938-1950; 1959-65.

87 Revista Fundamentos. La Habana, 1941-1961. Durante los años 1953 a 1958 su publicación fue clandestina.

88 Revista Dialéctica. La Habana, 1937-1948.

89 En el periódico Prensa Libre.

90 Sección "En Cuba", revista Bohemia.

91 Raúl Cerero Bonilla: Política azucarera 1952-1958. México 1958.

Consideraciones en torno a la obra de Emilio Roig de Leuchsenring, Ramiro Guerra y Fernando Ortiz.

Hemos de finalizar este recuento historiográfico con una consideración especial de las obras de los tres historiógrafos que encabezan esta sección. Ello se debe a que son los que han alcanzado no solamente en el orden interno sino también internacional un aprecio indudable. En cierto sentido la historiografía desde 1920 se apoya fundamentalmente en la producción de estos tres científicos, porque, además de copiosa, es de un manifiesto sentido nacional y dirigida al estudio de problemas básicos del desarrollo de nuestra sociedad. Los tres fueron prolíferos y han trabajado incesantemente durante más de cuarenta años, en instituciones, periódicos, revistas y cátedras. No fueron remisos a la actividad política, aunque su posición no coincidía y, a veces, disintían uno de otro en una forma muy definida; desde luego, no fueron, sino por breve período, hombres de partido.

La obra de Roig, de Guerra y de Ortiz es la de mayor influencia en la revisión cultural de Cuba que se produce hasta la Revolución Socialista. Quizás un día tengamos que convenir en que sus obras, aun cuando no se definieran como ideológicamente militantes, fueron el alimento que recibió la juventud que se incorporaba al movimiento marxista con un caudal de conocimientos científicos deducidos del trabajo de estos tres maestros y, al par, con un sentido crítico ejercitado en el manejo de sus obras.

Emilio Roig de Leuchsenring falleció en La Habana el 9 de agosto de 1964; tenía entonces más de setenta años, de los cuales unos cincuenta fueron dedicados a la lucha ideológica contra el imperialismo americano. Estudió Derecho en la Universidad de La Habana, y, en su primera etapa intelectual le interesaron el Derecho Internacional y la descripción de las costumbres. Su principal tribuna fue la prensa, aún cuando la labor más eficaz fue realizada

en la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, creada por él, hace más de 30 años en el Municipio de La Habana; junto con esto desarrolló activamente su trabajo en la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e internacionales, fundada en 1940, y en los Congresos Nacionales de Historia.

Emilio Roig de Leuchsenring fue un luchador incansable contra el intervencionismo imperialista. Desde 1912, siendo estudiante, comenzó a darse cuenta de lo que significaba para Cuba y América Latina el dominio económico y político de los EE.UU. En 1919 publica su estudio sobre la ocupación de la República Dominicana.⁹² Se observa en su obra la influencia de la concepción materialista y marxista de la historia; el conjunto de su obra es revolucionario, con un gran sentido nacional. Por otra parte, fue también el campeón del Estado cubano laico contra las pretensiones de dominación de la Iglesia y, cuando el mundo se vio sacudido por la violencia nazi, Roig de Leuchsenring libró combates públicos contra los fascistas de Cuba que se agrupaban en torno al periódico reaccionario *Diario de la Marina*, y al clero más antipopular, una parte del cual estaba vinculada al conservatismo español. No hubo campaña nacional y popular en la que no participara de alguna manera. Por eso, cuando la Revolución triunfó, Roig de Leuchsenring formó parte del grupo de viejos luchadores que la saludaron con entusiasmo y vieron en ella la reivindicación de los grandes intereses materiales y culturales de la nación.

La batalla librada por Emilio Roig de Leuchsenring contra la dominación yanqui se define cabalmente en su obra magna, que es la *Historia de la Enmienda Platt*.⁹³ Hay que subrayar la importancia de esta monografía que apareció posteriormente a la derogación de la En-

⁹² Emilio Roig de Leuchsenring: *La Ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidades de América*. La Habana, 1919.

⁹³ Emilio Roig de Leuchsenring: *Historia de la Enmienda Platt*. La Habana, 1935, 2 tomos.

mienda Platt y, por eso mismo, contribuyó a poner en claro los mecanismos de la dominación extranjera en Cuba, alertando al pueblo sobre la engañosa derogación. Desde luego, antes de que apareciera en forma de libro, esta historia había sido publicada en artículos y ensayos incluidos en revistas ilustradas como *Social* y *Carteles* que se editaron en La Habana durante los años 1920-1930 y en las cuales fue colaborador regular Emilio Roig de Leuchsenring. Fue un valioso instrumento de trabajo para el pensamiento progresista y patriótico. Posteriormente, Roig editó numerosos libros y folletos sobre el mismo tema, especialmente los que trataban de la lucha del pueblo cubano por su independencia durante el siglo XIX. A él se debe la tesis de la continuidad de la batalla del pueblo cubano por su independencia, pues considera como un proceso único las dos primeras revoluciones (1868-1878; 1895-1898), que agrupó bajo el nombre de "guerra de los treinta años".⁹⁴ Claro está que este pensamiento historiográfico tiene suma importancia aun cuando deba en el futuro ser objeto de una complementación que permita, al mismo tiempo, diferenciar ambas revoluciones desde el punto de vista de su origen social y de su programa. En conexión con estos temas de la historia política patriótica, Emilio Roig de Leuchsenring llevó una campaña permanente contra la propaganda anti-nacional que atribuía a los imperialistas "generosos" la independencia de Cuba y exigían del pueblo cubano una "gratitud" eterna; como esas eran las ideas básicas de toda una serie de discursos, de artículos de periódicos, de folletos, de libros que trataban de debilitar la tradición cubana y de desnacionalizar el pensamiento de las generaciones jóvenes entre 1902 y 1920, la actividad de Roig en este aspecto cobra un alto interés. Conservaba Roig vivo el amor por la historia verdadera del pueblo cubano y ponía al descubierto quiénes eran

⁹⁴ Emilio Roig de Leuchsenring: *La Guerra libertadora cubana de los treinta años, 1868-1898*. La Habana, 1952.

en Cuba los sometidos y los aliados del imperialismo o los influenciados por éste.

En este sentido nacional, de rescate del pasado positivo, los Congresos Nacionales de Historia fueron un instrumento muy útil. En primer lugar, porque propiciaron las polémicas en que se intentaba discutir los problemas historiográficos, pues no había en Cuba entonces otro lugar donde hacerlo. Por otra parte, los Congresos se propusieron, en muchos casos con éxito, revalorizar la historia de Cuba, poniendo en evidencia los errores y, en su caso, la mala fe de historiadores antiguos y modernos. Numerosísimos maestros durante los veinte años en que se celebraron los Congresos de Historia se inspiraron en sus conclusiones y debates para transmitir a los jóvenes alumnos nuevos juicios y nuevos datos sobre los hechos capitales de la historia cubana. Finalmente los Congresos de Historia realizaban una paralela actividad política, pues en todos ellos se adoptan acuerdos sobre los problemas internacionales más importantes (el fascismo, la guerra, etc.). En este sentido fueron tribuna progresista. Al frente de ellos Roig siempre mantuvo una actividad extraordinaria, un esfuerzo ejemplar. Claro está que los Congresos no carecieron de aspectos en los que hubieran podido mejorarse sus resultados; pero también debe tenerse en cuenta las condiciones en que tenía que realizarse el trabajo científico en la época de la dominación imperialista. Sin embargo, su saldo positivo solamente podrá ser superado dentro de unos años cuando el movimiento científico histórico fortalecido por la experiencia revolucionaria y por la adecuada maduración de jóvenes marxistas traiga la savia nueva de la investigación documental.

Aunque con una perspectiva más limitada, la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana jugó un papel muy importante en el interés por la historiografía. No solamente fue el primer caso en que se creó y organizó tal tipo de Oficina, sino, sobre todo, llamó la atención de los estudiosos sobre la riqueza docu-

mental que contiene las Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana conservados desde el siglo XVI; la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, por la atracción que ejercieron sus actividades y por la publicación de los tres tomos de *Actas capitulares del Ayuntamiento de La Habana*,⁹⁵ favoreció el conocimiento de la historia colonial más antigua. Y, en general, su trabajo estimuló la creación en todo el país de los cargos de Historiador Municipal. Por otra parte, la Oficina publicó numerosos libros fundamentalmente en dos series: *Colección Histórica cubana y Americana*, y *Cuadernos de Historia Habanera*, en los que se reproducían algunas obras del siglo pasado y se daban a conocer muchos de los trabajos realizados por los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, entre los cuales hay valiosos ensayos; también incluyen tomos completos dedicados a un tema (Papel Periódico, Martí, Varela, etc.) que constituyen un resumen valioso de lo que el pensamiento historiográfico había logrado hasta los años 1940-1950. No siempre en esas colaboraciones múltiples los trabajos tienen igual significación y valor.

Finalmente, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales fue fundada en 1940, por la iniciativa de Emilio Roig de Leuchsenring, Fernando Ortiz y una serie de estudiosos que sentían la necesidad de crear un centro de discusión libre y progresista. En su tiempo y, sobre todo, en sus primeros diez años, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales jugó un papel importante en la lucha de ideas entabladas en Cuba frente al fascismo y a la guerra imperialista y contra la reacción. Bajo su nombre aparecieron numerosos documentos sobre los problemas internacionales. En los actos por ella organizados, por sea, en los Congresos de Historia y en sesiones de conferencias, había por lo general, una actitud liberal y patriótica que contribuía a man-

⁹⁵ Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana. 3 tomos. La Habana, 1937-46.

tener vivo el espíritu nacional del pueblo cubano. Si fuera dable caracterizar esta obra tan variada diríamos que Emilio Roig de Leuchsenring, representa la tradición historiográfica heroica de fines del siglo pasado con elementos nuevos resultantes de la necesaria lucha contra el colonialismo yanqui.

Ramiro Guerra vive actualmente en La Habana, retirado de todas las actividades científicas. Su edad pasa de los 80 años. De origen campesino, y concretamente nativo del sur agrícola de la provincia de La Habana, Ramiro Guerra ha conservado, en su personal preferencia, un gran amor por la buena tierra cubana que tanto fruto ha dado y puede dar. Allí, junto a los plantíos que desde hace dos siglos su familia, una larga familia campesina, trabajaba en la condición de pequeños propietarios y de arrendatarios, pasó su niñez y su adolescencia, presenciando la devastación resultante de la guerra de independencia de 1895-1898. La experiencia de esos años dejó honda huella en su memoria, mientras, por otra parte el cambio político que representó el proceso de instauración de la república, le abrió algunas perspectivas a su espíritu de trabajo y a su inteligencia. Necesitábanse maestros, pues la dominación colonial española había mantenido a Cuba en una extraordinaria carencia de enseñanza. Ramiro Guerra a quien la historia de esos años había conmovido, y que había logrado por su exclusivo esfuerzo juvenil iniciar sus estudios, se enroló en el movimiento para la preparación urgente de maestros que organizó en Cuba el pedagogo norteamericano Frye. Comenzó en 1900 esa carrera que sería su principal actividad hasta 1927. Con el transcurso de los primeros años de la República, no solamente adquirió grandes conocimientos técnicos y teóricos de la Pedagogía sino que empezó a interesarse en los problemas históricos. Durante ese período Ramiro Guerra adquirió los fundamentos de su pericia historiográfica, aun cuando los cargos cada vez más altos que ocupaba en la enseñanza le exigían una dedicación par-

ticular a las cuestiones pedagógicas y docentes. Sin embargo, en 1921 ya daba a luz su primer trabajo.

La publicación del primer tomo de la *Historia de Cuba* representará a medida que pasa el tiempo, un acontecimiento notable en la historiografía cubana. Y no solamente porque se trata de una obra de largo aliento que, infortunadamente quedó reducida a dos tomos que abarcan solamente hasta 1607, sino también porque incorpora a la bibliografía de Cuba los resultados de numerosos trabajos históricos sobre el descubrimiento, la conquista y la colonización de América posteriores a 1900 y especialmente porque usa de un modo muy fructífero las colecciones de documentos inéditos publicados en España desde mediados del siglo XIX. Desde este punto de vista es la primera obra en su género publicada en Cuba; representa el primer esfuerzo logrado a través de una técnica investigativa moderna. Debe recordarse aquí que los grandes problemas historiográficos del descubrimiento y la conquista no se habían vuelto a tratar desde los años 1890-94 en que, con motivo del Centenario del gran viaje de Colón, Sanguily especialmente y otros escritores cubanos discutieron públicamente y divulgaron algunos de los más importantes trabajos historiográficos europeos. En un país, como Cuba, sometido progresivamente a la dominación imperialista, por la debilidad de las bibliotecas públicas, generalmente dotadas de muy pocos recursos, la difusión y el debate de las obras recientes era uno de los servicios más importantes que podía hacer un investigador. Eso hizo, y más aún, Ramiro Guerra. Por entonces, ocupó una cátedra de Historia en la Universidad, en cuyo desempeño solamente trabajó unos pocos años.

En el camino de sus investigaciones, Ramiro Guerra necesitó estudiar la colonización inglesa, lo que el reveló uno de los aspectos básicos de la historia de Cuba más antigua, o sea, el hecho que Cuba no se transformó en ningún momento en una típica plantación aun cuando

su desarrollo se basaba en la industria azucarera que en otras tierras antillanas fue el pilar de una organización plantacional. Lógicamente, se vio conducido a observar que hubo una clase de terratenientes nativos de Cuba, cuya presencia define la posibilidad de un desarrollo nacional. Estos puntos básicos se aunan con la experiencia general cubana de los años 1920-25, dentro de la cual Ramiro Guerra, como observador inteligente, alcanza a comprender algunos problemas esenciales del desarrollo más reciente de Cuba.

De esta conjunción de elementos, surge la obra más conocida de Ramiro Guerra titulada *Azúcar y Población en las Antillas*. No olvidemos, en todo caso, que los años 1917 a 1923 constituyen un período en que se producen las nuevas condiciones del movimiento nacional que se desatará como una nueva ola después de 1923, con la participación de grupos de la burguesía más progresista y de la pequeña burguesía y el proletariado más radicales. Hay, a nuestro modo de ver, una estrecha relación entre ese proceso nacional y la obra de Guerra que los años transcurridos hacen aparecer como una alerta para la burguesía nacional entonces en acelerado proceso de naufragio. Claro está, que aquella burguesía por su propia debilidad y porque la crisis planteaba desde entonces la posibilidad de un movimiento revolucionario popular al cual ella le temía, no escuchó la voz de Ramiro Guerra. Hasta 1937-38 no se realizaron algunas de las medidas que Ramiro Guerra propuso 10 años antes para defender y fortalecer a los terratenientes medios y pequeños cubanos. Pero 10 años en un país cuya estructura económica entró en una crisis cada vez más profunda desde 1920-21, era mucho esperar y por esta razón era tarde para darle a la burguesía cubana los medios y la oportunidad para librarse de un desastre.

Sin embargo, el libro de Guerra fue transcendental. En primer término porque estudió por primera vez el problema del latifundio, y, por ende, en cierto sentido, dio armas valiosas al

pensamiento nacional contra el imperialismo. Además, planteó la necesidad de aplicar una política agraria, aún cuando solamente proponía que se detuviera el crecimiento del latifundio que, por otra parte, el autor consideraba como una forma económica que ya no crecería más. Finalmente, la obra de Guerra sirvió de gran estímulo para la discusión de los problemas básicos de la estructura económica semi-colonial de Cuba. Lo que hasta entonces había sido objeto de simples artículos o de referencias en obras generales, pasó a ser un tema de estudio y de discusión abierta sobre bases de información histórica y estadística iniciadas por Ramiro Guerra. El hecho que muchos de los jóvenes de entonces leyeran y estudiaran esta obra, aun cuando disintieran de ella, sobre todo en sus capítulos finales, es suficientemente ilustrativo de su gran significación historiográfica y política.

Alejado de Cuba, después de 1933, Ramiro Guerra se dedicó durante algunos años a los problemas de la industria azucarera, en su doble condición de investigador y de funcionario de la Asociación Nacional de Hacendados. Pero, además, dio a luz una obra que debe ser considerada como una de las páginas más notables en la historiografía cubana. En efecto, el libro *La Expansión territorial de los Estados Unidos*⁹⁶ constituye uno de los estudios más claros sobre el proceso de formación del poderío norteamericano a expensas de México y de España. Analiza el período en que se forman las bases sobre las cuales se alzaría el imperialismo del siglo XX. Viene a ser, una sólida introducción al estudio de la dominación norteamericana en Cuba y se complementa con los trabajos que, por otra vía y con criterio político diferente, realizó Emilio Roig de Leuchsenring en relación con las aspiraciones de los Estados Unidos a dominar a Cuba antes de 1880.

Como resultado de sus trabajos en la industria azucarera apareció el libro titulado *La in-*

⁹⁶ Ramiro Guerra y Sánchez: *La Expansión territorial de los Estados Unidos*. La Habana, 1935.

dustria Azucarera,⁹⁷ que constituye aún hoy una valiosa fuente de información descriptiva de la industria, así como de sus problemas característicos con anterioridad a 1940. No tiene parejo valor la obra titulada *Filosofía de la producción cubana*,⁹⁸ que, por momentos, parece aceptar todo lo que había sucedido en el campo de la economía de Cuba desde 1899. Del conjunto de sus obras, esta es la que menos trascendencia ha tenido.

En los últimos años Ramiro Guerra volvió a tomar los temas puramente históricos. Por un lado, publicó el *Manual de Historia de Cuba*,⁹⁹ que abarca solamente hasta 1867, pero que ha constituido la mejor guía posible para los estudiantes y profesores, por la abundancia de su información, la extensión de los aspectos que trata y la interpretación científica concreta que da a numerosos momentos de nuestro pasado. Posteriormente, Guerra estudió la revolución de 1868-73, publicando dos tomos, de los cuales sin duda el primero constituye un magnífico aporte a la historiografía cubana por el tratamiento que da a las cuestiones básicas del medio social en que se forman los principales caudillos revolucionarios de Oriente y Camagüey.¹⁰⁰

Las últimas obras históricas constituyen una variación tanto en la forma del relato como en el relato mismo. Sin duda, *Mudos Testigos*¹⁰¹ que relata la historia de un cafetal vinculado a la familia del autor durante más de un siglo es una contribución importante para la comprensión de las etapas que caracterizan la situación agraria del país así como de las causas y consecuencias de sus manifestaciones. Es, además, un ejemplo de la prosa sobria y exacta

⁹⁷ Ramiro Guerra y Sánchez: *La industria azucarera de Cuba*. La Habana, 1940.

⁹⁸ Ramiro Guerra y Sánchez: *Filosofía de la producción cubana* (agrícola e industrial). La Habana, 1944.

⁹⁹ Ramiro Guerra y Sánchez: *Manual de Historia de Cuba*. La Habana, 1938 y 1962.

¹⁰⁰ Ramiro Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años, 1863-1878*. La Habana, 1950-52; 2 tomos.

¹⁰¹ Ramiro Guerra y Sánchez: *Mudos testigos; crónica del ex cafetal "Jesús Nazareno"*. La Habana, 1948.

del autor para el cual los problemas más difíciles deben y pueden exponerse con claridad. Aunque coincide en el tema de la anterior, la obra *Por las veredas del pasado*,¹⁰² es un relato autobiográfico de la familia y de las experiencias del autor. Como testimonio especialmente de la situación que caracteriza el tránsito de la colonia española a la República (1898-1902) es importante. Al leer estas obras de Guerra, y sobre todo si se relacionan con *Azúcar y Población en las Antillas*, observamos que su interés y su amor por la tierra es una constante actitud de su pensamiento y de su vida y nos vemos como llevados de la mano a recordar al Conde de Pozos Dulces de cuya pluma salieron, como de la de Ramiro Guerra, muy importantes trabajos científicos y, al par, hermosas y emocionadas descripciones de la campaña cubana.

La obra de Fernando Ortiz se caracteriza por su variedad. Representa la tradición enciclopédica dentro del campo de las humanidades, lo que hace sumamente difícil caracterizar la totalidad de su valiosa producción científica. Ortiz ha publicado trabajos muy importantes de Derecho Penal, de Psicología Social, de Etnología, de Antropología, de Arqueología, de Historia, de Filología, formando un conjunto que abarca unos veinte volúmenes y cientos de artículos y ensayos editados en revistas o como prólogos de libros. Fue director de la edición de dos colecciones muy valiosas, *La Colección de Libros Cubanos Inéditos o Raros*¹⁰³ y la *Colección de Libros Cubanos*. Ocupó cargos en la administración de justicia, en el servicio consular, en la Universidad de La Habana, fue elegido representante a la Cámara por el Partido Liberal (1915-1921), ejerció la profesión de abogado durante gran parte de su vida, presidió la Sociedad Económica de Amigos del País, durante muchos años, dirigió la *Revista Bimes-*

¹⁰² Ramiro Guerra y Sánchez: *Por las veredas del pasado, 1880-1902*. La Habana, 1957.

¹⁰³ *Colección Cubana de libros y documentos inéditos o raros*. La Habana, 1913-1932. 10 tomos.

tre Cubana editada por esa Sociedad, fundó y dirigió la institución Hispano Cubana de Cultura y editó la revista *Ultra*,¹⁰⁴ participó en la fundación de numerosas Sociedades como la de Estudios Afrocubanos, el Instituto de Estudios Afroamericanos en México, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Fue uno de los fundadores del movimiento Por la Escuela Cubana en Cuba Libre para enfrentarse al fascismo y a la reacción; presidió la Sociedad de Amistad Cubano-Soviética y en general, prestó su apoyo a numerosas iniciativas públicas, cívicas y científicas. Como puede apreciarse se trata de una vida muy activa que unió no solamente los más variados intereses científicos sino también una gran suma de experiencias prácticas en diversos campos.

Aún cuando hay un fondo unitario en toda la obra de Ortiz, pues, en todo caso, le han interesado las formas y los mecanismos del comportamiento social, pueden señalarse algunas etapas a diferencias que responden por lo general, a la presencia de nuevos elementos teóricos y prácticos. Puede afirmarse que le interesaron los problemas de derecho penal, dentro de la orientación positivista de Lombroso y, particularmente, de Ferri al cual le unieron vínculos de amistad y de simpatía científica; pero dentro de este mismo campo, se desvió hacia ciertos aspectos de la etnología, lo cual explica la publicación de sus libros sobre *Los Negros Brujos*¹⁰⁵ y *Los Negros Esclavos*,¹⁰⁶ anteriores a 1920, así como sus trabajos sobre *Los negros Curros*.¹⁰⁷ La íntima relación entre esas investigaciones y sus estudios sociopenales se revela por el hecho de que las preside el concepto de la "mala vida", entendida como existencia marginal o antisocial.

104 Revista *Ultra*. La Habana, 1936-1947. 19 Vols.

105 Fernando Ortiz: *Hampa afro-cubana. Los Negros Brujos*. Madrid, 1905.

106 Fernando Ortiz: *Hampa afro-cubana. Los Negros esclavos*. La Habana, 1916.

107 Fernando Ortiz: "Los Negros curros. Estudio de etnografía, folklore y criminología". *Archivos del folklore cubano*, Vol. II, No. 3 de 1926. Vol. II, No. 4 de 1926. Vol. III, No. I de 1928. Vol. 2 de 1928. Vol. III, No. 3 de 1928 y Vol. III, No. 4, de 1928.

Estas obras anuncian ya su indudable preferencia por los temas de etnología afro-cubana; por otro lado, en un medio social discriminatorio y en decadencia científica como el de Cuba entre 1902, sus libros constituyen una gran novedad e inician el estudio de algunos problemas nacionales básicos.

No es menos importante subrayar que el positivismo juega un papel progresista en ciertas sociedades americanas, incitando al estudio sistemático y documentado de los problemas. Saber hasta qué punto ello es correcto para Cuba depende del trabajo investigativo que sobre el tema se realice en el futuro; pero la experiencia general de América nos permite afirmarlo desde ahora, a lo menos, como hipótesis de trabajo.

La crisis de la República que se hace más patente y aguda después de 1917, plantea problemas que Ortiz examina en su folleto nutrido de sugerencias *La Crisis política cubana: sus causas y remedios*,¹⁰⁸ en el cual se analizan sintéticamente pero con precisión casi todos los elementos que forman el cuadro de la situación semi-colonial de Cuba y se proponen reformas que implican el establecimiento de una verdadera democracia burguesa. Subrayemos que Ortiz habla, por ejemplo, de la necesidad de una reforma agraria. Este documento coincide con el inicio de su retirada de la vida política al uso de entonces; a ello contribuiría, en gran medida, el brusco deterioro del Partido Liberal que abandona las escasas posiciones democráticas que había mantenido para sumarse al carro de la "colaboración", pagada es claro, con el Gobierno Conservador a la sazón en el poder. En 1923, Ortiz inicia el movimiento de la Junta de Renovación Cívica que se disolvería rápidamente y en 1925 disentería de la política del Partido Liberal que llega al poder con Gerardo Machado. Después de 1930, al exilarse en Cuba, su actividad política trascendería del marco de los partidos y grupos, para asentarse sobre

108 Fernando Ortiz: *La Crisis política cubana: sus causas y remedios*; La Habana, 1940. 1920.

bases más amplias. Como interesante anticipación, señalemos que Ortiz en un manifiesto que publica el año 1930, propugna por la recuperación de las fortunas hechas con fraude por los cómplices y amigos del dictador Machado.

Durante este proceso, se produce, asimismo, el abandono de su interés por el derecho penal, que había culminado en la elaboración de un *Código Criminal* de carácter positivista.¹⁰⁹ Este cambio supone su dedicación al más vasto campo de la Etnología, la Antropología y la Historia, de un modo tan integral que todas sus obras contienen entrelazados ricos elementos de esas disciplinas.

Por eso, en 1940 aparece el *Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar*,¹¹⁰ obra que encierra cuantiosas calidades. En primer lugar, por el gran resumen de problemas cubanos que encierran en su primera parte, que es, por otro lado, obra de gran aliento literario. En segundo lugar, porque los capítulos que componen la segunda parte además de los datos y juicios que aportan constituyen una magnífica incitación a las investigaciones sobre la historia del azúcar y del tabaco en Cuba y en sus relaciones con el mundo. En el prólogo a esta obra Bronislaw Malinowski pretende incorporar a Ortiz a la tendencia antropológica funcionalista; pero este juicio no debe ocultarnos que las coincidencias de Ortiz con aquella tendencia son resultados de la acumulación de elementos muy diversos sobre un fundamento positivista y no de una toma de posición sistemática.

Claro está que Ortiz supera, en cierto sentido, el positivismo en que se había formado. Y esto no es un azar sino influencia de lecturas y de contactos con orientaciones modernas entre las cuales debe mencionarse el materialismo histórico. Por otra parte, tal superación quizás sea también resultado de la orientación general del positivismo humanístico que predomina tam-

¹⁰⁹ Fernando Ortiz: *Proyecto oficial del Código Criminal cubano*. La Habana, 1926.

¹¹⁰ Ver nota 75.

bién, por ejemplo, en Varona y de la escasa influencia del positivismo naturalista en la cultura cubana.

A partir de esa obra, Ortiz preferirá retomar los temas etnológicos ya con un sentido más amplio y más profundo; en vez de ver estos fenómenos como algo marginal, como "mala vida", los examina y enjuicia como espectos básicos del comportamiento social cubano, dentro del cual es posible descubrir causas, matices e influencias. Muchas de las líneas de investigación que se desarrollan ahora, están como en germen en los comentarios del *Glosario de Afronegrismo*¹¹¹ y del *Cataura de cubanismos*.¹¹²

La guerra fascista plantea en el mundo muy serios problemas y uno de ellos es el de la raza. Desviándose de sus temas cubanos, pero aprovechando los cuantiosos materiales que había reunido para ellos, Ortiz publica *El engaño de las razas*¹¹³ en el cual resume de un modo muy claro lo mejor de las investigaciones recientes sobre el tema así como su propia meditación. Aun cuando anterior a numerosos libros sobre la etnología afrocubana, pudiera decirse que este condensa el objetivo de su vida de investigador, pues plantea la necesidad de echar por la borda el concepto de raza y de estudiar las cuestiones con él relacionadas con objetividad científica. O, para decirlo en otras palabras, la obra de Ortiz se manifiesta como una manera de pelear contra la discriminación racial.

A partir de esta obra, aparecen varias de tipo etnológico. Una de ellas, que se caracteriza por el empleo del método comparativo es *El Huracán*¹¹⁴ cuyas tesis fundamentales representan un esforzado intento de darle contenido real y originario a ciertas manifestaciones de los pueblos primitivos que algunos suponen exclusivamente

¹¹¹ Fernando Ortiz: *Glosario de afronegrismos*. La Habana, 1924.

¹¹² Fernando Ortiz: *Un Catauro de cubanismos; apuntes lexicográficos*. La Habana, 1923.

¹¹³ Fernando Ortiz: *El Engaño de las razas*. La Habana, 1945.

¹¹⁴ Fernando Ortiz: *El Huracán, su mitología y su símbolo*. México, 1947.

artísticas. Por otra parte, esta idea central responde a un criterio permanente en la obra de Ortiz: en las sociedades menos desarrolladas, nada surge sino es en función de la realidad social o natural. Que la aplicación de esta regla, permítase llamarla así, pueda en ciertos casos ser discutida o que las conclusiones a que llega Ortiz no satisfagan a otros investigadores, no le resta importancia a la actitud científica que ella implica. Igualmente discutida es la obra sobre *Las Cuatro Culturas Indias de Cuba*,¹¹⁵ que viene a ser con el Prólogo a la obra de Harrington¹¹⁶ el resultado de todos los trabajos realizados por Ortiz en el campo de la arqueología. Es cuando menos y al igual que todas las obras del autor, una magnífica incitación a proseguir las investigaciones y el debate sobre el pasado indígena de Cuba, todavía hoy insuficientemente trabajado por la ciencia.

Un grupo singular, que se destaca por su coherencia y la riqueza de información y de interpretación está constituido por las obras: *Los Bailes y el Teatro*,¹¹⁷ y *Los Instrumentos*,¹¹⁸ ésta última en cinco volúmenes. Constituyen una serie profundamente unitaria a la que sería preciso reunir los trabajos sobre la *poesía mu-*

115 Fernando Ortiz: *Las Cuatro culturas indias de Cuba*. La Habana, 1942.

116 Prefacio a Harrington, M. R.: *Cuba antes de Colón*. T. I. La Habana, 1935. Colección de Libros Cubanos.

117 Fernando Ortiz: *Los Bailes y el Teatro de los negros en el folklore de Cuba*. La Habana, 1951.

118 Fernando Ortiz: *Los Instrumentos de la música afrocubana*. La Habana, 5 ts. 1952-55.

lata, infortunadamente no continuados; de este modo, se tiene un cuadro completo de lo que aporta el negro a la cultura cubana, contribución que, sin duda, da a esta su vigorosa personalidad. Deberíamos mencionar aquí numerosos artículos y ensayos dispersos sobre sectas, asociaciones secretas y otras manifestaciones de la vida afrocubana; pero ello extendería, sobremanera, este breve comentario. Basta señalar que ellos deben ser tenidos en cuenta para conocer completamente su vasta labor etnológica.

Como remate, la última obra publicada *Historia de una pelea cubana contra los demonios*,¹¹⁹ es también el resumen de una investigación realizada a lo largo de muchos años sobre la historia social de las creencias religiosas. Un episodio histórico sucedido en San Juan de los Remedios a fines del siglo XVI le sirve de marco a Ortiz para probar que los europeos trajeron a la América tantas supersticiones como pudieron traer los africanos. Esta tesis es un tiro directo contra esa historiografía que pone a la religión como una de las grandes contribuciones de los europeos a la formación de la América mestiza. Por cierto que en este libro se pone de relieve un parentesco, quizás simple apariencia resultante de la comunidad de temas y del tratamiento irónico de los temas, de la obra de Ortiz con los grandes escritores franceses del siglo XVIII, lo cual no es de extrañar, pues él ha tenido siempre una especial predilección por la "ilustración".

119 Fernando Ortiz: *Historia de una pelea cubana contra los demonios*. La Habana, 1959.

SERVIDUMBRE Y PEONAJE*

por Luis Chávez Orozco

Cuando Cortés, dominada ya la resistencia de Tenoxtilán, se puso a trazar las primeras bases de la explotación de los vencidos, no hizo otra cosa que poner en práctica las ideas imperantes en Cuba cuando salió de ella con su armada, es decir, que estableció la encomienda, institución que tenía por fundamento "el derecho concedido por merced real a los beneméritos de las Indias para percibir y cobrar para sí los tributos de los indios con cargo de cuidar del bien de los indios en lo espiritual y temporal y de habilitar y defender las provincias donde fueron encomendados y hacer de cumplir todo esto homenaje o juramento particular".

La medida adoptada por Cortés fue reprobada en suma vehemencia por Carlos V. El Emperador sabía que la encomienda no había servido en las Antillas para otra cosa que para aniquilar a los indios "por el mal tratamiento que les han dado", y así ordenó que los de la Nueva España vivieran libres "como nuestros vasallos viven en estos nuestros reinos de Castilla" y "sin más carga que la paga del tributo", "en reconocimiento del señorío y servicio que como nuestros súbditos y vasallos nos deben".

Cortés, que sabía que "los españoles (de América) no tienen otros géneros de provecho, ni por la ayuda que de los naturales reciben", acató la orden de Carlos V, pero no la obedeció. Para Cortés, el cumplimiento de las órde-

nés soberanas quería decir que las tierras por él y los suyos con tanto trabajo conquistadas, habrían de quedar desamparadas, y no había para que correr ese riesgo, sobretodo si se tenía en cuenta que, "la manera y orden que yo he dado en el servicio de estos indios a los españoles es tal, que por ello no se espera que vendrían en disminución ni consumimiento, como han hecho los de las islas que hasta ahora se han poblado en estas partes; porque como há veinte años que yo en ellas residí, y tengo experiencia de los daños que se han hecho y de las causas de ellos, tengo mucha vigilancia en guardarme de aquel camino y guiar las cosas por otro muy contrario; porque se me figura que me sería a mí mayor culpa, conociendo aquellos yerros, seguirlos".

El punto de vista de Cortés no sería justo, pero cuando menos era el más viable. En efecto, si en algún país la encomienda podía prosperar, era precisamente en la Nueva España, algunos de cuyos habitantes se desarrollaban, desde antes de la llegada de los españoles, dentro de un régimen de producción feudal.

En efecto, al lado del macehual, perteneciente al calpulli comunal, existían los mayeques que, según Zurita, eran "labradores que están en tierra ajena", que no podían abandonar, sujetos al señorío de los nobles propietarios. "Estos (mayeques) —dice Zurita— no tributan al señor supremo (es decir, al Tlacatecuhtli) ni a otros, sino era al señor de las tierras... ni acudían a las sementeras que se hacían de co-

* Publicamos dos trabajos de Chávez Orozco, escritos hace más de veinte años, por considerar que, constituyen uno de los antecedentes más brillantes de la historiografía marxista contemporánea en México.

mún (por los macehuales en los calpullis); porque en lugar del tributo que al señor debían, daban al señor de las tierras que labraban lo que está dicho, y las tenían y nombraban por suyas, porque tenían el dominio útil y los dueños del directo. Y esto, agrega Zurita, es de tiempo inmemorial y de consentimiento de los señores supremos; y a éstos acudían a servir solamente en tiempo de guerra, porque entonces ninguno había excusado, y tenían sobre ellos la jurisdicción civil y criminal".

Así como la institución del ejido no tropezó con ninguna resistencia por parte de los indígenas, que veían en ella una perpetuación del primitivo régimen comunal del calpulli, tampoco la encomienda constituiría para ellos ninguna novedad, supuesto que tenía una gran semejanza con el sistema de tributación de los mayeques.

¿La encomienda era una institución genuinamente feudal?

Según Solórzano y Pereyra, las encomiendas se asemejaban a los feudos "en el origen de su introducción, en el modo y derecho de gozar, en la prohibición de no enajenar, en la necesidad de restituir, y de acudir al servicio militar del señor del directo dominio". No de otro modo podría explicarse que en el Perú se llamase "feudatarios" a los encomenderos.

El origen de la encomienda puede equipararse, en cierta forma, con el del feudo español, pues una y otra instituciones surgieron de la misma fuente, es a saber, de la entrega que hacía el soberano a los nobles de las tierras por éstos conquistadas, "para que las guardasen, y sacasen de ellas honesto sustento para sí y sus descendientes, manteniendo los vasallos que se les repartían en paz y justicia, pues las constituían por sus patronos y defensores, y quedando juntamente obligados a reconocer el directo dominio de los señores de quien recibían estas tierras y de acudir a su servicio y defensa, siempre que para ello fuesen llamados, y haciendo en orden a todo lo referido especial

juramento que llamaban de fidelidad y homenaje".

En efecto, el encomendero novo-hispano, como los señores feudales de la Edad Media, prometía y juraba al Rey fidelidad, especial servicio y vasallaje, "por la merced que le hacía" y estar presto y pronto con armas y caballo, para militar y pelear por él contra cualquier enemigo, siempre que para ello fuese llamado, y cuidar, cuando en sí fuere, de la defensa del reino; en especial de la provincia donde cae la encomienda".

Sin embargo, diferenciábase legalmente la encomienda del feudo por varios conceptos. En primer lugar porque los encomendados eran vasallos del rey y no del encomendero: "la propiedad de los indios, y aun de los mismos tributos y todo su universal dominio, jurisdicción y vasallaje, y el congregarlos en pueblos y reducciones, y hacer leyes, ordenanzas y tasas para ellos, todo ha quedado y queda incorporado en la persona y corona real". Por otra parte, la corona no sólo negó a los encomenderos por espíritu de regalismo (tan desarrollado a la sazón en España) la jurisdicción propiamente señorial, sino que no permitía que tuvieran autoridad como corregidores o delegados en sus distritos, porque precisamente las autoridades o justicias reales eran las que quedaban para traer la justicia entre encomenderos e indios. Además, el indio encomendado, cuando menos decir, donde le pluguiese, prerrogativa que no en teoría, podía vivir "como persona libre", es disfrutaba el siervo.

Pero lo que más contribuía a diferenciar la encomienda de la servidumbre propiamente dicha, era que el indio estaba exento de los servicios personales y disfrutaba del privilegio de poder litigar contra su amo.

En América se llamaban "servicios personales" cualesquier aprovechamientos que se pretendiese sacar del trabajo, obras y servicio de los indios "para la labranza, o crianza (de animales), edificios de casas, labores de minas,

cargas, tragines, obras”, y más particularmente al “apremio y sujeción en que pretenden ponerlos y tenerlos sus encomenderos sirviéndose de ellos a toda su voluntad”.

Por más que los encomenderos españoles sostenían, con grande encarecimiento, la precisa necesidad de permitir los servicios personales de los indios, “que son flojos, holgazanes e ingratos”, la corona española los prohibía, apoyándose en la sentencia de Casidoro que dice: “que ninguna injusticia hay mayor que pretender hacerse rico con el afán o tenuidad de mendigo y aumentar sus caudales con el daño de los pobres y miserables”.

Sin embargo, la legislación sobre los servicios personales es sumamente confusa, y no acierta unio a sacar en limpio de la enmarañada legislación sobre la materia, otra cosa que la convicción de que unas veces se toleraban, otras se prohibían terminantemente y otras se aprobaban expreso en las reales cédulas. Es que la política metropolitana se ejercía dentro de una serie de contradicciones determinadas por la oposición de la economía de la Península frente a la de las colonias.

En efecto, dondequiera que la producción servil no perjudicara los intereses económicos de la península, se toleraba, como por ejemplo, en la agricultura. Así los yanacunas del Perú, que no eran otra cosa que meros siervos destinados al “solo particular aprovechamiento y comodidad de los españoles”, circunvalados como estaban a las “chacaras” (haciendas) de sus amos, por más que se mandaron poner en libertad, nada se hizo en su favor, ni por el mismo Don Francisco de Toledo, quién tomó la resolución de no hacer nada por cambiar su condición, “con lo cual quedaron estos indios como por parte (digámoslo así) de las mismas chacaras y herades y con ellas pasan a cuéquier poseedor”.

En general, en toda América, los servicios personales para los trabajos agrícolas no sólo se toleraban sino que se permitían y aún se

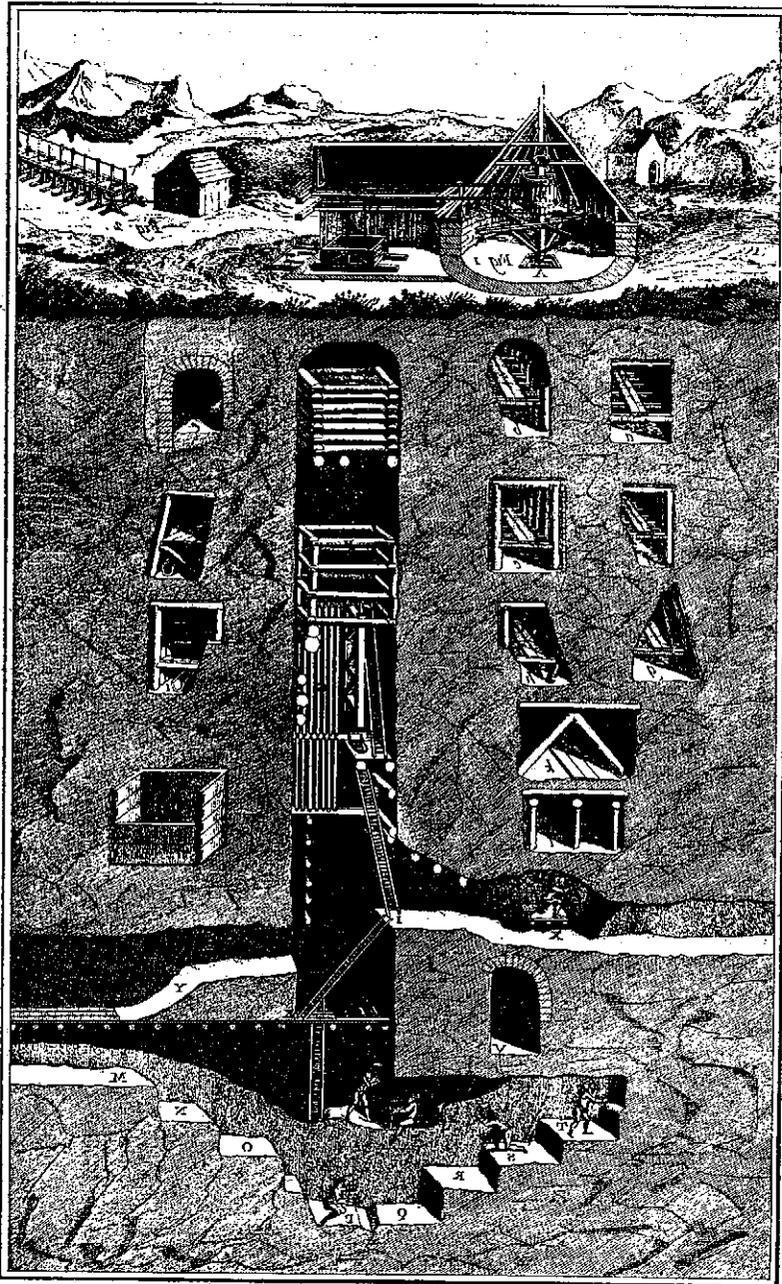
estimulaban, siempre que se tratara de trigo, cebada, maíz y otras semillas, “por los inconvenientes que de lo contrario resultarían, y por ser tan interezados los mismos indios en el beneficio de las dichas haciendas, como en cosa en que consiste la conservación de esas provincias”.

Pero si se trataba de un producto agrícola cuyo fomento colonial perjudicara la economía de la Metrópoli, se prohibía terminantemente el servicio personal como en el caso del cultivo de las viñas, morales, linares y olivares, para que “no se enflaqueciese —como decía don Luís de Velasco a Toledo— el trato y comercio con estos reinos”.

Permitíase también el servicio personal de los indios para la cría de ganados, para los transportes y sobre todo para las minas, de cuyos productos tantos beneficios obtenía la corona española.

Siendo América una colonia de donde había que extraer la mayor ventaja posible arrancando de las entrañas de sus minas la mayor cantidad de oro y plata y un campo abierto a la explotación comercial de la metrópoli, nos explicamos que el obraje no haya prosperado en las colonias por las prohibiciones tan estrictas que se dictaron para impedir los servicios personales de los indios en ellos.

¿Cuál es la génesis del peón en México? En la famosa cédula sobre el servicio personal expedida a don Luís de Velasco el 6 de mayo de 1609, se dice: “y presupuesta la repugnancia que muestran los indios al trabajo, no se puede excusar el compelerlos, con que estos repartimientos no se introduzcan para los efectos referidos o algunos de ellos en la parte o partes donde hasta ahora no se han acostumbrado, y que si el curso de los tiempos y la mudanza de costumbre fuere mejorando la naturaleza de los indios y reduciendo al trabajo la gente ociosa de las demás naciones, de tal manera que



*...una colonia de donde había que extraer la mayor ventaja posible...
arrancando de las entrañas de sus minas la mayor
cantidad de oro y plata...*

respecto de todos los distritos de ese gobierno o de alguno cesare el inconveniente susodicho, habiendo suficiente número de naturales o extraños que voluntariamente acudan al jornal y trabajo de estas ocupaciones públicas...” Y más adelante se agrega: “Y porque estos reparcimientos se han de reformar al paso que fuere creciendo el número de jornaleros, esclavos y voluntarios...”.

El número de “naturales o extraños que voluntariamente (?) acudan al jornal” estaba condicionado por la precipitación con que los indios fueran despojados de sus medios de producción, es decir, de la tierra. A medida que el encomendero se iba convirtiendo en terrateniente a través del despojo de las posesiones comunales de los pueblos indígenas, iba floreciendo la clase social de los peones.

Teórica y legalmente, el peón era o bien un arrendatario (mediero) de la hacienda, que en tiempos trabaja como asalariado, o bien solamente un asalariado. De hecho arrendatarios y asalariados no tienen de tales más que el nombre y en realidad no son otra cosa que siervos.

El arrendatario (mediero) no era dueño de los instrumentos de producción: Bueyes, aperos y arado (el rudimentario arado egipcio), pertenecían al terrateniente, quien los facilitaba en alquiler. Las semillas las adelantaba el amo, y al cabo de la cosecha el arrendatario las devolvía. Como éste no disponía de recursos para subsistir antes de la cosecha, recibía de los trojes del propietario los cereales y de la “tienda” los comestibles indispensables para no morir de hambre él y sus hijos. De esta suerte la cosecha, generalmente muy problemática, no bastaba para pagar al patrón lo siguiente:

- a) El 50% de la cosecha total.
- b) El alquiler de los instrumentos de producción.
- c) El costo de las semillas y comestibles entregados por la tienda de raya.

Tras de cada cosecha, el arrendatario ad-

vertía que los productos de un año de trabajos no eran suficientes para liquidar su deuda con el terrateniente y que, por el contrario, cada vez que se iba hundiendo más y más y entregándose a merced de su acreedor.

Tal es la génesis del peonaje, es decir, de la servidumbre novo-hispana, una institución condenada por la ley, pero floreciente y pujante en la realidad.

La condición del peón mexicano en la segunda mitad del siglo XVIII la conocemos bastante bien a través de la legislación de la época.

En parte se trató de destruir la servidumbre de los indios cuando terminantemente se prohibió, en 1785, que “con ningún pretexto ni motivo, aunque sea el de pagar las obvenciones de casamientos, bautismos, entierros, etc.”, se adelantase a los indios “más de cinco pesos a cuenta de su trabajo”, pues, por lo que toca a los “operarios de otras castas, como españoles plebeyos o del estado llano, negros, mulatos y mestizos” se dejó en libertad a los amos para que se les adelantasen todo lo que pidiesen, en el concepto de que tenían que satisfacerlo “en la misma especie de dinero o con su trabajo en la misma hacienda”, que no podían abandonar hasta que satisficieran su deuda.

El bando de 1785 entrañaba en sí mismo un golpe terrible a la servidumbre, supuesto que en cierta forma liberaba de ella a la masa indígena. Así lo consideraba el señor feudal don Juan Antonio Yermo cuando decía: “Claman los hacenderos que esta prohibición (de adelantar más de cinco pesos) es nociva a los indios y perniciosa a ellos. Porque luego que el indio llegó en una hacienda a adeudarse en la tasa prefijada, si el dueño acreedor rehusa suplirle más, él se deserta y pasa a otra hacienda a contraer igual dependencia, de ésta huye a otra, en llegando a la misma tasa y errando de una en otras llega a deber en muchas, muchos pesos, el que en una no podía deber sino cinco. Y de aquí cuantos daños. Vive el indio sin domicilio y sin freno de su cura

y su gobernador abandona a su pobre mujer e hijos, los que el hacendero se ve precisado a mantener de balde, se pierden los reales tributos y dentro de poco habrá una multitud de indios vagos, que no cumplan con las obligaciones de cristianos y vasallos, dañosos a la religión y al Estado. Añaden que este tránsito casi necesario al indio de unas a otras haciendas, trae indudablemente disputas entre los hacenderos sobre preferencia, de sus débitos, vejaciones, y prisioneros del indio deudor; gastará el labrador para cobrar, gastará el indio para pagar, y la deuda de sólo cinco pesos causará costos de veinte o treinta que perderán el labrador y el indio y ganarán otros”.

Sobrevino, además, una gran escasez de brazos en la agricultura con la publicación del bando aludido: “Faltaron (dicen) indios para el trabajo por este motivo, tanto que hay algunos labradores en las inmediaciones de Apam, que resueltos a abandonar la agricultura, no han barbechado en este año sus tierras y venden hasta los bueyes y aperos. Este perjuicio, asientan haber sido muy común en el obispado de Puebla y en otras provincias en donde estaba en práctica este suplemento, en tal grado que algunas personas de juicio del dicho obispado de Puebla, aseguran que por estos motivos han desmerecido de su valor las haciendas que se ponen en venta”.

La jornada de trabajo de los peones era enorme. El bando que hemos ya citado trató de disminuirla estableciendo que en lo sucesivo fuera únicamente “de sol a sol”, menos dos horas de descanso a la sombra, “de las doce a las dos de la tarde”. Los amos protestaron alegando que antes los peones descansaban “una hora o poco menos” a las ocho de la mañana y otro tanto al mediodía. “Es, pues —decían los quejosos—, precisa y útil a ellos esta vacación en las primeras (horas) de la mañana. Pero a más de ésta querrán descansar a mediodía, no una hora (según la costumbre) sino dos conforme a la ordenanza; querrán irse

a descansar a su pueblo, y el descanso se reducirá a que unos se embriaguen, otros se resfrién de volver al trabajo”.

Los salarios eran miserables, como se puede comprobar a poco que se examinen las cuentas de cualquier hacienda de la época colonial. Por ejemplo, en la Chazumba, ubicada en el actual Estado de Oaxaca, se pagaba mensualmente lo siguiente:

Al mayordomo	\$ 12.00
A los ayuntantes	8.00
A los caporales	5.00
A los vaqueros	4.00
A los boyeros	4.00-4 reales
A los sirvientes en general	2.00

Y he aquí las cuentas de dos sirvientes, Pascual Reyes y Melchora Rosa, con la tienda de raya en la misma hacienda de Chazumba.

Pagado en efectivo por el mayordomo	\$ 19.00-4 reales
Pagado por su tributo	1.00-4 ”
Fresada	1.00-1 ”
Machete, eslabón y tijeras	1.00-5 ”
18 varas de manta	4.00-4 ”
5 varas de cambaya	1.00-7 ”
2 varas y media de paño	4.00-3 ”
2 varas de media de bernia	2.00-4 ”
1 rebozo	1.00-2 ”
2 sombreros	1.00-3 ”
jabón	2.00 ”
Recibido en efectivo	2.00 ”
	<hr/>
	\$ 48.00 ”

La corona española negó a los encomenderos y terratenientes toda jurisdicción propiamente señorial sobre los peones, por espíritu de regalismo. Con todo, los amos de las haciendas procedían como verdaderos señores feudales imponiendo a sus peones los castigos más crueles por las faltas más insignificantes. Ca-

recemos, por desgracia, de la documentación suficiente para reconstruir este aspecto de la vida de los peones, pero podemos darnos una idea de ello a través de un testimonio que se ha perpetuado hasta nuestros días. Nos referimos al proceso instruido a fines del siglo XVIII contra María Micaela Romero de Terreros y Trebuesto, Marquesa de San Francisco, por los malos tratos dados a sus sirvientes de la hacienda de San Cristóbal. La marquesa confesó que en su hacienda tenía "cepos y prisiones de grillos" para castigar a los sirvientes, y cuando se la conminó a que no "maltratara, aprisionara, vejara, ni detuviera a los sirvientes, ni tuviera cárceles, grillos, cepos, ni instrumentos afflictivos y destinados para privar de la libertad a las personas para quienes hasta aquella fecha se habían aplicado", su defensor repuso: "En este reino (de cuyas costumbres están los tribunales bien impuestos) en varias jurisdicciones es permitida una especie de cárcel, que simulan los labradores con el título o denominación de tlapizquera, que es una pieza en que se custodian los indios, encerrándolos para que acudan al trabajo; porque huyéndose a sus casas y pueblos se dispersan, hacen falta a sus obligaciones y atrasan las labores de común utilidad; y a ninguno de los que llevan esta práctica se le forma causa, o se le estorba, a pretexto de que equivale a cárcel privada, porque sus beneficios a todo racional se hacen sensibles, y el Superior Gobierno los tiene calificados y aprobados".

Hasta hoy, la Revolución de Independencia de las colonias americanas se ha visto como una lucha de castas, favorecida por un hecho fortuito: la invasión napoleónica en la Península, que al desorganizar el Estado español creó una serie de circunstancias propicias para que nos desvinculáramos políticamente de la Metrópoli.

Esta manera de apreciar el fenómeno es, por un lado, falsa, y por otro, incompleta. Es falso, en efecto, considerar la Revolución de Inde-

pendencia como una lucha de castas cuando se trata de una verdadera lucha de clases, y ver en la invasión napoleónica en España la última causa externa que determinó la Revolución, es contentarse con una explicación que por no ir al fondo de las cosas desnaturaliza el fenómeno.

Las clases sociales novo-hispana estaban estratificadas de este modo:

CLASE EXPLOTADORA

NO CAPITALISTAS:

Terratenientes (señores feudales)

Artesanos (maestros)

CAPITALISTAS:

Mineros

Industriales (dueños de obrajes)

Comerciantes

Asentistas

Clero

CLASE EXPLOTADA

NO PROLETARIOS:

Peones (siervos)

Ejidatarios

PROLETARIOS:

Jornaleros mineros

Jornaleros industriales

Oficiales artesanos

Ahora bien, la Historia de la Nueva España no es otra cosa que la historia de la lucha de estas clases sociales.

Los terratenientes luchaban por enfeudar, convirtiéndolos en peones de las haciendas, a los ejidatarios.

Los capitalistas industriales, dueños de los obrajes, luchaban por proletarizar a los maestros artesanos.

Los capitalistas mineros y los industriales luchaban por explotar mejor a la masa proletaria, mermando los salarios y aumentando la jornada de trabajo.

Los capitalistas comerciantes y asentistas luchaban por explotar mejor a los capitalistas mineros, por medio del agio.

El clero capitalista luchaba por amortizar la mayor cantidad de bienes inmuebles.

De esta lucha surgió la sociedad en que el disfrute de los privilegios económicos colocaba en este orden a los estratos clasistas, según la magnitud de las ventajas que obtenían en la explotación:

1. Clero.
2. Capitalistas comerciantes y asentistas.

ESTRATOS	ESPAÑOLES	CRIOLLOS	INDIOS	CASTAS
	Alto clero	Bajo clero	Bajo clero	Bajo clero
1. Clero				
2. Capitalistas, comerciantes, y asentistas.	X			
3. Capitalistas mineros.	X	X		
4. Terratenientes.		X		
5. Capitalistas industriales.	X			
6. Artesanos (maestros)	X	X		
7. Artesanos (oficiales).	X	X		
8. Jornaleros mineros			X	X
9. Jornaleros industriales.			X	X
10. Ejidatarios.			X	
11. Peones.			X	X

Del examen de este cuadro es muy fácil llegar objetivamente a la conclusión de que las masas explotadas estaban constituidas por indios y castas y que los explotadores, en su mayoría, eran españoles y criollos.

La guerra de Independencia de los países americanos es un fenómeno mucho más complicado de lo que a primera vista parece, y por

3. Capitalistas mineros.
4. Terratenientes (señores semi-feudales).
5. Capitalistas industriales (dueños de obras).
6. Artesanos (maestros).
7. Artesanos (oficiales).
8. Jornaleros mineros.
9. Jornaleros industriales.
10. Ejidatarios.
11. Peones (siervos).

Si nos atenemos a la constitución étnica de los estratos sociales, podemos trazar este cuadro:

eso su observación ha escapado a todos los métodos. Pero si se adopta el dialéctico, inmediatamente surge con gran claridad y precisión ante nuestros ojos, y conseguimos apreciarlo e interpretarlo con gran facilidad. Para ello, es forzoso e ineludible colocar el fenómeno mismo dentro del marco de la realidad histórica, es decir, situarlo y afocarlo en el lugar

preciso en que apareció, con todas sus complicadas vinculaciones dentro del panorama del desarrollo de la humanidad occidental. Quizás el principal obstáculo con que se ha tropezado en los ensayos destinados al estudio de la Revolución de la Independencia, radica precisamente en el hecho de que se ha observado tal fenómeno sólo en función de las circunstancias imperantes dentro del Imperio Español.

La Revolución de Independencia de las colonias americanas, es, sobre todo, una consecuencia de la disolución del Imperio Español, disolución consumada por la burguesía europea, que deseaba disfrutar, sin trabas, de la explotación comercial de todo un continente, y para cuya consumación final sirvió de instrumento la ambición de Napoleón I al desorganizar el Estado Español destronando a la casa de Borbón.

España descubrió y colonizó a América porque fue el primer país de Europa que realizó su unidad política; porque fue la primera nación que entronizó el absolutismo por encima de los intereses de los señores feudales, y, sobre todo, porque el desarrollo económico de esta nación, cuya industria estaba muy floreciente en las postrimerías del siglo XV, creó la necesidad imperiosa de encontrar nuevos mercados para sus productos.

No obstante que el descubrimiento y colonización de América estaban deparados para España, pues no había otro país, a la sazón, capaz de realizarlos, la magnitud gigantesca de la empresa contribuyó a paralizar el desarrollo social y económico de la Península y sirvió tan sólo para acelerar la consolidación de la burguesía, en los otros países.

En efecto, uno de los factores que propiciaron el descubrimiento, la existencia de una incipiente burguesía floreciente en España, al cabo de menos de un siglo, desapareció casi del todo a consecuencia de la inflación mone-

taria, que al subir los salarios en la Península aherrojaban a la industria nativa, a merced del desarrollo que adoptaba la de los otros países, principalmente la de Inglaterra, Holanda y Francia, cuyos productos no sólo inundaban el mercado de la metrópoli española sino también el de las colonias americanas. De esta suerte, podemos decir que la explotación de América contrabalanceó las fuerzas de este modo: en España aherrojó el desarrollo de la burguesía y fomentó la consolidación de las clases privilegiadas feudales (nobleza y clero) en cuyas manos se atesoraban las utilidades que no salían de la Península; en Inglaterra, Holanda y Francia, la gigantesca explotación de las colonias americanas contribuyó a consolidar a la burguesía al violentar el desarrollo industrial en estos países. Así podemos afirmar que en tanto que España retrocedía hacia las estructuras medioevales, las otras naciones se acercaban hacia la revolución democrática-burguesa.

Así sucedió, en efecto, Inglaterra en el siglo XVII y Francia en el XVIII aniquilaron para siempre sus primitivas formas feudales de producción para penetrar francamente en la era capitalista de su desarrollo social. Ahora bien, como la existencia del Imperio Español en América constituía una contradicción que era forzoso destruir como condición indispensable para el fácil desarrollo de las fuerzas productivas monopolizadas por la burguesía, sobrevino la invasión napoleónica en España.

Ahora bien, ¿qué consecuencias tuvo la disgregación del Estado español provocada por la invasión napoleónica, en el juego de las fuerzas sociales que operaban en las colonias americanas?

Las consecuencias tuvieron forzosamente que condicionarse a la etapa del desarrollo económico de las colonias mismas.

La estructura económica de las colonias, más aún que la de la Metrópoli, era por excelencia

de tipo feudal si tenemos en consideración que estaba en el interés de España frenar el desarrollo de sus posesiones americanas, de cuya explotación en gran parte subsistía. Quiere darse a entender esto que era imposible que la Revolución de Independencia tuviera un carácter democrático-burgués.

La índole de la Revolución, tanto al iniciarse con Hidalgo, como al consumarse con Iturbide, tenía necesariamente que ser de tipo semifeudal, aunque se vislumbró con Morelos un intento fallido de carácter pequeño burgués.

La conciencia de la injusticia de que se sentían víctimas los señores semif feudales (en su mayoría criollos) frente a los privilegios de que disfrutaban los capitalistas (en su mayoría españoles advenedizos), fue lo que desató la Revolución de Independencia. La consumación puede considerarse como un pacto entre las clases explotadoras: clero, capitalistas y señores semif feudales, con el propósito de defenderse mutuamente de las amenazas que entrañaba la revolución liberal encabezada en España por Riego.

Dos meses antes de la muerte del ilustre historiador mexicano Luis Chávez Orozco, la Revista **Historia y Sociedad** le solicitó permiso para publicar una parte de la obra **Historia Social y Económica de México** como reconocimiento a uno de los primeros historiadores marxistas mexicanos. **Historia y Sociedad** rinde homenaje a la memoria del gran científico desaparecido.

EL OBRAJE. EMBRION DE LA FABRICA

por Luis Chávez Orozco

I

La Conquista de México, y en general la de toda América, se realizó en los momentos de declinar las instituciones económicas medioevales y en ocasión en que surgían otras para substituir poco a poco a aquéllas. Esta circunstancia fue precisamente el sino de la América Española. Queremos decir, al hablar del sino, que la estructuración de la América Española tuvo fatalmente que realizarse dentro de normas contradictorias, que repitieron aquende el Atlántico el dualismo de lo corporativo frente a lo individual, de aquel dualismo cuya pugna vino a tener su total solución, en Europa, con la Revolución Francesa de las postrimerías del XVIII. En otros términos la Conquista y Colonización de América se consumó en una época de crisis de la civilización occidental. Por eso, quizás hubiera sido preferible que el contacto entre ambos continentes se realizara después, por los principios del siglo XIX, cuando ya había madurado plenamente el individuo como primordial entidad económica, que surge conscientemente a la vida, con propósitos personalísimos de obrar para el triunfo de sí mismo, sin consideración ajena, totalmente desvinculado de las corporaciones, en cuyo seno se desarrolló durante la Edad Media.

Las instituciones europeas renacentistas, y por renacentistas duales y contradictorias, arraigaron vigorosamente en el suelo americano; pero siendo más propicio el medio para el crecimiento de las unas que de las otras, la

corporación amenazada ya de muerte en la Península, cobró nuevo vigor en las colonias, y su desenvolvimiento contribuyó a debilitar la naciente pujanza del individuo.

La mejor prueba que puede aducirse en apoyo de este acerto es, quizás, el hecho de que la metrópoli española en cuyo suelo no maduró el feudalismo —cuando menos en la forma exhuberante de Francia y Alemania—, engendró en América un semillero de sociedades en que el feudalismo daba la norma estructural.

El dualismo de que hablamos puede descubrirse mejor que en nada en la contradicción perpetua en que vivieron dos instituciones económicas coloniales, a saber: el taller artesano por una parte y el obraje capitalista por otra.

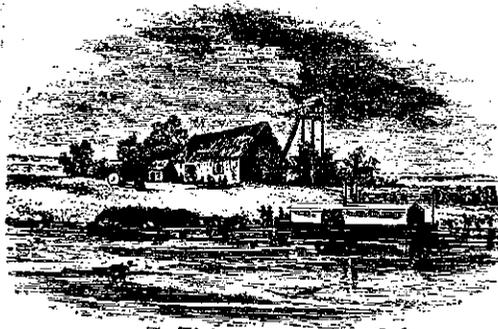
Ambos se implantaron en la Nueva España simultáneamente, a raíz de la conquista; pero en tanto que el primero —el taller artesano— disfrutó desde luego de una muchedumbre de privilegios, el obraje puede decirse que llevo una vida secularmente raquífica e ilegal.

No hablaremos aquí de la organización artesana de la cual se poseen todas las noticias apetecibles desde que Genaro Estrada publicó en el año de 1920 el Compendio de las ordenanzas de Gremios de la Nueva España, del Francisco del Barrio Lorenzot, y nos limitaremos a definir y a caracterizar el obraje; es decir, el embrión que al desarrollarse —por acumulación— habría de dar nacimiento a la fábrica contemporánea.

El obraje es la forma como se anuncia en

América la etapa manufacturera. Ya esto basta para imaginar las trabas dentro de las cuales tendría que desarrollarse. Estas trabas pueden clasificarse así:

- a) La índole de la economía colonial.
- b) El proteccionismo estatal para el indígena.
- c) El proteccionismo estatal para los gremios.
- d) El proteccionismo estatal hacia la Metrópoli, a merced de la economía colonial.
- e) Carencia de capital industrial.



I. La industria manufacturera, como la agricultura, tenía que supeditarse a la naturaleza de la economía colonial, cuya principal peculiaridad fue su carácter cerrado o consuntivo. En la Nueva España, la producción no iba más allá que a satisfacer la demanda de zonas restringidas por las limitaciones geográficas. En otros términos: se producía sólo lo que podía consumirse dentro de determinada zona, más allá de la cual los productos no podían distribuirse por faltas de vías de comunicación. Así, las manufacturas de Puebla o de San Miguel el Grande, tenían tan sólo el mercado del Valle de Puebla o del Bajío; no podían entrar en mutua competencia, ni menos aún exportarse, por ejemplo, al remoto Nuevo México ni al inaccesible Yucatán. Siendo tal el carácter de la manufactura colonial, nos explicamos muy bien la distribución geográfica de los obra-

jes, que siempre florecieron al arrimo de los grandes centros de población.

II. La mano de obra, en la producción manufacturera colonial, tenía que ser proporcionada por la masa indígena, ya que el colono español que acudía a América llegaba dotado con suficientes recursos, de toda índole, para convertirse en explotador de los aborígenes. Creeríase, en consecuencia, que la producción manufacturera, como la agrícola, pudo disponer, desde un principio, de la mano de obra barata que facilitara su fomento. Con todo, la realidad fue otra. En efecto, si la tradicional política metropolitana de protección al indígena, que trataba de evitar su explotación por los blancos, fue en la Agricultura y la Minería un objetivo que jamás se alcanzó; en el trabajo manufacturero si pudo acertarse con el medio para conseguirlo. Es muy fácil descubrir la explicación de este hecho. El estado poco podía hacer por más que legislara mucho, para evitar la explotación del indígena en los campos, pues el único medio para lograrlo era de tal naturaleza que hubiera paralizado la corriente migratoria de España a América. No intervenía el mismo obstáculo para la protección del indígena a quien se trataba de arrancar de las manos de los industriales. Cualquier resistencia era vencida cerrando los obrajes. Esta medida era tanto más fácil de dictarse y de practicarse cuanto que su cumplimiento, en realidad, redundaba en beneficio de la política económica sistemáticamente proteccionista para la producción industrial y comercial de la Metrópoli.

Una enumeración de las principales leyes expedidas sobre la materia, vendrá a respaldar nuestra tesis. He aquí las más importantes:

a) 1549, octubre 9.—Prohibición para que “ninguna persona compela ni apremie a las indias a que se encierren en corrales a hilar ni tejer la ropa que hubieren de dar de tributo, en ninguna manera, ni por ninguna vía; antes

proveeréis que en sus casas lo hagan y allí entiendan de ello”.

b) 1601, noviembre 24.—La cláusula 3a. de la Real Cédula de esta fecha prohíbe expresamente que de aquí adelante en ninguna provincia ni parte de este distrito no puedan trabajar ni trabajar los indios en dichos obrajes de paño de españoles, ni en los ingenios de azúcar, lino, lana, seda o algodón, ni en cosa semejante, aunque los españoles tengan los dichos obrajes e ingenios en compañía de los dichos indios, sino que los españoles si los quisieran tener, aunque sea en compañía de los indios o de otra cualquier manera, los hayan de beneficiar con negros u otro género de servicio que les pareciere y con indios, aunque se diga que lo hacen de su propia voluntad, sin apremios ni fuerzas, ni persuasión alguna, ni aunque intervenga consentimiento de sus caciques y superiores, autoridad de la justicia ni de otra forma alguna, con que lo susodicho no se haya de entender, ni entienda con los obrajes que los mismos indios tuvieron ellos solos entre sí y sin mezcla, compañía ni participación de español de ningún estado, condición ni calidad que sea, porque en los dichos obrajes que fueren de puros y solos indios se ha de permitir que se puedan ayudar unos a otros”.

c) 1609, mayo 26.—El párrafo vigésimo cuarto de la real cédula de esta fecha reitera la prohibición para que los obrajes se beneficien con indios, “aunque vayan de su propia voluntad a trabajar en ellos”, “a menos que se considere que tal prohibición tuviere muy grandes inconvenientes” “respecto al perjuicio que los naturales y españoles recibirían quitándose de golpe el servicio de los indios para este ministerio, con que parece que faltarían los paños que hoy son de tanta utilidad a toda la República”, y en este caso se daba facultad para que “sirvan y se alquilen solamente en los obrajes que están al tiempo de la data de este cédula enablada en la ciudad y arrabales de

México, la Puebla y Michoacán”, pero con las limitaciones siguientes: 1a., que si algún obraje no fuere necesario para el público beneficio, se suprima; 2a. que se procure ir substituyendo los obrajeros indios con negros; 3a., que los indios no sean llevados por fuerza a trabajar a los obrajes, ni puedan hacer escritura en que se obliguen a trabajar en ellos por ningún tiempo; 4a., que se señale la jornada de trabajo; 5a., que se señale el salario, que no ha de pagarse adelantado, “sino cada día, o al fin de la semana, como ellos escogieren”, pues se tiene entendido que “so color de estas anticipaciones son violentados y padecen muchos agravios y vejaciones”; 6a., que no duerman los indios obrajeros en los obrajes.

d) 1660, febrero 2.—Se mandan cumplir las ordenanzas de don Francisco de Toledo y la cédula de 26 de mayo de 1609.

e) 1670, 12 de octubre.—Por real cédula de esta fecha se prohibió la fundación de obrajes en la provincia del Perú “y aplicar indios” sin especial licencia del soberano.

f) 1680, febrero 22.—Se reitera la prohibición consignada en la real cédula de 12 de octubre de 1670 y se pide informe acerca de los obrajes establecidos en la Nueva España.

g) 1680, noviembre 7.—Por esta real cédula, se ordena que las autoridades señalarán congrua bastante a los indios que trabajan en los obrajes permitidos por cédula de 1662 “y que esta congrua, así en dinero como en especie, sea muy bastante y no se pueda trocar lo que es dinero con lo que es especie, ni entrar en obraje ningún indio que tenga menos de diez y ocho años, ni se les pueda obligar a ello, y que la congrua que se señalare sea proporcionada a cada uno, más o menos al ejercicio del que es maestro y del que no lo es, pero quedando siempre para el bastimento suficiente a cada uno”.

III. El desarrollo de la producción industrial capitalista tropezaba, además, con la férrea cohesión que ofrecía el artesanado, organizado

en gremios que disfrutaban de enormes privilegios. Se manifestaba este obstáculo en dos hechos, a saber: 1º en las reglas de la técnica de producción que el obraje no podía cumplir, si había de trabajar en forma lucrativa; y 2º, en las poblaciones legales que impedían el ejercicio del comercio a los individuos no examinados y aprobados como maestros artesanos.

La técnica de la producción artesana no perseguía la consecución de la plusvalía como el capitalismo moderno. El artesano producía con dos finalidades: satisfacer lo mejor posible al cliente (en contacto directo del cual vivía el productor) y satisfacerse a sí mismo con el espectáculo de una obra perfecta. La suprema aspiración de todo maestro radicaba en realizar una "obra maestra", es decir, una obra que por encima de su valor de cambio exhibiera su valor de uso.

En Europa, con el desenvolvimiento de la economía de cambios, en algunos talleres artesanos, favorecidos los maestros por particulares condiciones (innovaciones en la producción, habilidad en los negocios o poca escrupulosidad del artesano, aumento de su fondo de producción o de su capital privado por herencia o especulación con bienes raíces o de otro modo) llegó un momento en que se produjo una escisión entre la persona del maestro y la obra que antes él creaba con sus manos no solamente porque se hubiese enriquecido por alguno de los citados medios, sino porque existe una incompatibilidad psicológica y práctica entre la actividad manual asidua y la función comercial pura, y porque la buena marcha de una empresa, en cuanto adquiere ésta un poco el volumen que podía alcanzar la empresa medieval más favorecida, exige una separación estricta entre la actividad manual y la función comercial (Inchausti, Fundamentos del Socialismo, páginas 46-47).

Otro tanto sucedió sin duda en la Nueva España, sólo que el proceso de acumulación capitalista fue aquí mucho más lento, relativa-

mente, que en Europa, por tratarse de un país colonial, cuyo comercio interior, como después veremos, tenía que luchar encarnizadamente con el proteccionismo hacia la metrópoli.

IV. El proteccionismo estatal hacia la metrópoli, a merced de la economía colonial, que contribuyó a aherrojar el capitalismo industrial y en consecuencia el desarrollo del obraje, así como la política comercial seguida por Inglaterra y Francia con sus colonias, estuvieron inspiradas en el monopolio "Sólo que —como decíamos en el capítulo XXVIII del Vol. II de nuestra *Historia de México*—, sólo que, en tanto que el resultado de esta política fue para Francia, y sobretudo para Inglaterra, la base de una formidable prosperidad industrial, España no supo ni pudo aprovecharse de ella en su propio beneficio, y por el contrario, sólo sirvió para empobrecerla y para detener la evolución económica de sus posesiones americanas".

España, en efecto, no se industrializó ni dejó a sus colonias americanas que se industrializaran. España, con una producción manufacturera tan pequeña que no bastaba para surtir el mercado metropolitano y menos el colonial, se convirtió en la intermediaria a través de quién, por la vía comercial, llegaban a la Nueva España los productos ingleses, holandeses y franceses, elaborados a poco costo. Si era quimérico, siguiendo una política liberal, que las manufacturas novo-hispanas compitieran con las de países que ya estaban produciendo sobre bases capitalistas, ¿qué podía esperarse del desarrollo industrial de la Nueva España, cuando su metrópoli inventaba obstáculos artificiales y sistemáticos para la creación de cualquiera industria nueva? La sujeción económica bajo la cual se debatió México durante la dominación española, muy claramente está expresada en las siguientes palabras del Virrey que mejores intenciones puso en sus métodos gubernativos: "Para que hagan progresos en estos reinos las artes y oficios, se podrían dic-

tar providencias más eficaces y que surtieran muy buen efecto, porque el genio y carácter de los de este país, es muy a propósito para imitar y aprender, y para poner en practica todo aquello que no necesita mucha constancia y meditación. Pero no debe perderse de vista que esto es una colonia que debe depender de su matriz la España y debe corresponder a ella con algunas utilidades, por los beneficios que recibe de su protección, y así se necesita gran tino para combinar esta dependencia, y que se haga mutuo y recíproco el interés, lo cual cesaría en el momento en que no se necesitase aquí de las manufacturas europeas y sus frutos".

V. La índole consuntiva de la economía colonial; la protección estatal para el indígena; el proteccionismo estatal para los gremios; el proteccionismo estatal en beneficio aparente para la metrópoli, a merced de la economía colonial: todos estos obstáculos para el desarrollo de la producción capitalista manufacturera (es decir, para el desarrollo del obraje) se agigantaban ante la circunstancia negativa de que el país apenas iniciaba sus primeros pasos por la senda del capitalismo industrial.

Este hecho, al enunciarse, expresa uno de los conceptos básicos que definen la etapa de la evolución económica novo-hispana.

La Nueva España fue un país cuya peculiaridad económica puede decirse que consistió en haber favorecido el florecimiento de las siguientes formas de producción:

1. Formas de producción semi-feudal:

a) En la agricultura: hacienda (patrones y peones.

b) En la industria: taller artesano.

2. Formas de producción capitalista:

a) En la agricultura: ninguna.

b) En la industria: obraje.

El obraje que —con la mina— es la única forma de producción capitalista, condicionó su desarrollo no sólo a las circunstancias arriba enumeradas, sino también al hecho de que, como fuente crematística, siempre fue menospre-

ciada por el hombre de empresa. No se crea que esto obedeció a los prejuicios de la época, que consideraban envilecedor el ejercicio de las artes mecánicas, sino al hecho de que se descubriría mayor provecho en el del comercio o en el del agio que en cualquier actividad industrial.

La fuente principal de acumulación capitalista en la Nueva España estaba en el comercio o en el agio. Aquél disfrutaba los beneficios que le acarrea un sistema de monopolio contra el cual nada podía hacer la incipiente producción nacional; este, abusando de las circunstancias, se aprovechaba de un estado de cosas propicio siempre para especular sin riesgo con la penuria de la hacienda colonial.

El estímulo de la producción industrial no podía, pues, hallarse en ninguna parte. El clero que monopolizaba el capital circulante y cuyas arcas estaban siempre abiertas a las solicitudes de los agricultores, sistemáticamente negaba todo crédito a los industriales.

II

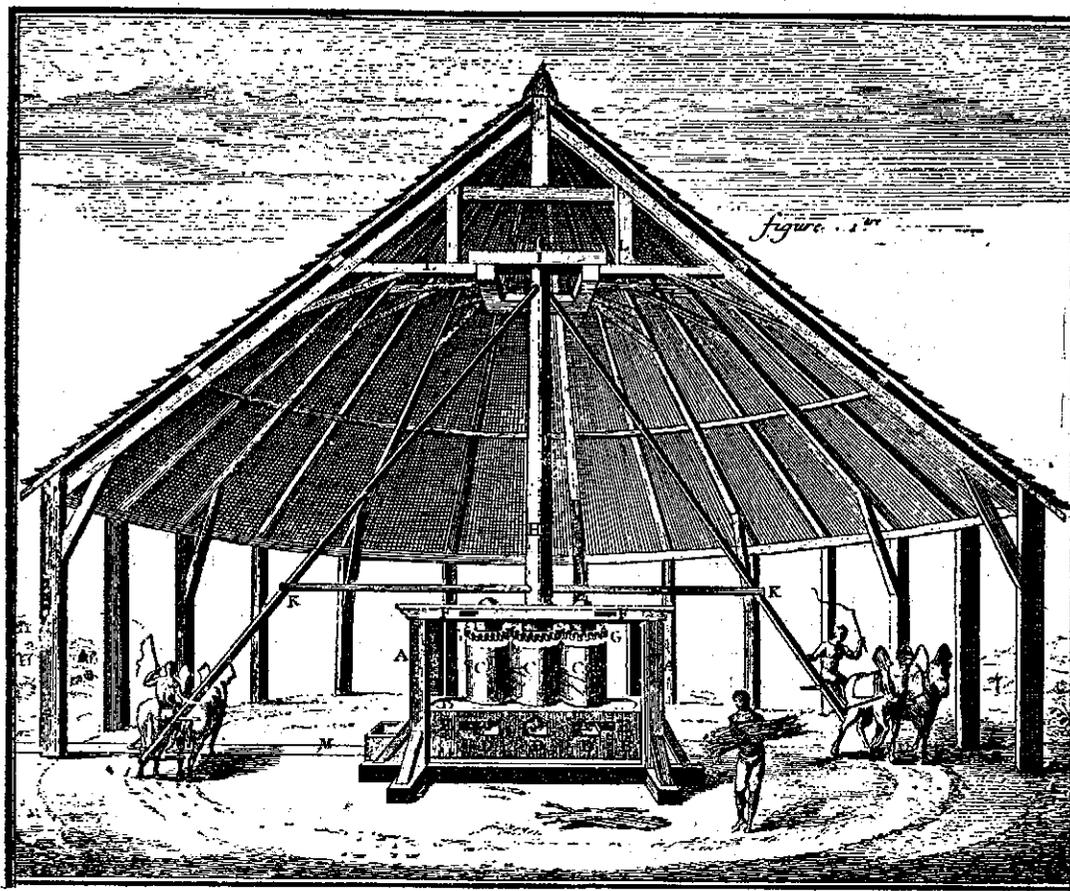
No se crea por esto que la producción industrial capitalista fuese nula en la Nueva España. El rigor mismo de la persecución con que las autoridades coloniales amenazaban todo impulso industrial, es sin duda buena prueba de que el monto de la producción era considerable. Humboldt estimaba que la producción manufacturera novo-hispana, a principios del siglo XIX, ascendía a la suma de siete u ocho millones de pesos anuales.

¿Qué número de obrajes bastaban para lanzar al mercado esa riqueza? ¿Qué número de operarios dejaban su vida entre las cuatro paredes que les servían de cárcel para llenar los bolsillos de los capitalistas que los explotaban? Nada podemos contestar a estas preguntas. Pero por fortuna, sí tenemos bastantes noticias para formarnos idea de la mísera vida que llevaban los asalariados novo-hispanos. Tales no-

ticias pueden tomarse del texto de las leyes expedidas en el curso de los siglos XVII y XVIII. La reiteración constante de las prohibiciones en ellas consignadas, es la prueba de que el mal que se pretendía remediar fue un mal crónico tan largo, que se perpetuó hasta muy entrado el siglo XIX.

La real cédula de 1609, estatúa que el jornal de los operarios se pagara diariamente, "o al menos fenecida la semana, en la mañana del domingo siguiente", en propia mano, y en mo-

neda de plata, y no en tlacos ni efectos de tienda, "dejando la libertad al jornalero para que compre a su arbitrio donde le tenga más conveniencia". Esa misma disposición, que pretendió destruir el abuso de las odiosas tiendas de raya, que perduraron, sin embargo, hasta nuestros días, prohibía que a nadie se le adelantara dinero por más de dos tercias partes del sueldo ganado en cuatro meses, "dejando la tercia parte restante para entregarla en reales semanarios a fin de remediar sus urgen-



EL OBRAJE, EMBRION DE LA FABRICA 45

cias". El patrón que contravenía esta disposición, corría el riesgo de perder todos los anticipos, y el operario quedaba en libertad "para que use de ella a su arbitrio". La bondad de esta prohibición se comprenderá mejor, si se considera que había muchos desventurados que estaban empeñados en cuarenta y cincuenta pesos, sin poder verse libres, ni con la muerte, de este odioso compromiso, pues los dueños de los obrajes exigían a los descendientes la satisfacción de la deuda.

Destruyó la misma cédula la costumbre de imponer a los operarios la obligación de redimir las deudas por otros adquiridas. Sucedió que en ciertos obrajes se sorteaba la libertad de algún operario empeñado, con la obligación de que sus compañeros se echaran sobre sí el compromiso de liquidar los adelantos.

Respecto al horario del trabajo, la citada cédula de 1609 establecía que la entrada al taller había de ser muy temprano, con la luz del día, y la salida al toque de oraciones, es decir, de sol a sol. En cuanto al tiempo de descanso, se les había de dar a los obreros "media hora para almorzar y dos al medio día, para comer y descansar, sin que se les precise a que en dichas horas trabajen, ni a que lo ejecuten de noche".

Como el régimen establecido por los patrones en las fábricas, esclavizaba muchas veces a los obreros, hasta el punto de impedirles salir de ellas para ir a dormir a sus casas, las reales cédulas de 1609 y de 1632, consignaron gravísimos castigos para quienes trataran de coartar la libertad de los operarios para salir de los obrajes: "Siendo constante —dice el texto de una de las disposiciones mencionadas— siendo constante que los principales perjuicios que se experimentaban en los obrajes, dependen de estar estos cerrados, y los sirvientes que una vez entran en ellos, sin libertad de poder salir a dormir a sus casas o posadas; y que aunque por dichas reales cédulas, ordenanzas y autos acordados, está mandado que los sirvientes no

estén forzados, ni encerrados, y que las puertas de los obrajes estén francas para que salgan cuando les sea preciso: a cuyo fin y observancia, se han dado diferentes órdenes por este Superior Gobierno: sin embargo de tantas y tan serias providencias, estoy cierto se mantienen los tales obrajes cerrados, y en ellos los sirvientes sin libertad, y para ocurrir a este perjuicio, mando por última resolución, que a lo de adelante, las puertas de estas oficionas estén abiertas, y que en ellas tenga el dueño un portero, sujeto de conducta y juicio, que no sea esclavo, negro ni mulato, para que durante el tiempo del trabajo no permita salir de él a los sirvientes, sin causa, y al toque de las oraciones no embarace la salida a los que quisieran ir a dormir a sus casas o posadas, pena de dos años de presidio al mayordomo o portero que lo contravenga, y cincuenta pesos de multa al dueño, y a la segunda visita que se hallare el obraje cerrado, y a los trabajadores voluntarios, sin libertad, se doblará la pena y multa, y a la tercera se mandará demoler el obraje".

La legislación que tenemos a la vista establece además, muchas reglas que regularizan el trabajo de las mujeres, de los niños y de los enfermos, y que terminantemente prohíben que haya dentro de los obrajes pulquerías y juegos de naipes.

No se toleraba, por ejemplo, que las mujeres fueran admitidas como operarias en los obrajes, "no yendo en compañía de sus padres o hermanos ni a las casadas, no trabajando en el obraje el marido, a menos que sea en alguna faena o necesidad propia de su ejercicio". De cualquier manera, en caso de ser admitidas, debía "señalárseles piezas para el trabajo, separadas de las de los hombres, y entrar en la mañana media hora después de la en que entran los jornaleros, y salir a la tarde, media hora antes del toque de oraciones o de la en que salgan los jornaleros". De este modo se pretendía que las mujeres se retiraran a sus casas con la luz del día, "para precaver los

inconvenientes que de lo contrario se siguen”.

En lo que toca a los niños, se disponía que nadie podía imponer en ningún obraje, a pupilo alguno, “sin intervención de sus padres, teniéndolos, y, en su defecto, del pariente más inmediato”, y en último extremo, de su tutor. Una vez admitidos con estas taxativas, se les había de señalar el oficio que habían de aprender y el salario que ganar, y el dueño del obraje “no ha de poder mudarle el ejercicio, ni darle otro, ni adelantarle reales”. Fenecido el tiempo, se le tenía que dejar en libertad, pagándole lo capitulado, para que pueda ejercer su oficio donde le parezca”.

Los dueños de obrajes, al caer enfermo alguno de los operarios que trabajan de pie en su casa, si se les mantenía la calentura “hasta el tercer día”, lo hacía visitar por algún médico o cirujano, “si lo hubiere en el lugar, y continuando la calentura se pase al hospital, y no habiéndolo en el lugar, ni teniendo el enfermo casa a que poder mudarse, se le destine en el obraje algún aposento con separación de los demás sirvientes, y se le asista con lo pre-

ciso, a su alimento y curación, pena, que de no hacerlo y echarle con calentura a la calle, se destinará al mayordomo que lo ejecutare a dos años de presidio, y al dueño que lo permita, en cien pesos de multa, y lo que hubiese gastado en la enfermedad lo irá descontando el dueño en las dos tercias partes del jornal que ganare el sirviente”.

La mejor síntesis que puede hacerse de la condición del asalariado de los obrajes de la colonia, la dejó perpetuada Humboldt en su famoso *Ensayo Político*, cuando escribió: “Hombres libres, indios y hombres de color, están confundidos como galeotes que la justicia distribuye en las fábricas para hacerles trabajar a jornal. Unos y otros están medio desnudos, cubiertos de andrajos, flacos y desfigurados. Cada taller parece más bien una oscura cárcel: las puertas, que son dobles, están constantemente cerradas, y no se permite a los trabajadores salir a casa; los que son casados, sólo los domingos pueden ver a su familia. Todos son castigados irremisiblemente, si cometen la menor falta contra el orden establecido en la manufactura”.

¿QUE ES EL TROTSKISMO?

por François Hincher

Algunos lectores, particularmente estudiantes, que han encontrado en su acción política el obstáculo del izquierdismo, nos han pedido que aclaremos esta actitud, que renace constantemente en los medios intelectuales. Nos ha parecido que un recordatorio del debate sobre el trotskismo entra en este cuadro, pues el desarrollo del trotskismo es el prototipo del izquierdismo. El autor no pretende aportar aquí elementos nuevos en el plano histórico, sino separar los hechos de los mitos propagados en la literatura trotskista. ¡Y Dios sabe que son abundantes! Tampoco pretende discutir más las tesis de Trotsky, que no son de actualidad. ¿Cómo pueden suministrar enseñanzas políticas útiles las tesis trotskistas, como por ejemplo, la que sitúa al movimiento obrero de Europa occidental, como fuerza motriz de la revolución mundial, contradiciendo precisamente las concepciones de sus partidarios, que ahora colocan, al contrario, los movimientos de independencia nacional en la vanguardia? Por eso se relee a Trotsky, no por lo que ha dicho, sino por la forma en que lo ha dicho; por la crítica de izquierda que parece sostener Trotsky; por su revolucionarismo de oropel.

I. LENIN Y TROTSKY

El trotskismo quiere asentar su prestigio sobre la siguiente demostración: Trotsky y Lenin estuvieron siempre de acuerdo en lo esencial. Trotsky no ha modificado su línea, pero ha sido condenado por el movimiento comunista soviético e internacional —entonces el trotskismo es el verdadero leninismo, y el movimiento comunista es una desviación. Pero la demostración no resiste el examen de los hechos.

1903-1917.

Se podrían resumir de este modo las apreciaciones de Lenin sobre Trotsky,

entre 1903 y 1917: Trotsky es un derechista que se presenta con una fraseología de izquierda. Durante estos 14 años, nunca se les ocurrió a los dos hombres que sus divergencias fueran mínimas. Para Lenin, Trotsky representa una de las numerosas corrientes a combatir, por su oposición a la concepción de un nuevo tipo de partido obrero. Para Trotsky, Lenin es el enemigo principal. Parece ser que una repulsión psicológica se viene a unir, en su caso, al antagonismo ideológico; (por ejemplo en abril de 1904, Trotsky trata a Lenin de “malvado y moralmente repugnante”). El debate no se refiere a la revolución permanente, a pesar de que esta cé-

lebre tesis que llegaría a ser el corazón del trotskismo, fué elaborada en el plan-fleto de abril de 1904 "Nuestras tareas políticas", sino sobre la concepción del Partido: "El Partido, dice Trotsky, debe buscar fundar su estabilidad, sobre su base, un proletariado activo y seguro de sí mismo, y no en un equipo dirigente que la revolución pueda barrer bruscamente. Para Trotsky, Lenin en el **¿Qué hacer?**, quiere **sustituir** la clase con el Partido. Esto era no distinguir vanguardia y clase, creer en la espontaneidad revolucionaria del proletariado, para el cual la organización y la disciplina eran inútiles. De ahí que él quería hacer del P.O.S.D.R., todavía joven, un partido socialista de tipo occidental y se unía así a los "mencheviques" para "europizar" al Partido. Por otra parte, Trotsky alababa mucho a Axelrod y Martov. El mismo Deutscher reconoce que en las condiciones de la reacción stolipyniana la concepción de Trotsky y de los mencheviques condenaba al Partido a la destrucción. Se deduce, entonces, que Lenin, más preciso, no cesa de considerar a Trotsky como un **conciliador** que está a la cabeza de una pequeña fracción del P.O.S.D.R., entre los mencheviques "liquidadores" y los bolcheviques. Todavía en abril de 1917, en el proyecto de informe para la Conferencia de abril que debía, como era sabido, bosquejar el desarrollo de la revolución de octubre, Lenin preve un desenvolvimiento de los pequeños burgueses, en medio de los cuales coloca a Trotsky al lado de Martov.

La idea según la cual, en Rusia, el campesinado pobre es incapaz de un movimiento revolucionario por él mismo, y sólo podrá ser despertado y guiado por el proletariado en el poder, es una de las bases de la teoría de la revolu-

ción permanente, que se unía, en efecto, a la concepción menchevique que afirmaba que el problema de Rusia era el mismo que el de Europa occidental y se oponía al análisis leninista de la originalidad rusa, del hecho de la existencia de un campesinado objetivamente revolucionario. Es cierto que Trotsky, partiendo de las mismas premisas de los mencheviques y llegando a las mismas conclusiones que ellos en cuanto a la organización del Partido, desarrollaba su pensamiento de un modo izquierdista: para él, no era a través de una alianza con la burguesía liberal que el proletariado llegaría un día al poder, sino por su acción independiente y amplia inmediatamente después de la revolución burguesa. Lenin fué sensible a este izquierdismo: Trotsky —nos dice él— en 1905, es una "cáserola vacía, un hacedor de frases", pero disimula mal, a sus ojos, una concepción fundamentalmente menchevique del Partido. Ahora bien, en ese momento, es el Partido, más que la Revolución lo que a Lenin, realista, le interesa. En 1923 todavía, en la famosa **Carta al Congreso**, llamada "Testamento", Lenin recuerda el pasado menchevique de Trotsky.

1917-1923.

De regreso a Rusia poco después de la Conferencia de abril, Trotsky anima durante un tiempo a la pequeña **Organización Internacional**, formada sobretudo por intelectuales. Se hace muy popular por sus dotes oratorias y la flama revolucionaria que lo anima, y denunciando el gobierno provisional y a los mencheviques, se reconcilia con el Partido Bolchevique, al que se adhiere en agosto. Esto no quiere decir, de ninguna manera, contrariamente a lo que se dice más tarde de Trotsky, que Lenin se hubiese

reconciliado con sus viejas concepciones. Ningún texto, tanto de uno como de otro, contiene el menor asomo de auto-crítica. El momento no está para viejas querellas, pero la Revolución y todos aquellos que piensan que su hora ha llegado, ocupan su lugar en el Partido de la Revolución. Se está en el período destructivo y no en el período de construcción del socialismo, y Trotsky, según todos aquellos que lo rodeaban, es por su temperamento, por su impulso liberador, por su gesto heroico, su pensamiento trágico, el hombre de éstos períodos.

Pero era natural que la elección a realizarse y por consecuencia las perspectivas a abandonar, oponen de nuevo a Lenin y a Trotsky. Se abre entonces, en enero de 1918, una fase desconcertante en la evolución de Trotsky. Ella desconcierta al mismo Lenin, que no esperaba que Trotsky lo contradijera por la izquierda. Ella desconcierta aun a los trotskistas de hoy que tienen dificultades en conciliar la crítica de la disciplina del Partido que Trotsky había desarrollado y que volvería a enarbolar en el período de 1920 a 1922, durante el cual Trotsky se vuelve ultra-autoritario y ultra-burocrático. Eso desconcierta a la lógica, pues se ve a Trotsky proponer en 1920, el abandono del comunismo de guerra, en el momento en que todavía es necesario, y criticar a la N.E.P., tan luego como es adoptada. Nosotros trataremos de explicar más adelante estas aparentes contradicciones.

Por el momento queremos recordar, a fin de destruir la leyenda de la unidad Lenin-Trotsky, la amplitud de las divergencias en puntos decisivos.

Después de las negociaciones de Brest-Litovsk, Trotsky, sin alinearse al lado de los ultra-izquierdistas que preconizan la

vuelta a la guerra, rechaza el ultimatum alemán y, al mismo tiempo, anuncia la retirada del ejército ruso: Posición extravagante que no se puede explicar más que por la ilusión espontaneísta que conservaba Trotsky de que el proletariado alemán ante la obligación de atacar a la Rusia de los Soviets se rehusaría a hacerlo y se sublevaría.

A principios de 1920, cuando el comunismo de guerra permitió al Ejército Rojo triunfar, pero agotó las fuerzas económicas y físicas del país; cuando la Oposición Obrera, que tiene un carácter anarco-sindicalista, se organiza sobre la base de un descontento real; cuando Lenin piensa que es necesario tomar en cuenta que de todos modos el comunismo de guerra, por su austeridad y su carácter defensivo, no puede permitir la construcción del socialismo, es Trotsky, "el rebelde por excelencia", como le llama Deutscher, quien lanza proclamas de este género: "Desplieguen en su trabajo una energía infatigable como si estuvieran en marcha o en combate. Comandantes y comisarios son responsables de sus destacamentos, tanto en el trabajo como en el combate. Los departamentos políticos deben desarrollar el espíritu obrero en el soldado y salvaguardar al soldado en el obrero. El desertor del trabajo es tan despreciable y vil como el soldado que deserta del campo de batalla, que uno y otro sean severamente castigados. Donde quiera que sea posible, comiencen su trabajo con himnos y cantos socialistas. Su trabajo no es un trabajo de esclavos, es una tarea altamente útil a la patria socialista". Y todavía más: "La militarización del trabajo es la base indispensable de la organización de nuestro potencial de trabajo". El justifica estos métodos "de acumulación

primitiva del socialismo”, con la convicción todavía espontánea, que la clase obrera comprenderá, que es necesario producir mucho y consumir poco. La desgracia del pueblo ruso era tal, que no podía producir y por otro lado ¿qué se podía hacer con las máquinas destruidas por la guerra?. La N.E.P., era entonces indispensable. Trotsky le criticó. Acusaba a los organismos técnicos de caer en el academismo, y al Partido, de olvidarse de la educación revolucionaria de las masas.

El año de 1922, se distingue por una oposición entre Lenin y Trotsky en el Buró Político, atenuado solamente cuando los dos se encuentran de nuevo juntos para poner freno a una explicación excesivamente liberal de la N.E.P., que llegaba hasta el relajamiento del monopolio del comercio exterior. Inmediatamente después, debido a su enfermedad, Lenin perdió completamente el uso de sus facultades.

¿Cómo es posible entonces, que los trotskistas puedan hablar del leninismo de Trotsky?. Es cierto que hubo convergencias, particularmente en 1921 sobre el problema nacional, cuando Lenin y Trotsky combatieron juntos las tendencias chauvinistas de Stalin (a propósito de Georgia). Es cierto también que Lenin jamás propuso medidas disciplinarias contra Trotsky. ¡Pero atención! Lenin consideraba que todos los servidores de la Revolución Socialista, cualquiera que fuera su pasado, cualquiera que fueran sus divergencias, aún graves, sobre puntos particulares, tenían lugar en el Partido a condición que no organizaran fracciones o tendencias (y Trotsky en 1921, votó la resolución que las condenaba), dentro de la dirección del Partido, a condición de que se aplicaran las decisiones de la

mayoría. En estas condiciones, la situación de Trotsky no era privilegiada, y no revela de ningún modo, una simpatía particular de Lenin a su favor. Se podría decir lo mismo de Kamenev, Zinoviev, Bujarin y Stalin, que en varias ocasiones estuvieron en desacuerdo con Lenin y permanecieron, sin embargo, en el Buró Político. Pero eso no es todo. Los elogios de Lenin a favor de Trotsky han sido raros, como todos los elogios de Lenin. Están contenidos sobre todo, en el “Testamento”, con la frase “Trotsky parece el más capaz de todos los miembros del C.C.”. Estos son los elogios sobre el organizador, el hombre de estado, no el ideólogo. Por otra parte, estos mismos talentos son excesivos: “Trotsky —agrega Lenin— tiene la tendencia de ver el lado puramente administrativo de las cosas” De hecho, para todos los bolcheviques de la época, Trotsky era el hombre de estado, y no del Partido; el hombre del Ejército Rojo, el hombre del Comité de los Transportes, no el “sabio político”.¹

Después de 1923

En fin, es necesario recordar que en cuanto Lenin quedó reducido a la impotencia y al silencio, en enero de 1923, la actitud de Trotsky cambió por completo, para llegar a la elaboración de la plataforma de los 46, que es a la vez, la condenación de la línea de la N.E.P., a pesar de que hasta entonces Trotsky solo había criticado los puntos particu-

¹ Es necesario sin embargo buscar en esta carta de Lenin a Stalin del 5 de mayo de 1922, una impresión fugitiva de la duplicidad de Trotsky: “El segundo mensaje de Trotsky del 23-4-22 dirigido a los vicepresidentes, con copia a la Secretaría del Bureau Político (es fortuitamente, sin duda, que se omitió enviarme una copia) contiene una crítica extremadamente vehemente pero profundamente falsa de la decisión del Buró Político, respecto a la creación del triunvirato financiero”.

lares y la formación reivindicada y decidida, de una fracción que luchaba contra la mayoría en la dirección del Partido. Es ocioso preguntarse que es lo que Lenin sano hubiera dicho, pero es incuestionable que la plataforma y la actividad fraccional fueron profundamente anti-leninistas. Se comprende que el Partido tuvo la impresión de que Trotsky había jugado un juego diferente, con un Lenin sano, al que jugaba ahora con un Lenin enfermo; se comprende que, como dice Aragón, cualquiera que hayan sido las reticencias ante el carácter de Stalin, denunciado por Lenin en su "Testamento", la dirección del Partido prefirió escoger a éste contra Trotsky, que se oponía al Partido y la política llevada durante los últimos 3 años.²

Es en este momento cuando surge verdaderamente el debate sobre la revolución permanente, con su corolario, el debate sobre el socialismo en un sólo país. La mayoría del Partido buscó los orígenes del trotskismo y los descubrió en la teoría de la revolución permanente, enunciada 20 años más tarde. Trotsky pensó que la revolución proletaria no estaría definitivamente segura de triunfar, a menos que estuviera depurada de sus compromisos con la revolución burguesa o la revolución campesina, y después de que haya triunfado mundialmente.

En estas condiciones, toda pausa —la N.E.P.— o la afirmación de que el socialismo podría triunfar en un sólo país, eran crímenes contra-revolucionarios. La convicción creciente de que la revolución estaba de su lado, unida a invencivos más y más agudos contra la disciplina del Partido, es la historia de Trotsky después de la muerte de Le-

nin, hasta su delirio antisoviético del exilio.

II. EL TROTSKISMO ES EL PROTOTIPO DEL IZQUIERDISMO

¿Cómo explicar a Trotsky? Es cierto que el carácter exaltado, trágico, y la ambición del personaje tienen importancia. Pero será necesario ir más lejos. El Manual del P.C.U.S., que hace siempre de Trotsky un oportunista, no aporta, al parecer, los medios para combatir una especie de neotrotskismo endémico. Las posiciones de Trotsky a menudo objetivamente oportunistas, en efecto, encuentran su origen en un modo fundamentalmente izquierdista que Bujarin ha caracterizado muy bien sobre la teoría de la revolución permanente, publicado en *Stalin contra Trotsky*, Editorial Maspero): "La fuente de los errores del camarada Trotsky, error que muchos de nosotros hemos cometido igualmente, reside en su manera formal y literaria de tratar los problemas de nuestra vida social, contrariamente al método dialéctico viviente que caracteriza al bolchevismo. ¿En qué reside la potencia de la dialéctica y de la teoría de Lenin? ¿Cuál es la razón misma de la virtuosidad genial con la cual Lenin supo encontrar el buen camino a través de todas las viscosidades de la Revolución? Lenin tenía, sobre todo, el don genial de percibir las grandes perspectivas históricas que se abrían ante la clase obrera. Usando con una maestría asombrosa la dialéctica marxista, él sabía discernir los rasgos característicos de todo período histórico, los tránsitos de una etapa a otra; sabía descubrir, sobretodo, en un momento dado, el factor dominante de la situación. Lo característico en Lenin,

² En la Historia Paralela.

es que supo discernir lo que había de original en cada situación, y descubrir con una incomparable maestría, el factor más útil a la dirección de la Revolución. Es, desde este punto de vista, que es necesario apreciar la obra de Lenin y la política de nuestro Partido formado por Lenin. Ese criterio indispensable para apreciar la política de un partido bolchevique, no podrá ser aplicado al trotskismo. Trotsky sobresale sin duda, en establecer las perspectivas revolucionarias generales. Los análisis que él da de una situación concreta, son superiores a las concepciones social-democráticas, pero inferiores a aquellas que debemos al leninismo". Bujarin, más tarde, hablando de la actitud de Trotsky con respecto a la N.E.P. dice todavía: "El estableció una brillante teoría general que no valía nada en la práctica. Aplicando esta teoría, se hubiera obtenido un resultado contrario al deseado". Todavía a propósito de la revolución permanente: "Trotsky ha considerado solamente la última etapa de la Revolución y ha olvidado las etapas transitorias. El ha apreciado la situación de un modo esquemático: o revolución burguesa o revolución proletaria. Las debilidades de Trotsky se deben a su ignorancia de la realidad".

Lo que impresiona, en efecto, es el apriorismo de Trotsky, su "intelectualismo maximalista", como dice Procacci. La debilidad teórica de Trotsky es muy grande, y el peor servicio que los trotskistas contemporáneos podían prestarle, ha sido reeditarlo. En Trotsky no se encuentra, en ninguna parte, el análisis económico o histórico; la disección de la realidad social para hacer el cuadro exacto de las diferentes capas. Trotsky es el hombre de la revolución, de los periodos de batallas físicas, un

dirigente de masas, no un constructor. Se podría casi decir, que lo que le interesa a Trotsky es la revolución, no el socialismo. El se forma cierta idea de la clase obrera y de la Revolución, sacada de Marx, naturalmente, pero también de las corrientes de izquierda de la social-democracia occidental: esta idea está animada por un temperamento enfático, ardiente; y todo se desarrolla deductivamente: La clase obrera no puede ser más que revolucionaria, siempre, y en todos los países, tan pronto como las relaciones de producción llegan a ser revolucionarias. Todo retroceso ante la Revolución es ahora una traición provocada por la degeneración burocrática de la organización. Esto es impecable lógicamente. Pero cuando Trotsky rehúsa la paz de Bret-Litvosk, ¿ha mirado cuál era realmente el estado de ánimo del pueblo ruso, y no lo que él quería que fuera? Cuando preconiza la militarización de los sindicatos ¿ha escuchado las quejas de la clase obrera, tal como eran y no como él quisiera que fueran? Cuando se levantó contra la N.E.P. ¿analizó el Estado de la economía soviética? ¿Pensó que el acero no se hace con la voluntad revolucionaria? Cuando condenó al socialismo en un sólo país ¿se inquietó por la situación real de los países de Europa occidental? ¿Por qué, al principio de las "Lecciones de Octubre", aparecidas en 1924, Trotsky acusó a los partidos comunistas búlgaro y alemán de haber traicionado la revolución del año anterior? No da ningún argumento, ni siquiera un estudio de las situaciones políticas; lo que falló en Trotsky y lo que falla en el izquierdismo es el realismo. En la política, la fe no derrumba las montañas, sino que las consolida.

La particularidad de la situación ru-

sa, era el campesinado. Trotsky no fué nunca el "enemigo del campesino" como dice la polémica; lo olvidó completamente, no solo en su capacidad revolucionaria, sino en su misma existencia masiva. La particularidad de 1917, fué la guerra que provocó la ruptura del imperialismo, el deseo de paz del pueblo ruso, que era fundamentalmente revolucionario, pero este deseo no encuadraba con la idea que Trotsky se hacía de la conciencia revolucionaria. La situación particular de 1921, fué el dilema creado por la situación económica: más vale poco pero bueno; pero para Trotsky la Revolución que marca el paso no es la Revolución. La situación particular para Stalin en 1924, era la posibilidad del socialismo en un solo país, el deseo de paz de los pueblos occidentales, suficiente para impedir una agresión contra el hogar revolucionario de la Rusia Soviética, aún si ellos eran incapaces de prender el fuego en su propio hogar. Pero para Trotsky, todas estas situaciones particulares eran prosa, de ahí que él tiene sin cesar en la boca, la Revolución, la Revolución, la Revolución. La semejanza es impresionante entre la actitud de Trotsky frente a la Revolución Rusa apenas asegurada, y la actitud de Sartre, Fanon, Ameillos y otros, frente a los países recientemente independizados.

En estas condiciones, la oposición entre la fase libertaria y la fase autoritaria de Trotsky, se explica bien. La clase obrera es espontáneamente revolucionaria, su aliento vital es la Revolución pero la disciplina de un partido la frena. No menos espontáneamente, la clase obrera puede reconocer que en ciertos períodos su libertad fundamental debe aceptar, para sobrevivir, una

limitación extrema. La ilusión izquierdista estaba en los dos "espontáneamente". Por supuesto también la fase burocrática de Trotsky revela en él una suficiencia de intelectual frente al trabajo: este puede ser forzado —militarización del trabajo— en cambio la discusión de las ideas no puede ser frenada —fracciones del Partido.

En fin, le faltó a Trotsky esta fusión intelectual y sentimental con la realidad concreta de Rusia. No es que Lenin haya vivido en Rusia más tiempo aun a partir de 1903, pero Trotsky no conocía nada de Rusia, además de San Petersburgo, la ciudad precisamente más occidental del país. El conoció Moscú solamente en 1920, recorrió el país en guerra, pero nunca lo vió en la paz. Le faltaron a Trotsky esos 15 años de estudios de la juventud de Lenin, marcados por el análisis del zarismo, de la servidumbre del capitalismo en Rusia, de la cultura rusa. Como los izquierdistas franceses de ahora que disertan del mundo entero, de Colombia, de China, de Irak, pero ignoran lo que es un monopolio francés, un campesino francés, un socialismo francés.

Deutscher cree honrar a Trotsky llamándolo profeta. Los izquierdistas no cesan, en efecto, de desarrollar sus previsiones exaltadas o pesimistas. Lenin fué un sabio: él no tuvo siempre la Revolución en la boca. La construcción del Partido en 1902-1912, fué la Revolución; el análisis del imperialismo, fué la Revolución; la N.E.P., fué la Revolución. Para los comunistas que se consideran leninistas, la dura acción sobre las cosas tal como son, duramente y no tal como se las profetiza, esa es la Revolución.

SOBRE LAS TESIS DE FRANZ FANON*

por Imre Marton

1. EL PAPEL DE LA VIOLENCIA EN LA LUCHA DE LIBERACION NACIONAL

Unos meses antes de su muerte acaecida en diciembre de 1961, Franz Fanon, de origen martiniqués y quien había puesto sus conocimientos siquiátricos y su ardor revolucionario al servicio del pueblo argelino en lucha por su independencia, publicó su obra **Los Condenados de la Tierra**, prologada por Jean-Paul Sartre.

Esta obra merece una atención particular porque el autor eleva en ella los problemas fundamentales planteados por la disgregación del sistema colonial: la denuncia demoledora de los crímenes del colonialismo, la consecuente lucha contra el imperialismo cuyas maniobras tienden a perpetuar su dominio, la búsqueda de los caminos y de los medios que permitan una emancipación social, económica y humana de las masas que sufrieron el régimen colonial y soportaron grandes sacrificios en el curso de la guerra de liberación nacional, y que desean que la revolución hecha por el pueblo sirva a los intereses del pueblo.

* Este estudio se tomó de la revista martiniquésa *Acción*, números 7 y 8-9 (2o. y 3o.-4o. trimestres de 1965 respectivamente). Todas las referencias a la obra de Fanon se refieren a la edición española de *Los Condenados de la Tierra* (Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1963). La traducción fue hecha por Madalena Sancho y Daniel Cazés.

Al describir el mecanismo del proceso de la colonización y de la descolonización, Fanon define el papel que las diferentes capas sociales jugaron durante la lucha de liberación nacional, y el que están llamadas a ocupar después de alcanzada la independencia. El autor se propone elaborar los fundamentos ideológicos y políticos de una revolución nacional que debe transformarse en revolución política y social.

La historia de la filosofía nos enseña que los grandes giros, las profundas perturbaciones que se operan en el curso de la evolución social de la humanidad, los periodos de gestación revolucionaria, en general, han coincidido con la elaboración de nuevos sistemas filosóficos, de nuevas concepciones políticas y éticas,¹ de nuevos métodos de conocimiento.

El desmoronamiento del sistema colonial hizo surgir nuevos conjuntos históricos; inició procesos sociales, económicos y políticos originales cuya generalización filosófica dió nacimiento a nuevas concepciones de la dialéctica de la historia, a una nueva visión de los destinos del hombre.

La dialéctica de la violencia² formulada por Fanon se propone ser una ge-

¹ Éticas = morales.

² Dialéctica de la violencia = lógica y desarrollo de la violencia en la historia.

neralización filosófica, política, ética, de los fenómenos de la colonización y de la descolonización. Según el autor, la dialéctica de la violencia rige la historia pasada, presente y futura del Tercer Mundo.

El desarrollo de la violencia tendría tres etapas:

El primer tiempo de la violencia se extiende sobre el período colonial. La violencia constituye el rasgo distintivo del régimen colonial: "el colonialismo... es la violencia en estado de naturaleza" (pág. 54). "El mundo colonizado es un mundo cortado en dos. La línea divisoria, la frontera está indicada por los cuarteles y las delegaciones de policía..." (pág. 32) "En las regiones coloniales... el intermediario del poder utiliza un lenguaje de pura violencia... no hace más velado su dominio... lleva la violencia a la casa y al cerebro del colonizado" (pág. 33).

El segundo tiempo de la violencia se caracteriza por la interiorización de la violencia en el colonizado.

"Esa agresividad sedimentada en sus músculos, va a manifestarla el colonizado primero contra los suyos. Es el período en que los negros se pelean entre sí" (pág. 46). "Autodestrucción colectiva muy concreta en las luchas tribales..." (pág. 48). "...veremos cómo la efectividad del colonizado se agota en danzas más o menos tendientes al éxtasis... Muertes simbólicas, cabalgatas figuradas, múltiples asesinatos imaginarios, todo eso tiene que salir. Los malos humores se derraman, tumultuosos como torrentes de lava." (pág. 50-51).

El tercer tiempo de la violencia abre el período de descolonización. Es en este nivel en el que se sitúa la inversión dialéctica de la violencia. Ante la violencia del colono contra el colonizado,

estalla la violencia de colonizado contra el colono. La violencia se ejerce ahora bajo una forma adecuada y halla su verdadero objetivo. "... la violencia se abre paso, el colonizado identifica a su enemigo, da un nombre a todas sus desgracias..." (pág. 63) "La violencia del régimen colonial y la contraviolencia del colonizado se equilibran y se responden con una homogeneidad recíproca..." (pág. 80) "Para el colonizado, la vida no puede surgir sino del cadáver en descomposición del colono." (pág. 85).

Esta dialéctica de la violencia está igualmente llamada a determinar las perspectivas del desarrollo que se abrirán ante el Tercer Mundo en el curso de un abatimiento histórico que lo distanciaría tanto del capitalismo industrial como del socialismo, originado en las contradicciones de este último.

¿En qué medida permite la dialéctica de la violencia definir la naturaleza del régimen colonial, las condiciones nacionales e internacionales del alcance y del triunfo del movimiento de liberación nacional?; ¿en qué medida permite determinar el papel de las diferentes capas y clases sociales antes y después de alcanzar la independencia?; ¿en qué medida permite trazar un camino original para el desarrollo del Tercer Mundo?

¿Es la dialéctica de la violencia una interpretación objetiva o subjetiva de la historia del Tercer Mundo?

Son estos los problemas abordados por este estudio que pretende ser una contribución para un análisis marxista de las tesis de Fanon.

La dialéctica de la violencia y la naturaleza del régimen colonial

A todo lo largo de su obra, Fanon busca poner de relieve los rasgos ori-

ginales del sistema colonial, de su desintegración y del destino del Tercer Mundo; desea mostrar lo que distingue a este nuevo continente histórico de los países industrializados, es decir, de los sistemas mundiales del socialismo y del capitalismo.

La singularidad del Tercer Mundo se explica, según Fanon, por las condiciones que han presidido la formación del sistema colonial, por la naturaleza del régimen colonial cuyas estructuras económicas, sociales, políticas y culturales se rigen por la violencia y están tejidas con hilos de violencia. De esta manera, el mundo colonial sería la objetivización de las relaciones de violencia.

Fanon es llevado a oponer el mundo de la metrópoli al mundo colonial. Según él, serían las relaciones económicas las que constituirían los fundamentos de las estructuras sociales de los países industrializados. Aquí la política es la expresión de los intereses económicos, de los intereses de clase. En el mundo colonial, por el contrario, las relaciones sociales estarían condicionadas por los antagonismos étnicos que contraponen a los venidos de fuera con los autóctonos. "Ese mundo en compartimientos, ese mundo cortado en dos está habitado por especies diferentes... es evidente que lo que divide al mundo es primero el hecho de pertenecer o no a tal especie, a tal raza. En las colonias, la infraestructura es igualmente una superestructura. La causa es consecuencia: se es rico porque se es blanco, se es blanco porque se es rico... No son ni las fábricas, ni las propiedades, ni la cuenta en el banco lo que caracteriza principalmente a 'la clase dirigente'. La especie dirigente es, antes que nada, la que viene de afuera..." (págs. 34-35).

El mérito de Fanon consiste en haber

analizado los rasgos específicos del dominio colonial, en haber insistido sobre el papel que juega la violencia política, militar y cultural en las relaciones entre colonos y colonizados, en haber mostrado que en lo colonial se superponen y se imbrican diferentes formas de enajenación.

La enajenación colonial deshumaniza a los colonizados en muchos sentidos; comprende las formas de enajenación que segrega el régimen capitalista. Los productos de la actividad humana, el trabajo mismo, se transforman en fuerzas extrañas, hostiles al hombre, su creador. Pero en la situación colonial, este mundo enajenado es doblemente extraño, doblemente enajenado, por ser impuesto desde afuera. El colonizado no pierde su humanidad solamente por ser explotado ni en tanto que es asalariado. Su condición de asalariado le es igualmente extraña porque el capital que lo deshumaniza es un capital extranjero que, al mismo tiempo, lo desnacionaliza, lo aleja de sus tradiciones, de su pasado histórico y cultural; es un capital que hace de su medio natural y social un medio extraño, escarnecido, ridiculizado, inferiorizado. El colonizado se deshumaniza como asalariado, como autóctono y como ser humano; su lengua, su religión, sus costumbres, sus valores morales, sus ideales, la pigmentación de su piel, su fisonomía, se convierten en extraños para él porque lo son a los ojos del colono que hace la ley. La tierra, el paisaje, las palabras y los gestos de su vida cotidiana, los caminos que comunican a las comunidades forman un país "de ventanas extrañas"... "de jardines cerrados que son corazones tapiados" (Aragón).

Esta superposición de enajenaciones que hacen irreal todo lo que es realidad

nacional y que dan a todo lo impuesto desde fuera, a todo lo que es extraño, una realidad violenta y mortífera, es denunciada por Fanon, quien desenmascara el revés del decorado del civilizado y de su civilización.

Para Fanon, el mundo colonial no es más que una confrontación de violencias que se objetivizan y de violencias que se subjetivizan. Fanon descuida el análisis de las íntimas relaciones, fundamentales, que rigen tanto el mundo de la metrópoli como el colonial. Por lo mismo, llega a subjetivizar la historia del Tercer Mundo llevando al absoluto lo que distingue al mundo metropolitano del colonial, aísla la violencia política de los mecanismos económicos y separa a la esfera política del sistema colonial de su esfera económica.

Fanon piensa que los lazos que unen al mundo colonial con el de la metrópoli son antes que nada las relaciones de violencia. No ha discernido el hecho de que ambos mundos poseen un fundamento común: el dominio económico y político del capital financiero.

La formación del sistema colonial del imperialismo coincidió con el dominio del capital financiero en escala mundial. Superficialmente, parece que la violencia es la primera causa; pero una visión objetiva de la colonización muestra que la violencia, aunque puede ser el momento inmediato, el más perceptible, no es el más determinante, no es el factor esencial del dominio colonial. Aparentemente el dominio colonial se reduce a una presencia de violencia permanente, pero esta violencia está sostenida por el poder económico de los monopolios capitalistas; la violencia sólo es la prolongación de su fuerza económica; es este poder económico del capital financiero el que constituye la fuerza motriz

de la expansión colonial, el fundamento de la violencia militar.

Lenin escribió: "Para el capital financiero, la mayor comodidad y las mayores ventajas están aseguradas por una dependencia que entraña la pérdida de la independencia política". La violencia política es el medio que permite a los imperialistas llevar a cabo con más facilidad su objetivo esencial: el acaparamiento de las ganancias excedentes. **Así pues, el fundamento es el poder económico del capital financiero, la meta es la superexplotación, el medio es el dominio político.**

Fanon recurre a un aparato conceptual que no le permite comprender, que no lo deja descubrir, las corrientes profundas de la historia. Vuelve a tomar las tesis y los esquemas de Sartre sobre el papel de la violencia en la historia. En la "Crítica de la Razón Dialéctica", Sartre indica que la dialéctica de la historia tiene como fundamento la necesidad humana de producir una vida material en función de la escasez. Para Sartre, la escasez es el motor de la historia y el fundamento de las relaciones sociales entre los hombres. La escasez, categoría objetiva, la vive el individuo como violencia y contraviolencia. Siendo la escasez la negación en el hombre del hombre por la materia, "la violencia es la inhumanidad constante de las conductas humanas en tanto que es escasez interiorizada" (pág. (221)). "La violencia se da siempre como una contraviolencia, es decir, como una respuesta a la violencia del Otro" (pág. 209).

Fanon, al igual que Sartre, concede la prioridad a la opresión relacionada con la explotación; por lo mismo, no relaciona la originalidad de los medios y de los métodos de la producción de plusvalía en los países colonizados con los

rasgos particulares específicos del dominio colonial. La autonomía relativa de la opresión política en relación con el dominio y con la explotación económica se erige como absoluto.

En el período de conquista colonial o de guerra de independencia, las relaciones de violencia pueden pasar a ocupar el primer plano; pero la conquista colonial no puede aislarse de las fuerzas económicas que han ocasionado la expansión colonial, de la misma manera que el estallido de la insurrección armada no puede desligarse de las contradicciones que se han exacerbado en los países coloniales entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de dominio colonial.

Es precisamente el logro de la independencia nacional lo que hace aparecer a la luz del día el hecho de que la esfera económica del sistema colonial constituye la esencia del régimen colonial. **Si se circunscribe la lucha contra el colonialismo a la esfera de la violencia política, no se afecta la esencia misma del dominio colonial**

El sistema colonial abarca dos esferas principales: la política y la económica. La desintegración del sistema colonial ha significado, en la mayor parte de los casos, que los pueblos antes colonizados han logrado sustraerse en diferentes grados a la esfera política del colonialismo, pero han quedado más o menos estrechamente vinculados a la esfera económica del sistema mundial del capitalismo. De ello se deriva el que exista una contradicción entre su situación política y su situación económica.

El error de Fanon consistió en sobrestimar la esfera política del colonialismo, en considerar a la historia de la colonización antes que nada como la historia de la violencia política y, de esta

manera, en negar que la dialéctica de la economía y de la política, formulada por Marx y Engels, sea igualmente válida en los países colonizados. Igualmente, no sorprende que Fanon vuelva a tomar las críticas de Sartre contra Engels en lo que se refiere a la afirmación que éste hace en *Anti-Dühring* de que "... la victoria de la violencia descansa en la producción de armas y ésta, a su vez, en la producción en general, por tanto en el 'poder económico'... en los medios materiales que están a la disposición de la violencia" (citado por Fanon, página 57). Engels presta gran atención a la refutación de las teorías de la violencia como principio explicativo de la evolución histórica. En efecto, hasta la aparición del marxismo la interpretación de la historia estuvo viciada por una orientación idealista que adjudicaba un papel preponderante a los factores políticos y subjetivos.

Fanon declara oportunista la tesis según la cual la violencia descansa en el poder económico; afirma que los pueblos colonizados jamás habrían podido triunfar sobre la superioridad económica y técnica de las potencias colonialistas si la violencia estuviera condicionada por los medios materiales que están a la disposición de la violencia.

En *Anti-Dühring*, Engels no condena a la violencia política ni a la acción revolucionaria, como lo deja entender Fanon, sino que demuestra que la violencia no juega un papel histórico en la sociedad clasista salvo cuando da una solución al antagonismo existente entre fuerzas productivas nuevas y relaciones de producción cuyo tiempo ha pasado. La violencia está llamada a resolver las contradicciones surgidas en la esfera económica. Los resultados de la actividad revolucionaria, de la violencia po-

lítica, están igualmente condicionados por el carácter de las contradicciones que aparecen en la estructura económica de una sociedad.

En el siguiente capítulo, indicaremos las causas que han permitido a los pueblos bajo el yugo colonial liberarse a pesar de la superioridad económica y técnica de las potencias colonialistas; ello nos permitirá también comprender por qué la violencia de los colonizados puede romper no sólo las cadenas del dominio político sino también las del dominio económico del imperialismo.

La aportación de Fanon consiste en que mostró que la violencia juega un papel sobresaliente en la enajenación de la conciencia de los colonos y de los colonizados y en las relaciones de dominio colonial, y que posee una autonomía relativa más amplia que en el mundo de la metrópoli. Por esa razón, Fanon ha podido denunciar con tanta lucidez y pasión —aun a través del prisma de la dialéctica de la violencia— al mundo concentrativo que es el mundo colonial. Pero esa es una meta perseguida a través de un aspecto particular; tal unilateralidad se manifiesta necesariamente cuando Fanon aborda las esferas en las que la violencia no tiene un papel principal, cuando se trata de definir las condiciones nacionales e internacionales que han presidido la maduración y el triunfo de la lucha de liberación nacional.

Las condiciones internacionales de la reorganización de la violencia

Fanon trata de explicar las condiciones que precedieron a la inversión dialéctica y a la reorganización de la violencia que, en lugar de inhibirse, de ser rechazada, de manifestarse como agre-

sividad o religiosidad, hallará su objetivo adecuado: se dirigirá contra el colono. Fanon se ve obligado a pasar del plano psicológico al de la historia, analizando las condiciones que han hecho madurar esa inversión dialéctica y han creado las condiciones favorables al estallido de la insurrección armada al ejercicio de la contraviolencia.

Fanon no niega la existencia de una correlación de una interacción entre el movimiento de liberación nacional y la situación internacional, entre la orientación de la violencia en el mundo colonial y la modificación de las relaciones de fuerza en la escala internacional. Pero en razón de la metodología de su aparato conceptual, Fanon no llega a sobrepasar la simple descripción de las interacciones entre fenómenos históricos, precisamente porque no supo determinar el contenido objetivo del proceso histórico de la desintegración del sistema colonial. Al rechazar el marxismo, Fanon fue incapaz de comprender las leyes profundas que gobiernan el movimiento de las interacciones, de las relaciones recíprocas; fue incapaz de distinguir y jerarquizar los factores internacionales mostrando cuáles son los contingentes y transitorios que favorecen a la causa del movimiento de liberación nacional, y cuáles son permanentemente favorables, íntimamente ligados a la madurez del movimiento de independencia.

Los factores internacionales le parecen a Fanon contingentes en relación con la dialéctica de la violencia, porque define de manera subjetivista a la violencia reorientada, indicando que ésta "... es la intuición que tienen las masas colonizadas de que su liberación debe hacerse, y no puede hacerse más que por la fuerza... Los hombres colonizados... saben que sólo esa locura pue-

de sustraerlos de la opresión colonial” (págs. 65 y 66).

De esta manera, para Fanon el factor determinante sería un factor subjetivo en relación con el cual las circunstancias históricas, las relaciones de fuerza entre las clases en escala internacional, no serían más que causas contingentes.

Con esta perspectiva, Fanon considera que la competencia entre imperialismos, la competencia entre los campos socialista y capitalista, las necesidades de expansión económica del capital financiero y el apoyo del campo socialista a la lucha de liberación, son condiciones favorables pero contingentes; y las sitúa en el mismo plano en lugar de jerarquizarlas.

Examinando los factores internacionales favorables, Fanon escribe: “Existe, pues, una complicidad objetiva del capitalismo con las fuerzas violentas que brotan en el territorio colonial”. Esta complicidad se explicaría, según Fanon, por el nuevo papel de las colonias que de “...fuente de materias primas... se han convertido en un mercado... La población colonial es una clientela que compra” (pág. 58). (Tal afirmación es discutible, pues los beneficios de los monopolios exrtanjeros provienen, antes que nada, de la exportación de riquezas de los países coloniales, manufacturadas en las metrópolis y vendidas, antes que nada, en los países capitalistas industrializados).

Fanon adelantará aun, en apoyo de su tesis, que si la preservación del dominio colonial exige continuas operaciones militares, los monopolios para mantener sus salidas se apartan del gobierno que sólo puede diezmar a los pueblos: “La fracción monopolista de la burguesía metropolitana no sostiene a

un gobierno cuya política es únicamente la de la espada” (pág. 58). Afirma Fanon que el colonizado puede contar con “...la competencia, la guerra despiadada a que se entregan los grupos financieros... (pág. 58 ...Los Estados Unidos no temen afirmar oficialmente... que son los defensores del derecho de los pueblos a la autodeterminación” (pág.71).

Fanon señala, al mismo tiempo, que la lucha de los pueblos coloniales entra en el cuadro de la competencia decisiva del capitalismo con el socialismo: “Esta competencia, dice, da una dimensión casi universal a las reivindicaciones más localizadas”. Habla igualmente del apoyo incondicional de los países socialistas.

Su tesis relativa al papel fundamental de la violencia lo lleva a poner todos estos factores en un mismo plano. **Con todo, la concurrencia manifiesta en el seno del campo imperialista —concurrencia que hay que saber explotar—, sólo ofrece condiciones favorables temporales cuyos aspectos positivos son limitados, momentáneos,** porque permiten únicamente aflojar la presión de la potencia colonialista y conllevan el peligro para el país colonial de que éste sea atraído hacia la órbita de otra potencia imperialista o, cuando menos, de que en él se refuerce el ala reformista del movimiento de liberación nacional.

En realidad, esa concurrencia sólo podría colocarse sobre el mismo plano de importancia que ocupa la **solidaridad histórica del campo socialista**, que es una **solidaridad histórica profunda, durable** puesto que existe una alianza objetiva entre el campo mundial del socialismo y el movimiento de liberación nacional. No es posible considerar a las fuerzas mundiales del socialismo únicamente como una causa exterior, pues el

movimiento de liberación nacional es parte integrante del movimiento revolucionario mundial antimperialista: se inscribe en el proceso del paso del capitalismo al socialismo, característica principal de nuestra época.

Es por ello que existe una alianza objetiva entre ambos movimientos revolucionarios dirigidos contra el imperialismo, y es precisamente la unión de esas fuerzas lo que ha permitido el hundimiento del sistema colonial.

Las fuerzas del socialismo no sólo limitan el poder de los imperialistas que cada vez tienen mayores dificultades para exportar la contrarrevolución; permiten igualmente a los países coloniales desembarazarse del dominio económico y político del imperialismo, y comprometerse en un camino que, en nuestros días, no es necesariamente el del capitalismo. El camino del desarrollo no capitalista es una solución original y nueva que se ofrece a los pueblos coloniales que han alcanzado su independencia precisamente por el hecho de que hay una alianza entre la revolución nacional antimperialista y el movimiento revolucionario socialista, porque esta revolución nacional antimperialista ya no es un eslabón de la revolución mundial burguesa, sino que es ya un eslabón de la revolución mundial proletaria.

Fanon se contentó con constatar la existencia de las interacciones entre la situación internacional y el movimiento de liberación nacional, sin lograr comprender las leyes que gobiernan el movimiento de estas interacciones. Así, no consiguió captar el contenido ni el sentido de la evolución histórica que pasa a través de las interacciones.

Al interpretar la historia de la colonización y de la descolonización a través del sistema de la dialéctica de la

violencia, Fanon fue incapaz de comprender el contenido objetivo de las interacciones. Por lo mismo, Fanon ha sido llevado a contradecir la historia colocando sobre el mismo plano al campo imperialista y al socialista, aislando al movimiento de liberación nacional de la contradicción fundamental de nuestra época que opone las fuerzas del socialismo a las del imperialismo.

Un análisis objetivo, científico de la desintegración, del hundimiento del sistema colonial debe tomar en consideración el hecho de que el movimiento de liberación nacional se inscriba en la lucha entre las fuerzas del socialismo y las del capitalismo; ha de considerar también que la modificación de las relaciones de fuerza en escala internacional a favor del socialismo se manifiesta en los países que fueron colonizados a través de las condiciones económicas, políticas e ideológicas propias de esos países.

Las condiciones nacionales de la reorientación de la violencia

El mérito de Fanon consiste en no haber enmascarado las oposiciones de interés, los conflictos entre las diversas capas de la sociedad nacional, como lo hacen generalmente los representantes de la burguesía nacional. Según estos últimos, los antagonismos en el caso de la nación son producto de la colonización y, por lo tanto, cuerpos extraños en la vida nacional. El movimiento de liberación nacional restablece la unidad nacional, y todo movimiento político que afirme la existencia y la necesidad de la lucha de clases tendrá como efecto, según ellos, la desintegración de la unidad nacional, la división artificial de las fuerzas patrióticas.

Fanon rechaza esta concepción errónea de la unidad nacional y demuestra que se enfrentan dos tendencias: la reformista y la revolucionaria.

Según Fanon, la tendencia reformista está encarnada por los partidos nacionalistas cuyos "... partidarios... son urbanos. Esos obreros, esos maestros, esos pequeños artesanos y comerciantes que han comenzado —en un nivel menor, por supuesto— a aprovechar la situación colonial tienen intereses particulares. Lo que esos partidarios reclaman es el mejoramiento de su suerte, el aumento de sus salarios. El diálogo entre esos partidos políticos y el colonialismo no se rompe jamás... Se discuten reformas" (pág. 53).

Fanon definió la tendencia reformista en relación con su dialéctica de la violencia. Si el mundo colonial es un mundo cortado en dos, si reposa en la violencia pura, la oposición del colonizado al colono sólo puede ser total. Sólo las masas que no han sido integradas a la economía colonialista, cuyas condiciones de trabajo y de vida no dependen de las relaciones capitalistas importadas por los colonialistas, pueden integrar el ala revolucionaria del movimiento de liberación nacional. Para Fanon, la burguesía nacional, el proletariado y los intelectuales son producto del dominio colonial y por tanto están ligados al mundo colonial. En las ciudades viven las masas incorporadas a la sociedad colonial, europea. Esas masas son los privilegiados de la colonización, y es la clase obrera la que, según Fanon, forma la masa más numerosa de esos privilegiados.

"...en los territorios coloniales, el proletariado es el núcleo del pueblo colonizado más mimado por el régimen colonial... En los países capitalistas, el

proletariado no tiene nada que perder... En los países coloniales el proletariado tiene mucho que perder. Representa, en efecto, la fracción del pueblo colonizado necesaria e irremplazable para la buena marcha de la maquinaria colonial: conductores de tranvías y taxis, mineros, estibadores, intérpretes, enfermeros, etc. ...constituyen la fracción 'burguesa' del pueblo colonizado" (pág. 100).

El intelectual colonizado ha invertido su agresividad en su voluntad... de asimilarse al mundo colonial" (pág. 53).

Así pues, las oposiciones existentes entre la burguesía nacional, los intelectuales y la clase obrera por otro lado, y los colonialistas por el otro, no salen del marco nacional. Representan las contradicciones no antagónicas que pueden resolverse —según Fanon— por el camino del compromiso, por formas de lucha reformistas. La violenta destrucción del mundo colonial lesionaría los intereses de ambas partes, amenazaría sus privilegios mutuos. No excluyéndose sus intereses, existen vías de paso entre ambos grupos.

Si la esencia del régimen colonial es la pura violencia, ¿entre qué grupos sociales se manifiestan con mayor agudeza los antagonismos? Según Fanon, entre los colonos y el campesinado.

Para el campesino, el mundo colonial significa el robo de su tierra. Son los gendarmes, los militares, las fuerzas de represión, quienes montan guardia en torno a las tierras espoliadas al campesino. La reivindicación principal del campesino. "...es primordialmente la tierra: la tierra que debe asegurar el pan y, por supuesto, la dignidad" (pág. 39). "No se trata de entrar en competencia con él (el colono). Quiéren su lugar... Para él (el campesino)

no hay transacciones, no hay posibilidad de arreglo" (pág. 54).

Fanon concluye que sólo el campesinado es una clase revolucionaria puesto que, para recuperar la tierra, es preciso combatir a los colonos y para ello hay que empuñar las armas contra las fuerzas militares que defienden el dominio territorial. El campesinado exige una solución radical, la que representa la antítesis de la violencia ejercida por el colono. Su contradicción es antagónica; ambos polos se excluyen de inmediato.

Afirma Fanon que los campesinos colonizados viven en un medio tradicional cuyas estructuras permanecen intactas, mientras que en los países industrializados es el medio tradicional el que ha sido agrietado por los progresos de la industrialización.

"...en los países coloniales sólo el campesinado es revolucionario. No tiene nada que perder y tiene todo por ganar... El campesinado... el hambriento, es el explotado que descubre más pronto que sólo vale la violencia" (pág. 54).

La dialéctica de la violencia no permite a Fanon comprender los criterios que permiten definir la estructura de clase de una sociedad y trazar de una manera objetiva las fronteras de los diferentes grupos sociales. Resalta en los textos de Fanon que él distingue las clases sociales según su importancia numérica en el seno de la población, según el nivel de sus ingresos y según el grado de integración de su actividad productiva y de su modo de vida en la sociedad colonial. Con este enfoque, la burguesía nacional y el proletariado son islotes perdidos en la gran masa de la población compuesta antes que nada por campesinos. Ante la miseria de los habitan-

tes del campo, burguesía nacional y proletariado serían privilegiados y constituirían un cuerpo extraño en la nación, pues sus condiciones de vida dependen del sector económico dominado por el capital extranjero. Sólo quienes viven en el sector agrícola, en donde predomina un modo de producción tradicional no integrado al mundo capitalista, constituirían las fuerzas vivas de la nación.

La dialéctica de la violencia subjetiviza las relaciones reales entre las capas y clases sociales. Fanon llega a conclusiones peligrosas, erróneas, al definir las posibilidades revolucionarias de las clases en función del grado de integración al sistema económico importado por el colonialismo. Un estudio de las estructuras sociales de los países colonizados debe ser mucho más matizado que en los países capitalistas industrializados, pues la diferenciación de las clases no es en aquellos tan marcada y no está tan cristalizada. De ello resulta que las posibilidades revolucionarias y contrarrevolucionarias de las diferentes capas sociales sean ahí polivalentes. No podemos proponernos en este estudio establecer los métodos específicos para el análisis de la estructura social de los países antes colonizados; sin embargo, aun simplificando en extremo las realidades sociales, podemos sacar la conclusión de que es imposible ubicar en el mismo plano al proletariado y a la burguesía nacional; es imposible no tener en cuenta el hecho de que la existencia de la burguesía nacional se basa en las relaciones capitalistas de producción, en la posesión de los medios de producción que le permiten acaparar la plusvalía en tanto que el proletariado está obligado a vender su fuerza de trabajo: el proletariado es una clase some-

tida a la explotación del capital extranjero pero también a la del capital nacional.

Según Fanon, la tendencia reformista en el movimiento de liberación nacional está encarnada por el proletariado y por la burguesía nacional, por estar ambos ligados a las relaciones capitalistas de producción que se han desarrollado en los países colonizados. Es cierto que el capitalismo acelera la desintegración de las formas tradicionales de producción, que estimula el desarrollo de la producción mercantil; pero las consecuencias de este proceso son totalmente diferentes para la burguesía nacional y para el proletariado.

No es la extensión de las relaciones capitalistas de producción la que nutre a la contradicción entre burguesía nacional e imperialismo, sino el hecho de que el régimen colonial limite y frene la actividad capitalista de esa burguesía. Lo que liga a la lucha de liberación nacional es, ante todo, la base económica de su existencia: el capitalismo. Su reformismo no es el resultado, como lo pretende Fanon, de que la burguesía nacional forme parte del sistema colonial; su reformismo se explica por el hecho de que la burguesía nacional desea combatir las relaciones de dominio colonial con las armas del capitalismo, a partir de posiciones capitalistas.

Después de alcanzada la independencia, la actitud de la burguesía nacional ante el imperialismo se hace aun más ambigua. Con el fin de preservar la independencia nacional —condición necesaria para hacer prevalecer en cierta medida sus intereses económicos y poder maniobrar—, la burguesía nacional tiende a practicar una política de no alineamiento en el plano internacional; para mantener su dominio político, el

cual lesiona los intereses de la nación y de las masas, se inclina a seguir una política de alineamiento con el imperialismo en el campo económico, más aun porque puede hacer prevalecer más fácilmente sus intereses económicos en detrimento de las masas populares que en detrimento de los monopolios extranjeros.

Por lo que toca al proletariado, los intereses de clase de éste le dictan una política que alía la lucha por la liberación nacional con la lucha por un desarrollo no capitalista; la actividad revolucionaria del proletariado no tiene como única fuente el hecho de que esté oprimido y explotado por el régimen colonialista ni de que forme parte integrante de las masas que sufren el yugo colonial: lo que hace su lucha más consecuente, más ardiente, más radical en comparación con la lucha de las demás capas sociales, es el hecho de que su emancipación no puede llegar más que rompiendo las cadenas de la opresión colonial y de la explotación capitalista; no puede alcanzarla más que poniendo fin a todas las formas de explotación; sólo puede emanciparse emprendiendo la lucha por la revolución nacional y por la revolución socialista.

En *Los Condenados de la Tierra*, el análisis de las estructuras sociales en los países del Tercer Mundo es extremadamente esquemático; en vano se buscaría en esa obra los datos estadísticos que permitieran determinar las particularidades y las diferencias manifiestas en los países del Tercer Mundo. Por lo tanto, sin un análisis tal, es imposible dar una respuesta a las posibilidades de alianza entre los grupos sociales, más aún porque en esos países las estructuras de clase son complejas, inestables, extremadamente movibles, porque en

ellos se entremezclan diferentes formas de producción.

Fanon no toma en consideración el hecho de que la burguesía nacional abarca a diferentes capas: burguesía industrial, comercial, bancaria, terrateniente, burocrática. Las posibilidades revolucionarias y contrarrevolucionarias de la burguesía nacional son en parte una función de su composición.

Fanon considera al campesinado como una clase homogénea. Los hechos contradicen esta afirmación. Por ejemplo, en Argelia en 1955, de los 630 000 agricultores argelinos, 8 500 poseían más de 100 hectáreas cada uno y 16 580 eran propietarios de más de 50 hectáreas cada uno; aunque éstos representaban sólo el 4% de los propietarios argelinos, ocupaban una tercera parte de las tierras no europeas. Las estadísticas hablaban de 332 000 propiedades agrícolas, la superficie de cada una de las cuales iba de 1 a 10 hectáreas, y de 105 000 con superficie menor a 1 hectárea.

El proletariado agrícola abarcaba en Argelia el mismo año a 150 000 trabajadores agrícolas permanentes y a 400 000 temporales. En la India, las pequeñas propiedades de 0 a 10 acres, representando el 88% de las propiedades, no ocupaban en 1947 más que el 34% de la tierra; según el censo de 1951, había en el país 44.8 millones de obreros agrícolas y 31.6 millones de granjeros.

Al definir el ala reformista y el ala revolucionaria del movimiento de liberación nacional desde el punto de vista de la dialéctica de la violencia, Fanon es conducido a manifestar un profundo desprecio por la fase de la lucha que prepara las condiciones del estallido de la insurrección armada. A sus ojos, sólo se justifica el salto cualitativo, el paso de la lucha económica y política a la

lucha armada. Fanon considera como formas de lucha oportunista las luchas que preparan la maduración de la insurrección armada; da un carácter absoluto a la lucha armada.

En la fase de maduración, el centro de gravedad de la lucha se encuentra en la ciudad; en el periodo de insurrección, el centro de gravedad se desplaza hacia el campo puesto que en las guerras de independencia— como lo han demostrado las experiencias revolucionarias vietnamitas, chinas y cubanas—, la lucha armada se extiende antes que nada en los campos, donde las fuerzas colonialistas no pueden concentrar su poder militar igual que en las ciudades.

La insurrección urbana no puede desatarse más que si las fuerzas colonialistas han sido debilitadas fuera de las ciudades y sólo cuando las fuerzas nacionales disponen de un poder militar ya apreciable. Si se aísla a las luchas que tienen lugar en el campo de todo el proceso del combate por la independencia, parece que la violencia de los colonos se descarga exclusivamente sobre las espaldas del campesinado y que únicamente la contraviolencia del campesinado decide el curso de la guerra de independencia. Es este enfoque el que ha hecho creer a Fanon que sólo el campesinado es una clase revolucionaria.

Fanon explica ingenuamente la reorientación de la violencia, precisamente porque se olvida de las condiciones nacionales e internacionales objetivas de esta reorientación. Fanon afirma que bastará que los militantes revolucionarios, sin seguridad en las ciudades, rechazados por las autoridades del partido, indeseables, vayan a encallar en el campo (p. 118); estos militantes "Descubren que las masas rurales no han

dejado de plantear jamás el problema de su liberación en términos de violencia..." (pág. 116). "Se comprende que el encuentro de esos militantes maltratados por la policía y de esas masas agitados y de espíritu rebelde puede producir una mezcla detonante de inusitada fuerza... En realidad los cursos (políticos) no duran mucho tiempo porque las masas, restableciendo el contacto con lo más íntimo de sus músculos, conducen a los dirigentes a precipitar las cosas. La lucha armada se desencadena" (pág. 117).

A la luz de la revolución argelina, Fanon supo comprender un nuevo aspecto de la realidad social de nuestros días, sin poderle dar una interpretación exacta. Fanon comprendió que, hoy en día, las posibilidades revolucionarias del campesinado, y en particular las de la pequeña burguesía rural y urbana, se han hecho mayores y más importantes; pero ha olvidado mostrar sus límites (más adelante retomaremos este problema).

La apreciación de Fanon sobre el papel de las diferentes clases en la fase de la lucha que precede al logro de la independencia se extiende por igual al papel que están llamadas a jugar después de la conquista de la soberanía nacional.

2. EL PAPEL DE LAS CLASES SOCIALES DESPUES DE LA INDEPENDENCIA

¿Cuáles son las posibilidades revolucionarias de la burguesía nacional después de la independencia?

Fanon afirma que ninguna.

Según él, el resultado de la lucha anticolonialista depende de la victoria de la corriente reformista o de la corriente revolucionaria. Si triunfa la primera, la

independencia política se convierte en usufructo de la burguesía nacional que preserva los intereses económicos de los colonialistas. Se podría citar para apoyar esta afirmación la siguiente declaración de Bourguiba: "Traté de hallar un compromiso honorable con Francia, una solución que, tomando en cuenta las aspiraciones legítimas del pueblo tunecino, salvaguardara los intereses vitales indiscutibles de Francia".

A propósito del papel de la burguesía nacional, Fanon escribe: "No hay que decir, pues, que la burguesía nacional retrasa la evolución del país... En realidad, la fase burguesa en la historia de los países subdesarrollados es una etapa inútil" (pág. 161). "En sus inicios, la burguesía nacional de los países coloniales se identifica con la burguesía occidental en sus finales... En realidad comienza por el final. Ya está en la senectud sin haber conocido ni la petulancia, ni la intrepidez ni el voluntarismo de la juventud y la adolescencia" (pág. 140).

¿Qué razones invoca Fanon para apuntalar sus conceptos?

1) La burguesía de los países subdesarrollados, esa microburguesía, como la llama Fanon, carece de capitales. Su actividad económica no está orientada hacia la producción, sino que está enteramente canalizada hacia actividades de tipo intermediario. Tiene la psicología del hombre de negocios y no la del capitán de la industria.

2) Esa burguesía es impotente e incapaz de transformarse en una verdadera burguesía, de dar un impulso a la producción industrial y agrícola, de transformar las estructuras económicas y sociales porque, en lugar de emprender un camino revolucionario, de poner sus capacidades al servicio del

pueblo, de "... ir a la escuela del pueblo, es decir, poner a disposición del pueblo el capital intelectual y técnico que ha extraído a su paso por las universidades coloniales" (pág. 138), se contenta con enriquecerse rápidamente aprovechando las posibilidades que se le presentan para dominar políticamente.

3) Para mantener su papel dirigente, para ejercer su dominio político, la burguesía nacional recurre a métodos cada vez más antidemocráticos. Fanon describe de manera sorprendente el mecanismo del proceso que conduce a la burguesía nacional del papel de catalizadora de las fuerzas nacionales al de opresora de las fuerzas populares.

La burguesía nacional afirma que después de la independencia se precisa de un poder fuerte, es decir, de una dictadura. Esta dictadura "... simboliza en realidad la decisión de la casta burguesa de dirigir al país subdesarrollado primero con el apoyo del pueblo, pero pronto en su contra" (pág. 166).

El Partido se encarga de vigilar a las masas, de contener su arrojío revolucionario, de alejarlas de la acción. "El partido, en vez de fijarse como misión fundamental la libre circulación de las ideas del pueblo hacia la dirección, forma una pantalla y la impide" (pág. 167). "El partido se añade a la administración y a la policía y controla a las masas... para recordarles constantemente que el poder espera de ellas obediencia y disciplina" (pág. 166).

Para reforzar su dominio político, la burguesía nacional limita las libertades democráticas y, para hacerlo, "... escoge la solución que le parece más fácil, la del partido único... El partido único es la forma más moderna de la dictadura burguesa sin máscara, sin afeites,

sin escrúpulos, cínica" (pág. 151).

Para engañar y mixtificar a las masas populares, la burguesía nacional "... va a descubrir la necesidad de un dirigente popular al que corresponderá el doble papel de estabilizar al régimen y perpetuar el dominio de la burguesía" (pág. 151). El líder "durante la lucha de liberación despertaba al pueblo. Ahora multiplica los esfuerzos para adormecerlo..." (pág. 154).

De estos hechos, Fanon saca la conclusión que demuestra una vez más que es prisionero de su interpretación subjetivista de la historia: "La dictadura burguesa de los países subdesarrollados obtiene su solidez de la existencia de un dirigente. En los países desarrollados, como se sabe, la dictadura burguesa es el producto del poder económico de la burguesía. En los países subdesarrollados, por el contrario, el líder representa la fuerza moral al abrigo de la cual la burguesía desguarnecida y desmedrada de la joven nación decide enriquecerse" (págs. 151-152).

En lugar de proceder a un análisis científico de la relación de fuerzas en el plano nacional y en el internacional, que permitiría comprender las razones por las cuales es la burguesía nacional la que consigue acaparar el poder político después de alcanzada la independencia, Fanon se contenta con un análisis psicológico y, a fin de cuentas, hace reposar al dominio político de la burguesía nacional sobre un factor de orden moral.

Fanon no muestra cómo sería posible evitar la toma del poder por parte de la burguesía nacional; no señala cuáles son las clases que podrían oponerse a la burguesía nacional y constituir un poder político que siguiera una política revolucionaria ante las tendencias reformistas.

Las razones del dominio político por parte de la burguesía nacional

No obstante su debilidad numérica y económica, la burguesía nacional, en muchos casos, consiguió convertirse en la fuerza dirigente del movimiento de liberación nacional y en la fuerza política dominante después de la independencia, por las siguientes razones generales, sin considerar las particularidades que varían de un país a otro:

a) Los intereses de la burguesía nacional se oponen a los del imperialismo y ella ha sabido aprovechar el debilitamiento del sistema mundial del capitalismo para reforzar su presión sobre la independencia nacional. La burguesía las potencias colonialistas, para exigir nacional tomó parte activa en el movimiento de liberación nacional, a lo que debe su prestigio ante las masas.

b) Las potencias colonialistas comprendieron que tenían interés en transigir con la fracción menos revolucionaria del movimiento de liberación nacional. Al no poder evitar el hundimiento del sistema colonial, las potencias colonialistas buscaron conceder la independencia nacional en la fase de la lucha en que la burguesía nacional constituía la fuerza dirigente. En efecto, entre más se prolonga y se vuelve más encarnizada la lucha contra el imperialismo, más terreno ganan los elementos revolucionarios en la dirección del movimiento y más madura la conciencia política de las masas en el curso de los combates.

El compromiso entre el imperialismo y la burguesía nacional refleja, por una parte, la política imperialista de conceder algunas concesiones para no verse obligada a perderlo todo; por otra parte, pone de manifiesto la tendencia de la

burguesía nacional hacia la detentación del monopolio político después de proclamada la independencia.

c) En razón de su debilidad numérica, de su débil concentración, la clase obrera no dispone, en general, de una organización ni de una conciencia revolucionarias suficientes para transformarse en la fuerza dirigente del movimiento de liberación nacional.

Además, los antagonismos existentes entre la burguesía nacional y el proletariado son relegados a un segundo plano, ya que el explotador es, en primer lugar, el capitalista extranjero. En Argelia, por ejemplo, las empresas públicas y europeas ocupaban en 1954 a más de 400 000 asalariados, mientras que las empresas de la burguesía nacional a penas ocupaban a 30 000.

La conciencia de la clase obrera, en relación con la burguesía, no se diferencia suficientemente de su conciencia nacional; eso explica que los partidos nacionalistas, particularmente en los países en que hay partidos revolucionarios de la pequeña burguesía, ejerzan una considerable influencia ideológica incluso sobre el proletariado.

d) La burguesía nacional basa su dominio político en gran parte en el apoyo que recibe del campesinado, cuya conciencia espontánea es permeable al nacionalismo de la burguesía nacional. Dadas sus condiciones de vida y de trabajo, y en consecuencia dadas sus tradiciones religiosas y sociales, la burguesía nacional llega a atraer hacia ella a una parte considerable del campesinado.

La maduración de la conciencia de las masas exige experiencias de lucha más largas para pasar de la conciencia nacionalista a la conciencia de clase. Es frecuente que sólo después de la indepen-

dencia esta conciencia de clase pueda precisarse cuando se manifiestan más claramente las oposiciones de intereses en el seno de las fuerzas nacionales y cuando se fortalece la alianza entre el campesinado y la clase obrera.

La burguesía logra conservar su monopolio político —es esto lo que Fanon desgraciadamente no comprende— **porque la alianza entre el campesinado y la clase obrera no es suficientemente estrecha, porque la clase obrera aún no ha logrado separar al campesino de la burguesía nacional.**

e) El fundamento del dominio político de la burguesía nacional no es sobre todo el prestigio moral del líder, su ascendiente ideológico sobre las masas campesinas y obreras. Su dominio político descansa sobre un cierto poder económico que la burguesía misma trata de fortalecer después de la independencia, por ejemplo, mediante el aparato del Estado. La base social del dominio político de la burguesía está constituida por los intelectuales, los elementos de la pequeña burguesía que llegaron a ocupar puestos superiores dentro del aparato del estado, de la vida económica, política y militar

f) La fuerza de la burguesía nacional reside también en parte en el poder del imperialismo que viene en su ayuda cuando se trata de frenar las impetus revolucionarios de las masas, proporcionándole dinero, armas, técnicas, becas de estudios para acelerar la formación de una élite.

La burguesía nacional, agente intermediario del imperialismo

Por otra parte, la burguesía nacional practica una política antinacional de

compromiso con el capital extranjero, "...la burguesía nacional descubre como misión histórica la de servir de intermediaria" (pág. 139-140).

Fanon percibe una tendencia bastante común en la burguesía nacional que, al sentirse económica y políticamente débil y al debatirse entre la presión ejercida por los imperialistas y por las masas populares, no trata en forma consecuente de asegurar la independencia económica del país, de convertirse en una auténtica burguesía, sino que se conforma con el papel de intermediaria, de burguesía compradora, y sólo pide las migajas más grandes a los monopolios extranjeros

Fanon no explica las razones profundas que determinan esta tendencia de la burguesía nacional. En los países capitalistas evolucionados, la burguesía se convirtió en una clase dominante en la vida política después de haber conquistado una posición dominante en la vida económica.

Las revoluciones burguesas tenían la misión de resolver la contradicción que existía entre la situación económica y política de la burguesía en el marco del régimen feudal. Por el contrario, en las colonias la burguesía nacional se vuelve fuerza dirigente en la vida política antes de haber sido fuerza dirigente en la vida económica nacional.

Para poder crear una base económica suficientemente sólida para su dominio político, y también para convertirse en una fuerza económica dominante, la burguesía nacional tendría que llevar a cabo una lucha consecuente contra el imperialismo que sigue siendo, aún después de la independencia nacional, la fuerza económica dominante. Para ello, tendría que reorientar los circuitos comerciales, apoyarse en el campo socia-

lista, modificar las estructuras económicas y sociales del país, obtener la colaboración de las masas obreras y campesinas satisfaciendo sus ambiciones políticas, sociales y económicas, es decir, crear las condiciones más o menos propicias para un desarrollo no capitalista.

No es menos cierto que, en las circunstancias internacionales actuales, los intereses objetivos de la burguesía nacional dictan una política de lucha contra el imperialismo, llamada a reforzar su independencia política por medio de la independencia económica. Aquí se encuentra una tendencia objetiva que justifica la apreciación de los partidos comunistas que afirman que las capacidades revolucionarias de la burguesía nacional no se agotan después de lograda la independencia.

Fanon considera que el papel revolucionario de la burguesía nacional es nulo después de la independencia, **porque sólo considera a la burguesía nacional en su relación con las fuerzas imperialistas.**

Sin la existencia del campo socialista, la burguesía nacional sería incapaz de seguir una política que limitara el dominio económico del imperialismo. En algunos países subdesarrollados, donde las bases económicas de la burguesía nacional son más considerables, se observa un esfuerzo para fortalecer la independencia económica dentro del marco de un desarrollo capitalista autónomo, aprovechando la competencia de los dos campos mundiales a la vez que limitando la actividad política de las masas. Naturalmente, esta tendencia trae consigo muchas contradicciones que a menudo dan lugar a procesos de estancamiento económico.

En otros países, la burguesía nacional, débil frente a las masas obreras y cam-

pesinas y débil frente al capital extranjero, busca el fortalecimiento de sus posiciones tratando de aprovechar las contradicciones interimperialistas, convirtiéndose en intermediaria del capital extranjero, y de obtener las concesiones de las potencias imperialistas guiando el ojo a los países socialistas.

La base social de la política neocolonialista de los imperialistas es precisamente esta parte de la burguesía nacional que, en los que fueron países coloniales se conformaba con el papel de intermediario.

En otros países, donde los lazos entre las masas pequeñoburguesas rurales y urbanas y la clase obrera son relativamente estrechos, la burguesía nacional, bajo la presión de las masas populares, se ve llevada a practicar en el plano internacional una política antiimperialista consecuente y en el interior una política que, en distintos grados, toma en cuenta ciertas aspiraciones políticas y económicas de las masas populares.

El socialismo: ¿misión histórica de la pequeña burguesía o del proletariado?

¿Cómo concibe Fanon a la nueva sociedad llamada a reemplazar al régimen colonial? ¿Qué papel les reserva al campesinado y al proletariado?

Fanon esboza los rasgos de la sociedad nueva que ha de edificarse sobre las ruinas del colonialismo, **no en función de las leyes objetivas que rigen la evolución social, sino según la lógica interna de la dialéctica de la violencia.**

En la fase de la lucha de independencia, la dialéctica de la violencia era el resultado de la naturaleza del régimen colonial que "... es la violencia en estado de naturaleza y no puede incli-

narse sino ante una violencia mayor". (pág. 54).

El camino de la dialéctica de la violencia, después de haber barrido al colonialismo, opondrá ahora Europa al Tercer Mundo, la Europa que representa el colmo de la depravación moral y espiritual, la quintaesencia del mal, el conjunto de valores y técnicas que han mutilado al hombre. El Tercer Mundo se concibe como una entidad nueva llamada a renovar a la humanidad, a volver a comenzar la historia de la humanidad para poder construir una sociedad que respete lo humano del hombre.

Al final de su obra, en sus conclusiones, Fanon hace un emotivo llamado a sus hermanos del Tercer Mundo para que corten los lazos que los ligan a Europa y que, navegando en el océano de la historia, inicien la búsqueda de una nueva concepción de la sociedad y del hombre

"El Tercer Mundo está ahora frente a Europa como una masa colosal . . . Se trata, para el Tercer Mundo, de reiniciar una historia del hombre (pág. 291) . . . Decidamos no imitar a Europa (pág. 289) . . . Cuando busco al hombre en la técnica y el estilo europeos, veo una sucesión de negociaciones del hombre, una avalancha de asesinatos (pág. 288-289) . . . Por Europa, por nosotros mismos y por la humanidad, compañeros, hay que cambiar de piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de crear un hombre nuevo ((pág. 292)."

Fanon no nos proporciona indicaciones sobre este pensamiento nuevo, sobre la estructura económica, social y política de ese Tercer Mundo que no imitará a Europa, que no se dejará obsesionar por el deseo de alcanzar a Europa, de ese Tercer Mundo donde "no hay que hablar de rendimientos, de in-

tensificación, de ritmo" . . . donde "Con el pretexto de alcanzar a Europa no hay que forzar al hombre, que arrancarlo de sí mismo, de su intimidad, no hay que quebrarlo, no hay que matarlo". (pág. 290-291).

La gran debilidad doctrinaria del pensamiento de Fanon se manifestará necesariamente cuando trate de esbozar un programa positivo. Su manera subjetiva de entender y analizar la realidad ya había falseado su interpretación de la historia de la colonización y de la descolonización dando prioridad a la esfera política sobre la esfera económica, aislando la revolución de liberación nacional de la contradicción fundamental de nuestra época. **Su subjetivismo le hará creer ahora que es posible empezar de nuevo la historia sin tomar en cuenta las necesidades que dicta la historia real en curso.**

Para cambiar de piel es necesario saber definir las contradicciones reales que hay que sobrepasar, los cambios que desea llevar a las estructuras económicas y sociales. Es necesario saber desentrañar las fuerzas sociales capaces de hacer el cambio, de crear un hombre nuevo.

En el plano económico, Fanon se muestra terriblemente superficial. La lucha contra el subdesarrollo no puede emprenderse a partir de ideas retrógradas. Es erróneo considerar la civilización moderna con su desarrollo industrial, con su progreso científico y técnico como productos ficticios del colonialismo.

No son la máquina y la automatización las que mutilan al hombre. Las técnicas industriales liberan al hombre de las fuerzas naturales ciegas. Son liberadoras si están puestas al servicio del hombre, pero agravan su enajena-

ción si se utilizan para acrecentar las ganancias capitalistas.

La degradación de la condición humana no es la consecuencia de la industrialización, sino del desarrollo de las fuerzas productivas en el marco de las relaciones capitalistas de producción.

Al hacer un juicio negativo sobre la civilización técnica Fanon confunde, así como los filósofos existencialistas, objetivación, —el acto por medio del cual el hombre transforma por la praxis³ su medio natural y social— con enajenación —situación en la que los productos de la actividad humana se vuelven extraños, hostiles a sus productores, los cuales se ven desposeídos de los productos de su actividad y de ésta misma.

El socialismo de Fanon: el papel decisivo del campesinado

Fanon cree que en nuestra época es posible edificar una sociedad que no se parezca ni al capitalismo ni al socialismo, tal como se ha realizado en los países socialistas. Escribe: "El Tercer Mundo no debe contentarse con definirse en relación con valores previos. . . El problema concreto frente al cual nos encontramos no es el de la opción, a toda costa, entre socialismo y capitalismo tal como son definidos por hombres de continentes y épocas diferentes " (pág. 91).

Toma posición contra el régimen capitalista que "no puede, como modo de vida, permitirnos realizar nuestra tarea nacional y universal" (pág. 91) y opta por un cierto socialismo cuyos contornos son difíciles de precisar.

³ Praxis: actividad práctica humana en el trabajo y en el modo de vida.

En efecto, en vano buscaremos en el libro de Fanon indicaciones acerca del régimen de la propiedad de los instrumentos de producción, sobre la suerte que se reservará al sector moderno detentado por los monopolios extranjeros, sobre la naturaleza de clase del Estado que deberá asegurar esa marcha hacia adelante, más rápida, más armoniosa hacia el socialismo.

Reconoce sin embargo que, para hacer frente al subdesarrollo, herencia del colonialismo, para poder poner al día las riquezas naturales "hace falta algo más que la inversión humana. Hacen falta capitales, técnicos, ingenieros, mecánicos etc." (pág. 92).

Para modificar las condiciones de trabajo con el fin de que la humanización de "este mundo animalizado por las fuerzas imperialistas" no dure siglos, Fanon exige que los capitalistas que "se han comportado en el mundo subdesarrollado como verdaderos criminales de guerra" (pág. 92) paguen reparaciones y restituyan en dinero y en especie las riquezas que han robado. En efecto, dice, "la reparación moral de la independencia nacional no nos ciega, no nos satisface. La riqueza de los países imperialistas es también nuestra riqueza. . . Europa es literalmente la creación del Tercer Mundo. Las riquezas que la ahogan son las que han sido robadas a los pueblos subdesarrollados" (pág. 94).

Pero, ¿por qué habrían de dar los imperialistas su colaboración a los jóvenes estados nacionales en su lucha contra el subdesarrollo?

Fanon afirma que los capitalistas deben a toda costa encontrar salida a sus capitales, de lo contrario éstos quedarán bloqueados y se inmovilizarán. La situación es catastrófica a largo plazo.

Por otra parte, si "el Tercer Mundo está abandonado y condenado a la regresión por el egoísmo y la inmoralidad de las naciones occidentales, los pueblos subdesarrollados decidirán evolucionar en autarquía colectiva" (pág. 96). De ello resultaría, según el autor, una crisis de sobreproducción que tendría como consecuencias el **lock-out** y el desempleo que "conduciría al proletariado europeo a desencadenar una lucha abierta contra el régimen capitalista. Los monopolios comprenderán entonces que su interés bien entendido consiste en ayudar y hacerlo masivamente y sin demasiadas condiciones a los países subdesarrollados" (págs. 96-97).

En el campo político, Fanon estima que la degeneración de los partidos políticos en los países antes coloniales proviene del hecho de que la vida política tiene su eje en la ciudad y no en el campo. Fanon invita a los dirigentes del partido a "... huir de la capital como de la peste... El partido debe ser descentralizado al extremo..." (pág. 169). "En última instancia, no habría ningún inconveniente en que el gobierno tuviera su sede fuera de la capital... La capital de los países subdesarrollados es una noción comercial heredada del período colonial." (pág. 170). "... la vida de la capital, vida ficticia, superficial, superpuesta a la realidad nacional como un cuerpo extraño, debe ocupar el menor lugar posible en la vida de la nación..." (pág. 171). La nación deserta de esos lugares iluminados y ficticios y se refugia en el campo, donde recibe vida y dinamismo.

Con la meta de edificar una sociedad socialista particular en el Tercer Mundo, Fanon insiste en la necesidad de cerrar el camino del poder a la burguesía nacional. Para ello, no preconiza la

alianza de la clase obrera y el campesinado, sino la del campesinado con los intelectuales que aportarán los cuadros de la vida administrativa y política.

"En los países subdesarrollados que obtienen la independencia, existe casi siempre un pequeño número de intelectuales honestos... que, instintivamente, desconfían de esa carrera por los puestos... La situación particular de esos hombres (sostén de familia numerosa) o su historia (experiencias difíciles, formación moral rigurosa) explica ese desprecio tan manifiesto por los maniobros y usufructuarios. Hay que saber utilizar a esos hombres en el combate decisivo que se quiere emprender para una orientación sana de la nación" (pág. 162).

En la lucha contra el imperialismo y las tendencias capitalistas nacionales, Fanon no reserva ningún papel progresista para el proletariado, al que considera como producto específico del mundo colonial; para él, el proletariado no representa una fuerza política autónoma y no es más que un apéndice de la microburguesía de los países subdesarrollados.

La burguesía colonizada blande las armas del nacionalismo para acaparar los puestos ocupados antes por los extranjeros. "... su actitud va a teñirse cada vez más de racismo" (pág. 142). A esta actitud de la microburguesía, corresponderá la exigencia aun más rastrea del proletariado, de los "pequeños nacionales" como los llama Fanon. "Por su parte, el proletariado de las ciudades, la masa de desempleados, los pequeños artesanos, los que suelen llamarse los pequeños oficios, se unen a esa actitud nacionalista..." (pág. 142-143).

Para la masa popular de las ciudades, "la competencia está representada..."

por africanos de una nación distinta...” (pág. 144). “Como la única consigna de la burguesía es: hay que sustituir a los extranjeros... los demás nacionales, menos elevados —choferes de taxi, vendedores callejeros, limpiabotas— van a exigir igualmente que los dahomeyanos se vayan a su país...” (pág. 145).

Las organizaciones obreras, los sindicatos nacionales cuya acción durante la fase de la lucha por la independencia afectaba “Esos islotes metropolitanos que constituyen las ciudades en el marco colonial...” (pág. 112), no encuentran su lugar pues no pueden seguir una política sindicalista. “Los sindicatos comprenden al día siguiente de la independencia que las reivindicaciones sociales, si se expresaran, escandalizarían al resto de la nación. Los obreros son, en efecto, los favorecidos del régimen... Los sindicatos, a los que se impide todo sindicalismo, no hacen sino patallar.” (pág. 113). “En realidad, los sindicatos son candidatos al poder”. (pág. 112).

Fanon expresa su desprecio por el proletariado cuando contrapone a la santa política del campesinado la depravación moral del proletariado: “Los campesinos, frente a esa burguesía nacional y a estos obreros que, en suma, comen muy bien, sólo miran y se encogen de hombros. Los campesinos se encogen de hombros porque se dan cuenta de que unos y otros los consideran como una fuerza de apoyo. Los sindicatos, los partidos o el gobierno, en una especie de maquiavelismo inmoral, utilizan a las masas campesinas como una fuerza de maniobra, inerte y ciega. Como fuerza bruta.” (págs. 113-114).

¿Por qué Fanon es incapaz de definir las posibilidades reales de las diferentes clases sociales en el período que sigue al logro de la independencia, y de de-

terminar el régimen social conforme a los verdaderos intereses de las masas populares?

En nuestra opinión, la explicación debe buscarse en los siguientes puntos:

—Fanon da una interpretación subjetivista de la evolución del conjunto de la sociedad humana, erigiendo en absoluto ciertas particularidades de los países coloniales, ciertos rasgos originales de su estructura social, y reemplaza la dialéctica de las fuerzas de producción y de las relaciones de producción, de la economía y de la política, por la dialéctica de la violencia.

—Fanon considera al Tercer Mundo como un bloque social homogéneo, perdiendo de vista las particularidades resultantes de los diferentes estadios de desarrollo alcanzados por esos países.

—Fanon no relaciona las posibilidades de las diferentes clases con la modificación de las relaciones de fuerza en escala internacional en favor del socialismo.

—Fanon no consiguió comprender los criterios que permiten definir la estructura clasista de una sociedad y de limitar de manera objetiva los diferentes grupos sociales.

Las posibilidades revolucionarias de la pequeña burguesía

A la luz de la revolución argelina —como ya lo indicamos—, Fanon supo desentrañar un nuevo aspecto de la realidad social de nuestros días, sin poder interpretarlo con exactitud. En los países que fueron coloniales, particularmente en aquéllos en los que el capitalismo ha alcanzado cierto grado de desarrollo, el papel político y las posibilidades revolucionarias de la pequeña burguesía rural y urbana, se han

hecho en nuestra época más amplios y más importantes.

En Europa, después de las revoluciones de 1848 y de la polarización de las fuerzas económicas y políticas en el seno de la sociedad capitalista, la pequeña burguesía no tuvo ya (y no podía ya tenerlo) un papel político autónomo importante.

Por el contrario, en los nuevos estados nacionales —como lo demuestran las revoluciones argelina y cubana—, la pequeña burguesía puede jugar un papel dirigente en ciertas fases de la revolución nacional, democrática, anti-imperialista.

La importancia política de la pequeña burguesía se explica por el hecho de que ella representa a menudo una capa apreciable de la población y porque su situación económica y de clase la incita en general a emprender una lucha consecuente contra el imperialismo. Si la lucha por la liberación nacional se prolonga, si se hace más encarnizada, si se transforma en lucha armada, si las amplias masas campesinas entran a la lucha revolucionaria, los elementos radicales del campesinado pobre y de la pequeña burguesía urbana dominan en las organizaciones políticas y militares y constituyen la fuerza dirigente del movimiento de liberación nacional. En estas condiciones, la revolución nacional se transforma en revolución agraria y la lucha por la independencia política se confunde con la lucha por la transformación económica y política de la sociedad.

La pequeña burguesía puede afirmarse como fuerza dirigente del movimiento de liberación nacional si las masas cada vez más radicalizadas rehusan cualquier solución de compromiso, cualquier tendencia reformista proveniente de la

burguesía nacional, ésta puede afirmarse como fuerza dirigente si el proletariado no se ha constituido aun en clase o si no ha llegado a ser una fuerza política autónoma en razón de la influencia ideológica predominante del nacionalismo de la pequeña burguesía.

Después de alcanzada la independencia, diversos factores contribuyen a acrecentar las posibilidades revolucionarias de la pequeña burguesía: la presión económica y política del imperialismo, la oposición y la resistencia que aquella manifiesta ante la burguesía nacional cuyas aspiraciones lesionan sus intereses económicos y cuyas actitudes ambiguas chocan con sus sentimientos patrióticos, la presión política ejercida por el campesinado pobre y por el proletariado agrícola al igual que por el proletariado industrial cada vez mejor organizado y más conciente.

En estas condiciones, la pequeña burguesía urbana y rural y sus dirigentes buscan un camino diferente al del capitalismo. Esta burguesía puede optar por el camino del desarrollo no capitalista porque sus intereses de clase le dictan una política que preconiza la limitación y la liquidación del capital extranjero, la realización de una reforma agraria radical, el control de la actividad capitalista de la burguesía nacional, la transformación de las estructuras económicas, sociales y políticas caducas, y la colaboración con las fuerzas mundiales antimperialistas.

Al mismo tiempo que se ponen de relieve las nuevas posibilidades de la pequeña burguesía, es necesario precisar sus limitaciones, resultantes de su situación de clase.

La existencia de la pequeña burguesía está ligada a la pequeña producción de tipo artesanal, que tiende a oponerse

a la gran industria, a la técnica moderna, porque el carácter social de la gran producción amenaza su independencia y su futuro. La pequeña producción artesanal desea defenderse contra la empresa del capital rechazando las fuerzas de la producción moderna; teme todo lo que puede sacudir a su pequeño mundo. **Es esta aprehensión, este temor, lo que expresa Fanon cuando aconseja a sus hermanos del Tercer Mundo que no deseen a toda costa alcanzar a Europa ni mostrarse desafiantes ante la civilización industrial.**

Es así como se explican las razones por las que Fanon contrapone el Tercer Mundo a los países industrializados independientemente de las relaciones sociales y de las condiciones sociales en base a las cuales se emplea la técnica. Así se explican las razones por las cuales Fanon subestima el papel del proletariado en la edificación de la nueva sociedad. En efecto, la existencia del proletariado está ligada a la gran industria. Si la sociedad del Tercer Mundo debe reposar sobre la pequeña producción mercantil o sobre las cooperativas de campesinos que emplean un instrumental primitivo, al proletariado se le rehusa un porvenir económico y un papel político preponderantes.

Las limitaciones de la pequeña burguesía se afirman igualmente en el plano ideológico y en el político.

La pequeña burguesía es más permeable a los prejuicios nacionalistas y religiosos que nutren su desconfianza ante el proletariado y su ideología. En el seno de la pequeña burguesía —en razón de la diferenciación que en ella se produce—, se hallan elementos que son atraídos por el capitalismo; éstos pueden ser empujados a colaborar y aliarse con determinadas capas de la burguesía

nacional. Llega a suceder que algunos dirigentes de la pequeña burguesía, transgrediendo las necesidades históricas objetivas, den prueba de voluntarismo y comprometan al país en un camino que lleve a la aventura. Sus metas pueden tomar la forma de una política chauvinista agresiva. Para poder ahogar el descontento de las masas, cuyas aspiraciones y exigencias no son satisfechas, para poder resistir a la presión imperialista y para apoyar sus miras expansionistas, recurren a una dictadura militar que hace imposible el progreso hacia una vía no capitalista.

Fanon refleja la ilusión de la pequeña burguesía que tiende a creer que su creciente papel político lo debe al hecho de que reorientó la violencia contra los colonialistas, y a que decidió asumir su autonomía ante los dos sistemas mundiales.

El papel del sistema socialista mundial y papel del proletariado

Las nuevas posibilidades de la burguesía sólo parcialmente traen como resultado particularidades económicas y sociales de los países del Tercer Mundo.

La pequeña burguesía puede encaminar al país por una vía de desarrollo no capitalista, aprovechando el poder político de que dispone; pero esto puede suceder únicamente por el hecho de que el imperialismo ya no es actualmente el único sistema mundial, ni es el sistema mundial que determina la evolución social. La vía de desarrollo no capitalista se ha convertido, para los países que han adquirido recientemente su independencia, en una posibilidad real desde que se inició la tercera etapa de la crisis general del capitalismo y desde

que el socialismo ejerce una influencia decisiva sobre el curso de los acontecimientos históricos.

La posibilidad de saltar sobre la fase capitalista no se deriva de las leyes immanentes del desarrollo del Tercer Mundo. Aunque en general en los países del Tercer Mundo las condiciones materiales, técnicas y sociales del paso al socialismo no se encuentren reunidas, estos países pueden, progresando dentro de la vía no capitalista, llegar al socialismo explotando las posibilidades que ofrece la existencia del sistema mundial del socialismo; pueden crear las condiciones del paso al socialismo organizando su vida económica, política y social de tal modo que propicie ese proceso.

Fanon desliga las condiciones interiores de los países del Tercer Mundo de las leyes generales que rigen nuestra época, leyes que determinan asimismo el sentido de la evolución en los países recientemente independizados. Fanon no considera al camino no capitalista como una forma, como una etapa particular de transición al socialismo, sino como un tercer camino que se opone tanto al capitalismo como al socialismo.

Lo que no es más que una forma específica, en Fanon se convierte en un contenido específico que se opone al socialismo tal como se ha realizado en los países socialistas. Esta concepción puede encontrarse en la base de una plataforma "original" orientada contra el movimiento obrero y el campo socialista.

Se puede determinar el papel que puedan jugar la pequeña burguesía y el proletariado a lo largo de su progreso hacia el socialismo, interpretando con precisión las condiciones nacionales e

internacionales de la vía de desarrollo no capitalista.

En muchos países, el proletariado no se ha convertido en fuerza dirigente durante la lucha por la independencia nacional; pero eso no significa que no llegue a jugar un papel dirigente en el futuro. La pequeña burguesía puede encauzar al país en la vía no capitalista, **pero eso no significa que sea capaz, en tanto que pequeña burguesía, de jugar un papel dirigente a lo largo de las etapas que llevarán al socialismo.**

La vía no capitalista sólo tiene sentido si estimula la expansión económica y cultural del país. La liquidación del subdesarrollo económico, el desarrollo de las fuerzas productivas, la política de industrialización, la creación de explotaciones agrícolas basadas en la técnica moderna, son imperativos de la vía no capitalista.

En el curso de la lucha contra el subdesarrollo y en favor de la independencia económica, el proletariado crece en número, se organiza mejor y su papel económico y político se afirma más cada día. El carácter cada vez más pronunciado de la gran producción relega a un segundo plano a la producción artesanal. Los intereses de la pequeña burguesía urbana y rural no se oponen a estos cambios; **pero en el curso de éstos, la pequeña burguesía se transforma: se transforma en pequeños productores, en miembros de cooperativas agrícolas, o en proletariado industrial.**

La pequeña burguesía se muestra incapaz de asegurar su propia emancipación y la del proletariado.

La pequeña burguesía, en tanto que pequeña burguesía, no puede liberar al proletariado más que arrancándolo de la producción moderna y transformándolo en productores individuales. Pero

la pequeña producción mercantil es el punto de partida del desarrollo capitalista y da lugar, de día en día y de hora en hora, al capitalismo. Así, el proletariado integrado a la pequeña producción mercantil se convierte, a continuación de la extensión de las relaciones capitalistas de producción, en asalariado explotado por el capitalismo.

La solución que propone Fanon para liquidar el subdesarrollo económico y cultural es ilusoria. Exigir a la Europa industrializada que provea de medios modernos de producción al Tercer Mundo significaría, a fin de cuentas, mantener la subordinación de los países antes colonizados en el seno del sistema de la economía mundial del capitalismo; sería la conservación de las relaciones de dependencia ante los países capitalistas desarrollados.

Por su parte, el proletariado está en condiciones de asegurar igualmente la emancipación de la pequeña burguesía, de liberarla del retraso económico y cultural, de la miseria, porque sus intereses de clase coinciden con las exigencias del progreso económico, técnico y social.

La existencia y el futuro del proletariado están ligados a la industria moderna y a las fuerzas mundiales del socialismo. Ni la propiedad privada de los medios de producción, ni el conservatismo de las formas de vida y de los modos retrógradas del pensamiento que resultan de la producción artesanal, empujan al proletariado a dar marcha atrás ni a oponerse a las fuerzas del progreso. **Sólo promoviendo el progreso universal puede el proletariado satisfacer sus intereses de clase.** De la misma manera, los intereses del proletariado coinciden con los intereses de la nación en su conjunto. La vía de desa-

rollo no capitalista permite el acercamiento del proletariado con la pequeña burguesía y su alianza más y más estrecha.

El principio del papel dirigente del proletariado, de la misión histórica del proletariado, expresa el hecho de que sea el proletariado el que, como clase, pueda asegurar de la manera más consecuente los intereses inmediatos y mediatos de toda la nación.

El principio del papel dirigente del proletariado deriva de las leyes objetivas de la evolución social y encarna en el sistema mundial del socialismo, cuyo reforzamiento acelera el paso del capitalismo al socialismo en escala mundial; el mismo principio se afirma en el curso de la lucha contra el subdesarrollo económico y para impedir la aparición y el reforzamiento de las relaciones de explotación.

El principio del papel dirigente del proletariado toma cuerpo en el socialismo científico, que permite elaborar un programa político y económico que tome en consideración los procesos objetivos y asegure la marcha hacia el socialismo.

El proletariado no desea asumir su papel dirigente como cuerpo extraño a la nación; su papel dirigente se origina en el desarrollo mismo de ésta. Este papel dirigente será asumido igualmente por aquella parte de la pequeña burguesía que se transformará en proletariado industrial en el curso de la modernización de la sociedad colonial, a medida que las fuerzas productivas se desarrollen en el cuadro de un estado de democracia nacional.

En los países que han alcanzado su independencia nacional se encuentran por lo general tres fuerzas políticas fundamentales: la burguesía nacional, la

pequeña burguesía urbana y rural, y el proletariado. En la situación histórica contemporánea, los países de referencia pueden optar por la vía capitalista o por la no capitalista.

Los partidarios de la vía no capitalista se declaran partidarios del socialismo. Hubo un tiempo en el que la lucha entre las fuerzas progresistas y reaccionarias se manifestó en el seno de una ideología religiosa; más tarde, fueron los ideales de la revolución burguesa los que sirvieron de estandarte a las fuerzas progresistas. **En nuestros días, en los países que fueron colonizados, la lucha entre las tendencias reformistas y las revolucionarias se expresa en las teorías basadas en el socialismo.** De acuerdo con las tres clases fundamentales que se hallan en los países liberados del yugo colonial, se encuentran en ellos tres concepciones características del socialismo: el socialismo de la burguesía nacional, el socialismo de la pequeña burguesía, el socialismo proletario.

El "socialismo" de la burguesía nacional refleja la voluntad de ésta de utilizar los métodos socialistas de expansión económica para asegurar el desarrollo más rápido del capitalismo, dado que actualmente los métodos tradicionales de desarrollo capitalista han dejado de ser adecuados para asegurar el desarrollo capitalista autónomo al que a menudo aspira la burguesía nacional. Este socialismo preconizado por la burguesía nacional, también tiene como meta ganar a las masas que son atraídas hacia el socialismo y sembrar la confusión en torno a las diferencias fundamentales entre ambas vías.

El "socialismo" de la pequeña burguesía refleja las nuevas posibilidades revolucionarias de ésta y pone de mani-

fiesto el hecho de que ella pueda encauzar a la sociedad en la vía no capitalista. Este socialismo expresa al mismo tiempo las limitaciones históricas de la pequeña burguesía que, como tal, es incapaz de enfrentarse y dirigir la lucha a lo largo de todas las etapas encaminadas hacia el socialismo. Las posibilidades revolucionarias reales de la pequeña burguesía y de su socialismo, ligan a esta capa de la sociedad al movimiento proletario en los planos nacional e internacional; sus ilusiones hacen que la seduzcan las corrientes filosóficas, políticas y espirituales que buscan una tercera vía, que alimenta a los movimientos reformistas.

Sólo el socialismo proletario corresponde a las posibilidades y a las exigencias de nuestra época, porque va en la dirección de la historia; por ello es el único socialismo realizable.

Conclusiones

Leer y estudiar a Fanon significa aprender a odiar más intensamente al colonialismo, al imperialismo que sólo puede existir y prolongar su existencia, que sólo puede enriquecerse sembrando la muerte, prolongando los sufrimientos de centenas y centenas de millones de seres humanos, envileciendo y degradando la condición humana.

Son la angustia de los oprimidos, su cólera, su lucha y su esperanza, las que alimentan la gran pasión de Fanon por sus hermanos de combate. La grandeza de Fanon consiste en haber sabido ser el cantor de la maduración de la conciencia nacional y política de las masas que emprenden un combate sin piedad contra un enemigo despiadado, en haber intentado generalizar las experiencias obtenidas por los pueblos coloniales en

el curso del período de colonización y de descolonización.

Fanon refleja la evolución política de las masas pequeñoburguesas, rurales y urbanas, que, sobre la base de sus propias experiencias, han comprendido la necesidad de desligarse de la influencia de la burguesía nacional en el plano político e ideológico para lograr sus aspiraciones.

Fanon presintió la modificación de las relaciones de fuerza en escala internacional a favor del socialismo, y la debilidad relativa de la clase obrera en razón del bajo desarrollo de las fuerzas productivas.

La presión de las fuerzas reaccionarias, nacionales e internacionales, crea posibilidades económicas y políticas más amplias que en los países capitalistas evolucionados, para que la pequeña burguesía llegue a ser una fuerza dirigente en determinadas etapas de la revolución nacional democrática.

La flaqueza de Fanon consiste en haber sobrestimado las posibilidades de la pequeña burguesía rural y urbana, en no haber sabido discernir sus limitaciones derivadas del hecho de que ella está ligada a las fuerzas productivas modernas, sino a la producción artesanal a la pequeña producción; y derivadas también del hecho de que la pequeña burguesía no es una clase homogénea capaz de llevar por sí misma a su fin la revolución ante la burguesía y el proletariado dándole la espalda a la vez al capitalismo y al socialismo.

Fanon hace un absoluto de la situación particular de la pequeña burguesía en los países del Tercer Mundo. Esta pequeña burguesía tendría como misión histórica edificar una sociedad original cuya estructura y evolución no estarían determinadas por las leyes que rigen

a la sociedad de los países industrializados es decir, por las leyes del capitalismo o del socialismo. A través del prisma que deforma la concepción de Fanon sobre el papel de la pequeña burguesía, la originalidad del Tercer Mundo se hace absoluta. La pequeña burguesía desea hacer el Tercer Mundo a su imagen y semejanza, en función de sus posibilidades reales y también de sus conceptos ilusorios.

La originalidad absoluta de los países del Tercer Mundo implicaría que las leyes objetivas del desarrollo social no rigen para éstos países y ceden su lugar a los factores y los reflejos fantásticos del papel, de las posibilidades y de las limitaciones de la pequeña burguesía.

Esta interpretación subjetivista se halla en la base de la dialéctica de la violencia. Según Fanon, en los países en que se afirman las leyes generales del desarrollo social es el poder económico el que determina el dominio político y el proletariado el que constituye la clase revolucionaria disciplinada y organizada. En esos países, la burguesía jugó un papel progresista y el campesinado juega un papel conservador; en ellos predominan la industria y la civilización urbana. Por otra parte, en el mundo colonial la división de la sociedad en clases está determinada por la pertenencia a una raza y el dominio económico se basa en el dominio político. La clase obrera constituye ahí la parte privilegiada la burguesía del pueblo, y encarna la tendencia reformista. La burguesía nacional no sirve para nada y no tiene ningún papel positivo. La única clase revolucionaria es el campesinado, que es disciplinado y comunitario. En el Tercer Mundo, el maquinismo y la civilización urbana perpetúan la influencia colonialista; por tanto, deben predominar

en él la agricultura y la civilización rural.

Para salvaguardar la originalidad absoluta del Tercer Mundo y la supuesta misión histórica de la pequeña burguesía, Fanon llega a una conclusión peligrosa y errónea.

Para Fanon el Tercer Mundo se opone a todo lo que no sea Tercer Mundo. Al igual que el mundo colonial es un mundo colonizado, cortado en dos, el mundo moderno es un mundo cortado en dos y su frontera no separa al capitalismo del socialismo sino al Tercer Mundo y a los países situados fuera de él.

Generalmente se ha pensado que había llegado la hora para el mundo, y singularmente para el Tercer Mundo, de escoger entre el sistema capitalista y el sistema socialista. Los países subdesarrollados, que han utilizado la competencia feroz que existe entre los dos sistemas para asegurar el triunfo de su lucha de liberación nacional, deben negarse, sin embargo, a participar en esa competencia. El Tercer Mundo no debe contentarse con definirse en relación con valores previos. Los países desarrollados, por el contrario, deben esforzarse por descubrir valores propios, métodos y un estilo específico. El problema concreto frente al cual nos encontramos no es el de la opción, a toda costa, entre socialismo y capitalismo tal como son definidos por hombres de continentes y épocas diferentes" (pág. 90-91).

Según Fanon, los sistemas mundiales del capitalismo y del socialismo forman una unidad: la de los países ricos, industrializados, cuyos polos son, precisamente, los países capitalistas y los socialistas; pero estos dos polos no se excluyen en relación con el Tercer Mundo que, por su parte, los excluye a ambos.

Este subjetivismo hace que Fanon

busque una solución original desde todo punto de vista, que vuelva la espalda a la historia, que transgreda las leyes generales del desarrollo social y abra la puerta a ilusiones y mistificaciones que perturban la conciencia de las masas populares, desarmen su acción, permiten la infiltración de ideologías reformistas a las cuales el mismo Fanon deseaba oponerse.

En efecto, las ideologías elaboradas por la burguesía nacional para justificar sus tendencias neocolonialistas insisten sobre la originalidad del Tercer Mundo, exigiendo soluciones ajenas al capitalismo y al socialismo, a la ideología burguesa y al socialismo científico, exigiendo la búsqueda de caminos originales y concretamente de un tercer camino. (No hay que asombrarse si el Tercer Mundo es la tierra predilecta de todos aquellos que buscan un tercer camino en el campo de la filosofía y de la política).

De esta manera, en el Coloquio del Socialismo Africano, realizado en Dakar en los primeros días de diciembre de 1962, Francois Perroux expuso la tesis de que "ni el capitalismo occidental, ni el sovietismo ruso fueron concebidos ni puestos en marcha para Africa y sus jóvenes naciones", justificando con ello las concepciones de Senghor sobre la economía generalizada. Senghor se apropia de un socialismo que no puede ser el de Marx, Engels y Lenin, y da una definición subjetivista del socialismo exigiendo "en el principio la libertad y la igualdad de oportunidades" y poniendo como objetivo, según la fórmula de Perroux retomada por Senghor, "el ser más por encima del bienestar" ("le plus-etre par dela le bien-etre").

En la obra de Fanon encontramos, pues, una visión revolucionaria de cier-

tos aspectos de la lucha de liberación nacional, de la revolución nacional antiimperialista y democrática, y una interpretación subjetivista del papel de la pequeña burguesía y del lugar que ocupa el Tercer Mundo en relación con la contradicción fundamental de nuestra época.

Fanon niega la existencia de leyes generales del socialismo y cree que las vías y los métodos originales del camino no capitalista, las formas específicas de transición hacia el socialismo, harán de este sistema en los países del Tercer Mundo un régimen cualitativamente diferente del que rige en los países socialistas.

El estudio de la obra de Fanon muestra que es imposible sobrepasar de manera auténtica al nacionalismo de la burguesía nacional deseando sobrepasar al mismo tiempo al marxismo.

No es posible dar la espalda al proletariado, a su partido y a su ideología sin resbalar, sin ser seducido por corrientes de pensamiento que alimentan al reformismo. Vencer el subjetivismo, la interpretación idealista del proceso de colonización y descolonización y de la evolución social, reconocer las leyes objetivas del desarrollo histórico, la misión histórica del proletariado, significa proporcionar las armas ideológicas que permiten romper con el reformismo, vencer al nacionalismo burgués, emprender contra él una lucha consecuente para permitir el acercamiento y la alianza estrecha entre las masas pequeñoburguesas y proletarias, base de la realización de las aspiraciones y de los intereses fundamentales del pueblo que ha tomado las armas para que la revolución hecha por el pueblo sirva a sus intereses.

SOBRE LA PRAXIS¹

por Adolfo Sánchez Vázquez

Actividad y Praxis

Toda praxis es actividad, pero no toda actividad es praxis. Al señalar Marx que el idealismo, en contraste con el materialismo, admite el lado activo de la relación sujeto-objeto, y al subrayar a su vez, su defecto —no ver esta actividad como práctica—,² nos previene contra todo intento de establecer un signo de igualdad entre actividad y praxis. De ahí que para delimitar el contenido propio de esta última y su relación con otras actividades, sea preciso distinguir la praxis, como forma de actividad específica, de otras que pueden estar incluso íntimamente vinculadas a ella.

Por actividad en general entendemos el acto o conjunto de actos en virtud de los cuales un sujeto activo (agente) modifica una materia prima dada.³ Esta caracterización de la actividad justamente por su generalidad no específica el tipo de agente (físico, biológico o humano) ni la naturaleza de la materia

prima sobre la que actúa (cuerpo físico, ser vivo, vivencia psíquica, grupo, relación o institución social) ni determina tampoco la especie de actos (físicos, psíquicos, sociales) que conducen a cierta transformación. El resultado de la actividad —o sea, su producto— se da asimismo, en niveles diversos: puede ser una nueva partícula, un concepto, un útil, una obra artística o un nuevo sistema social.

En este amplio sentido, actividad se opone a pasividad, y su esfera es la de la efectividad, no la de lo meramente posible. Agente es lo que obra, lo que actúa y no lo que está solamente en posibilidad o disponibilidad de actuar u obrar. Su actividad no es potencial, sino actual. Se da efectivamente sin que pueda ser separada del acto o conjunto de actos que la constituyen. La actividad muestra en las relaciones entre las partes y el todo los rasgos de una totalidad concreta. Varios actos desarticulados o yuxtapuestos casualmente no permiten hablar propiamente de actividad; es preciso que los actos singulares se articulen o estructuren, como elementos de un todo, o de un proceso total, que desemboca en la modificación de una materia prima. Por ello, a los actos del agente y a la materia sobre la cual se ejerce esta actividad, hay que agregar el re-

¹ Cap. I de la 2a. parte de la tesis doctoral presentada recientemente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y que próximamente será publicada por la Editorial Grijalbo.

² Marx, Tesis (I) sobre Feuerbach, En: C. Marx y F. Engels, La Ideología alemana, trad. de W. Roces, EPU, Montevideo, 1959, p. 633.

³ Actividad es aquí sinónimo de acción entendida también como acto o conjunto de actos que modifican una materia exterior o inmanente al agente.

sultado o producto. El acto o conjunto de actos sobre una materia dada se traduce en un resultado o producto que es esa materia misma ya transformada por el agente.

Nuestro concepto de actividad es lo suficientemente amplio para que englobe, por ejemplo: a un nivel físico, las reacciones nucleares de determinadas partículas que conducen a la transformación de unos elementos químicos en otros; a un nivel biológico, la actividad del organismo en su conjunto, o de un órgano en particular; a un nivel psíquico, las actividades del hombre o del animal del tipo de la sensorial, refleja, instintiva, etc.; en este plano instintivo, la actividad puede manifestarse como una serie de actos tan complejos como el de la construcción de un nido por un pájaro, sin que por ello deje de ser una actividad meramente biológica, natural. El hombre también puede ser sujeto de actividades —biológicas o instintivas— que no rebasen su nivel meramente natural y que, por tanto, no podemos considerarlas como específicamente humanas.

La actividad propiamente humana sólo se da cuando los actos dirigidos a un objeto para transformarlo se inician con un resultado ideal, o fin, y terminan con un resultado o producto efectivos, reales. En este caso, los actos no sólo se hallan determinados causalmente por un estado anterior que se ha dado efectivamente —determinación del pasado por el presente—, sino por algo que no tiene una existencia efectiva aún y que, sin embargo, determina y regula los diferentes actos antes de desembocar en un resultado real; o sea, la determinación no viene del pasado, sino del futuro.

La adecuación a fines.

Este modo de articulación y determinación de los diferentes actos del proceso activo distinguen radicalmente la actividad específicamente humana de cualquiera otra que se halle a un nivel meramente natural. Dicha actividad entraña la intervención de la conciencia gracias a la cual el resultado existe dos veces —y en tiempos distintos—: como resultado ideal y como producto real. El resultado real, que se quiere obtener, existe primero idealmente, como mero producto de la conciencia, y los diferentes actos del proceso se articulan o estructuran conforme al resultado que se da primero en el tiempo, es decir, el resultado ideal. Por esta anticipación del resultado que se pretende obtener, la actividad propiamente humana tiene siempre un carácter consciente. Lo característico de ella es que por mucho que diste el resultado real del ideal, se trata, en todo caso, de adecuar intencionalmente el primero al segundo. Ello no significa que el resultado obtenido haya de ser forzosamente una mera duplicación real de un modelo ideal preexistente. No; la adecuación no tiene por qué ser perfecta. Puede asemejarse poco, e incluso nada, al resultado originario, ya que éste sufre cambios, a veces radicales, en el proceso de su realización. Ahora bien, para que pueda hablarse de actividad humana basta que en ella se plantee un resultado ideal, o fin a cumplir, como punto de partida, y una intención de adecuación, independientemente de cómo se plasme, en definitiva, el modelo ideal originario.

La actividad humana es, por tanto, actividad conforme a fines, y estos sólo existen por el hombre, como productos de su conciencia. Toda acción verdadera-

ramente humana exige cierta conciencia de un fin el cual se supedita al curso de la actividad misma.

El fin es, a su vez, la expresión de cierta actitud del sujeto ante la realidad. Por el hecho de trazarme un fin, adopto cierta posición ante ella. Quien se propone realizar un viaje, construir una silla, pintar un cuadro o transformar un régimen social, muestra determinada actitud ante una situación real, presente. Si el hombre viviera en plena armonía con la realidad, o en total conciliación con su presente, no sentiría la necesidad de negarlos idealmente ni de configurar en su conciencia una realidad inexistente aún. Carece de sentido, en verdad, proponerse un fin ya alcanzado, o un resultado obtenido. El fin prefigura idealmente lo que aún no se logra alcanzar. Por el hecho de trazarse fines, el hombre niega una realidad efectiva, y afirma otra que no existe todavía. Pero los fines son productos de la conciencia, y, por ello, la actividad que rigen es consciente. No se trata de la actividad de una conciencia pura, sino de la conciencia de un hombre social que no puede prescindir de la producción de fines en ninguna forma de actividad, incluyendo, por supuesto, la práctica, material. ⁴ Marx hace resaltar el papel del fin en una actividad práctica como el trabajo humano:

"Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero: es decir, un resultado que tenía ya existencia ideal. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que al mismo tiempo realiza en ella su fin, fin que

⁴ Sobre la finalidad como categoría específica de la actividad humana y sus relaciones con la causalidad: véase mi estudio "Contribución a la dialéctica de la finalidad y la causalidad", Anuario de Filosofía, UNAM, año I, México, 1961, pp. 56-64.

él sabe que rige como una ley las modalidades de su actuación, y al que tiene que supeditar en voluntad." ⁵

Esta inadecuación entre intención y resultados se pone de manifiesto tanto en la actividad de los individuos como en la propiamente social. Aquí, mientras los hombres no son conscientes de las leyes que rigen el proceso económico—social, la persecución de los diferentes fines por los miembros de la sociedad da lugar a actividades diversas de los individuos o grupos sociales en los que dichos fines se contraponen, equilibran o subordinan entre sí produciendo resultados que no concuerdan con sus intenciones o que se dan con independencia de éstos. Las relaciones de producción, por ejemplo, son relaciones que los hombres contraen independientemente de su voluntad y de su conciencia; es decir, son producidas por los hombres como productos suyos inintencionales. ⁶ El progreso histórico se caracterizará, entre otras cosas, por una superación de esta inintencionalidad. Los hombres que en el pasado produjeron inintencionalmente la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo se proponen hoy, conscientemente, la destrucción de las relaciones capitalistas de producción y la instauración del socialismo. Pero aunque la historia humana registre resultados que nadie ha querido, esta inintencionalidad no es sino la forma que adopta socialmente el resultado

⁵ C. Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, trad. de W. Roces, 3a. ed. esp., t. I, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1964, pp. 130-131.

⁶ Asimismo la contradicción fundamental del modo de producción capitalista es también inintencional. "Es resultado —dice Maurice Godelier— de la acción de todos los agentes del sistema y del desarrollo del sistema mismo, pero no ha sido nunca el proyecto de ninguna conciencia ni un fin querido por nadie." (M. Godelier, *Rationalité et irrationalité en économie*, Maspero, París, 1966, p. 79).

de la actividad de múltiples individuos que actúan conscientemente.⁷

Al subrayar aquí el papel de la producción de fines en el proceso de trabajo, Marx destaca asimismo el papel del objeto —“la materia que le brinda la naturaleza”— sobre el cual se ejerce dicha actividad. La transformación de la naturaleza material en productos mediante el trabajo no podría darse sin estas condiciones materiales, pero, a su vez, Marx subraya justamente por tratarse del trabajo como actividad específicamente humana el papel determinante del fin y su carácter de ley en dicho proceso de transformación material.

El fin, por tanto, prefigura aquí el resultado de una actividad real, práctica, que ya no es pura actividad de la conciencia. Gracias a ello, el hombre no se halla en una relación de exterioridad con sus diferentes actos y con su producto como sucede cuando se trata de un agente físico o animal—, sino en una relación de interioridad con ellos, ya que su conciencia establece el fin como ley de sus actos, ley a la que se subordinan, y que rige, en cierto modo, el producto. Este dominio jamás pue-

⁷ Cf. a este respecto la carta de Engels a J. Bloch, del 21-22 de septiembre de 1860, en la que el primero dice: “... La historia se hace de tal modo, que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelógramos de fuerzas, de las que surge un resultado —el acontecimiento histórico—, que a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad... De este modo, hasta aquí toda la historia ha discurrido a modo de un proceso natural y sometida también, sustancialmente, a las mismas leyes dinámicas. Pero del hecho de que las distintas voluntades individuales... no alcancen lo que desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no debe inferirse que estas voluntades sean igual a cero. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto incluidas en ella.” (C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, en dos tomos, ed. esp., t. II, Moscú, 1952, pp. 459-460).

de ser absoluto, ya que se halla limitado por el objeto de la acción y los medios con que se lleva a cabo la materialización de los fines.

Así, pues, al anticipar idealmente el resultado efectivo puede ajustar sus actos como elementos de una totalidad regida por el fin. Esta prefiguración ideal del resultado real diferencia radicalmente la actividad del hombre de cualquier otra actividad animal que, externamente, pudiera asemejarse a ella.

“Una araña —dice Marx— ejecuta operaciones que semejan las manipulaciones del tejedor y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzarse, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro.”⁸

Tomando en cuenta la semejanza externa que puede darse entre ciertos actos animales y humanos, hay que concluir que la actividad propia del hombre no puede reducirse a su mera expresión exterior, y que de ella forma parte esencialmente la actividad de la conciencia. Esta actividad se despliega como producción de fines que prefiguran idealmente el resultado real que se quiere obtener, pero se manifiesta, asimismo, como producción de conocimientos, es decir, en forma de conceptos, hipótesis, teorías o leyes mediante los cuales el hombre conoce la realidad.

Entre la actividad cognoscitiva y la teleológica de la conciencia hay diferencias importantes, pues mientras la primera tiene que ver con una realidad presente de la cual se pretende dar razón, la segunda hace referencias a una realidad futura, y, por tanto, inexisten-

⁸ *Ibid.*, p. 131.

té aún. Por otro lado, mientras la actividad cognoscitiva de por sí no entraña una exigencia de acción efectiva, la actividad teleológica lleva implícita una exigencia de realización, en virtud de la cual se tiende a hacer del fin una causa de la acción real. En efecto, en cuanto es anticipación ideal de un resultado real que se quiere alcanzar, es también expresión de una necesidad humana que sólo se satisface con el logro del resultado que aquel prefigura o anticipa. Por ello, no es sólo anticipación ideal de lo que está por venir, sino de algo que, además, queremos que venga y, en este sentido, es causa de acción y determina como porvenir nuestros actos presentes. Ciertamente es que el hombre no sólo anticipa el futuro con su actividad teleológica; al dar razón de una realidad presente, y sobre la base del conocimiento de ella, puede prever una fase de desenvolvimiento de lo real inexistente aún. Tal es la legítima función de la previsión científica. Con ella, se anticipa idealmente lo que todavía no existe efectivamente. Pero esa anticipación ideal del futuro no entraña necesariamente que queramos su existencia real, o aspiremos a contribuir a que advenga. En este caso, el futuro no determina nuestros actos, es decir, la prefiguración ideal de una realidad inexistente no rige como una ley —a diferencia del fin— nuestra acción. En pocas palabras, la actividad cognoscitiva de por sí no nos mueve a actuar.

Pero eso no significa que una y otra actividad de la conciencia se hallen separadas por una muralla insalvable. No se conoce por conocer, sino al servicio de un fin, o serie de fines que puede tener como eslabón inicial el de la conquista de la verdad; a su vez, como antes señalamos, los fines que la concien-

cia produce llevan en su seno una exigencia de realización, y esta realización presupone —entre otras condiciones— una actividad cognoscitiva sin la cual dichos fines jamás podrían tocar tierra, es decir, cumplirse. Por otro lado, todo fin presupone determinado conocimiento de la realidad que niega idealmente, y, en este sentido —como índice de cierto nivel cognoscitivo— no podría desvincularse tampoco del conocimiento.

Así, pues, la actividad de la conciencia que es inseparable de toda verdadera actividad humana se nos presenta como producción de fines y producción de conocimientos en íntima vinculación. Si el hombre aceptara siempre el mundo como es, y si, por otra parte, se aceptara siempre a sí mismo tal como es, no sentiría la necesidad de transformar el mundo ni de transformarse él a su vez. Se actúa conociendo, de la misma manera que —como veremos más adelante— se conoce, actuando. El conocimiento humano en su conjunto se integra en la doble e infinita tarea del hombre de transformar la naturaleza exterior, y su propia naturaleza. Pero el conocimiento nos sirve directamente a esta actividad práctica, transformadora; se pone en relación con ella a través de los fines. La relación entre el pensamiento y la acción requiere la mediación de los fines que el hombre se propone. Por otra parte, si los fines no han de quedarse en meros deseos o ensoñaciones, y van acompañados de una aptitud de realización, esta realización —o conformación de una materia dada para producir determinado resultado— requiere un conocimiento de la materia, de los medios e instrumentos para transformarla y de las condiciones que abren o cierran las posibilidades de esa realización. En consecuencia, las activida-

des cognoscitiva y teleológica de la conciencia se hallan en una unidad indisoluble.

La actividad de la conciencia de por sí tiene un carácter que podemos denominar teórico en cuanto que no puede conducir por sí sola —como mera actividad de la conciencia— a una transformación de la realidad, natural o social.⁹ Tanto si se trata de la producción de fines como de la producción de conocimientos, la conciencia no rebasa su ámbito; es decir, su actividad no se objetiva o materializa. Por esta razón, si una y otra son actividades no son, en modo alguno, actividad objetiva, real, es decir, **praxis**.

La actividad práctica.

Como toda actividad propiamente humana, la actividad práctica que se pone de manifiesto en el trabajo humano, en la producción artística o en la praxis social revolucionaria, es una actividad adecuada a fines, cuyo cumplimiento exige —como hemos señalado— cierta actividad cognoscitiva. Pero lo distintivo de la actividad práctica radica en el carácter real, objetivo, de la materia prima sobre la cual se actúa, de los medios o instrumentos con que se ejerce la acción, y del resultado o producto. En la actividad práctica, el sujeto actúa sobre una materia prima que existe independientemente de su conciencia, y con independencia también de las diferentes operaciones o manipulaciones exigidas por su transformación. La transformación de esa materia prima —so-

⁹ Hablamos aquí de lo teórico en un sentido amplio que abarca tanto la esfera de los fines como la de los conocimientos. En este sentido, lo teórico se contrapone —no de un modo absoluto, sino relativo, como veremos en el capítulo siguiente— a lo práctico. En un sentido más restringido, lo teórico —el dominio de la teoría— se aplica a un conjunto de conocimientos aglutinados en torno a un principio unificador que los articula y sistematiza constituyendo así un campo científico dado.

bre todo, en el trabajo humano— exige una serie de actos físicos, corpóreos; sin los cuales no podría llevarse a cabo la alteración o destrucción de ciertas propiedades que hace posible la aparición de un nuevo objeto, con nuevas propiedades. En el trabajo, dice Marx, “el hombre se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda.”¹⁰ Finalmente, el producto de su actividad transformadora es un objeto material que subsiste con independencia del proceso de su gestación, y que, con una sustantividad propia, se afirma ante el sujeto; es decir, cobra una vida propia, independiente de la actividad subjetiva que lo ha creado.

En este sentido, podemos decir que la actividad práctica es real, objetiva o material. Y, a nuestro juicio, así la caracteriza Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach*¹¹ al emplear la expresión “actividad objetiva”. Marx subraya el carácter real, objetivo, de la praxis en cuanto transforma un objeto del mundo exterior que es independiente de su conciencia y de su existencia. El objeto de la actividad práctica es la naturaleza, la sociedad y hombres reales. El fin de esa actividad es la transformación real, objetiva del mundo natural o social para satisfacer determinada necesidad humana, y el resultado es una nueva realidad, que existe independientemente del sujeto o los sujetos concretos que, con su actividad subjetiva, la engendraron, pero que, en definitiva, sólo existe por

¹⁰ C. Marx. *El Capital*, I, p. 131.

¹¹ C. Marx. *Tesis (I) sobre Feuerbach*, ed. cit., p. 633.

el hombre y para el hombre, como ser social.

Sin esta acción real, objetiva sobre una realidad —natural o humana— que existe independientemente del sujeto práctico, no puede hablarse propiamente de praxis como actividad material consciente y objetivante; por tanto, la simple actividad subjetiva —psíquica—, o meramente espiritual que no se objetiva materialmente no puede considerarse como forma de la praxis.

Formas de praxis

La materia prima de la actividad práctica puede cambiar dando lugar a diversas formas de praxis. El objeto sobre el cual ejerce su acción el sujeto puede ser a) lo dado naturalmente, o entes naturales; b) objetos que son productos de una praxis anterior que se convierten, a su vez en materia de una nueva praxis, como los materiales ya preparados con que trabaja el obrero o crea el artista plástico; c) lo humano mismo, ya se trate de la sociedad como materia u objeto de la praxis política o revolucionaria, ya se trate de individuos concretos. En unos casos, como vemos, la praxis tiene por objeto al hombre y, en otros, una materia no propiamente humana; natural, en unos casos, artificial, en otros.

Entre las formas fundamentales de la praxis tenemos la actividad práctica productiva, o relación material transformadora que el hombre establece —mediante su trabajo— con la naturaleza.¹² Gracias al trabajo, el hombre vence la resistencia de las materias y

fuerzas naturales y crea un mundo de objetos útiles que satisfacen determinadas necesidades. Pero como el hombre es un ser social este proceso solamente se realiza en determinadas condiciones sociales, es decir, en el marco de ciertas relaciones que los hombres contraen como agentes de la producción en este proceso y que Marx llama justamente **relaciones de producción**.¹³

En el proceso de trabajo, el hombre valiéndose de los instrumentos o medios adecuados transforma un objeto con arreglo a un fin. En cuanto materializa cierto fin o proyecto, se objetiva en cierto modo en su producto. En el trabajo —dice Marx— el hombre asimila “bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda”¹⁴ pero sólo puede asimilarlas objetivándose en ellas, es decir, imprimiendo en la materia trabajada la marca de sus fines. Marx señala esta adecuación a un fin como uno de los factores esenciales del proceso de trabajo: “Los factores simples que intervienen en el proceso de trabajo son: la **actividad adecuada a un fin**, o sea, el **propio trabajo**, su **objeto** y sus **medios**.”¹⁵

En esta caracterización del proceso de trabajo, podemos hablar de condiciones subjetivas —la actividad del hombre— y de sus condiciones objetivas del trabajo— representadas tanto, por el objeto del trabajo como por los medios o instrumentos con que se lleva a cabo esa transformación. Sin embargo, esta división no puede considerarse absoluta. En primer lugar, el hombre transforma el objeto con arreglo a fines valiéndose de instrumentos que él mismo usa y fabrica, razón por

¹² “El trabajo es, en primer término —dice Marx—, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste se realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza.” (El Capital, I, p. 130).

¹³ C. Marx, Prólogo a la “Contribución a la crítica de la economía política”. En: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas, ed. esp. cit., t. I, pp. 332-333.

¹⁴ C. Marx, El Capital, I, p. 130.

¹⁵ Ibid., p. 131.

la cual dice Marx que su uso y fabricación "caracterizan el proceso de trabajo específicamente humano."¹⁶ Al reducir Marx el instrumento —condición material y objetiva del proceso de trabajo— al trabajo humano, aparece así humanizado también —tanto por su uso como por su fabricación; cierto es que esta humanización no puede concebirse en un sentido abstracto, antropológico, sino como expresión tanto de una determinada relación entre el hombre y la naturaleza como de las condiciones sociales en que los hombres producen relaciones de producción. Por ello dice Marx: "Los intereses de trabajo no son solamente el barómetro indicador del desarrollo de la fuerza de trabajo del hombre, sino también el exponente de las condiciones sociales en que se trabaja."¹⁷ Gracias a los instrumentos, la relación entre el hombre y la naturaleza deja de ser directa e inmediata. La aparición de instrumentos más perfeccionados modifican el tipo de relación entre el hombre y la naturaleza, y, en ese sentido, son un índice revelador del desarrollo de su fuerza de trabajo y de su dominio sobre la naturaleza. El poder de mediación del instrumento se ha extendido y elevado con la introducción de la máquina hasta llegar a la automatización con la que el hombre queda separado radicalmente del objeto de la producción. Pero cualesquiera que sean los instrumentos de que se valga para transformar la materia conforme a sus fines, es, en definitiva, el hombre quien los usa y fabrica, y es él, en última instancia, el que valiéndose de ellos actúa sobre las materias y las transforma conforme a sus necesidades. El papel dominante de los medios de producción,

subrayado por Marx, lejos de eliminar la presencia del hombre concreto, como sujeto de la producción, lo revela inequívocamente. Pero esta presencia se pone de manifiesto asimismo abiertamente con el tercer factor del proceso de trabajo señalado por Marx: su carácter de actividad personal adecuada a un fin. No se puede desconocer el papel de este factor al analizar el proceso de trabajo aunque ello se haga para subrayar la naturaleza material de las condiciones del proceso de trabajo y el papel dominante de los medios de producción.¹⁸

Se puede afirmar el carácter teleológico de la actividad práctica, material, que es el trabajo humano, sin que ello implique hacer abstracción de la materialidad misma de ese proceso, materialidad que no se reduce, por otra parte,

¹⁶ Al analizar la concepción de Marx del proceso de trabajo en *El Capital*, Louis Althusser subraya, interpretando el pasaje correspondiente, la naturaleza material de las condiciones del proceso de trabajo y el papel dominante de los medios de producción en dicho proceso. A juicio suyo, el proceso de trabajo se halla determinado por esas condiciones materiales ("el proceso de trabajo como mecanismo material se halla dominado por las leyes físicas de la naturaleza y de la tecnología"). Al mostrarse así las "condiciones materiales irreductibles del proceso de trabajo" Marx rompe con la concepción del "trabajo como esencia del hombre" y con el "idealismo del trabajo" que esta concepción —propia de los Manuscritos de 1844— entraña. Cf. L. Althusser, "L'objet du Capital", en el t. II de *Lire Le Capital*, F. Maspero, París, 1965, pp. 144-149.

Althusser tiene razón al pronunciarse contra una "ideología antropológica del trabajo" y, por ello, procede justamente al subrayar la importancia de las condiciones materiales del trabajo, lo que le lleva a detenerse sobre todo en dos de los elementos constitutivos de dicho proceso según Marx. Pero en su análisis omite por completo el estudio del tercero de ellos: la actividad adecuada a un fin, o trabajo propiamente dicho. Es esta omisión la que permite contraponer radicalmente en esta cuestión a los Manuscritos de 1844 y a *El Capital* al reducir la concepción de la primera obra a "idealismo del trabajo" y la de la segunda a una "concepción materialista de la producción". A nuestro juicio, la importancia de ese factor del proceso de trabajo —señalado en distinta forma tanto en los Manuscritos de 1844 como en *El Capital*— es la que mantiene cierta continuidad entre una y otra concepción sin que por ello se borren sus diferenciaciones esenciales.

¹⁶ *Ibid.*, p. 132.

¹⁷ *Ibidem.*

al objeto de trabajo y a los instrumentos materiales, sino que incluye también a la propia actividad subjetiva del hombre que se enfrenta con sus instrumentos a la materia ya que en el trabajo "pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano..."¹⁹

La praxis productiva aparece así como la praxis fundamental porque en ella no sólo produce el hombre un mundo humano o humanizado, en el doble sentido de un mundo de objetos que satisfacen necesidades humanas y que sólo pueden ser producidos en la medida en que se plasman en ellos fines o proyectos humanos, así como en el sentido de que en la praxis productiva el hombre también se produce, forma o transforma a sí mismo, "a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma —dice Marx en *El Capital*—, transforma su propia naturaleza desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina."²⁰

Otra forma de praxis es la producción o creación de obras de arte. Como el trabajo humano es transformación de una materia a la que se imprime una forma dada, exigida no ya por una necesidad práctico-utilitaria, sino por una necesidad general humana de expresión y objetivación. En cuanto que la actividad del artista no se halla limitada por la utilidad material que el producto del trabajo debe satisfacer, puede llevar el proceso de humanización que —en forma limitada— se da en trabajo humano hasta sus últimas consecuencias. Por ello, la praxis artística permite la creación de objetos humanos o huma-

nizados que elevan a un grado superior la capacidad de expresión y objetivación humanas, que se revela ya en los productos del trabajo. La obra artística, es, ante todo, creación de una nueva realidad, y puesto que el hombre se afirma, creando, humanizando cuanto toca; la praxis artística —al ensanchar y enriquecer con sus creaciones— la realidad ya humanizada, es una praxis esencial para el hombre.²¹

Como toda verdadera praxis humana, el arte se sitúa en la esfera de la acción, de la transformación de una materia que ha de ceder su forma para adoptar otra nueva, la exigida por la necesidad humana que el objeto creado o producido ha de satisfacer. El arte no es mera producción material ni pura producción espiritual. Pero justamente por su carácter práctico, realizador y transformador, está más cerca del trabajo humano —sobre todo, cuando éste no ha perdido su carácter creador— que de una pura actividad espiritual.

Entre las formas de actividad práctica que se ejercen sobre una materia dada y objeto material, hay que incluir también la actividad científica experimental que satisface, primordialmente, las necesidades de la investigación teórica, y, en particular, las de la comprobación de hipótesis. Esta forma de praxis es la que se pone de manifiesto cuando el investigador actúa sobre un objeto material modificando a voluntad las condiciones en que se opera un fenómeno. Tal es el sentido de la experimentación como praxis científica. El investigador produce fenómenos que

²¹ Sobre las relaciones entre el arte y el trabajo, y la concepción del trabajo artístico como creación, véase mi libro, *Las ideas estéticas de Marx* (Ed. Era, México, D. F., 1965, particularmente los estudios titulados "El marxismo contemporáneo y el arte" y "Las ideas de Marx sobre la fuente y naturaleza de lo estético".

¹⁹ C. Marx, *El Capital*, I, ed. cit., p. 130.
²⁰ *Ibidem*.

son una producción de los que se dan en un medio natural, pero los produce justamente para poder estudiarlos en un medio artificial —el del laboratorio— sin las impurezas y perturbaciones con que se presentan en el medio natural y que, por esa razón, dificultan su estudio. En cuanto que se trata de producción de determinados fenómenos con ayuda del instrumento físico adecuado, la actividad científica experimental es, evidentemente, una forma de praxis. Se trata de una actividad objetiva que da lugar a un producto o resultado real y objetivo.

En este tipo de praxis el fin inmediato es teórico. El experimento se lleva a cabo para probar una teoría, o determinados aspectos de ella. Se experimenta respondiendo a ciertas exigencias teóricas con el fin de facilitar el desarrollo de ella. Un determinado experimento —por ejemplo, los realizados en agronomía— pueden tener consecuencias prácticas, pero no directamente, sino a través de la teoría que trata de comprobar.

Ahora bien, la experimentación no es privativa de la ciencia; cabe hablar también de una actividad experimental en otros campos: artístico, educativo, económico o social. En estos casos, a diferencia de la actividad experimental científica, el experimento no está al servicio directo e inmediato de una teoría, sino de una forma específica de praxis; el experimento artístico o educativo tiene por fin el impulso de la actividad práctica correspondiente, el arte o la educación. De este modo, vemos que mientras en la ciencia, el fin de la actividad experimental es teórico —fortalecer o impulsar el desarrollo de una teoría—, y, de un modo mediato, sirve por tanto a determinada actividad

práctica, en otros campos la experimentación contribuye al desenvolvimiento de la praxis correspondiente, pero de una manera directa e inmediata: en cuanto que sus resultados se aplican en la esfera práctica adecuada.

Tales son las formas fundamentales —aunque no exclusivas— de la praxis cuando la acción del hombre se ejerce, más o menos inmediatamente sobre una materia natural —naturaleza inmediata, o naturaleza ya mediada, o materia trabajada que sirve de objeto de nueva acción—. Veamos, ahora, el tipo de praxis en que el hombre es el sujeto y objeto de ella; es decir, cuando el hombre actúa sobre sí mismo.

La actividad práctica del hombre sobre sí mismo ofrece diversas modalidades. Dentro de ella caen los diversos actos encaminados a su transformación como ser social, y, por ello, a cambiar sus relaciones económicas, políticas y sociales. En cuanto que su actividad práctica toma por objeto no a un individuo aislado, sino a grupos o clases sociales, e incluso a la sociedad entera, puede denominarse praxis social, aunque en un sentido amplio toda actividad práctica (incluyendo aquella que tiene por objeto directo a la naturaleza) reviste un carácter social, ya que el hombre sólo puede llevarla a cabo contrayendo determinadas relaciones sociales (relaciones de producción en la praxis productiva) y, además, porque la transformación práctica del objeto no humano se traduce, a su vez, en una transformación del hombre como ser social.

En un sentido más restringido, la praxis social es la actividad de grupos o clases sociales encaminada a transformar la organización y dirección de la sociedad, o a realizar ciertos cambios mediante la actividad del Estado. Es-

ta forma de praxis es justamente la actividad práctica política.

En las condiciones de la sociedad dividida en clases antagónicas, la política comprende la lucha de clases por el poder y la dirección y organización de la sociedad, de acuerdo con los intereses y fines correspondientes. La política es una actividad práctica en cuanto que la lucha que libran los grupos o clases sociales se halla vinculada a cierto tipo de organización real de sus miembros (instituciones y organizaciones políticas, como son, por ejemplo, los partidos); en segundo lugar, aunque la actividad política vaya acompañada de un choque y contraposición de ideas, proyectos, programas, etc., y esta lucha ideológica ejerza una influencia indudable en las acciones políticas reales, concretas, el carácter práctico de la actividad política exige formas, medios y métodos reales, efectivos de lucha; así por ejemplo, el proletariado en su lucha política se vale de huelgas, manifestaciones, mítines e incluso de métodos violentos. En tercer lugar, la actividad política gira en torno a la conquista, conservación, dirección o participación de un organismo concreto como es el Estado. El problema del poder es un instrumento de importancia vital para la transformación de la sociedad.

La actividad política presupone la participación de amplios sectores de la sociedad. Pero no se trata de una actividad espontánea aunque se den en ella actos espontáneos de determinados individuos o grupos. Persigue determinados fines que responden a los intereses radicales de las clases sociales, y en cada situación concreta, la realización de esos fines se halla condicionada por las posibilidades objetivas entrañadas en la propia realidad. Una política que res-

ponda a esas posibilidades y que excluya todo aventurismo, exige un conocimiento de esa realidad, y de la correlación de clases, para no proponerse acciones que desemboquen necesariamente en un fracaso. La lucha tiene que ser, por tanto, consciente, organizada y dirigida, y la necesidad de librar la lucha en esta forma explica la creación de los partidos políticos.

Los partidos trazan, con una mayor o menor conciencia de los objetivos, posibilidades y condiciones— la línea de acción. Los métodos para transformar lo ideal en real, es decir, para realizar prácticamente la línea política trazada por un partido constituye la estrategia y la táctica. La estrategia señala las tareas correspondientes a una etapa histórica general, y la táctica determina el modo de cumplir la línea política de un período relativamente breve. Estrategia y táctica se relacionan dentro de la línea política y de su aplicación, como lo general y lo particular.

La praxis política, en cuanto actividad práctica transformadora, alcanza su forma más alta en la praxis revolucionaria como etapa superior de la transformación práctica de la sociedad. En la sociedad dividida en clases antagónicas, sólo la praxis revolucionaria permite cambiar radicalmente las bases económicas y sociales en que se asienta el poder material y espiritual de la clase dominante, y pasar a una nueva sociedad. El agente de este cambio radical es el proletariado a través de una lucha consciente, organizada y dirigida, lo que presupone la existencia de un partido que eleve su conciencia de clase y trace claramente los objetivos de esta lucha, su estrategia y su táctica, que organice las fuerzas y las dirija.

Si el hombre existe en cuanto tal co-

mo ser práctico, es decir, como un ser que con su actividad práctica transformadora se afirma frente a la naturaleza exterior y frente a su propia naturaleza, la praxis revolucionaria y la praxis productiva constituyen dos dimensiones esenciales de su ser práctico. Pero, a su vez, una y otra actividad, junto con las restantes formas específicas de praxis, no son sino formas concretas, particulares de una praxis total humana gracias a la cual el hombre como ser social y conciente va humanizando a los objetos y se humaniza a sí mismo.

La actividad teórica

La actividad teórica en su conjunto, —como ideología o ciencia— considerada también a lo largo de su desenvolvimiento histórico, sólo existe por y en relación con la práctica, ya que en ella encuentra su fundamento, sus fines y el criterio de verdad, como trataremos de poner de manifiesto más adelante. Pero por estrechas que sean las relaciones entre una y otra actividad, la actividad teórica de por sí no muestra los rasgos que hemos considerado privativos de la praxis, y, por ello, no debemos ponerla en el mismo plano que las formas de actividad práctica, que antes hemos examinado. A nuestro modo de ver, la actividad teórica no es una forma de praxis.

Aunque la "práctica" teórica transforme percepciones, representaciones o conceptos, y cree el tipo peculiar de productos que son las hipótesis, teorías, leyes, etc., en ninguno de esos casos se transforma una realidad. No se cumplen aquí las condiciones que señalábamos anteriormente con respecto a la materia prima, la actividad y el resultado en el proceso práctico. Falta el lado material,

objetivo, de la praxis, y por ello no consideramos que sea legítimo hablar de praxis teórica.

Lo que a nuestro juicio veda caracterizarla así es precisamente lo que hay de distintivo en la actividad teórica, entendiéndolo por ésta tanto la producción de fines como de conocimientos. Por su objeto, fines, medios y resultados la actividad teórica se distingue de la práctica. Su objeto o materia prima son las sensaciones o percepciones —es decir objetos psíquicos que sólo tienen una existencia subjetiva—, o los conceptos, teorías, representaciones o hipótesis— que tienen una existencia ideal. El fin inmediato de la actividad teórica es elaborar o transformar idealmente, no realmente, esa materia prima, para obtener, como productos, teorías que expliquen una realidad presente, o modelos que prefiguren idealmente una realidad futura. La actividad teórica proporciona un conocimiento indispensable para transformar la realidad, o traza fines que anticipan idealmente su transformación, pero en uno y otro caso queda intacta la realidad efectiva. Las transformaciones que lleva a cabo la actividad teórica con relación a ésta —paso de una hipótesis a una teoría, y de ésta a otra teoría más fundada— son transformaciones ideales: de las ideas sobre el mundo, pero no del mundo mismo.²² Y las operaciones que el hombre lleva a cabo para producir fines o conocimientos son operaciones mentales —abstraer, generalizar, deducir, sintetizar, prever, etc.— que si bien exigen un sustrato corpóreo,

²² Ya en La Sagrada Familia decían Marx y Engels: "Las ideas no pueden conducir nunca más allá de un viejo estado de cosas universal, sino siempre únicamente más allá de las ideas del viejo estado universal de cosas. Las ideas no pueden nunca ejecutar nada. Para la ejecución de las ideas hacen falta los hombres que pongan en acción una fuerza práctica." (C. Marx y F. Engels. La Sagrada Familia, ed. esp. cit., p. 185).

y el funcionamiento del sistema nervioso superior, son operaciones subjetivas, psíquicas, aunque puedan tener manifestaciones objetivas.

Por otra parte, pensamos que la admisión de una praxis teórica se halla en contradicción con la crítica que Marx formula en sus **Tesis sobre Feuerbach**. Si recordamos el contenido de la **Tesis I** veremos que Marx critica a Feuerbach justamente el concebir la relación sujeto—objeto (u hombre—naturaleza) como una relación meramente contemplativa, o sea teórica. En esto radica, el defecto fundamental de la filosofía feuerbachiana, así como del materialismo tradicional. En este sentido, Marx contrapone relación (contemplativa) teórica, y práctica. Y en ese mismo sentido contrapone también en su **Tesis XI** la filosofía como interpretación, es decir, como teoría desligada de la práctica—, y la filosofía vinculada conscientemente a la transformación del mundo.

Esta contraposición de contemplación (teoría) y praxis demuestra que Marx, lejos de admitir la teoría como una forma de praxis, establece por el contrario una contraposición entre una y otra. Por otra parte, al distinguir claramente en su **Introducción a la crítica de la economía política**, lo concreto real y lo concreto pensado, y presentar la actividad teórica cognoscitiva, es decir, la producción de conocimientos como un proceso ascensional de lo abstracto a lo concreto—proceso que se opera en el pensamiento— y que consiste en la reproducción espiritual del objeto real bajo la forma de lo concreto pensado. Marx señala claramente que se trata de una actividad o producción que no produce nada realmente, que no transforma la realidad.²³

²³ "...El método que permite elevarse de lo abstracto a lo concreto no es otra cosa que el modo como el pensamiento se apropia lo concreto

Una actividad que se opera solo en el pensamiento y que produce el tipo peculiar de objetos que son los productos de éste no puede, por tanto, identificarse con la actividad práctica que llamamos **praxis**.

Si llamamos praxis a la actividad práctica material, adecuada a fines, que transforma el mundo—natural y humano—, no cabe incluir la actividad teórica entre las formas de praxis ya que falta en ella el lado esencial de la transformación objetiva de una materia mediante el sujeto, y cuyos resultados subsisten independientemente de su actividad.²⁴

Solamente subjetivizando el concepto de praxis hasta borrar toda diferencia específica con el de actividad en general, podríamos hablar de una praxis teórica. Pero, en cuanto que la praxis teórica de por sí no modifica realmente el mundo—aunque si nuestras ideas sobre él— no nos parece legítimo hablar de praxis teórica.

Filosofía y praxis

La actividad filosófica de por sí transforma nuestra concepción del mundo, de la sociedad o del hombre, pero no modifica—directa e inmediatamente— nada

bajo la forma de lo concreto pensado. Pero no es de ninguna manera lo concreto mismo." (Contribución a la crítica de la economía política, ed. francesa, París, 1957, p. 165).

²⁴ En ocasiones se emplea la expresión "praxis" o "práctica teórica", para designar una "práctica específica que se ejerce sobre un objeto propio y su producto propio: un conocimiento" (Louis Althusser, *Pour Marx*, París, 1965, p. 175). En este caso, se presenta como una forma específica de la práctica en general entendida como "proceso de transformación de una materia prima dada y determinada, en un producto determinado, transformación que se lleva a cabo por un trabajo determinado, utilizando medios (de "producción") determinados." (Ibid., p. 167.) La práctica teórica así entendida corresponde en gran parte—no totalmente, puesto que nosotros incluimos también en ella la producción de fines— a lo que nosotros denominamos actividad teórica.

L. Althusser no emplea, por tanto, esta expre-

real. Cabría preguntarse, sin embargo, si esto es válido para toda actividad filosófica, incluyendo aquélla que concibe el mundo no sólo como objeto de interpretación, sino de transformación. De acuerdo con la Tesis XI de Marx sobre Feuerbach, podríamos dividir la filosofía, desde un punto de vista histórico, en filosofías que se limitan a tratar de dar razón de lo existente y que desembocan; como muestra palmariamente el sistema de Hegel en una conciliación de la filosofía con la realidad (filosofía como aceptación del mundo), y filosofías que sirven —por su vinculación consciente con una praxis revolucionaria— a la transformación del mundo (filosofía como instrumento teórico o guía de una transformación humana radical). Ahora bien, ¿no podría decirse que, en este último caso, la actividad filosófica fuese ya una forma de praxis, que podríamos denominar precisamente praxis teórica? Y, de no ser así ¿no se encontrarían todas las filosofías en el mismo plano teórico y se borraría la diferencia cualitativa que Marx establece en la Tesis citada entre uno y otro tipo de filosofías?

Detengámonos brevemente en esta cuestión que nos parece de suma im-

portancia para delimitar el contenido de la verdadera praxis.

Descartemos, en primer lugar, el considerar que pueda hablarse legítimamente de praxis filosófica por el simple hecho de que una filosofía tenga consecuencias prácticas. Ya decíamos en la introducción al presente trabajo que todas las grandes doctrinas filosóficas las tienen, en mayor o menor grado, más o menos directamente, en cuanto que independientemente de las intenciones del filósofo, cumplen cierta función social. Esto vale, por tanto, para filosofías que —como el idealismo alemán— distaban mucho de pretender servir a la transformación efectiva del mundo. No se trata, pues, de eso.

Al plantearse la cuestión de si la actividad filosófica puede ser praxis de por sí, nos referimos a la filosofía que, vinculada conscientemente a la práctica, se propone ser instrumento teórico de la transformación de la realidad. Nos referimos, precisamente, al propio marxismo como filosofía que —de acuerdo con la Tesis XI sobre Feuerbach— tiene presente que se trata no sólo de interpretar el mundo, sino de transformarlo. ¿Puede decirse que la actividad filosófica, en este caso, sea praxis, sin olvidar por un momento el contenido conceptual que hemos dado a ésta? A nuestro juicio, ni la filosofía ni como interpretación del mundo ni como instrumento teórico de su transformación es de por sí, de un modo directo e inmediato, praxis. La filosofía marxista siendo necesariamente una interpretación científica del mundo responde a necesidades prácticas humanas, expresa, a su vez, una práctica existente y, por otro lado, aspira conscientemente a ser guía de una praxis revolucionaria. Con ello se subraya la función ideológica y social de una

en el sentido idealista, tan firmemente rechazado por Marx, de producción de ideas que transforma por sí misma la realidad. Se esfuerza asimismo por subrayar el carácter distintivo e irremplazable de la "práctica teórica" (cf. también a este respecto su estudio Teoría, práctica teórica y formación teórica. Ideológica y lucha ideológica; en la revista Casa de las Américas num. 34, La Habana, Cuba, pp. 13-17). Sin embargo, la extensión del término "práctica" a todo tipo de relación o apropiación del mundo real, incluyendo no sólo la teórica e ideológica sino también la ética y la religiosa (cf. Lire Le Capital, I, p. 85) hace que se borre el carácter esencial de la praxis que Marx justamente pretendió destacar (como transformación efectiva, real de un objeto real) frente a un "idealismo de la praxis" (reducción de esta a la actividad teórica o moral). Creemos, por ello, que el empleo del término "práctica" allí donde no se opera esa transformación real induce a confusión, pese al empeño en diferenciar sus formas específicas.

filosofía que sólo puede cumplirse en cuanto que excluye la utopía y trasciende sus elementos ideológicos para ser una verdadera ciencia. Lo que la diferencia de las doctrinas filosóficas a que alude Marx en la primera parte de su **Tesis XI sobre Feuerbach** así como de otras doctrinas socialistas es, pues, su carácter científico, pero también —y no secundariamente— el concebirse a sí mismo en función de la praxis, es decir, como filosofía al servicio de la transformación efectiva, real, del mundo, integrando así la praxis revolucionaria como el fin de la teoría.

La teoría de por sí —en este caso como en cualquier otro— no transforma el mundo. Puede contribuir a su transformación, pero para ello tiene que salir de sí misma, y, en primer lugar, tiene que ser asimilada, por los que han de suscitar, con sus actos reales, efectivos, dicha transformación. Entre la teoría y la actividad práctica transformadora se inserta una labor de educación de las conciencias, de organización de los medios materiales y planes concretos de acción, todo ello como paso indispensable para desarrollar acciones reales efectivas. En este sentido, una teoría es práctica en cuanto que se materializa, a través de una serie de mediaciones, lo que antes solo existía idealmente, como conocimiento de la realidad o anticipación ideal de su transformación.

Pero si la teoría de por sí no cambia al mundo sólo puede contribuir, mediadamente, a transformarlo como teoría. Es decir, la condición de posibilidad —necesaria, aunque insuficiente— para transitar de la teoría a la práctica y, por tanto, para que la primera cumpla una función práctica, es que sea propiamente una actividad teórica —en la que los ingredientes cognoscitivos y

teleológicos se hallen íntimamente vinculados y mutuamente condicionados. En este sentido, una filosofía vinculada a la práctica, que aspira conscientemente a realizarse, lejos de carecer de un contenido propiamente teórico, ha de poseerlo en toda su riqueza. El paso de la teoría socialista de la forma utópica que tiene en Saint-Simón, Fourier u Owen, o de las doctrinas comunistas utópicas como las de Moses Hess a la forma científica que recibe en Marx y Engels entraña, pudiéramos decir, junto a una elevación de su función práctica, una elevación de su contenido teórico, con la particularidad de que ambos aspectos se hallan en una relación indisoluble.

La filosofía que se ve a sí misma como instrumento teórico de la praxis es teoría, y como tal, no transforma real y efectivamente de por sí. Interpretar, no es transformar. Pero de lo que se trata —como dice Marx en la **Tesis XI**— es de transformarlo; de ahí que la teoría haya de ser arrancada de su estado meramente teórico y, por las mediaciones adecuadas, tratar de realizarla. Pero este segundo aspecto que es vital, cuando no se acepta el mundo como es y se trata de transformarlo, lejos de abolir el contenido teórico de la filosofía o de reducirlo a un ingrediente meramente ideológico, lo presupone necesariamente —al nivel de la ciencia— como condición ineludible para guiar la acción. Así, pues, la actividad filosófica en cuanto tal no es praxis. Y no lo es tampoco la filosofía de la praxis o teoría de la actividad práctica del hombre, en sus relaciones con la naturaleza y con otros hombres.

La concepción de la filosofía de la praxis como actividad práctica de por sí es, a nuestro juicio, una concepción

idealista, incompatible con el verdadero concepto de la praxis que antes hemos delimitado, y entraña la vuelta a puntos de vista filosóficos —como el de los jóvenes hegelianos, criticados y superados por Marx, justamente para poder elaborar una filosofía como guía o instrumento teórico de la transformación de la realidad, y hacer posible así la transformación efectiva de esta.

La actividad filosófica —desligada de la práctica o vinculada conscientemente a ella—, como mera interpretación o como instrumento teórico de su transformación, cultivada por intelectuales de origen burgués o de origen proletario, es siempre una actividad intelectual,

teórica. La diferencia cualitativa por su carácter esencial— ideológico o científico—, o por la función que una u otra filosofía puede cumplir, no basta para hablar legítimamente de una praxis teórica.

En suma, la praxis se nos presenta como una actividad material, transformadora, y adecuada a fines. Fuera de ella, queda la actividad teórica que no se materializa, en cuanto que es actividad espiritual pura. Pero por otra parte, no hay praxis como actividad puramente material, es decir, sin la producción de fines y conocimientos que caracteriza la actividad teórica.

DEFINICION DEL HOMBRE*

por Athanase Joja

“Conocer lo que es una cosa es conocer *por qué* ella es”.
Aristóteles.

“El trabajo ha creado al hombre mismo”.
Engels.

A.—ZOON POLITIKON KAI LOGISTIKON.

En tanto que el concepto no hace más que aprehender una esencia, la definición la explica. Pero explicar es conocer la causa por la cual la cosa es.¹ La definición causal demuestra por qué (*dià ti*) la cosa es y por qué es lo que es. Es por eso que Aristóteles define a la definición como un razonamiento (*tou ti esti*) que después de haber constatado que la cosa es (*oti esti*) demuestra por qué ella es (*dià té estin*).² Mientras que la definición nominal significa algo (*li simainei*) pero no demuestra nada, la definición causal es “como una demostración de la esencia, que no difiere de la demostración más que por la posición de los términos”.³

El descubrimiento de la causa, he aquí la

* A. Joja es profesor de la Universidad de Bucarest y miembro de la Academia de la R. P. Rumana. Traducido por Roger Bartra y Cecilia Rabell de la versión francesa aparecida en *Revue Roumaine*, 2, 1964.

1 Aristóteles, *Anal. Post.* I, 2, 71 b.

2 *Anal. Post.* I, 10, 94 a.

3 *Ibid.*

meta de la ciencia, según Aristóteles. El valor de lo universal es dar a conocer la causa (*tò aiton*).⁴ En el razonamiento, la causa es representada por el término medio (*tò mèsón*).⁵

Aplicando estos términos lógicos, el *stagirita* afirma que el hombre es un animal mortal, que tiene pies, bipedo; o bien que el hombre es un animal racional (*logistikón*), capaz de “construir una sola imagen a partir de una pluralidad de imágenes”.⁶

En el célebre capítulo XIX de las *Segundas Analíticas*, Aristóteles declara que todos los animales tienen un poder innato de discernimiento (*dynamis kritiké*) —que él llama *aisthesis* (sensación, percepción)— pero que entre ciertos animales se produce una persistencia de la percepción sensible (*monè tou aisthèmatos*).⁷ La repetición de esta persistencia engendra al concepto (*logos*), al universal⁸ y, como consecuencia, a la razón.

Sin embargo, Aristóteles sólo nos da el *óti*

4 *Anal. Post.* I, 88 a.

5 *Anal. Post.* II, 90 a.

6 *De Anima*, III, II, 434.

7 *Anal. Post.* II, 19, 100 a.

8 *Ibid.*, 100 a.



“El hombre en tanto ser sensible y objetivo es un ser que *sufre* y,
porque siente su sufrimiento, es un ser *apasionado*”.

(el hecho), pero no nos explica el *dióti* (el por qué) de este origen del hombre como animal racional. Peor aún: inventa el intelecto activo que proviene "de afuera"⁹ —*thyrazen*— y que es eterno e inmortal.¹⁰

Por lo tanto, en la *Política*, en la *Ética a Nicómaco* y en la *Ética a Eudemo*, se indica una explicación de la causa: a) el hombre, dice Aristóteles, es por naturaleza un animal político;¹¹ b) el hombre es un animal sociable (*koinonikon*); c) el hombre es un animal que vive en el marco de una economía doméstica (*oikonomikón*). Aristóteles parece indicar, entonces, como origen de la razón al hecho de que el hombre es un animal político, social y económico. De una manera mucho más precisa, el hombre es racional porque posee la palabra. Pero ¿por qué está dotado de la palabra? La respuesta de Aristóteles es biológica y finalista: la naturaleza no hace nada en vano: *oudèn máten poiei*.¹³

En general, la sociabilidad y la racionalidad humanas se explican por un orden natural que sobrepasa al hombre, por el juego de la finalidad; la actividad propia del hombre no figura para nada. No obstante, la insistencia de Aristóteles sobre el carácter político, social y económico del hombre fue una indicación importante para el conocimiento de la naturaleza humana. Creador de la biología, de la psicología, de la sociología y de la economía política, Aristóteles —"ese gigante del pensamiento"—¹⁴ no supo discernir la interpenetración de lo biológico, lo psico-sociológico y lo económico en la génesis del hombre.

Sin embargo, ha dilucidado el lazo orgánico que liga humanidad, racionalidad y sociabilidad: "y aquel que no tiene ciudad (*apolis*), no por causa de las circunstancias, sino de una

manera natural, es un ser degradado o bien está por encima de la humanidad".¹⁵

Para Aristóteles, el hombre se encuentra naturalmente comprometido en la sociedad y es este compromiso el que explica, a la vez, la racionalidad y la virtud del hombre; la voz (*phoné*), dice Aristóteles, pertenece igualmente a los otros animales, mientras que el discurso (*logos*), que expresa los conceptos, sirve también para expresar lo útil y lo dañino, lo justo y lo injusto: "puesto que es el carácter propio del hombre, en relación a los otros animales, ser el único en poseer el sentimiento del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, y otras nociones morales, y es la comunidad de estos sentimientos la que engendra a la familia y a la ciudad".¹⁶

A diferencia de otros animales, el hombre se eleva hasta la experiencia, el arte y los razonamientos.¹⁷

De acuerdo con Polo de Agrigento, Aristóteles dice que la experiencia ha creado al arte; y la memoria, la experiencia, el arte y la ciencia se adquieren en sociedad y en el transcurso del tiempo. El movimiento desplaza, hace salir de sí al ser (*existesin tó hypárchon*).¹⁸

El hombre crea en el tiempo: "El tiempo mismo... inventa o al menos ayuda mucho. Así se explican los progresos de las artes. Una vez creadas, no hay nadie capaz de agregar el detalle que pueda faltar".¹⁹

En verdad, hay otras tendencias en Aristóteles; hay tendencias místicas al lado de tendencias netamente realistas. Aristóteles oscila, tantea, investiga. Aristóteles no es dogmático, sino más bien un investigador infatigable, un filósofo que gusta de discutir *aporias*; es esencialmente lo contrario a un dogmático, es igualmente lo contrario a un escéptico (*zététique*), más bien es un apasionado de esa "búsqueda

9 De Gen. Anim. II, 3, 736 b.

10 De Anima, III, 5, 430 a.

11 Política, I, 2, 1253 a.

12 Ética Eud. VII, 10, 1242 a.

13 Política, I, 2, 1253.

14 Marx, El Capital, I, 106.

15 Política, I, 2, 1253 a.

16 Ibid.

17 Metafísica, A.920 b.

18 Ibid., 981 a. Física, IV, 12, 221 b.

19 Ética a Nicómaco, 1098 a 24 = O chrónos hetretés e synergés agathos eináis...

de la verdad" (*zetesis tes aletheias*) de la que habla Tucídides, un dialecto genial que, desde un punto de vista antropológico, tuvo el inmenso mérito de definir al hombre como un *zoon politikon, koinonikon, cekonomikon*, y de integrar así al hombre en la sociedad. En verdad, Aristóteles imaginó al intelecto como agente que llega "por la puerta" y, desesperando de explicar el movimiento, inventó el primer motor que es pensamiento y acto puro, pensamiento que se piensa a sí mismo, no pensando el mundo e ignorándolo, ejerciendo una acción **sobre el mundo como la que establece lo deseable sobre aquél que sufre la atracción.** La nóesis noésea no es solamente trascendente, sino indiferente con respecto al mundo. Además, en Platón mismo, la materia no es creada por el mundo inteligible (*noetòs kòsmos*) sino que es *synaidios* —eterna y coeterna.

La filosofía griega —exceptuando al neoplatonismo— nunca resolvió la materia en el espíritu. Reservó, aún en los sistemas idealistas, los derechos de la materia: *synaidios*.

B.—DIALECTICA DE LA AUTOCONCIENCIA

Desde este punto de vista, el idealismo objetivo de Hegel representa la negación de la filosofía griega.

En Hegel, la naturaleza no existe más que en tanto que momento de la Idea. La naturaleza no es *otra cosa* que la Idea, "es revelada como la Idea en la forma de su ser-otro" (Die Natur hat sich als die Idee in der Form des Andersseins ergeben).²⁰

La naturaleza no es más que la Idea, la exteriorización de la Idea, su determinación es la exterioridad (Ausserlich-keit).²¹ La naturaleza es un sistema de grados (system von Stufen), donde uno deriva necesariamente del otro, pero no se trata de una evolución efectiva.

²⁰ Hegel, *Encyklopädie der philosophischen Wissenschaften*, 247.

²¹ *Ibid.*

La metamorfosis es el hecho no de la naturaleza, sino de la Idea. Sólo el cambio de la Idea es un desarrollo.²² Es el concepto dialéctico (der dialektische Begriff) quien dirige los grados, es su principio interior (das Innere).²³ Es por ello que no es inexacto hablar de panlogismo hegeliano, ya que en la concepción de Hegel *todo* es *logos*, sólo el logos existe. El contenido de la lógica es "una representación de Dios tal como existe en su esencia eterna con anterioridad a la creación de la naturaleza y de un espíritu finito".²⁴ Exteriorizada y enajenada dentro de la naturaleza, la idea florece y toma conciencia de sí en la religión, en el arte y, sobre todo, en la filosofía. ¿Cuál puede ser entonces la antropología de Hegel?

El hombre es esencialmente conciencia que se eleva a la autoconciencia (Selbstbewusstsein) y que se realiza eminentemente y realiza, por intermedio de la filosofía, al Espíritu Absoluto. El "misterio" de la filosofía hegeliana se encuentra en la *Fenomenología del Espíritu*²⁵ "lugar de nacimiento de la filosofía hegeliana".²⁶ Sin embargo, sobre este fondo de panlogismo, Hegel ha vuelto a encontrar y ha desarrollado el pensamiento dialéctico de los griegos. En la *Fenomenología del Espíritu*, por ejemplo, no concibe la esencia del hombre como *ne varietur*, como dada de una vez por todas, sino como un devenir dialéctico, como una *autocreación*.

La autoconciencia está sumergida y se forma en la historia real. La fenomenología trata de presentar el génesis de la autoconciencia sobre el telón de fondo de la historia, considerada en sus líneas lógicas.

La dialéctica del amo y del esclavo, de la conciencia independiente y de la conciencia dependiente, o sea la dialéctica de la dominación

²² *Ibid.*, 249

²³ *Ibid.*

²⁴ Hegel, *Ciencia de la Lógica*, I, Introducción, p. 35.

²⁵ Marx, *Obras filosóficas*, T. VI, *Economía política y filosofía*, p. 46.

²⁶ *Ibid.*, p. 49.

y la servidumbre a través de la historia, muestra la intervención efectiva de la historia en la formación de la conciencia.²⁷ Hegel explica cómo la conciencia servil (*das knechtische Bewusstsein*) es "la verdad" de la conciencia independiente (*das selbständigen Bewusstsein*).²⁸ El amo se relaciona inmediatamente con la cosa por intermedio del esclavo (*Ebenso bezieht sich der Herr mittelbar durch den Knecht auf das Ding*), en tanto que el esclavo elabora y transforma la cosa por su trabajo (*er bearbeitet es*).²⁹ Sobre un plano puramente espiritual, Hegel ha comprendido el valor del trabajo.

Toda esta historia ocurre en el mundo de las conciencias; no se desarrolla al azar, sino conforme a la razón:

Was vernünftig ist, das ist wirklich
und was wirklich ist, das ist vernünftig.³⁰

Así, el hegelianismo desemboca en la misticación.

La historia y la auto-creación del hombre se producen conforme a la razón dialéctica. Hegel ha concebido la historia del hombre como una dialéctica —y este descubrimiento es de una importancia infinita. Sin embargo, para Hegel "el proceso del pensamiento, al que incluso convierte, bajo el nombre de idea, en su sujeto autónomo, es el creador de la realidad que no es más que el fenómeno exterior de este proceso".³¹

C.—CONSTRUCTOR DE HERRAMIENTAS. CONSTRUCTOR DE CONCEPTOS.

Pero Carlos Marx descubrió el "meollo racional" dentro de la "envoltura mística" y, ya en sus tesis sobre Feuerbach, formuló los principios de su doctrina.

"Feuerbach —dijo Marx— diluye la esencia

²⁷ Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, p. 140, sqq.

²⁸ *Ibid.*, p. 147.

²⁹ *Ibid.*, p. 146.

³⁰ *Ibid.*, p. 146.

³¹ Marx, *El Capital*, p. XCV.

religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales".³²

En 1884, Marx aprobó que Hegel se colocara en el punto de vista de la economía política moderna y que concibiera al *trabajo* como el *ser*, como el ser del hombre que se afirma.³³

Pero Marx reprochó a Hegel el desconocer el trabajo *espiritual abstracto*.³⁴

Para Hegel, el ser humano, el hombre = autoconciencia.³⁵

A continuación, en Hegel, toda enajenación del ser humano *no es otra que la enajenación de la autoconciencia*.³⁶

"La enajenación de la autoconciencia no es considerada como *la expresión*, expresión que se refleja en el saber y en el pensamiento, de *la enajenación real del ser humano*".³⁷

Ahora bien, dijo Marx, el hombre es un ser inmediatamente *natural*.³⁸ Decir que el hombre es un ser objetivo, corporal, es decir que tiene objetos reales, sensibles, como objeto de su ser. "Ser objetivo, natural, sensible y tener también objeto, naturaleza, sentidos fuera de sí, o ser uno-mismo objeto, naturaleza, sentidos, es idéntico. El *hambre* es una necesidad natural: tiene por lo tanto necesidad de una *naturaleza*: fuera de sí, para satisfacerse, para calmarse. El hambre es la necesidad material de mi cuerpo, necesidad de un *objeto* situado fuera de él, indispensable a su integración y a la manifestación de su ser".³⁹

"Un ser que no tiene su naturaleza fuera de sí no es un ser *natural*, no participa del ser de la naturaleza".⁴⁰

Un ser natural tiene su naturaleza fuera de sí, en este sentido es que tiene necesidad de

³² Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, ME: *Obras escogidas*, II, p. 427.

³³ Marx, *Obras filosóficas*, v. 70.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*, 72

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*, 72-73.

³⁸ *Ibid.*, 70.

³⁹ *Ibid.*, 77.

⁴⁰ *Ibid.*

objetos que están *fuera de sí*, que es por tanto *relacional*, que tiene relaciones con los objetos situados fuera de sí, que es él mismo objeto para los otros seres.

"Un ser no-objetivo *no es un ser*".⁴¹ Un ser *sin objeto* es un ser irreal, un ser de abstracción.⁴²

El hombre en tanto que ser sensible y objetivo es pues un ser *que sufre* y, porque siente su sufrimiento, es un ser *apasionado*. La pasión es la fuerza sustancial del hombre que persigue con energía su objeto.⁴³

El hombre se realiza en la historia: "La historia es la verdadera historia natural del hombre".⁴⁴ El hombre no es solamente un ser natural, sino también un ser natural humano, por lo tanto un ser *genérico*,⁴⁵ un ser que constituye un género que lo distingue de otros géneros.

¿Pero qué es lo que distingue al ser genérico humano de los otros géneros, del género *canis*, *felis*, qué diferencia al hombre de todos los animales y de dónde procede esta diferencia que confiere una nueva dimensión al universo —*la dimensión de la razón*?

Podemos, dijo Marx, diferenciar a los hombres de los animales por la conciencia, por la religión, por lo que se quiera. Comienzan ellos mismos a diferenciarse de los animales desde que comienzan a *producir* sus medios de subsistencia, operación que está condicionada por su organización corporal.⁴⁶

Así, el génesis del hombre coincide con el génesis del *proceso de trabajo*. Al respecto Marx cita a Benjamin Franklin quien definió al hombre como *a toolmaking animal*.⁴⁷

Marx distingue, pues, elementos simples del proceso de trabajo, a saber, el trabajo mismo, el objeto del trabajo y los medios de trabajo. "El trabajo es un acto que ocurre entre el hombre y la naturaleza. Aquí el hombre mismo juega frente a la naturaleza el papel de una po-

tencia natural... Al mismo tiempo que, mediante este movimiento, actúa sobre la naturaleza exterior y la modifica, modifica su propia naturaleza y desarrolla las facultades que en ella dormitan".⁴⁸

Según esto, el trabajo, y el proceso de trabajo, por medio del cual el hombre *modifica* a la vez la naturaleza exterior y su propia naturaleza, tiene un valor definitorio: el trabajo constituye la esencia del hombre.

Por medio de la herramienta que inserta entre su propia fuerza física y el objeto del trabajo (la naturaleza exterior), el hombre se convierte en un animal que transforma la naturaleza, que se diferencia así de la naturaleza, que toma conciencia del hecho de que él es la causa de las modificaciones operadas en el objeto, que estas modificaciones son los efectos de su actividad, que él mismo es un sujeto distinto del objeto, en resumen, el hombre forma las categorías lógicas y psicológicas. Se convierte en productor de conceptos, porque es productor de *herramientas*. Se convierte en *sapiens* porque es *faber*.

El trabajo adquiere un valor metafísico. El *logos* surge de la *praxis* y es la *praxis* social, industrial, científica —la que lo verifica, la que atestigua la *adaequatio cum re*.

El *logos* es palabra, se forma en la palabra y se expresa por la palabra. El lenguaje es "el elemento mismo del pensamiento",⁴⁹ es decir, el *medio* en que se forma el pensamiento.

"El lenguaje es tan viejo como la conciencia. —el lenguaje es la conciencia práctica que existe igualmente para otros hombres, por lo tanto que existe también para mí mismo, es real y el lenguaje no nace, como la conciencia, más que de la necesidad del comercio con otros hombres.⁵⁰ Ahí dónde existe una relación, existe para mí; el animal no tiene relación con nada, no tiene absolutamente ninguna relación. Para el animal su relación con otros no existe en tanto que relación. Primeramente la conciencia

41 *Ibid.*

42 *Ibid.*, 78.

43 *Ibid.*

44 *Ibid.*, 79.

45 *Ibid.*, 78.

46 *Ibid.*

47 Marx, *El Cap. II*, T. II.

48 *Ibid.*, p. 10.

49 *Ibid.*, 37.

50 *Ibid.*, 168.

es ya, por consiguiente, un producto social y seguirá siéndolo mientras haya hombres".⁵¹ Apoyándose en los resultados de las ciencias naturales, especialmente en la obra inmortal de Darwin, Engels ha descrito magistralmente el proceso de formación del hombre. Engels subrayó la importancia decisiva de la *liberación de la mano*, órgano y producto del trabajo.⁵² El desarrollo del trabajo determinó la llegada del momento en que los hombres tuvieron "algo que decirse".⁵³

Por eso podemos decir que "el trabajo ha creado al hombre mismo".⁵⁴

Y, dentro de ese proceso, el *punctum a quo hominitas* fue alcanzado cuando la mano se diferenció del pié y cuando el pre-hombre devino en *animal bimanio* y, por lo tanto, *constructor de herramientas, lógico y vocal*.

Podemos definirlo como *animal racional*. La definición es correcta, puesto que conviene *omni et soli definitio*. *Homo est animal rationale*; el definiens es exactamente equivalente al definiendum (homo). El definiens no es más amplio que el definiendum; el definiens no es más estrecho que el definiendum; el definiens y el definiendum pueden ser recíprocos.

Rationale: es lo que distingue, es lo que diferencia específicamente al hombre de todos los demás animales. Pero esta definición clásica, aún cuando expresa la esencia del hombre, no

muestra el proceso de constitución de esa esencia, no dá más que una imágen abstracta de la esencia humana. Esta es una definición según el género y la diferencia. Por lo tanto definir = clasificar.

Pero hay también una definición *per causam, per generationem* y este tipo de definición acompaña siempre a la definición *per genus proximum et differentiam specificam*.

"Buscar lo qué es una cosa sin saber que existe, es no buscar nada —medièn zetein".⁵⁵

"En la medida que conocemos que una cosa existe (oti esti), en esa medida somos capaces de conocer su esencia".⁵⁶ Incluso parece que la esencia de la cosa se expresa más adecuadamente con lo que Aristóteles llama silogismo de la esencia (*sylogismos tou ti esti*).⁵⁷

La definición del hombre implica que es un ser *histórico*, que comprende la naturaleza, que la contempla con el fin de transformarla, que transforma la naturaleza y, al hacerlo, se transforma a sí mismo indefinidamente (sin por eso dejar de permanecer esencialmente idéntico), y que desarrolla los recursos infinitos de su esencia.

¿Acáso eso no se llama *progreso*, progreso del hombre viviente concreto en una sociedad concreta realizando "el desarrollo objetivo de la riqueza del ser humano?"⁵⁸

51 *Ibid.*, pp. 168-169.

52 Engels, *Dialéctica de la naturaleza*, p. 173.

53 *Ibid.*, p. 174.

54 *Ibid.*

55 *Anal. Post.* II, 93 a.

56 *Ibid.*

57 *Ibid.*, II, 10, 94 a.

58 Marx, *Obras filosóficas*, VI, p. 32.

Sesenta años de periodismo mexicano¹

(APUNTES)

por Rodolfo Arcaraz

Es fin primordial de la prensa la difusión imparcial de los acontecimientos más relevantes y significativos; tanto en profundidad como en variedad de interpretación; puesto que la prensa es el más eficiente sistema de información pública, de ahí emana su obligación ética de proporcionar escudriñadamente y desde todos los puntos de vista las noticias que, por su relevancia, permitan al pueblo normar su criterio y tomar posición frente a los acontecimientos que, en cualquier forma, pudieran afectarlo. Pero el periódico, por su enorme radio de acción, puede convertirse fácilmente en un vehículo de pervisión de la opinión pública cuando se somete a una ideología preestablecida hacia la que orienta una información arteramente seleccionada.

¹ Referirse a la prensa o al periodismo en una reseña histórica como la que intentamos implica un grave riesgo: la generalización viciosa que puede distorsionar profundamente la realidad. La prensa es un organismo heterogéneo integrada por variados sectores periodísticos unitarios y en evolución constante; por ello, en cada caso, en cada momento, en cada situación, la conducta de los diversos elementos de base puede variar en grado o hasta en posición, lo que constituiría una prueba irrefutable de cualquier afirmación. Un estudio exhaustivo tendría que evitar esas palabras para referirse y analizar particularmente cada uno de los casos, para dilucidar hasta el detalle—cuál es la situación de la prensa en México. Lo mismo sucede con expresiones tales como "libertad de expresión" o "prensa independiente", términos que, por su ambigüedad son siempre discutibles y que, tomados en su más estricto sentido representarían un absurdo utópico. La experiencia nos muestra que una prensa totalmente independiente no existe en ningún lugar del mundo, pues la prensa está siempre—en mayor o menor grado—condicionada a intereses ajenos a la actividad periodística. Sin embargo y dentro de los límites de aproximación posibles, sólo en dos formas puede suscitarse el fenómeno de una prensa que pueda decir lo que quiere decir o que, en su conjunto, proporcione el material informativo al lector en variedad y profundidad suficiente para permitirle estar al corriente de los aconteci-

Nada tan difícil, sin embargo, como encontrar un periódico que se limita a informar amplia, concreta y objetivamente, sin pretender imponer opiniones que, con una tendencia determinada, mueven a un convencimiento subjetivo de carácter sectario o que se preocupen sólo por satisfacer o justificar las opiniones prejuiciadas de un cierto tipo de lectores cuyo juicio está tomado de antemano. No hay que pasar por alto que un periódico, además de su función elemental, esencialmente informativa, tiene también la capacidad de orientar de una manera más directa, a través de su sección editorial, en la que expresa analíticamente sus opiniones propias. Ahí puede tener cabida su postura de adhesión o de combate que, en un momento dado, son definitivas.

*

La declaración de principios de un país mediante fórmulas sumarias presupone la previa existencia de una línea filosófica o política que las sustente o justifique e imponen la responsa-

mientos y normar su criterio respecto a ellos: la primera y más reducida es el caso de publicaciones económicamente autónomas y capaces de costearse una información sin intermediarios y que pueden libremente expresar su opinión. La segunda, es todo un sistema periodístico, tan variado que permita a cada uno de los periódicos representar, en igualdad de fuerza, una orientación política diferente; esto produce, al fin, una totalidad ecléctica, que muestra los acontecimientos en toda su variedad interpretativa. La experiencia prueba que este caso sólo se da en los países cuya efervescencia política está representada en la competencia auténtica de partidos políticos, que respalda a las publicaciones que sirven a sus intereses. En suma, que hemos usado los términos en relación a los movimientos dominantes y más significativos, sin excluir otro tipo de conductas simultáneas, a las que hacemos mención, aún sin ser dominantes, tienen de cualquier manera importancia.

bilidad de llevarse a la práctica cuando las circunstancias lo exijan. Principios tales, por ejemplo, como la "No Intervención" y la "Autodeterminación de los Pueblos" que rigen desde hace algún tiempo la política exterior de nuestro país, pueden convertirse en un peligroso mecanismo de doble acción —democrática-demagógica— cuando no tienen detrás de ellos una ideología operante. Por una parte son frases contundentes e indiscutibles en sí; pero por otra, son totalmente inefectivas cuando no trascienden su simple calidad de letra muerta. Es decir, que entre la pasiva declaración y la aplicación activa de los principios, está la diferencia entre una actitud demagógica y una posición combativa coherente y derivada de esos mismos principios. Una postura tal permite, por su ambigüedad, un confortable término medio que justifica los comunicados de solidaridad moral hacia los países que sufren una intervención y, al mismo tiempo, todo tipo de maniobras asociativas, solidarias y hasta de complicidad con la parte interventora, aquella que flagrantemente pasa por encima de los enunciados básicos de nuestra política exterior, como ha sido el caso en Cuba, el Congo, República Dominicana y las dos Repúblicas de Viet Nam.

*

Resulta significativo y ejemplar el editorial aparecido en el diario "Ovaciones" del 2 de marzo del presente año, en que coinciden notoriamente los vicios de la política oficial y los tortuosos ardidés periodísticos encaminados a dar apariencia razonable a los más descabellados absurdos.

La guerra que sostienen los norteamericanos en Viet Nam es, sin duda, uno de los problemas cruciales que afrontan, no solamente los participantes, sino toda la humanidad en nuestros días. Aparte de la destrucción que implica una guerra en cualquier país, las consecuencias que puede tener como percutor de una conflagración mundial al nivel de las armas atómicas que se almacenan en los arsenales de las grandes po-

tencias, es una amenaza inminente que no pasa inadvertida para nadie y cuya trascendencia es un imperativo del que tampoco nadie puede sus- traerse.

El editorialista de "Ovaciones" aborda en esta ocasión el tema desde su aspecto económico en relación directa con los beneficios que podría obtener nuestro país. "La guerra de Viet Nam está incidiendo ya en nuestra economía en forma semejante a como nos ocurrió cuando Corea" comienza el editorial y hace luego un somero análisis de las causas por las que no pudimos "aprovecharnos" (sic) de las circunstancias durante la primera y segunda guerras mundiales: en la primera, porque nos encontrábamos en guerra civil; en la segunda, porque las materias primas que proporcionábamos nos fueron liquidadas con artículos cuyo precio era fijado arbitrariamente. Es decir, que en esa ocasión nuestro país proporcionó su colaboración al bloque aliado (*del que formaba parte*), y no recibió a cambio la retribución económica que le hubiera correspondido si la transacción se hubiera efectuado sobre bases bancarias normales.

Pasa el artículo a hacer una relación paralela entre la guerra de Corea y la de Viet Nam: "Cuando Corea, en cambio, estábamos en paz —afirma el editorial— y no nos encontrábamos impedidos de adquirir bienes de producción a cambio de nuestros minerales, porque Estados Unidos dedicó al esfuerzo bélico sólo una parte de su inmensa capacidad industrial" y concluye conforme al falaz apotegma de que la guerra es el mejor de los negocios; "Desde el punto de vista de los negocios, no hay nada mejor que matar orientales" y aclara insidiosamente: "sin permitir que esa *matanza* (sic) degenera en una guerra mundial"; pero esta aseveración no significa de ninguna manera un verdadero postulado pacifista o, en última instancia, humanista, sino que su única motivación es "porque entonces *se perdería todo lo ganado*". En el segundo caso la situación le resulta aún más clara: "Como Viet Nam está realizándose en el

mismo plan que Corea (guerra localizada a la que se dedica sólo un esfuerzo industrial parcial) está aumentando la demanda de nuestros minerales y si hay bienes de producción para pagárnoslos". Lo que significa un negocio redondo para nuestros industriales y para los inversionistas extranjeros que, casualmente, son norteamericanos en su mayoría. La rapacidad del proyecto podría no ser más que la expresión estrictamente personal de las opiniones del autor, pero éste no pierde la oportunidad de avalarlas con las actitudes gubernamentales: "Parece ser este el criterio que hay tras las recientes disposiciones presidenciales en torno a la minería mexicana: *"aprovechar la ocasión..."* De esta manera sitúa a los mismos que hacen alarde de mantener una política no-intervencionista, derivada de los principios juaristas, y que también son los ingenuos promotores del desarme mundial, de ser también y al mismo tiempo, los primeros interesados en especular una situación de carácter netamente bélico e intervencionista.

"Triste oportunidad" es el subtítulo con que concluye el editor, y en esta parte aparece con toda claridad esa maquiavélica técnica periodística de rondar el pro y el contra de un tema, defendiendo con argumentos de una puerilidad rayana en la imbecilidad un postulado de justicia evidente y planteando el aspecto negativo con tantos atenuantes que lleva, por el sofisma, a la conclusión errónea de que, si nada se puede hacer hacia los positivos, conviene aprovechar las ventajas de situarse estratégicamente en el terreno negativo. "No depende de México restablecer la paz en Viet Nam" afirma, como si la política que se grita a voz en cuello no impusiera la obligación de respetarla hasta la intransigencia y de hacerla respetar por todos los medios. De inmediato parece retractarse: "aunque no hay ninguna duda respecto a nuestra posición". ¿Cuál es, en realidad y por los hechos *nuestra posición*? "Aunque *ganemos mucho dinero* con esa guerra, preferiríamos no ganarlo, si con ello se restableciera la paz y se difundieran por el mundo los principios de no-intervención y arreglo pacífico de todas las

disputas entre las naciones". ¿Cómo se puede conseguir que por el mundo se difundan principios que los mismos que los postulan no pierden ocasión de traicionarlos al hacerse conscientes de su inutilidad e inoperancia, así como de su propia incapacidad para defenderlos efectivamente? De ahí la desventaja de *"no aprovechar"* los beneficios que una situación semejante puede proporcionarles. Eso se concluye del párrafo siguiente: "Pero tampoco es posible ni sensato no darnos cuenta de lo que sucede y no tomar las disposiciones necesarias tendientes a que las ganancias de las guerras las *aprovechemos*, por lo menos, en localizar nuevos yacimientos, aumentar nuestras reservas conocidas y perfeccionar técnicamente la explotación minera". Hechos, estos, que no significan más que el incremento de las utilidades a cambio de la claudicación.

"Repelimos —concluye— no nos agrada *aprovechar* esta triste oportunidad (!!!) pero por cuanto ella forma parte de todo un cuadro de hechos *fuera de nuestro control*, tendremos que enfrentarnos a la situación con realismo, cosa que estamos haciendo". Enfrentar la situación con realismo sería tener que reconocer que nuestros postulados, fuera de su presuntuosa grandilocuencia, son principios que estamos muy lejos de tener la fuerza y la entereza cívica para poder mantener vigentes.

La historia nos muestra repetidos ejemplos semejantes, tales como la tibieza política de Francia que, cerrando sus fronteras al tránsito de armas destinadas a la defensa de la República española, contribuyó en gran medida a su derrota y al advenimiento de la dictadura. O, más recientemente, los industriales ingleses que traicionaban a su país durante la segunda guerra mundial vendiendo armas al enemigo en provecho personal. O las indiscutibles ventajas que obtuvieron países como Suiza, Portugal, Argentina, etc., cuando, amparados en su neutralidad, tenían la ocasión de comerciar simultáneamente con ambos grupos contrincantes, convirtiéndose así en mercaderes de la muerte, bajo el pretexto que arguye el editorialista: que

ellos no tenían ingerencia en la contienda y que sus operaciones se limitaban a transacciones de orden estrictamente comercial. No obstante es imposible no adoptar posiciones: no tomar partido, también es tomar una decisión.

Si México considerara que, "desde el punto de vista de los negocios, no hay nada mejor que matar orientales" (sic), más valdría abstenerse de hacer declaraciones pacifistas que, sin la firme resolución de asumir la responsabilidad de mantenerlas vigentes, no tienen más valor que el de la presunción demagógica y que sólo se traducen en una ignominiosa hipocrecía que puede convertirse en criminal.

La existencia de artículos tales como el que analizamos y que de ninguna manera pueden considerarse como excepcionales, mueven a interrogarse acerca de la posición que ocupa la prensa en México.

Con frecuencia se proclama el principio de la "libertad de expresión" que consigna la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos; sin embargo, en nuestros diarios es difícil encontrar posturas de oposición y, cuando el ejercicio de ese derecho constitucional es exclusivamente unilateral, esas libertades son inexistentes.

El concepto de libertad lleva implícita la capacidad de elección entre varias alternativas; cuando esas alternativas son de cualquier manera cohibidas, **ello redund**a en la abolición de la libertad. Y cuando la única disyuntiva coin-

² En el caso de México, en el que no existe ninguna relación entre la fuerza política del partido oficial —el P.R.I.— y los muchos y débiles partidos de "oposición" (cfr. supra Nota 1), la prensa se encuentra sometida a dos grandes influencias: el control gubernamental y los intereses de los capitalistas (inversionistas extranjeros y gran burguesía nacional). La alteración de esos tres sectores es simultánea y, con frecuencia, sólo están divididos por sus funciones específicas, pero es el mismo grupo el que tiene intereses precisos en los tres sectores. Si hemos preferido analizar las relaciones de la prensa con el Estado y con los capitalistas por separado, es únicamente en razón de claridad en la exposición. Si, al mismo tiempo, hemos señalado con prioridad la impositiva acción del Estado es debido a que es él el responsable del cumplimiento de las garantías constitucionales que garantizan el derecho de la libre expresión. No por ello la influencia de los capitalistas deja de ser decisiva.

cide con el ideario oficial, no sólo es inexistente la libertad de expresión, sino que la actitud impositiva del Estado corresponde, por definición, a una postura radical, totalitaria y dictatorial.²

Es necesario insistir que entre los muchos aspectos que abarca la información periodística, la mayor parte de ellos tienen un carácter secundario por su intrascendencia. Ejercer la libertad de expresión en el terreno, por ejemplo, de la información deportiva o hasta en la reseña de los acontecimientos culturales, es meritoria en sí, pero tiene poca o ninguna importancia cuando no se ejerce simultáneamente en el aspecto que por su urgencia y necesidad tiene una repercusión inmediata, como es la información política.

Es cierto que en un sistema democrático la existencia de voceros oficiales es no sólo válida, sino indispensable para conseguir el diálogo con la ciudadanía; pero ese diálogo no puede suscitarse más que por intermedio de instrumentos de información independientes y hasta de oposición, desvinculados de las autoridades públicas. Es incluso un deber de ellas mismas promover y auspiciar ese tipo de publicaciones sin, por ello, interferir la autonomía que les permite cumplir con su doble misión de informar y expresar la voluntad pública: informar con toda amplitud y precisión al pueblo para que este pueda normar su criterio y, por otra parte, servirle de vehículo para exponer su opinión soberana y señalar al gobierno los derroteros a seguir. En caso contrario no hay diálogo posible, como no es posible el ejercicio de la democracia, pues el pueblo permanece ignorante o bien conoce exclusivamente aquello que conviene a los intereses gubernamentales o de la clase en el poder que sea del dominio público y por otra parte carece de medios para expresar su opinión y su voluntad. Una prensa controlada por el Estado reduce al pueblo a la ignorancia y lo confina al mutismo.

De acuerdo con la síntesis que hizo el presidente López Mateos al afirmar que: "Libertad sin orden, es anarquía y, orden sin libertad es

dictadura", conviene preguntarse si México, a través de su prensa se orienta hacia la anarquía o si, por el contrario padece una dictadura.

*

Artículo 7o.—Es inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia. Ninguna ley ni autoridad puede establecer la previa censura, ni exigir fianza a los autores o impresores, ni coartar la libertad de imprenta, que no tiene más límites que el respeto a la vida privada, a la moral y a la paz pública. En ningún caso podrá secuestrarse la imprenta como instrumento del delito.

Las leyes orgánicas dictarán cuantas disposiciones sean necesarias para evitar que, so pretexto de las denuncias por delitos de prensa, sean encarcelados los expendedores, "papeleros", operarios y demás empleados del establecimiento de donde haya salido el escrito denunciado, a menos que se demuestre previamente la responsabilidad de aquellos.

Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.—México, 1960.

*

"Las publicaciones más o menos independientes —denuncia el periodista José Ferrel— tratan muy superficialmente algunos asuntos y guardan silencio absoluto respecto a sucesos de más o menos gravedad que no le convendría al gobierno respectivo que se supieran; este silencio se explica fácilmente sabiendo, como es sabido, que la mayor parte de los gobernadores no tienen reparo en recurrir a cuantos medios creen eficaces para obligar a los periodistas a ser "prudentes" en sus ataques para no caer bajo el rigor de la ley".³

³ "La Prensa independiente en la capital y en los Estados", en el Diario del Hogar, 12 de octubre de 1892.

Esta cita señala uno de los vicios que padece el periodismo: la sujeción al control oficial que impide el pleno desarrollo de la labor periodística, no sólo informativa, sino conducente a normar criterios entre sus lectores y, por ello, directiva y, cuando las circunstancias lo requieran, combativa. Este comentario escrito en 1892 se refiere a la época en que México se encontraba bajo el régimen dictatorial del Gral. Porfirio Díaz preocupado por mantener, por todos los medios, el *status quo* favorable a su dictadura personal. No obstante podría perfectamente proyectarse al futuro y referirse a la situación actual de la prensa en México; sin embargo, mientras que en esa época el periodismo se encontraba aún en su fase "artesanal", el desenvolvimiento enorme de los diarios que ha llegado ahora a la culminación del periodismo como poderosa e influyente industria, implica una serie de cambios esenciales y estructurales del periodista y del periodismo. Aunque las reacciones sean paralelas, la diferencia de escala cambia la proporción y significado de los acontecimientos periodísticos.

Así entonces, como en los años subsecuentes, el Ejecutivo reacciona y desencadena una etapa de represión de la prensa. La maquinaria judicial, secundando la administrativa, aplasta las publicaciones de oposición y muchos periodistas purgan en la cárcel el delito de aspirar a la libertad.⁴ La función de la prensa es "colaborar" con el gobierno en la labor de regeneración, sobre todo, alejar del pueblo toda idea revolucionaria.⁵

El periodista valiente que tiene la capacidad de observar la triste realidad de la época, no puede aceptar una imposición tan drástica e

⁴ Sucesivamente "El Paladín", "El Chinaco", "El Sufragio Libre", "El Antirreeleccionista", "Reclamación", "El Constitucional", "El Diario del Hogar", desaparecen del estadio de la prensa y sus directores y redactores pueblan las prisiones. Son encarcelados: Diego Arenas Guzmán, Lucio Cabrera, José Hernández, Rafael Martínez, Filomeno Mata, Juan Sarabia, Alfonso Barrera Peniche, Dolores Jiménez y Muro, etc.

⁵ Se dice que la prensa de combate, tildada de "jacobina" o "metafísica", debe ser repudiada como una manifestación regresiva y obstruccionista.

inhibitoria del ejercicio profesional y continúa en la lucha. Como respuesta, el Ejecutivo actúa directamente: suprime arbitrariamente periódicos, clausura y destruye las imprentas,⁶ los redactores y aún los empleados administrativos son aprehendidos y numerosos periodistas purgan arbitrarias condenas confundidos con los delincuentes del orden común. Con la más retrógrada de las mentalidades, las prensas son consideradas como instrumento y pruebas fehacientes de delito.⁷ En los Estados la persecución llega a los peores extremos, incluso el asesinato colectivo.

La prensa oficial, subvencionada por el gobierno y cuyo número y tiraje ahoga prácticamente al periodismo independiente, que rechaza el compromiso con las autoridades, también ataca en sus columnas a los tan escasos ejemplares de prensa libre, no pervertida ni sobornada. Todo se auna para que los pocos periodistas responsables de su deber, se encuentren en condiciones cada vez más adversas para poder cumplirlo, estén más atados, y su número se va reduciendo en razón de las persecuciones, encarcelamientos, deserciones, muertes y, en especial, por la falta de instrumentos para realizar su cometido.

La violencia de la persecución obliga a la oposición periodística a refugiarse, por no tener ya otro medio de difusión, en el libelo, el pasquín y el insulto, que todavía consiguen infiltrarse y circular de mano en mano entre los lectores.⁸ El panfleto se convierte en el único

⁶ "El Demócrata", "El 93", "La Oposición".

⁷ "Sentenciados los presos políticos al maximum de prisión, al maximum de multa y al maximum de rigor, con la decomisación de las imprentas, los redactores, gerentes y propietarios de éstas, si no todos, porque los hay de bastante firmeza en sus convicciones para sufrir las consecuencias de ellas, la mayor parte de los mismos se abstendrá en lo sucesivo de intervenir en las censuras justas y provechosas que pudieran hacerse al gobierno..." — "Una nueva era de la libertad de prensa", en el *Diario del Hogar*, 10. de agosto de 1893.

⁸ "Los Anónimos, consecuencia de la falta de libertad de opinión", en el *Diario del Hogar*, 28 de julio de 1891. Aun en la capital de la república aparecían hojas volantes, verdaderos liberos escritos en lenguaje soez, que circulaban entre las clases populares bajo rubros como "El

vehículo de expresión de opiniones y de información. Muchos escritores optan por el exilio y abandonan el país para refugiarse en el extranjero.

A la prensa oficial que apoya la actitud injustificada y antidemocrática del régimen dictatorial —puesto que cobra y sigue cobrando sus treinta monedas— se une a la posición tendenciosa y partidarista de los periódicos extranjeros que tienen ingerencia en México. Se declara que esos organismos extraños a los intereses del país tienen invertidos aquí grandes capitales y, por supuesto, son los más interesados en la conservación de este estado de cosas.⁹ De esta manera, prensa extranjera y gobierno se protegen mutuamente y se prestan mutuo auxilio en perjuicio directo del pueblo mexicano que permanece en la ignorancia de los acontecimientos nacionales y mundiales que les afectan en forma directa.

Desde sus últimas y raquíticas posiciones, la prensa de oposición censura el exclusivismo y las tendencias personalistas del Gobierno Federal, la centralización progresiva de las funciones administrativas, la sumisión servil del parlamento y del poder judicial al ejecutivo, la paralización de los miembros del cuerpo social despojados de las libertades y privilegios que les concede la Constitución, la constante violación a las garantías individuales, la enajenación del territorio y la riqueza nacional al capital extranjero, la protección oficiosa a los monopolios nacionales al amparo de los inversionistas extranjeros o de la gran burguesía emanada del régimen.

Una prensa, tenida por liberal y que, no muy alejada de la oficiosa, aparentaba cumplir con las funciones del periodismo de oposición, revela una marcada tendencia a negar significa-

Mero Valedor", "La Pedrada del Vencedor". "Acuache", etc. *Diario del Hogar*, 10. de septiembre de 1891.

⁹ Citaremos a Pabellón Español, *Trait d'Union*, *The Mexican Financier*, *La Voz de España*, y la revista *Latinoamericana*. "La Prensa en la Cuestión de la Reección", en la *Convención Radical Obrera*, México, 3 de abril de 1887.

ción revolucionaria a ciertas convulsiones del mecanismo social¹⁰ que enfrenta violentamente a huelguistas y tropas gubernamentales. Se trataba a la sazón de la Unión de Obreros de Cananea, ciudad minera donde se registró el primer choque sangriento de la etapa prerrevolucionaria. La Unión de Obreros de Cananea se formó sobre los "lineamientos trazados por la Junta de San Louis Missouri (que tuvo lugar el 28 de septiembre de 1905, bajo los auspicios de la Junta Organizadora del Partido quien editó cerca de 30,000 ejemplares de la revista "Regeneración", que circulaba clandestinamente en el territorio mexicano y, de esta manera, participó la prensa en la gestación de la lucha revolucionaria) y entre sus afiliados circulaba "Regeneración", por cuyo medio se iniciaban en el estudio de los problemas sociales que se analizaban en las columnas del periódico".¹¹

Los sucesos de Cananea preocuparon profundamente a la prensa publicada en México, tanto oficial como independiente y dieron lugar a diversas interpretaciones. "Ya se palpaba —dice M. González Navarro¹²— en el pensamiento social de los voceros oficiales la duda sobre los dogmas de la escuela económica clásica; se advertía que no siempre, ni mucho menos con facilidad, las cosas volvían por sí mismas al equilibrio. Pero todavía se creía que el capitalismo tenía elementos suficientes para salvar los escollos que el mismo había creado: la creciente proletarización".

Es este, someramente, el retrato del periodismo en el período histórico de la dictadura personal de Porfirio Díaz. En la exposición de este proceso histórico que culminó con la revolución de 1910, hemos omitido nombres y fechas que pudieran situarnos con el objeto de hacer más evidentes las semejanzas y paralelismos que existen entre esa época y la actual. Se dan ca-

¹⁰ "Problemas Sociales. La Huelga". *Diario del Hogar*, 17 de julio de 1906.

¹¹ Barrera Fuentes, Florencio. *Historia de la Revolución Mexicana. La Etapa Precursora*, México, 1955, pág. 163.

¹² De *El Universal*, 28 de septiembre de 1952.

sos en que, como podremos advertir, los engranes del mecanismo histórico parecen repetirse medida por medida y, ya en lo particular, las coincidencias son sorprendentes, por ejemplo, entre la reclusión penitenciaria de los periodistas Filomeno Mata, padre e hijo, el primero durante el régimen dictatorial de Porfirio Díaz y el segundo durante el período priista "nadapor-encima-ni-fuera-de-la-Constitución" del presidente López Mateos.

*

La Revolución maderista trajo consigo nuevas aspiraciones e ideales a la sombra del principio del "Sufragio Efectivo" y la "No Reelección", que se afirmaron con el triunfo del Ejército Constitucionalista. Tras diversas escaramuzas en que el poder fue asumido sucesivamente por los dirigentes más relevantes, se organizó, con la bandera y —se supone— los principios revolucionarios, un partido político, ahora llamado Partido Revolucionario Institucional (PRI), que, desde su fundación hasta la fecha, nunca a perdido las elecciones presidenciales y siempre ha ocupado la inmensa mayoría de las curules en las Cámaras. La sucesión de presidentes salidos de ese Partido han ocupado el poder por más tiempo que ninguna dictadura personal del mundo.

Después de iniciada la revolución de 1910 y con la caída de la dictadura porfirista, la prensa política resintió de inmediato los efectos refrescantes de la nueva situación que se formaba, sobre todo en lo referente a la vuelta a la libertad irrestricta de expresión. Al principio, el renacimiento de la prensa favorece a los periódicos que se habían opuesto al régimen liquidado, pero la creciente demanda de ejemplares fatiga a las viejas imprentas y nuevas técnicas y maquinarias se introducen para satisfacer la demanda. También aparecen nuevas publicaciones para satisfacer la avidez de información y orientación de la sociedad conmovida desde sus cimientos.

El gobierno interino emanado del pacto de

Ciudad Juárez asegura y garantiza la absoluta libertad de expresión, si bien supo valerse de la prensa para sofocar el clima de inconformidad y de inquietud que los tratados entre los revolucionarios y los representantes del antiguo régimen no habían podido extirpar.

Muy pronto, demasiado pronto, a menos de un año del triunfo de Madero, la libertad de prensa se verá limitada. En efecto, el 20 de junio de 1911, la Secretaría de Gobernación giró una circular a los editores de periódicos en la cual solicitaba su ayuda *"para concluir con la efervescencia o excitación que aún se nota en el pueblo y que de seguro se calmará con los persuasivos artículos que a tal fin se sirva usted indicar"*.

Dos consecuencias derivan de este primer documento en que el nuevo gobierno revolucionario *"sugiere"* una trayectoria a la prensa. La primera es que si un estado anormal, previsto por la Constitución misma, como es la guerra civil obliga a tomar ciertas medidas extraordinarias obligadas por la emergencia del momento, esas medidas urgentes deben abolirse en cuanto desaparece la causa que las motivó; de otra manera, quedan como instrumento de represión y control en manos del gobierno y en detrimento de las garantías individuales y los derechos inalienables de la ciudadanía. Por otra parte, al dirigirse directamente a los editores y no hacer un llamado a la conciencia cívica de los redactores, confería a los primeros una calidad de intermediarios responsables entre sus subordinados y el gobierno, reduciendo a los periodistas a obedecer las consignas de sus superiores, debilitar su capacidad personal de expresión y convertirlos en simples engranajes sin criterio propio dentro del mecanismo, cada vez más complicado, de la prensa nacional; es decir, que esta medida alejaba al periodista de su función natural de ser la célula básica del periodismo.

Las consecuencias no dejarán de manifestarse en lo sucesivo y los ulteriores paralelismos tienen un significado demasiado preciso: si los

síntomas se repiten y se incrementan, las consecuencias, como una *regla de tres*, tienden a tener el mismo carácter. Siendo Presidente de la República, el General Alvaro Obregón, confesaba en una entrevista: "El Gobierno considera que la prensa es libre; pero sabe muy bien que no es independiente". Años más tarde, en nuestros días, Alvaro Obregón hijo, en ese entonces Gobernador de Sonora, declaraba con cinismo: "No hay periodista que aguante un cañonazo de cincuenta mil pesos". Entre la circular girada por la Secretaría de Gobernación a los editores el 20 de junio de 1911 y la declaración del Gobernador Obregón se localiza, en cierta forma, la trayectoria del periodismo "revolucionario".

Jacobo Dalevuelta, por muchos años Jefe de Información de *"El Universal"*, fue un periodista que por su estrecho contacto con el periodismo de esta época y de la evolución revolucionaria, es un fidedigno testigo del desarrollo de la actividad editorial. En efecto, Dalevuelta había sido el primer reportero que estuvo en el frente como corresponsal de guerra, con los federales en Chihuahua hasta el triunfo de Madero en Ciudad Juárez; después en Morelos con las fuerzas maderistas en pos de Emiliano Zapata y, más tarde, en busca de Félix Díaz, insubordinado en Veracruz. Por fin, de vuelta al norte para presenciar y hacer crónica de la sensacional rendición de Pancho Villa ante los representantes del Presidente de la Huerta.¹³ Como periodista e historiador, Dalevuelta delineó con su pluma los acontecimientos más relevantes de la evolución revolucionaria desde su gestación hasta su culminación; pero tampoco perdió de vista su condición profesional de reportero, cuya preocupación le llevó a ser uno de los principales promotores, fundador y Secretario General del *Sindicato Mexicano de Redactores de la Prensa*.

El 19 de julio del 1933 Dalevuelta hacía el ba-

¹³ "Jacobo Dalevuelta, Décano de los Reporteros Mexicanos, abre el Album de Medio Siglo..." en Revista de la Semana de El Universal, 28 de septiembre de 1952.

lance de sus experiencias en una conferencia dictada en el Teatro Orientación de la Secretaría de Educación Pública a propósito de "El Periodismo en México": "... hoy, dos décadas y media más tarde, aquellos pensamientos y aquellos ideales (de los principios revolucionarios) son hacinamientos de cenizas: el periodismo actual es igual a la industria que necesita repartir dividendos fantásticos a sus accionistas; es almacén de espacio dentro de las columnas blancas de los diarios, puesto a la venta según tarifa o a quien mejor pague; muerte de la idea generosa del periodista profesional, porque tienen que ajustarse a los intereses creados o a los planes secretos para favorecer a unos cuantos; es una grieta por donde se escapan nuestras pasiones en forma de ataques; es armario donde cabe todo lo que puede producir algún beneficio económico. Por eso ahora, sin excepción apreciable, al periodista se le teme y no se le estima. Se abren a nuestro paso las puertas, pero con reservas; se nos sonríe, pero con muecas. Dadas las restricciones de todo orden entre las cuales se pueden citar las que imponen las inmundicias de quienes pueden tener el poder para acallar un periódico, se puede afirmar que: *el periodismo actual está muy lejos de ser el reflejo de la vida mexicana.* Más del ochenta y cinco por ciento de lo que podría decirse, cae diariamente en el cesto de los papeles inútiles en las redacciones. No podrán mañana, los historiadores, abreviar en la fuente de los periódicos de nuestra época lo que necesiten para hacer crítica filosófica de los días de ahora. A excepción hecha de los documentos de interés público que se reproducen en los periódicos, lo demás no resiste a la crítica. La verdad se dice a medias y, en cuanto a la aspiración, al ideal que perseguimos, jamás se esboza siquiera. Lo más que se hace es criticar a un gendarme, a un jefe de sección; pero nunca se llega a lo medular, aún, cuando algunas veces nos desorientamos al escuchar ideas que a todas luces nos hacen sospechar, por lo menos, de claudi-

caciones ideológicas".¹⁴

El periodismo continúa filtrado y racionado de acuerdo a intereses por completo ajenos a las funciones estrictamente periodísticas. El periodista está subordinado y sujeto al juicio, que en cuestiones trascendentes es siempre arbitrario, de un consejo de redacción que discrimina, modifica, acepta o rechaza el material de información o los artículos de fondo, conforme las consignas políticas del gobierno o a los intereses de los poderosos. Tal como la afirmaba Dalevuelta el investigador no encuentra en las hemerotecas más que una información raquítica de los acontecimientos, particularmente los de repercusión política, que demuestran categóricamente la servil e ineludible subordinación de la prensa a los intereses gubernamentales y de la gran burguesía en el poder. No existe ni la más reducida forma de prensa de oposición, ni de crítica.

Se crea el *Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa* con aspiraciones de libertad y autonomía, al margen de vínculos y compromisos, sobre la base de la solidaridad clasista. En un principio el Sindicato ofrece a los periodistas independientes y ansiosos de ejercer profesionalmente sin limitaciones, el apoyo de una educación progresista derivada del régimen liberal que presidía el General Lázaro Cárdenas, quien veía con satisfacción e impulsaba las reivindicaciones de los trabajadores y la creación de organismos sindicales.

Es interesante conocer un manifiesto del S. N. R. P. redactado el 16 de marzo de 1938, apenas dos días antes de la gran conquista popular que despojó a los monopolios extranjeros de la riqueza petrolera:

"Compañeros: El Sindicato como agrupación clasista en pie de lucha y nosotros como miembros de dicha agrupación, estamos obligados a participar en el movimiento patriótico contra el imperialismo yanqui-inglés petrolero. En con-

¹⁴ Copia de un documento original en poder del autor.

secuencia es necesario que el Sindicato haga una declaración categórica mexicana y sindicalista apoyando al Estado que *representa en estos momentos nuestros intereses de clase*. Los petroleros y sus aliados están jugando una carta en favor de la *continuidad de un régimen feudal* indecoroso e inaceptable para los hombres que luchamos por la desaparición de las clases explotadoras y con el propósito de llegar a una vida mejor dentro de los principios elementales de justicia para todos los hombres. ¡O somos mexicanos o somos polkos! ¡O somos sindicalistas o somos peleles del capitalismo explotador y del vampirismo imperialista! ¡Arriba Karl Marx! ¡Arriba Lenin! ¡Arriba la justicia!¹⁵ A continuación seguían las firmas de los sindicalistas.

La creación del S.N.R.P., así como las consecuencias en la actitud periodística de esa época, no fueron, en realidad, un fenómeno espontáneo, sino también derivado de la posición y conducta del lineamiento gubernamental del presidente Lázaro Cárdenas. Sin embargo en este período, la mayor parte de los periodistas se identifican con el pensamiento socialista del régimen y recuperan, por un tiempo, la dignidad que paulatinamente les había sido alienada. Ello les confiere la posibilidad de señalar derroteros y denunciar flaquezas y terminan por recuperar la directiva autónoma del periodismo. Con la orientación de la prensa en manos del periodista dignificado, el periodismo alcanza sus plenas funciones y puede manifestar abiertamente su opinión y tomar parte activa en la importante evolución social que se produce en esos días. Gracias a esta capacidad de expresión la prensa llega a situarse en la vanguardia progresista denunciando las anomalías que hay que atacar con prioridad en provecho de las masas populares, así como se intensifica el volumen informativo. Es, en suma, un momento de auge en el periodismo nacional que tiene una efectiva

participación en las importantes transformaciones que se suscitan.

El derrotero de la prensa se verá afectado de nuevo por el régimen derechista del General Manuel Avila Camacho y por la contingencia de la segunda guerra mundial. Con el pretexto de esta última y en consideración de las obligaciones de México como país aliado, el Gobierno impone a la prensa restricciones en la información de los acontecimientos políticos internacionales, que astutamente amplía al terreno de la información nacional y se establece de nuevo una rigurosa censura, fundamentada en un supuesto movimiento de simpatía hacia las doctrinas nazis. Con el mismo fin y para tener armas legales contra los elementos germanófilos se crea, al amparo de la situación excepcional del estado de guerra, el delito de disolución social.

Restricciones, censura y delito que, al desaparecer las causas que los motivaron, debieron haber sido derogados y que, al no ser así cayeron automáticamente en la anticonstitucionalidad (El senador Manuel Moreno Sánchez declaró en la Cámara lo que de hecho es el criterio oficial: "La ley es legal *aunque sea anticonstitucional*"). Pero como en el caso de la "sugerencia" del 20 de junio de 1911, sus efectos no desaparecieron al restablecerse la paz y, también como en el caso de la "sugerencia" las medidas extraordinarias gubernamentales se convirtieron en excelentes armas de represión popular y de control periodístico.

Estos factores contribuyeron a desviar de nuevo el curso evolutivo de la prensa y el periodista volvió a convertirse en un simple portavoz de los intereses de la clase en el poder, la oligarquía que seguía robusteciéndose, y la prensa volvió a estar totalmente inscrita y dependiente de la corriente ideológica oficial.

Al término de la guerra, el periodista independiente se encontró prácticamente aniquilado. La lección aprendida durante el conflicto mun-

¹⁵ Copia de un documento original en poder del autor.

dial de los sistemas de información internacionales permitió al Estado estructurar sobre bases técnicas modernas el control efectivo de la prensa nacional. Al mismo tiempo, las Agencias informativas extendían su radio de acción y contribuían con un elevado porcentaje de la información general.

La modernización de los sistemas periodísticos trajo consigo otra importante consecuencia. El periodista se vió obligado a ir abandonando paulatinamente su ideología personal para integrarse a una ideología colectiva dependiente de la oficial, la coacción, el soborno, el despido, la persecución y hasta el asesinato, lo obligaron. Una clara asociación se estableció entre gobierno y prensa; y el periodista empezó a tener, aunque extraoficialmente, un papel de funcionario público con las consiguientes ventajas e influencias. De ahí emanaron los columnistas tan conocidos como: Rodrigo de Llano, Baroni, Denegri, Barrios Gómez quienes, con su ejemplo, enseñaron a muchos otros a servirse de sus columnas como instrumento de extorsión, chantaje o elogio "a tanto la plana", con el único fin de detentar el poder y la prebenda que les confería una pluma prostituida.

Durante el período alemanista, en 1951, los directores y gerentes de los diarios capitalinos se dieron a la tarea de organizar una comida en honor del entonces Presidente de la República con el objeto de manifestarle "lo mucho que agradecían que se hubiese implantado el respeto a la palabra escrita".¹⁶

Probablemente los "capitanes" del periodismo habían ya olvidado la suerte corrida por un buen número de sus colegas, o pasaban por alto el espectáculo oscurantista de las oficinas y prensas de "La Semana Ilustrada" destruidas con barbarie y el cuerpo casi despedazado de su director, el periodista Sánchez Bretón, asesinado con ametralladora por el "Güero" Bati-

¹⁶ Excelsior, 8 de junio de 1951.

llas. El crimen fue un secreto a voces del que por supuesto no se dió la menor información pública y que no movió a protestas siquiera por parte de sus colegas mismos; apenas circulaba en forma de rumor. Luego empezó a correr la versión oficiosa de que Sánchez Bretón había intentado hacer chantaje al Primer Mandatario y que éste no había tenido otra alternativa que valerse de su recién creada Gestapo, la Dirección Federal de Seguridad. Tampoco podían olvidar la destrucción de la revista "Presente" que dirigía Jorge Piñó Sandoval. En ese caso de nuevo fueron los rumores los que daban cuenta de lo sucedido y en ellos se mencionaba la participación de los hermanos Pasquel, estrechamente allegados al Presidente. Poco tiempo después Piñó Sandoval sufrió "un extraño accidente": tras de la destrucción de su revista, cayó desde el segundo piso de un edificio situado en la calle de Belisario Domínguez. En consecuencia, el nombre de los hermanos Pasquel no volvió a mencionarse, Piñó Sandoval no protestó más, desistió de rehacer su publicación y no aceptó, ni rechazó, las nuevas versiones que circulaban en el sentido de que "había sido un intento de suicidio o una caída accidental". Lo cierto es que Piñó Sandoval comenzó a dejarse ver por algunas Secretarías de Estado con puestos meramente nominales y el periodista de combate se transformó en un grisáceo periodista moderado. Es obvio que en este momento del periodismo nacional se ponía en práctica la sentencia del Presidente traidor Victoriano Huerta: "Con los periodistas se pueden hacer sólo dos cosas: comprarlos o matarlos". Muchos casos semejantes hubo en ese tiempo, la mayoría nunca fueron aclarados.

Mientras tanto el "hijo del Señor Presidente", que ya ostentaba un título de abogado, que provocó la renuncia del Director de la Facultad de Leyes de la UNAM para no participar en la maniobra, se divertía jugando al periodista con un costoso juguete que se llamó "Revista

Voz". Paradójicamente, nunca hubo publicación más muda, ni tampoco más lujosa.

Pero todo esto pasó inadvertido a los ojos de los magnates editoriales y el día 7 de junio de 1951 se reunió en un restaurante de lujo un reducido grupo de dirigentes de la industria periodística, esperaron al Lic. Miguel Alemán Valdés, comieron juntos y conversaron. Aquella debió ser una comida agradable y sin duda comprendieron la utilidad de ese tipo de reuniones, pues se propuso repetirla al año siguiente, en la misma fecha. Así fue como, de una reunión social, se instituyó el día consagrado a la "Libertad de Prensa".

Al año siguiente, el 8 de junio de 1952, aparecían las notas dedicadas al banquete con que se celebraba por primera vez el "Día de la Prensa Nacional". Las informaciones no eran profundas en su contenido y más que plantearse la problemática común de los diaristas y de la prensa en general, se comentaba con admiración la puntualidad del Presidente, la suculencia de los platos —descritos minuciosamente—, se detallaba "el acogedor ambiente del restaurante *"Grillon"*, se alababa el espléndido arreglo floral y hasta la forma de la mesa, se destacó la habilidad y conocimientos de su oficio del "restauranteur" (sic) Manolo del Valle. En cuanto a la libertad de expresión declaró parcamente el Lic. Alemán: "Sin la libertad de prensa se detendría el progreso de México". El reportero que "cubrió" el banquete se encargó de comentar e interpretar la somera declaración presidencial: "Esta frase quedará seguramente grabada en los anales del periodismo nacional y en la memoria de quienes cultivan el ideal de que, sin libertad de prensa y de expresión no pueden existir más que la oscuridad y la ignominia".¹⁷ La fórmula, en efecto, era indiscutible, pero su manifestación era un sarcasmo pues la expresión, en todas sus formas —del sketch a la literatura, del regocijo popular al mitin, del cine

¹⁷ Excelsior, 8 de junio de 1952.

a la prensa— se veía estrictamente limitada por la censura oficial ejercida con un criterio rigurosamente predeterminado y sancionada desde la multa hasta la represión policiaca y, en el caso preciso de la prensa, desde la selección del material informativo hasta el oscuro crimen gangsteril o el soborno. La libertad de elección del periodista estaba en la alternativa entre un fajo de billetes o un racimo de balas. Esta era la única "Libertad de expresión" posible: disciplinarse a "la-voz-de-su-amor".

Mientras el Lic. Alemán declaraba pomposamente que "sin la libertad de prensa se detendría el progreso de México", aparecía excepcionalmente una Carta Abierta dirigida al Presidente de la República y suscrita por la *Federación de Partidos del Pueblo Mexicano*, que pretendía enfrentarse al partido oficial, el siempre invicto P.R.I. La F.P.P.M. protestaba por el asesinato del Tte. Crnl. Juan Solís y del Tte. Pánfilo Natera que habían caído acribillados a tiros por miembros de la Policía de Juchitán, Oax., por orden directa de Agustín Muñieles, quien, a su vez, afirmaba obrar de acuerdo con las instrucciones giradas expresamente por el General Santiago Piña Soria, precisamente Jefe de Ayudantes de la Presidencia de la República. La masacre había sido provocada por la gira del candidato de la oposición, General Miguel Enriquez Guzmán. En la misma carta la F. P. M. se expresaba de la prensa en los siguientes términos: "A pesar de que se hace alarde de libertad de prensa, de pensamiento y de expresión, se reprime constantemente en todos los pueblos y ciudades del país a todas aquellas personas que no están de acuerdo con el candidato del P.R.I. y se les persigue, encarcela y asesina, por el delito de ser partidarios del señor General Miguel Enriquez Guzmán. La prensa de la capital, así como la de provincia, se ve cohibida para publicar los textos íntegros de nuestras denuncias o manifiestos, puesto que la decantada libertad de prensa está sujeta a la

censura de su Secretario Particular (del Lic. Alemán), el señor Licenciado Rogerio de la Selva, quien, escudándose en el puesto de tan alta responsabilidad como es el que usted le tiene conferido, dirige y encauza la campaña del Candidato de la Imposición y reprime, amenaza y persigue a los inermes ciudadanos que no están de acuerdo con su voluntad".¹⁸ Las voces de la F.P.P.M. fueron tan fácilmente ahogadas como lo serían las del *Frente Electoral del Pueblo* durante las últimas elecciones presidenciales de 1964; pero, a cambio, la compañía constructora del señor General Miguel Henríquez Guzmán floreció gracias a los jugosos contratos que le concedió el régimen que antes vituperaba. Es muy claro en México el papel que juegan los partidos políticos de "oposición" que únicamente contribuyen a crear el decorado plano de la farsa del efectivo sufragio democrático.—(mismo papel que vendrían después a representar las publicaciones de "oposición").

No obstante en la Habana, bajo el régimen dictatorial de Prío Socarrás, sólo tenía eco la posición del Lic. Alemán y, así, la *Associated Press* informaba: "El *Colegio de Periodistas* acordó la noche anterior por unanimidad, de apoyar a la solicitud hecha por varios gobiernos para que se le conceda el premio Nóbel de la Paz al Presidente de México, Licenciado Miguel Alemán. El acuerdo del *Colegio de Periodistas* se funda en 'el respeto que este gobernante ha tenido para la libre emisión del pensamiento de su país'".¹⁹

¿Esta era pues la opinión —auténtica o de complicidad?— que se tenía en el extranjero de las relaciones entre la Presidencia y la prensa, pasando por alto la realidad represiva e inhibitoria que prevalecía en México durante el régimen del primer presidente que, irónicamente, celebró el "Día de la Libertad de Expresión".

El 7 de junio de 1960, el editorial de *Excelsior* estaba dedicado a la libertad de prensa: "En

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ *Excelsior*, 7 de junio de 1952.

México se disfruta de la libertad de prensa que consagra la Constitución de la República; es decir, no es un don del gobernante en turno, sino que es un mandato constitucional que consiguió con la sangre y sacrificios de muchos patriotas y de paladines denodados que lucharon por ese derecho en el campo del periodismo nacional. . . . es satisfactorio que en México el pueblo mismo esté identificado con la prensa libre, porque esta viene siendo su mejor tribuna y el exponente de sus obligaciones e ideales. . . ." Estas frases, de nuevo, con todo su patriotero lirismo, eran incongruentes con la realidad que destacaba en forma contradictoria con otra noticia que aparecía en el mismo ejemplar: "Intentaron asesinar al corresponsal de *Excelsior* en Coatzacoalcos.—Coatzacoalcos., Ver., 6 de junio.—David Molano, corresponsal del *Excelsior* y subdirector del 'Diario de Sotavento' fue balaceado esta madrugada, a la una treinta horas por un individuo no identificado que huyó a bordo de un automóvil que lo esperaba con el motor en marcha.—El atentado, del que salió ileso el periodista ocurrió. . . . a media cuadra de la redacción del periódico Molano indicó que se trata de un pistolero a sueldo. Indicó que su asaltante, al sacar la pistola, le dijo: 'vamos a ver si aquí en la calle eres tan valiente como en el periódico' seguidamente disparó. Fuerzas federales y la policía municipal iniciaron las investigaciones y se entregaron a la búsqueda del agresor, sin llegar a esclarecer nada. Señaló, por último, que en julio del año pasado fue asesinado el periodista Jorge Salinas Aragón; meses después, en la Choapas, el corresponsal Fernando Esteva también fue asesinado. Ambos casos (¡por supuesto!) siguen sin aclararse".²⁰

Sin embargo, entre ambas noticias no se establecía vínculo ni relación, y así, el subprocurador Lic. Treviño Ríos declaraba: "La soberanía de un pueblo se conoce por el mayor número

²⁰ *Excelsior*, 7 de junio de 1960.

de libertades que proyecta: sus aspiraciones, deseos y quejas sólo encuentran plena realización en una prensa libre que las recoje y expone para construir y señalar derroteros a quienes *detentan* (sic) el poder". El redactor intentó de inmediato enmendar entuertos y aclara entre paréntesis: "Quiso decir '*ocupan*'.²¹ Pero todo parece indicar que el subprocurador tenía clara conciencia del sentido del verbo que empleó, puesto que cuando el poder sólo funciona en los hermosos discursos de elogio mutuo sin plegarse a las obligaciones y responsabilidades que impone, el poder no se ejerce, ni siquiera se "ocupa", sino que, por definición, "se detenta".

Ese año el convite fue en el restaurante "Señorial". Ya asisten 218 miembros de la prensa nacional. A los postres y en nombre de la prensa, toma la palabra Alberto Ruiz Sandoval que, de la sección de sociales del periódico "Novedades" ascendió al puesto de director del "Heraldo de Chihuahua". En su discurso insistió en destacar las virtudes del paraíso democrático que nos era dado vivir; agradeció sus favores al Presidente López Mateos y que honrara la mesa de los periodistas con su presencia. Terminó afirmando: "Es una fortuna decir este año, como en 1952, que *aún* gozamos de libertad y podemos afrontar con patriótica entereza los problemas que se nos presentan, porque *aún* celebramos el Día de la Libertad de Prensa".

Efectivamente, si la libertad de prensa significara celebrar un banquete anual, las palabras de Ruiz Sandoval tendrían una razonable validez; pero sucedía que, como informaba Federico de León, en su columna '6 P. M.': "Casi nadie se enteró que durante el banquete con que se subrayó el 'Día de la Libertad de Prensa', el Primer Magistrado recibió un telegrama del periodista acapulqueño Ignacio Victoria, pidiendo protección desde su escondite capitalino. Dice

²¹ *Ibíd.*

que los agentes 'la Guitarra', 'el Chacal' y Cabañas vienen persiguiéndolo con órdenes de matarlo. Señala que a uno de ellos se le otorgó la libertad (estaba preso por homicidio) a cambio de cumplir con el encargo".²²

Cuando Ruiz Sandoval terminó con su panegírico, el Presidente Constitucional de la República Mexicana, Lic. Adolfo López Mateos se puso en pie y respondió a los periodistas: "Señores: por segunda vez, desde la iniciación del gobierno que presido, estamos reunidos para celebrar y reafirmar una de las más preciadas libertades que otorga la Constitución Mexicana: la Libertad de Expresión El derecho a la libre comunicación de las ideas y de información es como el aire vital que alimenta la democracia..." y continuó hablando: "...ninguna taxativa ha puesto ni pondrá mi gobierno a un principio que la Revolución ha hecho suyo también y cuyo respeto absoluto es una de mis convicciones. Tengo la plena conciencia de que limitarlo en su más mínima forma, sería tanto como dañar irreparablemente el impulso que nos guía hacia la perfección de nuestro sistema democrático..."²³.

Era, sin duda, indiscutible que la oratoria de López Mateos, además de brillante era razonable y sus principios, irrecusables. Pero de nuevo, como una lamentable tradición, la realidad desmentía a la elocuencia, pues en la ciudad de México y precisamente bajo el gobierno de quien hacía uso de la palabra para hacer el panegírico de las libertades que garantiza la Constitución, el 28 de marzo de 1959 había sido aprehendido el periodista Hugo Ponce de León, director de la revista "Futuro" y que fue una de las herencias que recibió el nuevo régimen del Lic. Gustavo Díaz Ordáz, confundido entre los reos comunes en un establecimiento penitenciario correspondiente en todos sentidos a la

²² 6 P. M., Últimas Noticias, 2a. Edición, 9 de junio de 1960.

²³ "Texto íntegro del Discurso del Presidente" Excelsior, 8 de junio de 1960.

vieja cárcel de Belem o a la tristemente célebre fortaleza de San Juan de Ulúa. Fue también durante ese tiempo, cuando los obreros ferrocarrileros intentaban reivindicaciones laborales por conducto de su Sindicato legalmente constituido y que, en respuesta, miles de ellos fueron a parar a las cárceles. Todas las fuerzas, desde la policía y los bomberos hasta el ejército, fueron empleadas en la represión que, por su magnitud, era inusitada en México, aún en la época de la colonia o del santo oficio, aún durante la dictadura de Díaz. También fueron aprehendidos en esos días, entre otros, Edmundo Jardón Arzate, redactor de A.B.C. y Gerardo Unzueta Lorenzana, Jefe de Información de "La Voz de México". A su defensa salieron tan sólo las plumas de Renato Leduc y Alberto Domingo, recién premiado como el "Mejor Periodista del Año". En represalia se giró orden de aprehensión contra el primero y el segundo fue despedido.

"México se enorgullece de tener libertad de información sin limitaciones, sin consignas, sin retrocesos, mediante la cual todos tienen derecho —y no solamente el derecho, sino el ejercicio de ese derecho—, de expresar sus opiniones, sus críticas, sus anhelos, sus propósitos. Y si en teoría, la libertad de expresión no tiene en México más restricciones que las que, atendiendo al bienestar colectivo le impone nuestra Carta Magna, en la práctica, *todos* disfrutan de la plenitud de su ejercicio, porque las limitaciones han quedado confiadas al honor y a la responsabilidad de quienes ejercen esta libertad, *aunque no siempre y no todos han sabido ser dignos de este honor*".²⁴ Declaraba el Lic. López Mateos en el banquete del año siguiente y la advertencia tenía, entre la filigrana demagógica, matices de amenaza, demostrados con el encarcelamiento del viejo perio-

24 "Discurso Pronunciado por el Lic. Adolfo López Mateos... en el Banquete Conmemorativo del Día de la Libertad de Prensa, Celebrado el 7 de 1961". México D. F., 1961.

disto Filomeno Mata, hijo (la historia se repetía de una generación a otra) y de David Alfaro Siqueiros, que había osado ejercer la libertad de expresión con sus pinceles y con sus discursos que, a lo largo de América y precediendo a la gira presidencial, daba noticia y referencia de la triste realidad de México, por encima de los hermosos discursos de nuestro elocuente gobernante.

Si con la circular del 20 de junio de 1911 de la Secretaría de Gobernación se había reiniciado extraconstitucionalmente la imposición de un criterio condicionado a los requerimientos gubernales en la superestructura directiva de la prensa, simultáneamente se producía un fenómeno evolutivo en el mecanismo del diarismo que habría de afectar su infraestructura: la modernización.

La necesidad de satisfacer una creciente demanda derivada del incremento de interés de los lectores y de la explosión demográfica del país, saturaron a las viejas imprentas y obligaron a la adopción de nuevos sistemas y maquinaria. La fundación de "El imparcial" de Rafael Reyes Spíndola señala el principio de la modernización de las rotativas y de las técnicas periodísticas. La incorporación de los demás diarios al sistema representó el abandono del periodismo en su fase *artesanal*, para iniciar la *industrialización* de la prensa.

Este fenómeno tuvo muy importantes consecuencias. Una de ellas fue el debilitamiento progresivo de la capacidad individual del periodista para manifestarse conforme a su criterio y ética personales. Otra fue, en cambio, el robustecimiento de las relaciones e interinfluencias de los diarios más poderosos, asociación casi *maffiosa* y exclusivista, en estrecha subordinación a los lineamientos de la ideología oficial.

Las escasas publicaciones de relativa inde-

pendencia o de pálida oposición se vieron apriorísticamente condenadas al naufragio. Cuando la importancia del caso lo requiera se vieron expuestas a las represalias que expresamente condena la Constitución, aunque estos eran casos de emergencia. La más efectiva forma de control era, directa o indirectamente, el aspecto financiero, a través de los créditos de la Nacional Financiera o por medio del control del papel.²⁵

Con la mayor parte de los medios económicos y casi la totalidad del papel bajo su control, el Gobierno tiene en sus manos la supervivencia y los instrumentos indispensables del diarismo y los sujeta al servicio de sus intereses o a los de la gran burguesía que no siempre se identifican con los del país, ni siquiera con la política que el mismo régimen proclama.

Partiendo del principio esencial de la democracia de que el Gobierno no es más que un intérprete de la libre voluntad del pueblo, las funciones informativas de la prensa trascienden las de un mero mecanismo de divulgación y debiera tener la capacidad de presentar los acontecimientos en su más escueta realidad y desde todos los puntos de vista posibles para proporcionar al pueblo todo los elementos de juicio para fundamentar su libre elección. Una prensa sometida a los intereses de un Estado o de una clase, se reduce a un sistema de propaganda, con una ideología predeterminedada que, invirtiendo el orden de las premisas, hace crónica-pretérita de los acontecimientos cuyo devenir debiera, por derecho, estar en la voluntad del pueblo decidir; pero que confinado a la ignorancia y sometido a una información sectoria, no tiene otra alternativa que aceptar, sin

25 En México, el 65% del papel para diarios es importado y lo controla —a precios subsidiados— una empresa descentralizada, la PIPSA, cuyo Consejo de Administración lo manejan los diarios de mayor circulación en la república. El resto del papel lo produce la industria nacional, a precios más elevados y una gran parte va a parar al mercado negro.

tener los medios, siquiera, para inquirir o protestar.

En este sentido las Agencias de Noticias han tenido una importante ingerencia como gigantescas centrales donde se acumula el material informativo y se le da la forma y dosificación adecuada, conforme a los intereses de la política exterior entre el país natural de la Agencia y el país al que se destina. La forma que emplean y en la que capitalizan la información, da un sentido editorial a cualquier artículo informativo.²⁶

México se encuentra, casi en la totalidad de su información internacional, ocupado por las dos más importantes agencias norteamericanas (La Associated Press y la United Press International), y, en menor porcentaje, por France Press.²⁷ Pero aún France Press se encuentra bajo la influencia de las Agencias estadounidenses ya que la subcentral de la compañía francesa, destinada para América Latina tiene su sede en Nueva York y padece, muy de cerca, la influencia de sus colegas.

La fabulosa capacidad económica de las Agencias de Noticias, les permite "cubrir" los acontecimientos en todas las latitudes del planeta y enviarlas selectivamente a todas partes. Así, son capaces de hacer una selección discriminatoria y prejuiciada de las noticias que convienen a los intereses que representan y tienen la oportunidad de influir o desviar a la opinión pública con sus informaciones, la forma de sus informaciones y, que no es menos importante, con las informaciones que retienen.

26 La agencia noticiosa más antigua es la Agencia France Press, fundada a mediados del siglo pasado. United Press y Associated Press son los principales portavoces del gobierno norteamericano. Tass representa a la Unión Soviética. Ellas, en zonas de influencia, se han repartido el mundo y cada una representa los intereses gubernamentales de sus países, especialmente en lo que se refiere a política exterior.

27 Otras agencias de muy inferior capacidad potencial pretenden hacerse oír en el continente. Es el caso de Prensa Latina, agencia cubana que ha tenido innumerables contratiempos por la interferencia del gobierno de México, que incluyen el encarcelamiento de su director en México, el periodista Edmundo Jardón Alzate.

Es por ello que la tendenciosa versión de las Agencias cae en flagrantes contradicciones o en evidentes absurdos. Es ejemplar la notoria discrepancia entre las crónicas elaboradas en los EE.UU. de las visitas de los Presidentes Dorticós y De Gaulle a México que eran contradictorias no sólo de las espontáneas manifestaciones populares de bienvenida, sino hasta de las declaraciones oficiales públicas. Es el caso también de la información que nos llega acerca, por ejemplo, de los acontecimientos en Viet Nam, en las que se hace mención de las victorias de los intervencionistas y nunca de sus derrotas.²⁸

Hasta ahora²⁹ hemos intentado dilucidar las relaciones externas de la prensa, es decir, aquellas que la vinculan con el Estado y a las que hemos tratado con prioridad por su carácter público, ya que partimos del principio de que el periodismo, como servicio público debería tener como función primordial y responsabilidad ética la de servir como vehículo al diálogo entre gobernantes y gobernados y, por su parte, al Estado le corresponde velar por el cumplimiento y la vigencia de los postulados constitucionales que lo sustentan y fomentar una prensa activa como instrumento de información y educación popular.

Aunque existen órganos periodísticos abiertamente oficiales y cuya necesidad hemos ya señalado, la prensa en México tiene características esenciales de una empresa privada. Además de los vínculos de control que ejerce el Estado para someterla a sus lineamientos, la prensa está orientada también en forma decisiva por los intereses de los grandes complejos financieros que la alimentan y que dominan la eco-

²⁸ Es interesante y significativo comparar las diferencias que existen entre las formaciones norteamericanas, francesas y soviéticas sobre un mismo asunto.

²⁹ Cf. supra, nota 1.

nomía nacional. Estos complejos se dividen, sin por ello estar en relación directa entre sí, en inversionistas extranjeros y la gran burguesía nacional. Entre ellos existen poderosos nexos y una constante corriente de interacción y mutua influencia.

La historia de la prensa, por esa razón, se encuentra circunscrita entre la trayectoria de la política oficial y el desarrollo del capitalismo en México.

Durante el período porfirista, la mayor parte de los capitales invertidos en México eran importados y la prensa, como hemos señalado,³⁰ servía a esos intereses con la benévola anuencia y comprensión del régimen. Era perfectamente justificable para el Gobierno dictatorial que si la iniciativa privada tenía en el país importantes inversiones, la prensa debería someterse y servirla, aún en perjuicio del pueblo.

Con la Revolución se modificaron hasta un cierto grado los balances de inversiones y, a la sombra de los inversionistas extranjeros, la burguesía nacional inició sus operaciones y tomó posiciones en la administración pública. Sufrió sin embargo un duro golpe en su evolución durante el régimen de Cárdenas que prácticamente desterró a los inversionistas extranjeros y casi redujo a cero el monto de sus operaciones en el país. Esta fue una de las razones por las que el periodismo y el periodista fueron capaces de dominar el movimiento contrario a Cárdenas en la misma prensa y pudieron tener un papel activo en el desarrollo político, económico y social de la época.³¹

Avila Camacho volvió a admitir a los inversionistas y les dió todo tipo de facilidades y garantías. La gran burguesía nacional se iba reforzando y enriqueciendo, pero no llegó a

³⁰ Cf. supra, nota 7, y pág. 11.

³¹ Cf. supra, págs. 19 y 20.

consolidarse definitivamente sino hasta el período de Miguel Alemán. Durante ese período se estableció un sistema de "iguales" o pagos y compensaciones extranominales periódicas para los diarios y los reporteros; ejemplo que fue adoptado casi de inmediato por la iniciativa privada, que comprendió los beneficios de tal medida. A partir de entonces la prensa quedó automática y totalmente bajo el control de las dos grandes potencias —que llegaban a confundirse en una sola por momentos— que conducían al país: el Gobierno y los grandes capitalistas.

Como en México existe tradicionalmente una excepcional estabilidad política —comparable sólo a las más añejas dictaduras personales del mundo occidental— consecuente de la falta de competencia entre partidos políticos, la prensa no se ha dividido en función de las diversas líneas políticas de los partidos que la respaldan, como ha sucedido en otros países más evolucionados. La existencia de un partido oficial cuya falta de competencia³² y dependencia del régimen hacen que actúe sobre la prensa a través del mismo Gobierno, dejaron las diferencias de matiz en los distintos sectores capitalistas, divididos en la actualidad en dos grandes grupos: los inversionistas extranjeros y la gran burguesía nacional. Los inversionistas extranjeros eran en un muy elevado porcentaje norteamericanos, pero el incremento del patrimonio privado nacional empezó a enfrentarles una competencia cada vez más fuerte, alentada y protegida por las autoridades que los apoyaban con disposiciones legales para limitar las ganancias de los competidores importados. A estas medidas se unieron otras que promovieron el aflujo de capitales de otros países que, en una cierta medida, se asocian a los mexicanos para ofrecer resistencia a los capitalistas esta-

³² Los demás partidos políticos que subsidia el propio gobierno, no tienen ninguna fuerza para enfrentarse al oficial —PRI—, y sólo representan un papel ridículo de oposición en la farsa del sufragio efectivo.

dounidenses. Todas esas medidas contribuyeron a incrementar el potencial nacional y su capacidad de competencia en su propio terreno.

La competencia de los capitalistas nacionales oponía una resistencia cada vez mayor y emparejaba su capacidad con la extranjera (lo que no sucede en otros países de América Latina). La divergencia de sus intereses se reflejó en la prensa que se dividía al servicio de unos y otros, formando bloques periodísticos. Es interesante observar que hasta en la década de los cuarenta y principios de los cincuenta, más del 80% de la publicidad pagada de los diarios se refería a productos extranjeros, mientras que en la actualidad esos artículos disponen apenas del 35 ó 40% de la publicidad comercial.

Otra de las consecuencias de las disposiciones legales que adoptó el régimen para apoyar al capitalismo nacional, contribuyó a la asociación de este con los inversionistas extranjeros, en condiciones muy ventajosas.

En general puede afirmarse que los intereses del Gobierno, de los inversionistas extranjeros y de la gran burguesía nacional coinciden casi siempre. En especial en lo que se refiere en mantener el *status quo* socio-político que permite mantener vigentes las doctrinas económicas clásicas, que les son favorables. Por ello la prensa, en general, mantiene una posición unitaria y plantea, con ligeros matices, por medio de sus editoriales y de su información dirigida, un frente y una idiosincrasia comunes.

No obstante llegan a suscitarse discrepancias y fricciones entre los distintos intereses en juego y la prensa que sirve a esos intereses se divide. Eso produce el efecto de una diversidad de criterios inexistentes en realidad y que de ninguna manera puede ser interpretada como una auténtica postura de combate, imparcialidad u "oposición", puesto que no es más que un reflejo del choque entre las potencias económicas, del mismo género, que dominan al país.

De ahí deriva la explicación de la publicación

de absurdos tales como el editorial que intentábamos analizar fuera de su contexto al principio de este artículo y que podría ser encuadrado dentro de una corriente fascista extrema que, por lo menos, no corresponde todavía a la ideología general de nuestro régimen.

Como los periódicos mantienen líneas de acción perfectamente identificables con los intereses que defienden y como dentro del movimiento capitalista nacional existen varias facciones, la prensa también se expresa a distintos niveles. Por eso, las secciones burguesas más avanzadas promueven publicaciones que parecen auspiciar una ideología más liberal y que hasta podría calificarse de progresista. Pero este es sólo un efecto relativo en comparación con el pensamiento totalmente reaccionario de la prensa y, su alejamiento de esa conducta general, es sólo aparente y sin trascendencias. Llegan a plantear posiciones que parecen singularmente combativas y hasta a auspiciar publicaciones extremistas —de pobre circulación, por lo demás—, que les permite ejercer más eficaces presiones, desorientar a la opinión pú-

blica o catalizar y canalizar el descontento que se manifiesta ocasionalmente en el pueblo o en un sector de la población. Es de esa manera, semejante a la demagógica participación de los partidos políticos, que se dice que en México existe prensa de "oposición".

Los vínculos entre el sistema económico, el régimen político y la prensa, configuran una estructura tan sólida que de ninguna manera podrían modificarse independientemente ninguna de ellas sin alterar a los otros. Su trayectoria parece proyectarse en forma común por encima de las divergencias eventuales de orden interno que puedan suscitarse.

Lo que resulta inadmisibile es que en esa triple asociación, el Estado y la prensa se sitúen al nivel de los capitalistas y releguen a un plano secundario e indirecto los intereses estrictamente populares y se confine a grandes masas de la población a la ignominia de la ignorancia y el mutismo.

VICTOR MANUEL GUTIERREZ, distinguido revolucionario guatemalteco (1923-1966)



Víctor Manuel Gutiérrez (1923-1966) es sin duda el ideólogo más destacado de la clase obrera guatemalteca. Toda su obra creadora la consagra a la formación de la conciencia política de los trabajadores de la ciudad y del campo. No hay uno solo de sus trabajos que se aparte de esta finalidad política. Y como era un comunista militante, en todos ellos se advierte la interpretación marxista. Así, su obra de intelectual se convierte en piedra angular del pensamiento marxista guatemalteco.

Esa condición de prócer de las ideas marxistas la comparte en la práctica, siendo el promotor y forjador de los momentos más altos del sindicalismo nacional y divide honores con quienes pusieron las bases del resurgimiento del

Partido Comunista Guatemalteco. Queremos decir que la suya es la obra clara de un ideólogo de vanguardia.

Las dificultades de una tarea semejante las resolvió a favor de la divulgación. Se cuenta en el corillo de sus compañeros de emigración que unas horas antes de abandonar esta ciudad de México, con destino a Guatemala, en respuesta a un llamado de su partido, subrayó que su aporte a la lucha del pueblo guatemalteco, entre la tensión de quienes le escuchaban, no era otra que la de simple —¡qué difícil es!— divulgador del marxismo. La modestia de Víctor Manuel corría pareja con lo febricitante de su actividad política. Podía decirse de él —personalmente nunca hubiera admitido esta comparación— que todas las horas de la vigilia las entregaba a la lucha revolucionaria. Había hecho suya una norma de trabajo muy dura de cumplir: Si la incompreensión no cede ante la realización de una faena, duplícala.

Víctor Manuel tiene una niñez difícil. Muere su padre cuando contaba apenas 5 años de vida. Las apreturas de una madre viuda con tres hijos dejan una huella muy honda en la vida de quien fuera el primogénito. Las dificultades económicas las contrarresta su talento despierto hasta lograr coronar la enseñanza media con el título de Maestro de Educación Primaria. Graduado en la Escuela Normal Central para Varones de la ciudad capital, debe esperar un año antes de que el gobierno de la dictadura ubiquista le de su primer empleo en la ciudad de Chiquimula. El miserable sueldo de 22 quetzales al mes de maestro de escuela provinciana tiene que compartirlo con la madre

que vive en la Capital trabajando como obrera en una fábrica de camisas.

El joven maestro se une al movimiento clandestino que un grupo muy señalado de sus colegas organiza a fines del año de 1943 para derrocar a la dictadura de los 14 años. Triunfante el pueblo encamina sus pasos hacia la organización sindical de los maestros, primero y de los obreros después. Estas tareas de organizador y dirigente de masas las alterna con las de maestro de segunda enseñanza. Es maestro de Economía Política del Instituto Central de Señoritas (Belén).

"Resúmenes de Economía Política" es el primer fruto del ya increíblemente maduro líder. Su predilección por la Economía Política lo hace un estudioso del "Capital", quizás el único dirigente obrero nacional que en ese momento conocía esa obra básica. Siete años de intenso estudio de la obra cumbre de Carlos Marx se plasman en la obra más enjundiosa del mártir guatemalteco; "Resúmenes del Capital".

Su avidéz cultural no le da reposo; conocer de la teoría económica inicia el de la filosofía y de la historia patria. Siendo un hombre de gran dinamismo, pese a su natural, suave y reposado, desde muy temprano supo sacar ventajas de un trabajo sistematizado. Esta meticulosidad suya que le permitía prodigarse y multiplicarse increíblemente, con el consiguiente desasosiego y hasta malestar de quienes no lograban desprenderse de la modorra feudal, lo convierte en un estudioso ordenado. La Historia de Guatemala la sigue atentamente desde las obras precolombinas, los cronistas, la prensa insurgente hasta nuestros días. Con la filosofía hace otro tanto: sigue la ley de su desarrollo histórico. La conoce en una visión de conjunto y la analiza en sus obras principales. Es sumamente aleccionador seguirlo en sus notas —bien dibujada y apretada cursiva— persi-

guiendo el principio estético del Banquete o la metodología de Husserl. Pero la tarea inmediata lo apremia: "El Materialismo Histórico al Alcance de Todos", "Lecciones Elementales de Marxismo para Obreros y Campesinos", "Los Cimientos Históricos del Pueblo Guatemalteco", "Breves Apuntes Sobre la Historia de Guatemala", "Lecciones Elementales de Estética Marxista-Leninista", "Lecciones de Filosofía al Alcance de Todos", etc.

A medida que avanzaba en el dominio de la teoría marxista y en su conocimiento sobre la realidad nacional sus metas de estudioso infatigable se amplían vigorosamente: "Breve Historia del Movimiento Sindical de Guatemala", "Rasgos Históricos del Movimiento Sindical Latinoamericano", "Historia del Movimiento Sindical Norteamericano".

En esta obra de mentor de multitudes las cosas del partido de la clase obrera tienen un lugar prominente: "Apuntes para la Historia del Partido Comunista de Guatemala" y una copiosa colección de escritos, informes, notas, cartas que forman por sí mismo el volumen más rico y vívido del pensamiento de nuestro ideólogo.

Al detenernos en esta fase de su pensamiento, el gran salto de maestro a dirigente de masas, le imprime una altura creadora mayor. El propagandista cede al juicio analítico y crítico del combatiente revolucionario. Esta es la obra inédita de Víctor Manuel Gutiérrez que debe recogerse como culminación obligada de quien entregó la vida al servicio de una causa que abrazó desde la adolescencia.

Historia y Sociedad rinde un justo homenaje al gran dirigente y destacado ideólogo de la clase obrera guatemalteca, asesinado vívidamente por la dictadura militar de Peralta Azurdia.

J.D.R.

¿Buenos libros?

No los busque...

¡Encuéntrelos en la

LIBRERIA INDEPENDENCIA!

- **Compre en nuestra librería los mejores libros sobre ciencias políticas y sociales**
- **Tenemos el más extenso surtido de libros soviéticos**
- **Estamos especializados en literatura marxista**

INDEPENDENCIA N° 67

MEXICO 1, D. F.

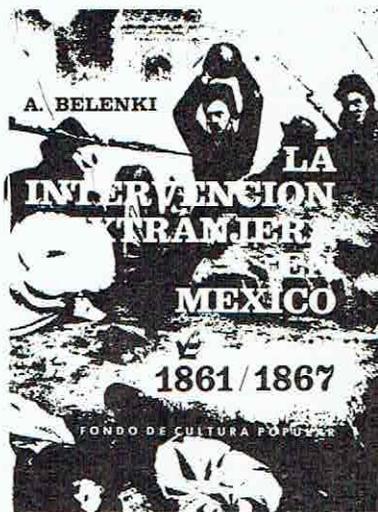
FONDO DE CULTURA POPULAR

San Juan de Letrán 37-713

México 1, D. F.

ACABA DE APARECER:

Precio del ejemplar: \$ 20.00



OTRAS NOVEDADES:

El hundimiento de la Alemania fascista.

G. Rozanov / \$ 15.00

El Cosmos y sus siete estados.

M. Vasiliev / \$ 18.00

La planificación de la economía en la URSS.

G. Sorokin / \$ 25.00

Los falsificadores de la filosofía marxista. M. T. Iovchuk / \$ 40.00

Fondo monetario internacional. I. N. Musin / \$ 45.00

Obras escogidas de Marx y Engels. (2 tomos) / \$ 40.00

Obras escogidas de Lenin. (3 tomos) / \$ 70.00

**➡ MANDENOS SU NOMBRE Y DIRECCION PARA ENVIARLE CATALOGOS.
DESPACHAMOS PEDIDOS C.O.D. O REEMBOLSO.**

hy
s

ediciones

historia y sociedad